

POR EL AUTOR DE LAS AVENTURAS DE PERCY JACKSON

LAS PRUEBAS DE APOLO

LA PROFECÍA OSCURA



RICK
RIORDAN

Lectulandia

Todo el mundo sabe que no hay que meterse con Zeus, pero su hijo Apolo parece no darse por aludido...

Para castigar a Apolo, el dios del trueno decide mandarlo a la Tierra bajo la apariencia de Lester, un adolescente granujiento y sin poderes, claro. Ahora, el único modo que Apolo tiene de regresar al monte Olimpo es devolviendo la luz a las profecías de los oráculos que se han oscurecido. Pero ¿qué podrá hacer un Apolo desprovisto de poderes?

Tras superar una serie de pruebas peligrosísimas (y, para qué engañarnos, bastante humillantes) en el Campamento Mestizo, se embarcará en un viaje a través de Estados Unidos para conseguir localizar todos los oráculos. Por suerte, todo lo que ha perdido en poderes lo ha ganado en amistades, así que no va a tener que arreglárselas solo.

Lectulandia

Rick Riordan

La profecía oscura

Las pruebas de Apolo - 02

ePub r1.0

NoTanMalo 15.12.17

Título original: *The Trials of Apollo. The Dark Prophecy*

Rick Riordan, 2017

Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ursula K. Le Guin,
quien me enseñó que las normas cambian en los Confines

Lester (Apolo).
Humano, aún; gracias por preguntar.
Dioses, odio mi vida

Cuando nuestro dragón declaró la guerra a Indiana, supe que no iba a ser un buen día.

Llevábamos seis semanas viajando hacia el oeste, y Festo no había mostrado tanta hostilidad hacia ningún estado. A New Jersey no le hizo caso. Pennsylvania pareció agradarle, a pesar de nuestra batalla contra los cíclopes de Pittsburgh. Ohio lo soportó, incluso después de nuestro encuentro con Potina, la diosa romana de la bebida de los niños, que nos persiguió en forma de gigantesca jarra roja con una cara sonriente estampada.

Sin embargo, por algún motivo, Festo decidió que no le gustaba Indiana. Se posó en la cúpula del capitolio de Indiana, batió sus alas metálicas y escupió un cono de fuego que incineró la bandera del estado colgada del asta.

—¡Para el carro, colega! —Leo Valdez tiró de las riendas del dragón—. Ya hemos hablado de esto. ¡Prohibido chamuscar monumentos públicos!

Montada detrás de él en el espinazo del dragón, Calipso se agarraba a las escamas de Festo para mantener el equilibrio.

—¿Podemos bajar a tierra, por favor? ¿Esta vez con cuidado?

Para ser una antigua hechicera inmortal que había controlado a los espíritus del aire, Calipso no era muy aficionada a volar. El viento frío empujaba su cabello castaño contra mi cara y me hacía parpadear y escupir.

Así es, querido lector.

Yo, el pasajero más importante, el joven que un día había sido el glorioso dios Apolo, me veía obligado a ir sentado a lomos de un dragón. ¡Oh, qué indignidades había sufrido desde que Zeus me despojó de mis poderes divinos! No me bastaba con ser un mortal de dieciséis años con el horrible seudónimo de Lester Papadopoulos. No me bastaba con tener que recorrer la Tierra cumpliendo (¡puf!) misiones heroicas hasta encontrar la forma de volver a congraciarme con mi padre, ni tener un acné que no respondía a los medicamentos para los granos. ¡Para colmo de males, a pesar de tener un carnet de conducir del estado de Nueva York, Leo Valdez no me dejaba pilotar su corcel aéreo de bronce!

Las garras de Festo buscaban un asidero en la cúpula de cobre verde, demasiado pequeña para un dragón de su tamaño. Me acordé de cuando instalé una estatua de Calíope de tamaño real en mi carro solar y el peso añadido me hizo caer en picado en

China y crear el desierto de Gobi.

Leo miró atrás, con la cara manchada de hollín.

—¿Percibes algo, Apolo?

—¿Por qué siempre me toca a mí percibir cosas? Que antes fuera un dios de las profecías...

—Tú eres el que ha estado teniendo visiones —me recordó Calipso—. Dijiste que tu amiga Meg estaría aquí.

Solo con oír el nombre de Meg experimenté un dolor agudo.

—¡Eso no quiere decir que pueda localizarla con la mente! ¡Zeus me ha cancelado el acceso a la GPS!

—¿GPS? —preguntó Calipso.

—Guía de posicionamiento sobrenatural.

—¡Eso no existe!

—Calma, chicos. —Leo acarició el pescuezo del dragón—. Apolo, inténtalo, ¿quieres? ¿Se parece esta a la ciudad con la que soñaste?

Oteé el horizonte.

Indiana era un estado llano: carreteras que cruzaban llanuras marrones cubiertas de maleza y sombras de nubes invernales que flotaban sobre las extensiones urbanas. A nuestro alrededor se alzaba un pequeño grupo de rascacielos céntricos: columnas de piedra y cristal cual trozos de regaliz blanco y negro. (No del regaliz rico; más bien del asqueroso que se queda siglos en la bombonera de tu madrastra. Y, no, Hera, ¿por qué iba a referirme a ti?).

Después de caer en Nueva York, Indianápolis me parecía desierto y monótono, como si un auténtico barrio de Nueva York —Midtown, por ejemplo— hubiera sido ampliado hasta abarcar toda la zona de Manhattan y luego despojado de dos tercios de su población y lavado vigorosamente.

No se me ocurría por qué a un triunvirato malvado de antiguos emperadores romanos podía interesarle un sitio así. Ni me imaginaba por qué enviarían allí a Meg McCaffrey para capturarme. Sin embargo, mis visiones habían sido claras. Había visto el contorno de esa ciudad. Había oído a mi antiguo enemigo Nerón dar órdenes a Meg: «Ve al oeste. Atrapa a Apolo antes de que encuentre el siguiente Oráculo. Si no puedes traérmelo vivo, mávalo».

¿Lo más triste de todo? Que Meg era una de mis mejores amigas. Y gracias al retorcido sentido del humor de Zeus, daba la casualidad de que también era mi ama. Mientras yo siguiera siendo mortal, Meg podría mandarme cualquier cosa, incluso que me matase... No. Mejor no contemplar esas posibilidades.

Me moví en mi asiento metálico. Después de tantas semanas de viaje, estaba cansado y me dolían las posaderas de montar en el dragón. Quería encontrar un sitio seguro para descansar, pero esa ciudad no era la indicada. Había algo en el paisaje que me inquietaba tanto como a Festo.

Lamentablemente, estaba seguro de que ese era nuestro destino. A pesar del

peligro, si tenía ocasión de volver a ver a Meg McCaffrey, de arrancarla de las perversas garras de su padrastro, tenía que intentarlo.

—Este es el lugar —dije—. Antes de que la cúpula se desplome, propongo que bajemos al suelo.

Calipso refunfuñó en minoico antiguo:

—Eso ya lo he dicho yo.

—¡Bueno, perdone usted, hechicera! —contesté en el mismo idioma—. ¡Tal vez si tú tuvieras visiones útiles, te haría caso más a menudo!

Calipso me llamó un par de cosas que me recordaron lo malsonante que era la lengua minoica antes de que se extinguiera.

—Eh, vosotros dos —dijo Leo—. Nada de dialectos antiguos. Hablad en nuestro idioma. O en el de las máquinas.

Festo asintió chirriando.

—Tranquilo, chico —dijo Leo—. Seguro que no querían marginarnos. Vamos a bajar a la calle, ¿vale?

Los ojos de rubíes de Festo brillaron. Sus dientes metálicos giraron como brocas. Me lo imaginé pensando: «Ahora mismo prefiero Illinois».

Pero batió las alas y saltó de la cúpula. Nos precipitamos y aterrizamos delante del capitolio con tanta fuerza como para agrietar la acera. Los ojos me temblaron como globos de agua.

Festo giró la cabeza de un lado a otro, echando volutas de humo por los agujeros del hocico.

No vi ningún peligro inmediato. Los coches recorrían despacio West Washington Street. Los peatones pasaban sin prisa: una mujer madura con un vestido de flores, un policía fornido con un vaso de cartón en el que ponía CAFÉ PATACHOU, un hombre acicalado con un traje de algodón azul.

El hombre de azul saludó educadamente al pasar:

—Buenos días.

—¿Qué pasa, colega? —gritó Leo.

Calipso ladeó la cabeza.

—¿Por qué ha sido tan simpático? ¿No ve que vamos montados en un dragón de metal de cinco toneladas?

Leo sonrió.

—Es la Niebla, nena: altera la vista de los mortales. Hace que los monstruos parezcan perros extraviados. Hace que las espadas parezcan paraguas. ¡Hace que yo parezca aún más guapo de lo normal!

Calipso clavó los pulgares a Leo en los riñones.

—¡Ay! —se quejó él.

—Ya sé lo que es la Niebla, Leónidas...

—Oye, te dije que no me llamaras así.

—... Pero aquí la Niebla debe de ser muy intensa para poder ocultar a un

monstruo del tamaño de Festo a tan poca distancia. ¿No te parece un poco raro, Apolo?

Estudí a los peatones que pasaban.

Sí, había visto sitios en los que la Niebla era especialmente densa. En Troya, el cielo sobre el campo de batalla se había llenado de tantos dioses que no podías girar con el carro sin chocar contra otra deidad, y sin embargo los troyanos y los griegos solo atisbaban nuestra presencia. En 1979 en Three Mile Island, los mortales no se enteraron de que el accidente nuclear que sufrieron estuvo provocado por una pelea épica con sierras mecánicas entre Ares y Hefesto. (Si mal no recuerdo, Hefesto había criticado los vaqueros de campana de Ares).

Aun así, no creía que el problema en Indianápolis fuera que la Niebla era densa. Había algo en sus vecinos que me preocupaba. Sus caras eran demasiado tranquilas. Sus sonrisas aturcidas me recordaban a los antiguos atenienses poco antes de la fiesta de Dioniso: todo el mundo de buen humor, distraído, pensando en el desmadre y las melopeas que les esperaban.

—Deberíamos evitar la atención pública —propuse—. Tal vez...

Festo dio un traspie y tembló como un perro mojado. Un sonido como el de una cadena de bicicleta suelta brotó de dentro de su pecho.

—¡Ay! ¡Otra vez, no! —dijo Leo—. ¡Todo el mundo fuera!

Calipso y yo nos bajamos enseguida.

Leo corrió delante de Festo y estiró los brazos en una postura clásica de vaquero de dragones.

—¡No pasa nada, colega! Solo voy a apagarte un rato, ¿vale? Un pequeño descanso para...

Festo vomitó una columna de llamas que envolvieron a Leo. Afortunadamente, Valdez era incombustible. Pero su ropa no. Por lo que Leo me había contado, normalmente podía impedir que su atuendo se quemase concentrándose. Sin embargo, si lo pillaban por sorpresa, no siempre le daba resultado.

Cuando las llamas se disiparon, Leo apareció delante de nosotros vestido únicamente con sus calzoncillos de amianto, su cinturón mágico y unas humeantes zapatillas medio derretidas.

—¡Maldita sea! —se quejó—. ¡Hace frío, Festo!

El dragón tropezó. Leo se abalanzó sobre él y le dio a la palanca situada detrás de la pata delantera izquierda. Festo empezó a desplomarse. Sus alas, sus extremidades, su pescuezo y su cola se contrajeron sobre su cuerpo, mientras las placas de bronce se superponían unas encima de otras y se plegaban hacia dentro. En cuestión de segundos, nuestro amigo robótico se había convertido en una gran maleta de bronce.

Algo así debería haber sido imposible, pero como todo dios, semidiós o ingeniero que se precie, Leo Valdez se negaba a dejarse limitar por las leyes de la física.

Miró su nuevo equipaje con el ceño fruncido.

—Jo, creía que había arreglado el condensador giroscópico. Supongo que no

podremos irnos de aquí hasta que encuentre un taller.

Calipso hizo una mueca. Su parka rosa brillaba debido a la condensación del vuelo por las nubes.

—Y si encontramos un taller, ¿cuánto te llevará reparar a Festo?

Leo se encogió de hombros.

—¿Doce horas? ¿Quince? —Pulsó un botón del lateral de la maleta. Apareció un asa—. También estaría bien si viésemos una tienda de ropa de caballero.

Me imaginé entrando en una tienda de ropa de hombre y a Leo en calzoncillos y con las zapatillas derretidas, arrastrando una maleta de bronce.

Entonces una voz que venía de la acera gritó:

—¡Hola!

La mujer del vestido de flores había vuelto. Al menos parecía la misma. O eso o en Indianápolis muchas señoras llevaban vestidos con estampado de madreselva morado y amarillo y tenían el pelo cardado al estilo de los cincuenta.

La mujer sonrió con expresión ausente.

—¡Qué bonita mañana!

En realidad, era una mañana deprimente —fría y nublada, con olor a nieve inminente—, pero me pareció de mala educación hacerle el vacío.

Le dediqué un pequeño saludo con la mano: la clase de gesto que solía dirigir a mis fieles cuando venían a postrarse a mi altar. Para mí, el mensaje era bastante claro: «Te veo, mortal insignificante; hala, vete. Los dioses están hablando».

La mujer no captó la indirecta. Avanzó tranquilamente y se plantó delante de nosotros. No era especialmente grande, pero había algo en sus proporciones que no parecía normal. Tenía los hombros demasiado anchos para su cabeza. Una masa llena de bultos le sobresalía del pecho y la barriga, como si se hubiera metido un saco de mangos debajo del vestido. Con sus brazos y piernas larguiruchos, me recordaba una especie de escarabajo gigante. Si se volcase, dudaba que pudiera volver a levantarse.

—¡Oh! —Agarró su bolso con las dos manos—. ¡Qué niños más monos!

Su pintalabios y su sombra de ojos eran de un violento tono morado. Me preguntaba si le llegaba suficiente oxígeno al cerebro.

—Señora —dije—, no somos niños. —Podría haber añadido que yo tenía más de cuatro mil años y que Calipso era todavía mayor, pero decidí no entrar en el tema—. Y ahora, si nos disculpa, tenemos que reparar una maleta y mi amigo necesita desesperadamente unos pantalones.

Traté de rodearla, pero me cerró el paso.

—¡No puedes irte todavía, querido! ¡No te hemos dado la bienvenida a Indiana!

Sacó un *smartphone* de su bolso. La pantalla brillaba como si estuviera haciendo una llamada.

—Seguro que es él —dijo por el teléfono—. Que venga todo el mundo. ¡Apolo está aquí!

Se me encogieron los pulmones dentro del pecho.

En los viejos tiempos, esperaba que me reconocieran nada más llegar a una ciudad. Los lugareños corrían a darme la bienvenida. Cantaban y bailaban y lanzaban flores. Y enseguida empezaban a construir un nuevo templo.

Pero encarnado en Lester Papadopoulos, no era merecedor de ese trato. No me parecía en nada al glorioso ser que era antes. La idea de que los habitantes de Indiana me reconocieran a pesar de mi cabello enredado, mi acné y mis michelines era insultante a la par que aterradora. ¿Y si erigían una estatua de mí en mi estado actual: un gigantesco Lester dorado en medio de su ciudad? ¡Los demás dioses me lo recordarían eternamente!

—Señora —dije—, me temo que me ha confundido...

—¡No seas modesto! —La mujer apartó su teléfono y su bolso. Me agarró el antebrazo con la fuerza de una levantadora de pesas—. Nuestro amo estará encantado de tenerte detenido. Y, por favor, llámame Nanette.

Calipso atacó. O quería defenderme (lo dudo), o no le entusiasmaba el nombre de Nanette. Propinó a la mujer un puñetazo en la cara.

El hecho en sí no me sorprendió. Después de perder sus poderes inmortales, Calipso estaba tratando de dominar otras competencias. De momento había fracasado con las espadas, las armas de asta, los shurikens, los látigos y la comedia de improvisación. (Yo entendía su frustración). Hoy había decidido probar con los puñetazos.

Lo que me sorprendió fue el fuerte CRAC que su puño hizo contra la cara de Nanette: el sonido de los huesos de los dedos al romperse.

—¡Ay! —Calipso se apartó dando traspiés y agarrándose la mano.

La cabeza de Nanette se deslizó hacia atrás. La mujer me soltó para intentar agarrarse la cara, pero era demasiado tarde. Se le desprendió la cabeza de los hombros. Cayó contra el asfalto ruidosamente y rodó hacia un lado, con los ojos todavía parpadeando y los labios morados temblando. La base era de acero inoxidable. Tenía sujetas unas tiras desiguales de cinta adhesiva con pelos y horquillas pegados.

—¡Hefesto bendito! —Leo corrió junto a Calipso—. Señora, le ha roto la mano a mi novia con la cara. ¿Qué es usted, una autómatas?

—No, querido —contestó Nanette decapitada. Su voz amortiguada no venía de la cabeza de acero inoxidable tirada en la acera. Procedía de dentro de su vestido. Justo encima del escote, donde antes estaba su cuello, había un afloramiento de pelo rubio enredado con horquillas—. Y debo decir que pegarme no ha sido de muy buena educación.

Comprendí tarde que la cabeza metálica era un disfraz. Del mismo modo que los sátiros cubrían sus pezuñas con zapatos humanos, esa criatura se hacía pasar por mortal fingiendo tener una cara humana. Su voz provenía de la zona de la barriga, lo que significaba...

Me temblaron las rodillas.

—Una blemia —dije.

Nanette rio entre dientes. Su abultada panza se retorció bajo la tela con estampado de madreSelva. Se abrió la blusa desgarrándola —algo que jamás se le ocurriría hacer a una educada habitante del Medio Oeste— y reveló su auténtica cara.

Donde una mujer normal habría tenido el sujetador, dos enormes ojos saltones me miraban parpadeando. Del esternón sobresalía una gran nariz brillante. A través de su abdomen se curvaba una boca asquerosa: relucientes labios color naranja y dientes como un abanico de cartas blancas.

—Sí, querido —dijo la cara—. ¡Y quedas detenido en nombre del triunvirato!

Los peatones de aspecto agradable que iban y venían por Washington Street se volvieron y empezaron a dirigirse hacia nosotros.

Tíos y tías sin cabeza.
No me va el rollo del Medio Oeste.
Hola, mira, un fantasma de queso

«Jo, Apolo —estarás pensando—, ¿por qué no sacaste tu arco y le disparaste? ¿O la hechizaste con una canción de tu ukelele de combate?».

Sí, tenía esos dos artículos colgados a la espalda junto con mi carcaj. Por desgracia, hasta las mejores armas de los semidioses requieren una cosa llamada «mantenimiento». Mis hijos Kayla y Austin me lo habían explicado antes de que me fuera del Campamento Mestizo. No podía sacar el arco y el carcaj de la nada como cuando era dios. Ya no podía hacer aparecer el ukelele en mis manos solo con desearlo y esperar que estuviera perfectamente afinado.

Mis armas y mi instrumento musical estaban envueltos con cuidado en unas mantas. De lo contrario, los vientos por el húmedo cielo invernal habrían deformado el arco, estropeado las flechas y deteriorado las cuerdas de mi ukelele. Sacarlos me llevaba ahora varios minutos de los que no disponía.

Además, dudaba que me sirvieran de algo contra los blemias.

No me había enfrentado a ninguno de su especie desde los tiempos de Julio César, y habría pasado gustosamente otros dos mil años sin ver a uno.

¿Cómo podía resultar útil un dios de la poesía y la música contra una especie que tenía las orejas metidas en los sobacos? Además, los blemias tampoco temían ni respetaban el tiro con arco. Eran recios luchadores de combate cuerpo a cuerpo de piel gruesa. Incluso eran resistentes a la mayoría de enfermedades, y eso quería decir que nunca me pedían ayuda médica ni temían mis flechas contagiadas. Y lo peor de todo, no tenían sentido del humor ni imaginación. No les interesaba el futuro, de modo que no veían la utilidad de los oráculos o las profecías.

En resumen, no se podía crear una raza menos receptiva a un dios atractivo y polifacético como yo. (Y, créeme, Aries lo había intentado. ¿Te suenan los mercenarios hessianos que creó en el siglo XVIII? Puf. A George Washington y a mí nos las hicieron pasar canutas).

—Leo —dije—, activa el dragón.

—Acabo de ponerlo en el ciclo de sueño.

—¡Deprisa!

Leo toqueteó los botones de la maleta. No pasó nada.

—Te lo he dicho, tío. Aunque Festo funcionara bien, cuesta mucho despertarlo

cuando está dormido.

Maravilloso, pensé. Calipso se encorvaba sobre su mano rota, murmurando palabrotas en minoico. Leo tiritaba en ropa interior. Y yo... en fin, era Lester. Y encima, en lugar de enfrentarnos a nuestros enemigos con un gran autómatas que escupía fuego, ahora tendríamos que hacerlo con un accesorio de equipaje metálico difícil de transportar.

Me volví contra la blemia.

—¡LARGO DE AQUÍ, asquerosa Nanette! —Traté de echar mano de mi antiguo tono de ira divina—. ¡Como vuelvas a poner la mano en mi divina persona, serás DESTRUIDA!

Cuando yo era dios, esa amenaza habría bastado para que ejércitos enteros mojaran sus pantalones de camuflaje. Nanette se limitó a parpadear con sus ojos pardos.

—No te preocupes —dijo. Sus labios eran grotescamente hipnóticos, como observar una incisión quirúrgica utilizada como marioneta—. Además, querido, ya no eres un dios.

—¿Por qué la gente no para de recordármelo?

Más lugareños se reunieron en nuestra posición. Dos agentes de policía bajaron corriendo la escalera del capitolio. En la esquina de Senate Avenue, un trío de basureros abandonó su camión y se acercó pesadamente empuñando grandes cubos de basura metálicos. Media docena de hombres vestidos con trajes de oficina procedentes de la otra dirección cruzaron el césped del capitolio.

Leo soltó un juramento.

—¿En esta ciudad todo el mundo tiene el coco metálico?

—Tranquilo, cielo —dijo Nanette—. Rendíos, y no tendremos que haceros mucho daño. ¡Eso es cosa del emperador!

A pesar de tener la mano rota, por lo visto a Calipso no le apetecía rendirse. Lanzando un grito desafiante, volvió a atacar a Nanette, propinando en esta ocasión una patada de kárate a la blemia en su gigantesca nariz.

—¡No! —solté, demasiado tarde.

Como ya he dicho, los blemias son seres recios. Es difícil hacerles daño y todavía más difícil matarlos. El pie de Calipso impactó en su objetivo, pero se torció el tobillo con un desagradable ruido seco. Se desplomó, balbuceando de dolor.

—¡Cal! —Leo corrió a su lado—. ¡Atrás, cara de pechuga!

—Vigila ese lenguaje, querido —lo reprendió Nanette—. Me temo que tendré que pisotearte.

La criatura levantó un zapato de tacón de charol, pero Leo fue más rápido. Invocó una bola de fuego, la lanzó como una pelota de béisbol y le dio a Nanette de lleno entre sus enormes ojos situados a la altura de su pecho. Las llamas la invadieron y prendieron fuego a sus cejas y su vestido de flores.

Mientras Nanette chillaba y daba traspiés, Leo gritó:

—¡Ayúdame, Apolo!

Me di cuenta de que me había quedado quieto, paralizado de la impresión, cosa que no habría tenido nada de malo si hubiera estado viendo la escena desde la seguridad de mi trono en el monte Olimpo. Lamentablemente, ahora estaba hundido en las trincheras con los seres inferiores. Ayudé a Calipso a ponerse en pie (su pie bueno, por lo menos). Nos echamos sus brazos sobre los hombros (Calipso se puso a gritar como una posesa cuando le cogí sin querer la mano rota) y empezamos a alejarnos cojeando.

Cuando habíamos atravesado diez metros de césped, Leo se detuvo súbitamente.

—¡Me he olvidado a Festo!

—Déjalo —le espeté.

—¿Qué?

—¡No podemos con él y con Calipso! Volveremos más tarde. Puede que los blemias no le hagan caso.

—Pero si descubren cómo abrirlo —dijo Leo preocupado—, si le hacen daño...

—¡MARRRRGGGH! —Detrás de nosotros, Nanette se arrancó los jirones de su vestido en llamas. De cintura para abajo, tenía el cuerpo cubierto de un pelo rubio enmarañado, parecido al de un sátiro. Le ardían las cejas, pero por lo demás, su cara parecía intacta. Escupió cenizas y miró coléricamente en dirección a nosotros—. ¡Eso no ha estado bien! ¡A POR ELLOS!

Teníamos casi encima a los hombres de negocios, lo que anulaba toda esperanza de volver a por Festo sin que nos pillasen.

Elegimos la única opción heroica a nuestro alcance: corrimos.

No me había sentido tan agobiado desde que había participado en la carrera de tres piernas con Meg McCaffrey en el Campamento Mestizo. Calipso trataba de ayudar dando brincos como un saltador entre Leo y yo, pero cada vez que se daba en el pie o la mano rotos, gritaba y se dejaba caer sobre nosotros.

—Lo-lo siento, chicos —murmuró, con la cara salpicada de gotas de sudor—. Supongo que no estoy hecha para el combate cuerpo a cuerpo.

—Yo tampoco —reconocí—. A lo mejor Leo puede retrasarlos un rato...

—Eh, a mí no me mires —gruñó Leo—. Yo solo soy un chapucillas que de vez en cuando lanza una bola de fuego. El luchador del grupo se ha quedado atrás en modo maleta.

—Id más rápido —les aconsejé.

Si llegamos a la calle con vida fue porque los blemias se movían muy despacio. Supongo que yo también me movería despacio si tuviera que mantener en equilibrio una cabeza metálica falsa sobre mi, ejem, cabeza, pero incluso sin disfrazar, los blemias no eran tan rápidos como fuertes. Su nefasta percepción de la profundidad les hacía andar con exagerada cautela, como si el suelo fuera un desconcertante holograma. Si pudiéramos dejarlos atrás...

—¡Buenos días! —Un agente de policía apareció a nuestra derecha, con su arma

de fuego en ristre—. ¡Alto o disparo! ¡Gracias!

Leo sacó una botella de cristal tapada de su cinturón portaherramientas. La lanzó a los pies del agente, y unas llamas verdes estallaron a su alrededor. Al agente se le cayó la pistola. Empezó a arrancarse el uniforme en llamas y dejó a la vista en su torso una cara con peludas cejas en los pectorales y una barba en la barriga que necesitaba un afeitado.

—Uf —exclamó Leo—. Esperaba que fuera un bleミア. Era mi último frasco de fuego griego, chicos. Y no puedo lanzar más bolas de fuego si no quiero desmayarme, así que...

—Tenemos que encontrar refugio —dijo Calipso.

Un sabio consejo, pero no parecía que en Indiana existiera el concepto de «refugio». Las calles eran anchas y rectas, el paisaje llano, la gente escasa y el campo visual infinito.

Nos metimos en South Capitol. Eché un vistazo por encima del hombro y vi que la multitud de vecinos sonrientes con cabezas falsas nos estaba alcanzando. Un obrero de la construcción se detuvo a arrancar el guardabarros de una camioneta Ford y se reincorporó al desfile, con su nuevo garrote de cromo al hombro.

Mientras tanto, los mortales corrientes —al menos, los que no parecían interesados en matarnos de momento— se ocupaban de sus asuntos, llamando por teléfono, esperando a que cambiara el semáforo o bebiendo café en las cafeterías cercanas, totalmente ajenos a nuestra presencia. En una esquina, sentado en una caja de leche, un indigente cubierto de mantas me pidió cambio. Resistí las ganas de decirle que el cambio venía corriendo detrás de nosotros, provisto de armas variadas.

El corazón me latía con fuerza. Las piernas me temblaban. Detestaba tener un cuerpo mortal. Experimentaba muchas sensaciones molestas, como miedo, frío, náuseas y el impulso de suplicar lloriqueando: «¡Por favor, no me matéis!». Si Calipso no se hubiera roto el tobillo, podríamos haber ido más rápido, pero no podíamos dejarla atrás. No es que Calipso me cayera especialmente bien, pero ya había convencido a Leo de que abandonara su dragón. No quería tentar a la suerte.

—¡Allí! —dijo la hechicera. Señaló con la barbilla lo que parecía un callejón detrás de un hotel.

Me estremecí al recordar mi primer día en Nueva York en la piel de Lester Papadopoulos.

—¿Y si es un callejón sin salida? La última vez que me vi en uno, las cosas no me fueron muy bien.

—Probemos —dijo Leo—. Podríamos escondernos allí o... no sé.

«No sé» parecía un plan B demasiado esquemático, pero yo no tenía nada mejor que ofrecer.

La buena noticia era que el callejón no estaba bloqueado. Podía ver claramente una salida en el otro extremo de la manzana. La mala noticia era que las áreas de carga y descarga de la parte trasera del hotel estaban cerradas, lo que no nos dejaba

ningún sitio donde escondernos, y la otra pared del callejón estaba bordeada de contenedores. ¡Oh, contenedores! ¡Cómo los odiaba!

Leo suspiró.

—Supongo que podríamos meternos...

—¡No! —le espeté—. ¡Nunca más!

Recorrimos con dificultad el callejón lo más rápido que pudimos. Traté de calmar los nervios componiendo en silencio un soneto sobre las distintas formas en que un dios iracundo podía destruir contenedores. Me quedé tan absorto que no me di cuenta de lo que había delante de nosotros hasta que Calipso dejó escapar un grito ahogado.

Leo se detuvo.

—Pero ¿qué...? Ostras.

La aparición emitía una tenue luz anaranjada. Llevaba un quitón tradicional, unas sandalias y una espada envainada, como un guerrero griego en la flor de la vida... solo que había sido decapitado. Sin embargo, a diferencia de los blemias, era evidente que esa persona había sido humana. Del cuello cortado caían gotas de sangre etérea que salpicaban su luminosa túnica naranja.

—Es un fantasma de color queso —dijo Leo.

El espíritu levantó una mano y nos hizo señas para que avanzáramos.

Como yo no había nacido mortal, no tenía un miedo especial a los muertos. Cuando has visto un alma atormentada, las has visto todas. Pero había algo en ese fantasma que me inquietaba. Me despertaba un recuerdo lejano, una sensación de culpabilidad de hacía miles de años...

Detrás de nosotros, las voces de los blemias aumentaron de volumen. Les oí gritar «¡Buenos días!», «¡Disculpe!» y «¡Bonito día!» a sus paisanos de Indiana.

—¿Qué hacemos? —preguntó Calipso.

—Seguir al fantasma —dije.

—¿Qué? —gritó Leo.

—Que sigamos al fantasma de color queso. Como tú siempre dices: «Que el queso os acompañe».

—Era una broma.

El fantasma naranja volvió a hacernos señas y acto seguido se fue flotando hacia el final del callejón.

Detrás de nosotros, una voz de hombre gritó:

—¡Ahí estáis! Un tiempo precioso, ¿verdad?

Me volví justo a tiempo para ver que un guardabarros se nos acercaba dando vueltas hacia nosotros.

—¡Agachaos! —Derribé a Calipso y a Leo y arranqué más gritos de dolor a la hechicera. El guardabarros de la camioneta pasó por encima de nuestras cabezas, cayó en un contenedor y provocó una festiva explosión de confeti tirado en la basura.

Nos levantamos con dificultad. Calipso temblaba; ya no se quejaba del dolor. Yo estaba seguro de que estaba entrando en estado de *shock*.

Leo sacó una grapadora de su cinturón portaherramientas.

—Vosotros id delante. Yo los entretendré todo lo que pueda.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté—. ¿Clasificarlos y ordenarlos?

—¡Voy a tirarles cosas! —soltó Leo—. ¿A menos que se te ocurra una idea mejor?

—Ba-basta ya, los dos —dijo Calipso tartamudeando—. No-no vamos a dejar a nadie. Andando. Izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Salimos del callejón a una plaza circular totalmente abierta. Oh, ¿por qué los habitantes de Indiana no podían construir una ciudad como es debido, con calles estrechas y sinuosas, llena de rincones oscuros y algún búnker a prueba de bombas convenientemente situado?

En medio de un camino de entrada con forma de anillo había una fuente rodeada de parterres de flores en letargo. Hacia el norte se levantaban las torres gemelas de otro hotel. Hacia el sur se alzaba un edificio de ladrillo rojo y granito más antiguo e imponente: tal vez una estación de tren de la época victoriana. A un lado de la construcción, una torre de reloj se elevaba unos sesenta metros en el cielo. Encima de la entrada principal, bajo un arco de mármol, un rosetón descomunal brillaba en un marco de cobre verde, como una versión en vidrio de colores de la diana con la que jugábamos una noche a la semana en el monte Olimpo.

Me invadió la nostalgia. Habría dado cualquier cosa por estar de vuelta a casa para la noche de los juegos, aunque eso supusiera escuchar a Atenea regodearse de sus puntuaciones en el Scrabble.

Escudriñé la plaza. Parecía que nuestro guía espectral había desaparecido.

¿Por qué nos había llevado allí? ¿Debíamos intentar entrar en el hotel? ¿En la estación de tren?

Esas preguntas se volvieron irrelevantes cuando los blemias nos rodearon.

La muchedumbre salió repentinamente del callejón detrás de nosotros. Un coche patrulla viró bruscamente y entró en la rotonda al lado de la estación de tren. Una excavadora se metió en el camino de acceso del hotel, mientras el operario agitaba la mano y gritaba alegremente: «¡Hola! ¡Voy a excavaros!».

Todas las salidas de la plaza fueron rápidamente bloqueadas.

Un reguero de sudor helado se secó en mi cuello. Un molesto gemido resonó en mis oídos, y me di cuenta de que eran mis propios lloriqueos silenciosos: «Por favor, no me matéis. Por favor, no me matéis».

«No moriré aquí —me prometí—. Soy demasiado importante para palmarla en Indiana».

Pero el temblor de mis piernas y el castañeteo de mis dientes parecían contradecir esa promesa.

—¿A alguien se le ocurre una idea? —pregunté a mis compatriotas—. Una idea brillante, por favor.

A juzgar por su cara, la idea más brillante de Calipso en ese momento era no

vomitara. Leo levantó su grapadora, que no pareció asustar a los blemias.

Nuestra vieja amiga Nanette salió del centro de la multitud, con su cara sonriente en el pecho. Sus zapatos de tacón de charol desentonaban terriblemente con los pelos rubios de sus piernas.

—Carambolas, estoy un poco molesta con vosotros, queridos.

Agarró la señal de tráfico más cercana y la arrancó del suelo sin ayuda.

—Y ahora, por favor, no os mováis, ¿de acuerdo? Voy a aplastaros la cabeza con esto.

Mi última actuación.
Una vieja suelta el micro
y se carga a todo el mundo

Estaba a punto de iniciar el Plan de Defensa Omega —postrarme de rodillas y suplicar misericordia— cuando Leo me ahorró el bochorno.

—Excavadora —susurró.

—¿Es una palabra en clave? —pregunté.

—No. Me voy a acercar a la excavadora. Vosotros dos distraed a los cocos de metal.

Apoyó el peso de Calipso sobre mí.

—¿Estás loco? —murmuró ella.

Leo le lanzó una mirada urgente, como diciendo: «¡Confía en mí! ¡Distraedlos!».

A continuación dio un paso a un lado con cuidado.

—¡Oh! —Nanette sonrió—. ¿Te ofreces voluntario para morir primero, semidiós bajito? Tú eres el que me lanzó el fuego, de modo que tiene su lógica.

No sabía lo que Leo pensaba hacer, pero me imaginaba que su plan fracasaría si empezaba a discutir con Nanette por su altura. (Leo era un poco susceptible cuando lo llamaban «bajo»). Afortunadamente, tengo un talento natural para desviar la atención hacia mí.

—¡Me ofrezco voluntario para morir! —grité.

Todos se volvieron para mirarme. Maldije en silencio las palabras que había elegido. Debería haberme ofrecido para algo más fácil, como preparar una tarta o encargarme de la limpieza después de la ejecución.

A menudo hablo sin pararme a pensar. Normalmente sale bien. A veces da lugar a obras maestras de la improvisación, como el Renacimiento o el movimiento Beat. Esperaba que esa fuera una de esas ocasiones.

—¡Pero antes —dije—, escuchad mi ruego, oh, compasivos blemias!

El policía al que Leo había quemado bajó el arma. Unas ascuas verdes de fuego griego todavía ardían en la barba de su barriga.

—¿A qué viene eso de «escuchad mi ruego»?

—Bueno —contesté—, es costumbre escuchar las últimas palabras de un hombre que va a morir... o un dios o un semidiós o... ¿qué te consideras, Calipso? ¿Una titana? ¿Una semititana?

Calipso se aclaró la garganta con un ruido que sonó sospechosamente como

«idiota».

—Lo que Apolo quiere decir, oh, compasivos blemias, es que el protocolo exige que nos concedáis unas últimas palabras antes de matarnos. Estoy segura de que no queréis ser maleducados.

Los blemias se quedaron horrorizados. Sus sonrisas cordiales desaparecieron, y negaron con sus cabezas mecánicas. Nanette avanzó arrastrando los pies, con las manos levantadas en actitud apaciguadora.

—¡Por supuesto que no! Somos muy educados.

—Educadísimos —convino el policía.

—Gracias —dijo Nanette.

—De nada —contestó el policía.

—¡Escuchad, pues! —grité—. Amigos, amienemigos, blemias... ¡abrid las axilas y oíd mi triste historia!

Leo dio otro paso atrás, con las manos en los bolsillos de su cinturón portaherramientas. Otros cincuenta y siete o cincuenta y ocho pasos, y llegaría a la excavadora. Fantástico.

—¡Soy Apolo! —comencé—. ¡Antiguo dios! ¡Caí del Olimpo expulsado por Zeus, acusado injustamente de provocar una guerra con los gigantes!

—Voy a vomitar —murmuró Calipso—. Deja que me siente.

—Me estás fastidiando el ritmo.

—Tú me estás fastidiando los tímpanos. ¡Deja que me siente!

Senté a Calipso con cuidado en el muro de contención de la fuente.

Nanette levantó su señal de tráfico.

—¿Has terminado? ¿Puedo mataros ya?

—¡No, no! —dije—. Estoy, ejem, ayudando a Calipso a sentarse para... para que pueda hacer de coro. Toda representación griega que se precie necesita un coro.

La mano de Calipso parecía una berenjena aplastada. Se le había hinchado el tobillo alrededor de la parte superior de la zapatilla. No me imaginaba cómo iba a seguir consciente, y mucho menos hacer de coro, pero ella consiguió respirar de forma trémula y asintió con la cabeza.

—Lista.

—¡Atended! —dije—. ¡Llegué al Campamento Mestizo como Lester Papadopoulos!

—¡Un mortal patético! —dijo Calipso a coro—. ¡El más despreciable de los adolescentes!

Le lancé una mirada asesina, pero no me atreví a volver a interrumpir mi actuación.

—¡Superé muchos desafíos con mi compañera, Meg McCaffrey!

—¡Se refiere a su ama! —añadió Calipso—. ¡Una niña de doce años! ¡Contemplad a su patético esclavo, Lester, el más despreciable de los adolescentes!

El policía resopló impaciente.

—Ya sabemos todo eso. El emperador nos lo dijo.

—Chis —dijo Nanette—. Sea educado.

Posé la mano sobre mi corazón.

—¡Protegimos la Arboleda de Dodona, un antiguo Oráculo, y frustramos los planes de Nerón! Pero lamentablemente Meg McCaffrey huyó de mí. ¡Su malvado padrastro le había inoculado veneno en la mente!

—¡Veneno! —gritó Calipso—. ¡Como el aliento de Lester Papadopoulos, el más despreciable de los adolescentes!

Resistí las ganas de empujar a Calipso al parterre.

Mientras tanto, Leo se dirigía a la excavadora con el pretexto de interpretar un número de danza, dando vueltas mientras abría la boca y acompañaba mis palabras de gestos. Parecía una bailarina flipada en calzoncillos, pero los blemias se apartaban educadamente para dejarle pasar.

—¡Atended! —grité—. El Oráculo de Dodona nos ofreció una profecía: ¡una quintilla terrible!

—¡Terrible! —repitió Calipso—. Como las aptitudes de Lester, el más despreciable de los adolescentes.

—Cambia de adjetivo —mascullé, y seguí recitando para mi público—: ¡Viajamos hacia el oeste en busca de otro Oráculo, y por el camino luchamos contra muchos enemigos temibles! ¡Vencimos a los cíclopes!

Leo saltó al estribo de la excavadora. Levantó dramáticamente su grapadora y grapó dos veces al operario de la excavadora en los pectorales, donde estarían sus ojos reales. No debió de resultar agradable, ni siquiera para una especie tan resistente como los blemias. El operario gritó y se llevó las manos al pecho. Leo lo apartó del asiento del conductor de una patada.

—¡Eh! —gritó el agente de policía.

—¡Esperad! —les imploré—. Nuestro amigo solo os está ofreciendo una interpretación dramática de cómo derrotamos a los cíclopes. ¡Está permitido mientras se cuenta una historia!

La multitud se movió indecisa.

—Son unas últimas palabras muy largas —se quejó Nanette—. ¿Cuándo podré machacaros la cabeza?

—Pronto —prometí—. Como iba diciendo... ¡viajamos al oeste!

Levanté otra vez a Calipso con muchos quejidos por su parte (y unos pocos por la mía).

—¿Qué haces? —murmuró.

—Colabora un poco —dije—. ¡Atended, amienemigos! ¡Contemplad cómo viajamos!

Los dos nos dirigimos tambaleándonos a la excavadora. Las manos de Leo se movían a toda velocidad sobre los mandos. El motor arrancó ruidosamente.

—¡Esto no es ninguna historia! —protestó el agente de policía—. ¡Se están

escapando!

—¡No, para nada! —Subí a Calipso a la excavadora de un empujón y trepé detrás de ella—. Viajamos muchas semanas así...

Leo dio marcha atrás. «Piii. Piii. Piii». La pala de la excavadora empezó a levantarse.

—Imaginaos que estáis en el Campamento Mestizo —grité al gentío—, y que nosotros partimos de viaje.

Me percaté de mi error. Había pedido a los blemias que imaginasen. Ellos no eran capaces de eso.

—¡Detenedlos! —El agente de policía levantó la pistola. Su primer disparo rebotó en la pala metálica de la excavadora.

—¡Escuchad, amigos míos! —imploré—. ¡Abrid vuestras axilas!

Pero habíamos agotado su cortesía. Un cubo de basura pasó volando por encima de nuestras cabezas. Un hombre de negocios cogió una urna decorativa de piedra de la esquina de la fuente, la lanzó en dirección a nosotros y arrasó la ventana de la fachada del hotel.

—¡Más deprisa! —le dije a Leo.

—Lo intento, tío —murmuró él—. Este trasto no se hizo para correr.

Los blemias se acercaban.

—¡Cuidado! —gritó Calipso.

Leo viró justo a tiempo para desviar con la pala de la excavadora un banco de hierro forjado. Lamentablemente, eso nos expuso a otro ataque. Nanette lanzó su señal de tráfico como un arpón. El poste metálico perforó el chasis de la excavadora en medio de una explosión de vapor y grasa, y nuestro vehículo de escape se paró a sacudidas.

—Estupendo —dijo Calipso—. Y ahora, ¿qué?

Ese habría sido un magnífico momento para recuperar mi fuerza divina. Podría haber entrado en combate apartando a mis enemigos como muñecas de trapo. Sin embargo, pareció que mis huesos se licuasen y formasen un charco en mis zapatillas. Me temblaban tanto las manos que dudaba que pudiera desenvolver el arco aunque lo intentase. Oh, que mi gloriosa vida terminase de esa forma... ¡aplastado por gente educada sin cabeza del Medio Oeste!

Nanette saltó al capó de la excavadora y me ofreció una vista horrenda del interior de sus fosas nasales. Leo trató de fulminarla con llamas, pero esta vez Nanette estaba preparada. Abrió la boca, se tragó la bola de fuego y no mostró más señal de sufrimiento que un pequeño eructo.

—No os preocupéis —nos dijo—. Nunca habríais accedido a la cueva azul. ¡El emperador la tiene demasiado vigilada! Es una lástima que tengáis que morir. ¡La fiesta de nombramiento es dentro de tres días, y tú y la chica vais a ser las principales atracciones de su desfile de esclavos!

Yo estaba demasiado asustado para asimilar del todo sus palabras. «La chica...».

¿Se refería a Meg? Por lo demás, solo había oído: «azul... morir... esclavos», un fiel resumen de mi existencia.

Sabía que era inútil, pero cogí el arco de mi hombro y empecé a desenvolverlo. De repente, una flecha brotó entre los ojos de Nanette. Bizqueó tratando de verla y se deshizo en polvo.

Me quedé mirando el arma tapada. Yo era un arquero rápido, sí, pero estaba seguro de que no había hecho ese disparo.

Un silbido agudo me llamó la atención. En medio de la plaza, encima de la fuente, se hallaba agachada una mujer con unos vaqueros desteñidos y un abrigo de invierno plateado. Un arco de abedul blanco brillaba en su mano. En la espalda tenía un carcaj lleno de flechas. Me dio un vuelco el corazón, creyendo que mi hermana Artemisa había venido a ayudarme por fin. Pero no, esa mujer tenía como mínimo sesenta años, con el pelo canoso recogido en un moño. Artemisa jamás aparecería de esa forma.

Por motivos que ella nunca me había revelado, Artemisa tenía aversión a aparentar más de veinte años. Yo le había dicho en incontables ocasiones que la belleza no tenía edad. Todas las revistas de moda del Olimpo te dirán que los cuatro mil son los nuevos mil, pero ella se niega a escuchar.

—¡Tiraos al suelo! —gritó la mujer canosa.

Por toda la plaza, en el asfalto, aparecieron unos círculos del tamaño de bocas de alcantarilla. Se abrieron como el iris de una cámara, y de su interior brotaron unas torretas: ballestas mecánicas que giraban y apuntaban en todas direcciones con sus punteros láser rojos.

Los blemias no intentaron ponerse a cubierto. Tal vez no se enteraban de nada. Tal vez esperaban que la mujer canosa dijera «por favor».

Yo, en cambio, no necesitaba ser un dios del tiro con arco para saber lo que se avecinaba. Derribé a mis amigos por segunda vez ese día. (Cosa que, mirando atrás, debo reconocer que me dio un poco de satisfacción). Caímos de la excavadora mientras las ballestas disparaban en medio de un frenesí de silbidos agudos.

Cuando me atreví a levantar la cabeza, no quedaba otro rastro de los blemias que montones de polvo y ropa.

La mujer canosa saltó de lo alto de la fuente. Considerando su edad, temí que se rompiera los tobillos, pero la anciana cayó grácilmente y se dirigió a nosotros con el arco a un lado.

Tenía la cara surcada de arrugas. La piel de debajo de la barbilla había empezado a colgarle. El dorso de sus manos estaba salpicado de manchas de la edad. Y sin embargo, se desenvolvía con la seguridad regia de una mujer que no tenía nada que demostrar. Sus ojos brillaban como la luz de la luna sobre el agua. Había algo en aquellos ojos que me resultaba muy familiar.

Me observó cinco segundos y movió la cabeza con gesto de asombro.

—Así que es cierto. Es usted Apolo.

Su tono no era el del habitual «¡Qué pasada, Apolo!» al que estaba acostumbrado. Dijo mi nombre como si me conociera personalmente.

—¿Nos-nos conocemos?

—Usted no me recuerda —dijo ella—. No, no creo. Llámeme Emmie. Y el fantasma que han visto es Agamedes. Él les ha traído hasta nosotras.

Definitivamente el nombre de Agamedes me sonaba, pero, como siempre, no podía ubicarlo. Mi cerebro humano seguía mostrando el irritante mensaje de «memoria llena», pidiéndome que borrara varios siglos de experiencias antes de continuar.

Emmie miró a Leo.

—¿Qué haces tú en ropa interior?

Leo suspiró.

—Ha sido una larga mañana, abuela, pero gracias por la ayuda. Esas torretas de ballestas son alucinantes.

—Gracias... supongo.

—Sí, y ya que está, ¿podría ayudarnos con Cal? —continuó Leo—. No se encuentra muy bien.

Emmie se agachó junto a Calipso, cuya tez había adquirido el color del cemento. La hechicera tenía los ojos cerrados y respiraba entrecortadamente.

—Está gravemente herida. —Emmie frunció el ceño mientras estudiaba el rostro de Calipso—. ¿Has dicho que se llama Cal?

—Calipso —dijo Leo.

—Ah. —Las arrugas de preocupación de Emmie se hicieron más profundas—. Eso lo explica. Se parece mucho a Zoë.

Un cuchillo se retorció dentro de mí.

—¿Zoë Belladona?

En su estado febril, Calipso murmuró algo que no distinguí: tal vez el apellido «Belladona».

Durante siglos, Zoë había sido la teniente de Artemisa, la líder de sus cazadoras. Había muerto en combate hacía unos años. Yo no sabía si Calipso y Zoë se habían conocido, pero eran medio hermanas, pues ambas eran hijas del titán Atlas. Nunca me había planteado lo mucho que se parecían.

Observé a Emmie.

—Si conoció usted a Zoë, debe de ser una de las cazadoras de mi hermana, pero no puede ser. Usted está...

Me interrumpí antes de decir «vieja y en las últimas». Las cazadoras no envejecían ni morían, a menos que fueran eliminadas en combate. Saltaba a la vista que esa mujer era mortal. Podía percibir cómo su energía vital se debilitaba... tristemente como la mía; de un modo completamente opuesto al de los seres inmortales. Es difícil explicar cómo lo sabía, pero no me cabía la menor duda, como al detectar con el oído la diferencia entre una quinta perfecta y una quinta disminuida.

A lo lejos gemían sirenas de urgencias. Me di cuenta de que estábamos manteniendo esa conversación en medio de una pequeña zona de desastre. Los mortales, o los blemias, no tardarían en llegar.

Emmie chasqueó los dedos. Las torretas se retiraron por toda la plaza. Los portales se cerraron como si nunca hubieran existido.

—Tenemos que dejar las calles —dijo Emmie—. Vengan, les llevaré a la Estación de Paso.

Ningún edificio
debería ser un secreto para Apolo
ni echarle ladrillos encima

No tuvimos que ir muy lejos.

Cargando de Calipso entre los dos, Leo y yo seguimos a Emmie hasta el edificio grande y elaborado del extremo sur de la plaza. Como yo sospechaba, había sido una estación de tren en algún momento. Grabadas en granito debajo del rosetón se hallaban las palabras UNION STATION.

Emmie no entró por la entrada principal. Se desvió a la derecha y se detuvo delante de una pared. Deslizó un dedo entre los ladrillos siguiendo el contorno de una puerta. El mortero se agrietó y se disolvió. Una puerta recién cortada se abrió hacia dentro y dejó a la vista un estrecho conducto parecido a una chimenea con peldaños metálicos que subían.

—Bonito truco —dijo Leo—, pero Calipso no está precisamente en condiciones de trepar por una pared.

Emmie frunció el ceño.

—Tienes razón. —Se volvió hacia la puerta—. Estación de Paso, ¿nos pones una rampa, por favor?

Los peldaños metálicos desaparecieron. La pared interior del conducto se inclinó hacia atrás con un rumor leve, y los ladrillos se dispusieron en forma de suave cuesta arriba.

—Hala —dijo Leo—. ¿Acaba de hablar con el edificio?

Una sonrisa tiró de la comisura de la boca de Emmie.

—La Estación de Paso es más que un edificio.

De repente, no me hizo gracia el aspecto de la rampa.

—¿Es una estructura viva? ¿Como el Laberinto? ¿Y espera usted que entremos?

La mirada que vi en los ojos de Emmie fue definitivamente la de una cazadora. Solo las seguidoras de mi hermana se atreverían a ponerme tan mala cara.

—La Estación de Paso no es obra de Dédalo, lord Apolo. Es totalmente segura... mientras sigan siendo nuestros invitados.

Su tono hacía pensar que mi bienvenida era de prueba. Detrás de nosotros, las sirenas sonaban más fuerte. Calipso inspiraba entrecortadamente. Concluí que no teníamos muchas opciones. Seguimos a Emmie al edificio.

En las paredes aparecieron luces: cálidas velas amarillas que parpadeaban en

candelabros de bronce. Unos seis metros rampa arriba, una puerta se abrió a nuestra izquierda. Dentro vislumbré una enfermería que mi hijo Asclepio habría envidiado: un armario totalmente abastecido de medicamentos, instrumentos quirúrgicos e ingredientes para preparar pociones; una cama de hospital con monitores incorporados, interfaz gráfica para personal de asistencia y elevador bariátrico de paciente. Hileras de plantas medicinales se secaban contra la pared al lado de la máquina portátil de resonancia magnética. Y en el rincón del fondo había un hábitat acristalado lleno de serpientes venenosas.

—Caramba —dije—. Tienen una enfermería con tecnología punta.

—Sí —convino Emmie—. Y la Estación de Paso me está diciendo que debería atender a su amiga de inmediato.

Leo asomó la cabeza en la enfermería.

—¿Quiere decir que esta habitación ha aparecido sin más?

—No —contestó Emmie—. Bueno, sí. Siempre ha estado aquí, pero... es más fácil de encontrar cuando la necesitamos.

Leo asintió con la cabeza pensativamente.

—¿Cree que la Estación de Paso podría organizar mi cajón de los calcetines?

Un ladrillo cayó del techo y aterrizó con un ruido sordo a los pies de Leo.

—Eso es un no —interpretó Emmie—. Y ahora, si me dejas a tu amiga, por favor.

—Ejem... —Leo señaló el hábitat de cristal—. Ahí dentro tienen serpientes. Digo yo.

—Cuidaré bien de Calipso —prometió Emmie.

Nos quitó a Calipso levantando a la hechicera en brazos sin aparente esfuerzo.

—Sigán adelante. Encontrarán a Jo en lo alto de la rampa.

—¿Jo? —pregunté.

—La reconocerán enseguida —prometió Emmie—. Ella les explicará el funcionamiento de la Estación de Paso mejor que yo.

Llevó a la hechicera a la enfermería. La puerta se cerró detrás de ella.

Leo me miró frunciendo el ceño.

—¿Serpientes?

—Oh, sí —le dije en tono tranquilizador—. Por algo el símbolo de la medicina es una serpiente en un báculo. El veneno fue una de las primeras curas.

—Ah. —Leo se miró los pies—. ¿Crees que por lo menos podré quedarme este ladrillo?

Un ruido sordo sonó en el pasillo.

—Yo lo dejaría ahí —propuse.

—Sí, creo que voy a dejarlo.

Unos metros más adelante, otra puerta se abrió a nuestra derecha.

Dentro, la luz del sol se filtraba a través de unas cortinas de encaje rosa e iluminaba el suelo de madera noble de una habitación infantil. En una cama cómoda y calentita había montones de edredones acolchados, cojines y animales de peluche.

Las paredes de color crema habían servido de lienzo a unos dibujos pintados con lápices de colores: personas dibujadas como monigotes, árboles, casas, animales retozones que podrían haber sido perros o caballos o llamas. En la pared de la izquierda, enfrente de la cama, un sol sonreía sobre un campo de flores alegres pintadas con lápices de colores. En el centro, una niña dibujada como un muñeco de palitos se hallaba entre dos figuras paternas más grandes: los tres con las manos cogidas.

Los dibujos de la pared me recordaron la caverna de las profecías de Rachel Elizabeth Dare en el Campamento Mestizo. Mi Oráculo de Delfos había disfrutado pintando su cueva con imágenes que había visto en sus visiones... antes de que su poder oracular dejara de funcionar, claro está. (Yo no tenía nada que ver. Échale la culpa a esa serpiente gigante, Pitón).

La mayoría de los dibujos del cuarto parecían típicos de un niño de siete u ocho años. Sin embargo, en el rincón más apartado de la pared del fondo, el joven artista había decidido infligir una plaga de pesadilla a su mundo de lápices de colores. Se avecinaba una tormenta negra de garabatos. Ceñudas figuras de palitos amenazaban a las llamas con cuchillos triangulares. Florituras oscuras tachaban un arco iris de colores primarios. Garabateada sobre el campo de hierba verde había una enorme esfera oscura como un estanque negro... o la entrada de una cueva.

Leo retrocedió.

—No sé, tío. Creo que no deberíamos entrar.

Me preguntaba por qué la Estación de Paso había decidido mostrarnos esa habitación. ¿Quién vivía allí? O, mejor dicho, ¿quién había vivido allí? A pesar de sus alegres cortinas rosa y del montón de animales de peluche que había sobre la pulcra cama, el cuarto parecía abandonado, conservado como una pieza de un museo.

—Sigamos adelante —convine.

Finalmente, en lo alto de la rampa, fuimos a dar a una sala catedralicia. Arriba había un techo curvado de tallas de madera, con brillantes vidrieras de colores que creaban dibujos geométricos verdes y dorados. En el otro extremo de la sala, el rosetón que había visto fuera proyectaba sombras como líneas de diana en el suelo de cemento pintado. A nuestra izquierda y derecha, había pasarelas elevadas con barandillas de hierro forjado, y las paredes estaban llenas de elegantes lámparas victorianas. Debajo de las barandillas, una serie de puertas llevaba a otras habitaciones. Media docena de escaleras de mano subían a la recargada moldura situada en la base del techo, cuya cornisa estaba llena de perchas con algo que parecía heno para gallinas muy grandes. Todo el lugar desprendía un leve aroma animal, aunque me recordaba más una perrera que un gallinero.

En un rincón de la sala principal había una reluciente cocina lo bastante grande para acoger varios concursos culinarios de famosos. Grupos de sofás y cómodos sillones se amontonaban aquí y allá. En el centro de la sala se hallaba una enorme mesa de madera de secoya toscamente labrada con asientos para veinte personas.

Debajo del rosetón parecía que hubieran arrojado al azar el contenido de varios talleres: sierras de mesa, taladros, tornos, hornos, yunques, impresoras 3D, máquinas de coser, calderos y varios aparatos industriales más cuyos nombres no conocía. (No me juzgues. No soy Hefesto).

Encorvada sobre una máquina de soldar, lanzando chispas por el soplete mientras trabajaba con una plancha de metal, había una mujer musculosa con una máscara metálica, un delantal de cuero y unos guantes.

No sé cómo reparó en nuestra presencia. Tal vez la Estación de Paso le arrojó un ladrillo a la espalda para llamarle la atención. El caso es que miró en dirección a nosotros, apagó el soplete y se levantó la máscara.

—¡Que me aspen! —Rio a carcajadas—. ¿Es ese Apolo?

Se quitó el equipo de protección y se acercó con paso pesado. Al igual que Emmie, tenía sesenta y tantos años, pero mientras que Emmie poseía el físico de una antigua gimnasta, esa mujer tenía la constitución de una luchadora. Sus anchos hombros y sus brazos morenos y bien definidos se hallaban embutidos en un polo rosa desteñido. En los bolsillos de su peto vaquero había llaves inglesas y destornilladores. En contraste con la piel de color pardo oscuro de su cuero cabelludo, su pelo canoso rapado relucía como la escarcha.

Estiró la mano.

—No se acordará de mí, lord Apolo. Soy Jo. O Josie. O Josephine. Como usted desee.

Con cada versión de su nombre, me apretaba más fuerte la mano. No la habría retado a un pulso (aunque con sus dedos rollizos, dudaba que pudiera tocar la guitarra tan bien como yo, de modo que estábamos en paz). Su cara de mandíbula cuadrada habría resultado intimidante de no ser por sus ojos alegres y brillantes. Le temblaba la boca como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no echarse a reír a carcajadas.

—Sí —dije con voz de pito, alargando la mano—. O sea, no. Me temo que no me acuerdo. Le presento a Leo.

—¡Leo! —La mujer le estrujó la mano con entusiasmo—. Soy Jo.

De repente, todas esas personas con nombres acabados en o —Jo, Leo, Calipso, Apolo— me hacían sentir como si mi seña de identidad se estuviera diluyendo. Daba gracias a los dioses por que no estuviéramos en Ohio.

—Creo que la llamaré Josephine —decidí—. Es un nombre precioso.

Josephine se encogió de hombros.

—Por mí, vale. ¿Dónde está su amiga Calipso?

—Un momento —dijo Leo—. ¿Conoce usted a Calipso?

Josephine se dio unos golpecitos en la sien izquierda.

—La Estación de Paso me dice cosas.

—Oooh. —Leo abrió mucho los ojos—. Mola.

Yo no estaba tan seguro. Normalmente, cuando alguien decía que un edificio hablaba con él, me alejaba de esa persona lo más rápido posible. Por desgracia, creía

a Josephine. Y también tenía la sensación de que íbamos a necesitar su hospitalidad.

—Calipso está en la enfermería —expliqué—. Se ha roto la mano. Y el pie.

—Ah. —Los ojos de Josephine brillaron tenuemente—. Sí, veo que han conocido a los vecinos.

—¿Se refiere a los blemias? —Me imaginé a la clase de vecinos que te visitaban para pedirte prestada una llave inglesa, o para ofrecerte galletas de las Girl Scouts, o para asesinar a alguien—. ¿Tienen problemas con ellos a menudo?

—No solemos tenerlos. —Josephine suspiró—. Los blemias son bastante inofensivos si eres educado con ellos. No tienen imaginación para organizar un ataque. Pero desde el año pasado...

—A ver si lo adivino —dije—. ¿Indianápolis tiene un nuevo emperador?

Una oleada de ira recorrió el rostro de Josephine y me hizo entrever cómo sería estar a malas con ella. (Una pista: no sería indoloro).

—Será mejor que no hablemos del emperador hasta que Emmie y su amiga estén con nosotros —dijo—. Cuando no está Emmie delante para tranquilizarme... me pongo nerviosa.

Asentí con la cabeza. Evitar que Josephine se pusiera nerviosa me parecía un plan magnífico.

—Pero ¿estamos a salvo aquí?

Leo alargó la palma de la mano como para comprobar si llovían ladrillos del techo.

—Yo me hago la misma pregunta. Hemos atraído a una masa furiosa a la puerta de su casa.

Josephine restó importancia a nuestra preocupación con un gesto de la mano.

—No se preocupen. Las fuerzas del emperador llevan meses buscándonos. La Estación de Paso no es fácil de encontrar a menos que alguien te invite.

—Ah. —Leo dio unos golpecitos en el suelo con el pie—. Entonces, ¿usted fue la que diseñó este sitio? Porque es alucinante.

Josephine rio entre dientes.

—Ojalá. Lo diseñó un semidiós arquitecto con mucho más talento que yo. Construyó la Estación de Paso en la década de mil ochocientos ochenta, durante la primera época del ferrocarril transcontinental. Estaba pensada como refugio para semidioses, sátiros, cazadoras... para cualquiera que necesitara refugiarse aquí, en medio del campo. Emmie y yo tenemos suerte de ser las cuidadoras actuales.

—Nunca había oído hablar de este sitio —gruñí.

—Bueno... no queremos llamar la atención. Son órdenes de *lady* Artemisa. Solo informamos de lo estrictamente necesario.

Como dios, yo tenía que estar informado de todo, pero era típico de Artemisa guardarse detalles como ese. Siempre estaba preparándose para el fin del mundo, ocultando cosas a los demás dioses, como provisiones, refugios de emergencia y pequeños Estados nación.

—Supongo que este sitio ya no es una estación de tren. ¿Qué creen los mortales que es?

Josephine sonrió.

—Estación de Paso, suelo transparente, por favor.

El cemento manchado se esfumó bajo nuestros pies. Di un salto hacia atrás como si hubiera pisado una sartén caliente, pero en realidad el suelo no había desaparecido. Simplemente se había vuelto translúcido. A nuestro alrededor, las alfombras, los muebles y las herramientas parecían flotar dos pisos por encima de la planta baja, donde había veinte o treinta mesas de banquete dispuestas para algún tipo de acto.

—El espacio habitable ocupa el piso superior del gran salón —dijo Josephine—. La zona de debajo de nosotros fue antiguamente el vestíbulo principal de la estación. Ahora los mortales la alquilan para celebrar bodas y fiestas y esas cosas. Cuando miran arriba...

—Camuflaje adaptable —aventuró Leo—. Ven una imagen del techo, pero no las ven a ustedes. ¡Genial!

Josephine asintió con la cabeza, visiblemente satisfecha.

—Aquí se está tranquilo la mayor parte del tiempo, aunque los fines de semana hay jaleo. Como tenga que oír a otra orquesta tocar «Thinking Out Loud», puede que les tire un yunque.

Señaló el suelo, que inmediatamente se volvió otra vez de cemento opaco.

—Y ahora, chicos, con vuestro permiso, tengo que terminar un proyecto en el que estoy trabajando. No quiero que las planchas metálicas se enfríen sin soldarlas como es debido. Después...

—Eres hija de Hefesto, ¿verdad? —dijo Leo.

—De Hécate, en realidad.

Leo parpadeó.

—¡Venga ya! Pero ese taller molón que tienes...

—La construcción mágica es mi especialidad —dijo Josephine—. Mi padre, mi padre mortal, era mecánico.

—¡Genial! —exclamó Leo—. ¡Mi madre era mecánica! Oye, ¿podría utilizar tus herramientas? He dejado a mi dragón en el capitolio y...

—Ejem —lo interrumpí. A pesar de las ganas que tenía de recuperar a Festo, no creía que una maleta imposible de abrir y casi indestructible supusiera un peligro inmediato. Además, temía que si Leo y Josephine se ponían a charlar, acabasen debatiendo sobre las maravillas de los tornillos con arandelas dentados y yo me muriese de aburrimiento—. Josephine, antes dijo «después»...

—Sí —convino Josephine—. Dadme unos minutos. Luego os acompañaré a los cuartos de los huéspedes y, ejem, le daré algo de ropa a Leo. Por desgracia, ahora tenemos muchas habitaciones libres.

Me preguntaba por qué eso era una desgracia. Entonces me acordé de la habitación infantil vacía por la que habíamos pasado. Algo me decía que tal vez fuera

preferible no preguntar por el tema.

—Agradecemos tu ayuda —le dije a Josephine—. Pero sigo sin entenderlo. Dices que Artemisa sabe de la existencia de este sitio. ¿Tú y Emmie sois... o erais... cazadoras?

Los músculos del cuello de Josephine se tensaron contra su polo rosa.

—Lo éramos.

Fruncí el entrecejo. Siempre había considerado a las seguidoras de mi hermana una especie de mafia compuesta exclusivamente por doncellas. Una vez que entrabas, ya no salías... salvo en un bonito ataúd de plata.

—Pero...

—Es una larga historia —me interrumpió Josephine—. Será mejor que os la cuente Hemítea.

—¿Hemítea? —El nombre me impactó como uno de los ladrillos de la Estación de Paso. Me sentí como si la cara me resbalara al centro del pecho, como a los blemias. De repente comprendí por qué Emmie me sonaba tanto. No me extrañaba que me hubiera sentido tan inquieto—. Emmie. Diminutivo de Hemítea. ¿La auténtica Hemítea?

Josephine miró a un lado y a otro.

—¿De verdad no lo sabes? —Ella señaló con el dedo por encima del hombro—. Bueno... me voy a seguir soldando. Hay comida y bebida en la cocina. Estáis en vuestra casa.

Se retiró apresuradamente a su taller.

—Jo —murmuró Leo—. Cómo mola.

—Bah.

Leo arqueó las cejas.

—¿Tú y Hemítea fuisteis pareja hace tiempo? Cuando has oído su nombre, se te ha quedado la cara como si te hubieran dado una patada en la entrepierna.

—Leo Valdez, en cuatro mil años, nadie se ha atrevido a darme una patada en la entrepierna. Si te refieres a que me he quedado ligeramente sorprendido, es porque conocí a Hemítea cuando era una joven princesa en la antigua Grecia. Nunca fuimos pareja. Sin embargo, yo soy quien la hizo inmortal.

Leo desvió la vista al taller, donde Josephine había empezado a soldar otra vez.

—Creía que todas las cazadoras se volvían inmortales cuando juraban lealtad a Artemisa.

—Me has entendido mal —dije—. Convertí a Hemítea en inmortal antes de que se hiciera cazadora. De hecho, la transformé en diosa.

¿Te cuento una historia?
También puedo desmayarme
y retorcerme en el sofá

En ese momento Leo tenía que haberse sentado a mis pies y escuchar, embelesado, cómo yo le relataba la historia.

En cambio, señaló vagamente el taller con la mano.

—Sí, claro. Voy a ver la fragua.

Y me dejó solo.

Los semidioses de hoy. La culpa de su limitada capacidad de concentración la tienen los medios de comunicación. Es muy triste que ni siquiera puedas pararte a escuchar a un dios soltar una perorata.

Lamentablemente, la historia insistía en ser recordada. Voces, rostros y emociones de hacía tres mil años inundaron mi mente y se apoderaron de mis sentidos con tal fuerza que estuve a punto de desmayarme.

A lo largo de las últimas semanas, durante nuestro viaje hacia el oeste, esas visiones me habían asaltado con una frecuencia alarmante. Tal vez era porque mis defectuosas neuronas humanas trataban de procesar recuerdos divinos. Tal vez Zeus me estaba castigando con vivas evocaciones de mis fracasos más sonados. O tal vez simplemente mi etapa como mortal me estaba volviendo loco.

En cualquier caso, apenas había llegado al sofá más cercano cuando me desplomé.

Era vagamente consciente de que Leo y Josephine se encontraban en el puesto de soldadura, Josephine con el equipo de soldadora y Leo en calzoncillos, charlando del trabajo en el que Josephine estaba ocupaba. No parecía que se percatasen de mi angustia.

Entonces los recuerdos me envolvieron.

Me vi flotando sobre el antiguo Mediterráneo. Centelleantes aguas azules se extendían hasta el horizonte. Un viento cálido y salado me elevaba. Justo debajo, los acantilados blancos de Naxos se alzaban de entre las olas como las barbas de la boca de una ballena.

Dos chicas huían de un pueblo a unos trescientos metros tierra adentro en dirección al borde del acantilado, perseguidas de cerca por una muchedumbre armada. Los vestidos blancos de las chicas se henchían, y su largo cabello moreno se agitaba al viento. A pesar de ir descalzas, el terreno rocoso no les hacía aminorar la

marcha. Bronceadas y ágiles, saltaba a la vista que estaban acostumbradas a correr por el campo, pero se dirigían a un callejón sin salida.

A la cabeza del grupo, un hombre corpulento con túnica roja gritaba y agitaba el mango de una vasija de cerámica rota. Una corona de oro brillaba sobre su frente. En su barba gris había manchas de vino.

Recordé su nombre: Estáfilo, rey de Naxos. Hijo semidivino de Dioniso, Estáfilo había heredado los peores rasgos de su padre y ni un ápice de su espíritu festivo. Presa de un ataque de furia provocado por el alcohol, gritaba que sus hijas habían roto su mejor ánfora de vino y que por eso, como era natural, tenían que morir.

—¡Os mataré a las dos! —gritaba—. ¡Os haré pedazos!

Si las chicas hubieran roto un violín Stradivarius o una armónica bañada en oro, habría entendido su ira. Pero ¿una vasija de vino?

Las chicas siguieron corriendo, pidiendo ayuda a gritos a los dioses.

Normalmente un episodio como ese no habría sido de mi incumbencia. La gente pedía ayuda a los dioses continuamente. Casi nunca ofrecían nada interesante a cambio. Probablemente yo habría sobrevolado la escena pensando: «Vaya por los dioses, qué lástima. Uy. ¡Eso ha debido de doler!», y luego me habría ocupado de mis asuntos.

Sin embargo, ese día en concreto yo no volaba sobre Naxos por casualidad. Iba a ver a la espectacular Reo —la hija mayor del rey—, de la que daba la casualidad de que estaba enamorado.

Ninguna de las chicas de debajo era Reo. Se trataba de sus hermanas pequeñas Partenos y Hemítea. Aun así, dudaba que Reo valorase positivamente que me negase a ayudar a sus hermanas de camino a nuestra importante cita. «Eh, nena. Acabo de ver a tus hermanas despeñarse y morir de la caída. ¿Quieres ver una peli o algo?».

Pero si ayudaba a sus hermanas, en contra de los deseos de su homicida padre y delante de un montón de testigos, requeriría intervención divina. Habría que hacer papeleo, y las Tres Moiras lo exigirían todo por triplicado.

Mientras yo deliberaba, Partenos y Hemítea corrieron hacia el acantilado. Debían de haberse dado cuenta de que no tenían adónde ir, pero no aflojaron el paso.

—¡Ayúdenos, Apolo! —gritó Hemítea—. ¡Nuestro destino está en sus manos!

Entonces, cogiéndose de las manos, las dos hermanas saltaron al vacío.

Qué demostración de fe... ¡Me quedé sin aliento!

Podría haber dejado que se estampasen contra el mar después de confiarme sus vidas. Vamos a ver, ¿Hermes? Sí, él podría haberlas dejado morir. Le habría parecido graciosísimo. Hermes es un granuja retorcido. Pero ¿Apolo? No. ¡Yo tenía que rendir homenaje a semejante valor y gallardía!

Partenos y Hemítea no llegaron a tocar la superficie del agua. Estiré las manos, les lancé un potente rayo y les infundí parte de mi fuerza vital divina. ¡Oh, qué envidia deberían darte esas chicas! Las jóvenes relucieron y desaparecieron con un destello dorado, llenas de un calor hormigueante y un nuevo poder, y ascendieron

envueltas en una nube de purpurina digna de Campanilla.

Convertir a alguien en dios no es algo baladí. Por regla general, el poder se reparte de arriba abajo, de modo que teóricamente cualquier dios puede crear a un nuevo dios con menos poder que él. Sin embargo, eso exige sacrificar parte de la propia divinidad, una pequeña cantidad de lo que te define, de modo que los dioses no acostumbamos a conceder ese favor. Y cuando lo hacemos, normalmente solo creamos dioses muy menores, como yo hice con Partenos y Hemítea: el paquete de inmortalidad básico con unos cuantos accesorios. (Aunque incluí la garantía extendida porque soy un tío majo).

Sonriendo de gratitud, Partenos y Hemítea acudieron volando a mi encuentro.

—¡Gracias, lord Apolo! —dijo Partenos—. ¿Le envía Artemisa?

Mi sonrisa vaciló.

—¿Artemisa?

—¡Debe de haberle enviado ella! —dijo Hemítea—. Mientras caíamos, supliqué: «¡Ayúdenos, Artemisa!».

—No —repuse—. Gritaste: «¡Ayúdenos, Apolo!».

Las chicas se miraron.

—Ejem... no, milord —dijo Hemítea.

Yo estaba seguro de que ella había dicho mi nombre. Sin embargo, al volver la vista atrás, me dio por pensar si habían sido imaginaciones mías. Los tres nos miramos fijamente. El clásico momento en que conviertes a dos chicas en inmortales y descubres que ellas no te habían invocado... Qué violento.

—¡Bueno, no importa! —dijo Hemítea alegremente—. ¡Le debemos mucho, y ahora podemos hacer realidad nuestros mayores deseos!

Yo esperaba que dijera: «¡Podemos servir a Apolo toda la eternidad y llevarle una toalla con aroma a limón antes de cada comida!».

En cambio, Partenos dijo:

—¡Sí, nos haremos miembros de las cazadoras de Artemisa! ¡Gracias, Apolo!

Emplearon sus nuevos poderes para volatilizarse y me dejaron solo con la turba furiosa de habitantes de Naxos que gritaban y agitaban los puños hacia el mar.

¿Lo peor de todo? Que Reo, la hermana de las chicas, rompió conmigo una semana más tarde.

A lo largo de los siglos, vi alguna que otra vez a Hemítea y Partenos en la comitiva de Artemisa. La mayoría de las veces nos evitábamos. Convertirlas en diosas menores era uno de esos errores benévolos sobre los que no me apetecía escribir canciones.

La visión cambió y se alteró sutilmente como la luz a través del rosetón de la Estación de Paso.

Me encontraba en un amplio piso de oro y mármol blanco. Más allá de los ventanales y de la terraza curva, las sombras de la tarde inundaban los desfiladeros formados por los rascacielos de Manhattan.

Había estado allí antes. Me llevaran adonde me llevarsen las visiones, siempre acababa en esa escena de pesadilla.

Recostado en un diván dorado, el emperador Nerón lucía un aspecto terriblemente resplandeciente con un traje morado, una camisa azul pastel y unos puntiagudos zapatos de piel de cocodrilo. Sobre su voluminosa panza mantenía en equilibrio un plato de fresas, que se metía en la boca de una en una con el meñique levantado para lucir el diamante de cien quilates de su anillo.

—Meg... —Movi6 la cabeza con gesto de tristeza—. Querida Meg. ¡Deberías estar más entusiasmada! Es tu oportunidad de redimirte, querida. No me decepcionarás, ¿verdad?

Su voz era suave y dulce como una fuerte nevada: la clase de nevada que va aumentando y echa abajo cables de alta tensión, hunde tejados y mata a familias enteras.

Delante del emperador, Meg McCaffrey parecía una planta marchita. El pelo moreno cortado a lo paje le caía lánguidamente alrededor de la cara. Se hallaba encogida y ataviada con su vestido camisero, las rodillas dobladas enfundadas en unas mallas amarillas mientras daba patadas sin fuerza al suelo de mármol con una zapatilla de caña alta roja. Tenía la cabeza agachada, pero advertí que se le habían roto las gafas con montura de ojos de gato desde nuestro último encuentro. Las puntas con diamantes falsos de cada junta estaban tapadas con cinta adhesiva.

Parecía muy pequeña y vulnerable bajo la mirada de Nerón. Me dieron ganas de correr a su lado. Me dieron ganas de aporrerar con el plato de fresas aquella máscara grotesca sin mentón y con barba en el cuello que Nerón tenía por cara. Lamentablemente, solo podía mirar, consciente de que esa escena ya había tenido lugar. La había contemplado varias veces en mis visiones durante las últimas semanas.

Meg no dijo nada, pero Nerón asintió con la cabeza como si hubiera contestado a su pregunta.

—Ve al oeste —le dijo—. Atrapa a Apolo antes de que encuentre el siguiente Oráculo. Si no puedes traérmelo vivo, mátalos.

Dobló el dedo meñique del anillo. Uno de los guardaespaldas imperiales de la fila que tenía detrás dio un paso adelante. Como todos los germani, era un hombre enorme. Sus musculosos brazos sobresalían de su coraza de cuero. Tenía el pelo castaño largo y despeinado. Su rostro duro habría dado miedo incluso sin el tatuaje de serpiente que se enroscaba alrededor de su cuello y subía por su mejilla derecha.

—Este es Vortigern —dijo Nerón—. Él te mantendrá... protegida.

El emperador paladeó la palabra «protegida» como si tuviera varios significados posibles, ninguno bueno.

—Viajarás también con otro miembro de la Casa Imperial por si, ejem, surgen dificultades.

Nerón volvió a flexionar el meñique. De las sombras de la escalera salió un

adolescente que parecía la clase de chico al que le gustaba salir de las sombras. El cabello moreno le caía sobre los ojos. Llevaba unos pantalones negros holgados, una camiseta negra sin mangas que parecía pensada para lucir músculos (a pesar de su ausencia de músculos) y tantas joyas de oro alrededor del cuello que parecía un auténtico ídolo religioso. De su cinturón colgaban tres dagas envainadas, dos a la derecha y una a la izquierda. El brillo rapaz de sus ojos me hacía sospechar que esos cuchillos no eran solo para impresionar.

En conjunto, el chico me recordaba algo a Nico di Angelo, el hijo de Hades, si Nico fuera un poco mayor, más cruel y hubiera sido criado por chacales.

—Ah, bien, Marco —dijo Nerón—. Enséñale a Meg vuestro destino, ¿quieres?

Marco sonrió fríamente. Levantó la palma de la mano, y encima de las puntas de sus dedos apareció una imagen brillante: un panorama a vista de pájaro de una ciudad que identifiqué como Indianápolis.

Nerón se metió otra fresa en la boca. La masticó despacio, dejando que el jugo le gotease por su mentón poco pronunciado. Decidí que si algún día volvía al Campamento Mestizo, convencería a Quirón de que cambiara de cultivo y plantara arándanos.

—Meg, querida —dijo Nerón—, quiero que lo consigas. Por favor, no fracasas. Si la Bestia vuelve a enfadarse contigo... —Se encogió de hombros en un gesto de impotencia. Su voz reflejaba sinceridad y preocupación—. No sé cómo podría protegerte. Encuentra a Apolo. Somételo a tu voluntad. Sé que puedes hacerlo. Y, querida, ten mucho cuidado en el palacio de nuestro amigo el Nuevo Hércules. Él no es tan caballeroso como yo. No te dejes contagiar por su obsesión con destruir la Casa de las Redes. Es totalmente secundaria. Cumple tu misión y vuelve rápido conmigo. —Nerón extendió los brazos—. Entonces volveremos a ser una familia feliz.

Marco abrió la boca, tal vez para hacer un comentario sarcástico, pero cuando habló lo hizo con la voz de Leo Valdez e interrumpió la visión.

—¡Apolo!

Dejé escapar un grito ahogado. Me encontraba otra vez en la Estación de Paso, tumbado en el sofá. De pie junto a mí, con el ceño fruncido de preocupación, estaban nuestras anfitrionas, Josephine y Emmie, junto con Leo y Calipso.

—He... he tenido un sueño. —Señalé débilmente a Emmie—. Y tú aparecías en él. Y... el resto de vosotros, no tanto, pero...

—¿Un sueño? —Leo sacudió la cabeza. Iba vestido con un mono sucio—. Tío, tenías los ojos totalmente abiertos. Estabas ahí tumbado retorciéndote. Te he visto tener visiones otras veces, pero no como esa.

Me di cuenta de que me temblaban los brazos. Me cogí la mano derecha con la izquierda, pero eso no hizo más que empeorar la situación.

—He... he oído algunos detalles, o cosas que no recordaba. Sobre Meg. Y los emperadores. Y...

Josephine me acarició la cabeza como si fuera un cocker.

—¿Seguro que estás bien, Solete? No tienes buena cara.

Hubo una época en que habría frito a cualquiera que me hubiera llamado «Solete». Después de recibir las riendas del carro solar del antiguo dios titán Helios, Ares me había llamado «Solete» durante siglos. Era una de las pocas bromas que él entendía (al menos, una de las pocas bromas inocentes).

—Estoy bien —le espeté—. ¿Qué pasa? ¿Ya te has curado, Calipso?

—En realidad, has estado horas inconsciente. —Ella levantó la mano que se había roto hacía poco, que ahora parecía como nueva, y movió los dedos—. Pero, sí, Emmie no tiene nada que envidiar a Apolo como curandera.

—Tenías que decirlo —mascullé—. ¿Quieres decir que llevo horas aquí tumbado y nadie se ha dado cuenta?

Leo se encogió de hombros.

—Estábamos algo ocupados hablando de trabajo. Seguramente no te habríamos visto tan pronto si alguien no hubiera querido hablar contigo.

—Ajá —convino Calipso, con una mirada de preocupación en los ojos—. Ha insistido mucho.

Señaló hacia el rosetón.

Al principio me pareció ver unos puntos naranja. Entonces me di cuenta de que una aparición flotaba hacia mí. Nuestro amigo Agamedes, el fantasma sin cabeza, había vuelto.

Oh, bola 8 mágica.
Tus profecías son un enorme fiasco.
A Leo le arde la oreja

El fantasma flotaba hacia nosotros. Su humor era difícil de discernir, ya que no tenía cara, pero parecía agitado. Me señaló con el dedo y acto seguido hizo una serie de gestos con las manos que no entendí: agitó los puños, entrelazó los dedos, ahuecó una mano como si sujetara una esfera. Entonces se detuvo al otro lado de la mesa de centro.

—¿Qué pasa, Quesito? —preguntó Leo.

Josephine resopló.

—¿Quesito?

—Sí, es naranja —dijo Leo—. ¿A qué se debe? ¿Y por qué no tiene cabeza?

—Leo —lo reprendió Calipso—. No seas grosero.

—Eh, es una pregunta razonable.

Emmie observó los gestos de las manos del fantasma.

—Nunca lo había visto tan excitado. Emite una luz naranja porque... Bueno, la verdad es que no tengo ni idea. En cuanto a lo de que no tiene cabeza...

—Su hermano le cortó la cabeza —contesté. El recuerdo surgió del oscuro amasijo de mi cerebro, aunque no me acordaba de los detalles—. Agamedes era el hermano de Trofonio, el espíritu del Oráculo Oscuro. Él... —Había algo más, algo que me hacía sentir muy culpable, pero no me acordaba.

Los demás me miraron fijamente.

—¿Que su hermano hizo qué? —preguntó Calipso.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió Emmie.

No sabía qué contestar. No estaba seguro de dónde había sacado la información, pero el fantasma me señalaba como diciendo: «Ese tío sabe lo que se cuece», o, lo que era más inquietante: «Es culpa tuya». A continuación volvió a hacer el gesto de sostener una esfera.

—Quiere la bola 8 mágica —interpretó Josephine—. Vuelvo enseguida.

Fue corriendo a su taller.

—¿La bola 8 mágica? —Leo sonrió a Emmie. En la etiqueta de su mono ponía GEORGIE—. Está de coña, ¿verdad?

—Habla totalmente en serio —dijo Emmie—. Sentémonos.

Calipso y Emmie tomaron asiento en las butacas. Leo se sentó de un salto en el

sofá a mi lado y se puso a dar brincos con tal entusiasmo que sentí nostalgia de Meg McCaffrey. Mientras esperábamos a Josephine, traté de buscar más detalles sobre el fantasma Agamedes en mi memoria. ¿Por qué lo había decapitado su hermano Trofonio y por qué yo me sentía tan culpable? Pero no conseguí nada, solo una vaga sensación de malestar y la impresión de que a pesar de carecer de ojos, Agamedes me estaba lanzando una mirada asesina.

Finalmente Josie se acercó corriendo. En una mano agarraba una esfera de plástico negra del tamaño de un melón dulce. Pintado en un lado en medio de un círculo blanco, había un número 8.

—¡Me encantan esas cosas! —dijo Leo—. Hacía años que no veía una.

Miré la esfera con el ceño fruncido, preguntándome si se trataba de un tipo de bomba. Eso explicaría el entusiasmo de Leo.

—¿Qué hace?

—¿Estás de coña? —preguntó Leo—. Es una bola 8 mágica, tío. Responde preguntas sobre el futuro.

—Imposible —dije—. Yo soy el dios de las profecías. Conozco todas las formas de adivinación, y nunca he oído hablar de la bola 8 mágica.

Calipso se inclinó hacia delante.

—Yo tampoco estoy familiarizada con esa forma de hechicería. ¿Cómo funciona? Josephine sonrió.

—Bueno, se supone que solo es un juguete. La agitas, le das la vuelta, y en la ventanita de cristal del fondo aparece una respuesta. A esta le he hecho algunas modificaciones. A veces la bola 8 mágica capta los pensamientos de Agamedes y los pone por escrito.

—¿A veces? —preguntó Leo.

Josephine se encogió de hombros.

—El treinta por ciento de las veces. Es lo máximo que he conseguido.

Yo seguía sin tener ni idea de lo que hablaba. La bola 8 mágica se me antojaba una forma muy sospechosa de adivinación: parecía más un juego de azar de Hermes que un oráculo digno de mí.

—¿No sería más rápido que Agamedes escribiera lo que quiere decir? —inquirí.

Emmie me lanzó una mirada de advertencia.

—Agamedes es analfabeto. Es un poco susceptible con ese tema.

El fantasma se volvió hacia mí. Su aura se oscureció hasta volverse del color de una naranja sanguina.

—Ah... —dije—. ¿Y esos gestos de manos que hacía?

—No es ninguna forma de lengua de signos que podamos descifrar —contestó Jo—. Lo hemos intentado durante siete años, desde que Agamedes se unió a nosotras. La bola 8 mágica es la mejor forma de comunicación que tenemos. Toma, colega.

Le lanzó la esfera mágica. Como Agamedes era etéreo, yo esperaba que la bola lo atravesara y se hiciera añicos en el suelo. Sin embargo, Agamedes la atrapó sin

problemas.

—¡Está bien! —dijo Josephine—. Bueno, Agamedes, ¿qué quieres decirnos?

El fantasma agitó vigorosamente la bola 8 mágica y me la arrojó. Yo no esperaba que la esfera estuviera llena de líquido, un detalle que, como cualquiera que haya hecho el reto de la botella de agua giratoria podrá confirmarte, hace que el objeto sea mucho más difícil de controlar. El envase me dio en el pecho y bajó a mi regazo. La atrapé por los pelos antes de que cayera del sofá.

—Maestro de la destreza —murmuró Calipso—. Dale la vuelta. ¿No has escuchado cómo funciona?

—Cállate. —Deseé que Calipso solo pudiera comunicarse el treinta por ciento de las veces. Giré la bola de abajo arriba.

Como Josephine había dicho, en la base de la esfera había una capa de plástico transparente que permitía ver el líquido del interior. Un gran dado con múltiples caras apareció flotando. (¡Sabía que ese trasto olía a los jueguecitos de Hermes!). Una de las caras se pegó a la ventanilla y dejó ver una frase escrita en letras mayúsculas.

—«Apolo debe llevarla a casa» —leí en voz alta.

Alcé la vista. Las caras de Emmie y Josephine se habían convertido en dos máscaras de sorpresa. Calipso y Leo se cruzaron una mirada de recelo.

—Bueno... ¿qué...? —empezó a decir Leo.

Al mismo tiempo, Emmie y Josephine soltaron una sarta de preguntas:

—¿Está viva? ¿Está a salvo? ¿Dónde está? ¡Dime!

Emmie se levantó de golpe. Empezó a pasearse, sollozando entre grandes arcadas, mientras Josephine avanzaba hacia mí, con los puños cerrados y una mirada penetrante como la llama puntiaguda de su soplete.

—¡No lo sé! —Lancé la bola a Josephine como si fuera un baklava caliente—. ¡No me mates!

Ella atrapó la bola 8 mágica y pareció calmarse. Respiró hondo.

—Lo siento, Apolo. Lo siento. Yo... —Se volvió hacia Agamedes—. Toma. Contéstanos. Cuéntanos.

Le lanzó la bola.

Agamedes pareció observar la esfera mágica con sus inexistentes ojos. Dejó caer los hombros como si no le hiciera ninguna gracia la tarea. Agitó la bola una vez más y volvió a lanzármela.

—¿Por qué a mí? —protesté.

—¡Léela! —me espetó Emmie.

Le di la vuelta. Un nuevo mensaje apareció en el líquido.

—«Respuesta confusa —leí en voz alta—. Inténtalo más tarde».

Emmie gimió desconsolada. Se hundió en su asiento y ocultó la cara entre las manos. Josephine corrió a su lado.

Leo miró al fantasma con el ceño fruncido.

—Anda, Quesito, dale otro meneo.

—Es inútil —dijo Josephine—. Cuando la bola dice «Inténtalo más tarde», quiere decir exactamente eso. Tendremos que esperar.

Se sentó en el brazo de la butaca de Emmie y sostuvo su cabeza contra ella.

—Tranquila —murmuró Josie—. La encontraremos. La recuperaremos.

Calipso estiró la palma de la mano con aire vacilante, como si no supiera cómo ayudar.

—Lo siento mucho. ¿Quién... quién ha desaparecido?

Con el labio tembloroso, Josephine señaló a Leo.

Leo parpadeó.

—Ejem, yo sigo aquí...

—Tú no —dijo Josephine—. La etiqueta. Ese mono... era de ella.

Leo tocó el nombre cosido en la pechera.

—¿Georgie?

Emmie asintió con la cabeza, con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Georgina. Nuestra hija adoptiva.

Me alegré de estar sentado. De repente, entendí tantas cosas que me sentí desbordado como si me asaltara otra visión: las dos viejas cazadoras que no eran cazadoras, la habitación infantil vacía, los dibujos pintados con lápices de colores por una niña. Josephine había dicho que Agamedes entró en sus vidas aproximadamente hacía siete años.

—Abandonasteis a las cazadoras —dije—. Para estar juntas.

Josephine miró a lo lejos, como si las paredes del edificio fueran transparentes como la bola 8 mágica.

—No lo planeamos exactamente. Nos fuimos en... ¿cuándo, mil novecientos ochenta y seis?

—Ochenta y siete —la corrigió Emmie—. Hemos envejecido juntas desde entonces. Muy felices. —Se enjugó una lágrima; en ese momento no parecía de lo más feliz.

Calipso flexionó la mano que se había roto hacía poco.

—Yo no sé mucho de *lady* Artemisa, ni de las normas que impone a sus seguidoras...

—Tranquila —la interrumpió Leo.

Calipso lo fulminó con la mirada.

—Pero ¿no renuncian a la compañía de los hombres? Si vosotras os enamorasteis...

—No —repuse amargamente—. Todo romance está prohibido. No se puede hablar con mi hermana de ese tema. La misión de las cazadoras es vivir sin distracciones románticas de ninguna clase.

Me indignaba pensar en mi hermana y sus ideas antirrománticas. ¿Cómo dos hermanos podían ser tan distintos? Pero también estaba indignado con Hemítea. No solo había renunciado a ser cazadora, sino que al hacerlo también había renunciado a

la divinidad que yo le había concedido.

¡Típico de una humana! Os damos inmortalidad y poder divino, y lo cambiáis por amor y un *loft* en el centro de Indianápolis. ¡Qué cara más dura!

Emmie no quería mirarme a los ojos.

Suspiró con nostalgia.

—Nos gustaba ser cazadoras, a las dos. Eran nuestra familia. Pero... —Se encogió de hombros.

—Nos queríamos más la una a la otra —terció Josephine.

Me dio la impresión de que una acostumbraba a terminar las frases de la otra, tal era su grado de compenetración. Eso no contribuyó a calmar mi indignación.

—Debisteis de separaros de Artemisa de manera amistosa —dije—. Os dejó vivir. Josephine asintió con la cabeza.

—Las cazadoras de la Señora suelen pasar por la Estación de Paso... aunque hace décadas que no vemos a Artemisa. Y de repente, hace siete años, recibimos la bendición de Georgina. Nos... nos la trajo Agamedes.

El fantasma naranja hizo una reverencia.

—¿De dónde la trajo? —me pregunté.

Emmie extendió las manos.

—No hemos podido sacarle esa información. Es la única pregunta que la bola 8 mágica no contesta nunca.

Leo debía de estar reflexionando detenidamente porque le salió una llama de fuego de la parte superior de la oreja izquierda.

—Un momento. Agamedes no es el padre de vuestra hija, ¿verdad? Y... ¿me estás diciendo que llevo el mono de una niña de siete años y que me cabe?

Sus palabras arrancaron una risa entrecortada a Josephine.

—Supongo que sí. Y, no, Leo, Agamedes no es el padre de Georgina. Nuestro amigo fantasma lleva muerto desde la antigüedad. Como ha dicho Apolo, fue hermano de Trofonio, el espíritu del Oráculo. Agamedes apareció aquí con Georgie. Luego nos llevó al Oráculo. Fue la primera noticia que tuvimos de su existencia.

—Entonces sabéis su ubicación —dije.

—Por supuesto —murmuró Emmie—. Aunque no nos sirve de nada.

Numerosas preguntas se agolpaban en mi mente. Quería dividirme en una docena de manifestaciones distintas para poder obtener todas las respuestas a la vez, pero lamentablemente los humanos no se desdoblan.

—Pero la chica y el Oráculo deben de estar relacionados de alguna forma.

Emmie cerró los ojos. Noté que se esforzaba por contener un sollozo.

—No nos dimos cuenta de la estrecha conexión que tenían hasta que Georgie nos fue arrebatada.

—El emperador —aventuré.

Josephine asintió con la cabeza.

Todavía no había conocido al segundo miembro del triunvirato y ya lo odiaba.

Había perdido a Meg McCaffrey a manos de Nerón. No me gustaba la idea de que otra niña fuera raptada por otro emperador malvado.

—En mi visión —recordé—, oí a Nerón llamar a ese emperador «el Nuevo Hércules». ¿Quién es? ¿Qué hizo con Georgina?

Emmie se levantó con paso vacilante.

—Tengo... tengo que hacer algo productivo con las manos. Es lo único que me ha ayudado a mantener la cordura durante las dos últimas semanas. ¿Por qué no nos ayudáis a preparar la comida? Luego hablaremos del monstruo que controla nuestra ciudad.

He picado esa cebolla
con mis manos antes divinas.
Más os vale comérosla

Ser productivo.

Uf.

Qué idea tan humana. Implica que dispones de tiempo limitado (ja) y que tienes que esforzarte para conseguir algo (ja, ja). Si te deslomases durante años para componer una ópera sobre la gloria de Apolo, entendería el atractivo de ser productivo. Pero ¿cómo puede uno disfrutar y serenarse preparando comida? Eso sí que no lo entiendo.

Ni siquiera en el Campamento Mestizo me pedían que me hiciese la comida. Cierto, los perritos calientes eran de dudoso gusto, y nunca averigüé de qué estaba hecho el refresco, pero por lo menos me servía un plantel de ninfas guapas.

Ahora me veía obligado a lavar lechuga, cortar tomates en dados y picar cebollas.

—¿De dónde viene esta comida? —pregunté, parpadeando para contener las lágrimas.

No soy Deméter, pero hasta yo sabía que esos productos eran frescos, probablemente por la cantidad de tierra que tuve que quitar.

Al pensar en Deméter me acordé de Meg, cosa que podría haberme hecho llorar aunque no hubiera estado expuesto a los gases de las cebollas.

Calipso vació una cesta de zanahorias llenas de tierra delante de mí.

—Emmie tiene un huerto en la azotea. Invernaderos. Los cultivos duran todo el año. Deberías ver las hierbas que tiene: albahaca, tomillo, romero... Es increíble.

Emmie sonrió.

—Gracias, querida. Está claro que entiendes de jardinería.

Suspiré. Y ahora esas dos se estaban haciendo amigas. Pronto tendría que aguantar a Emmie y Calipso debatiendo sobre las técnicas de cultivo de la col rizada y a Leo y Josephine hablando extasiados de carburadores. Menudo panorama.

Hablando del rey de Roma: Leo cruzó de repente la puerta de la despensa, sosteniendo en alto un queso como una corona de laurel de la victoria.

—¡CONTEMPLAD EL CHEDDAR! —anunció—. ¡SALVE A LOS CONQUISTADORES DEL QUESO!

Josephine entró detrás de él con un cubo metálico riendo afablemente.

—Parece que a las vacas les gusta Leo.

—Eh, abuelita —dijo Leo—. Las vacas adoran a Leo. —Me sonrió—. Son vacas rojas, tío. Como... un tomate.

Definitivamente eso me dio ganas de llorar. Las vacas rojas eran mis favoritas. Había tenido una manada de reses escarlata durante siglos antes de que el coleccionismo de vacas pasara de moda.

Josephine debió de ver mi expresión abatida.

—Solo usamos su leche —dijo apresuradamente—. No las matamos.

—¡Eso espero! —grité—. ¡Matar vacas rojas sería sacrilegio!

No pareció que a Josephine le asustase lo suficiente la idea.

—Sí, pero básicamente porque Emmie me hizo dejar la carne hace veinte años.

—Es mucho más saludable —la regañó Emmie—. Ya no eres inmortal, y tienes que cuidarte.

—Pero las hamburguesas con queso... —murmuró Jo.

Leo plantificó el queso delante de mí.

—Córtame un trozo, mi buen amigo. ¡Venga!

Lo miré frunciendo el entrecejo.

—No me pongas a prueba, Valdez. Cuando vuelva a ser un dios, haré una constelación contigo. Te llamaré el Pequeño Latino Explosivo.

—¡Me gusta! —Me dio una palmadita en el hombro e hizo que me temblara el cuchillo.

¿Es que ya nadie temía la ira de los dioses?

Mientras Emmie preparaba hogazas de pan —que debo reconocer que olían increíblemente—, yo mezclé una ensalada con zanahorias, pepinos, champiñones, tomates y toda clase de vegetales cultivados en la azotea. Calipso empleó limones frescos y azúcar de caña para preparar limonada, mientras tarareaba canciones del disco de Beyoncé del mismo título. (Durante nuestros viajes hacia el oeste, me había encargado de poner al día a Calipso en los tres últimos milenios de música popular).

Leo cortó el queso. Resultó ser de color rojo intenso también por dentro y muy sabroso. Josephine preparó un postre que era su especialidad. Se trataba de bayas frescas y bizcocho casero con nata roja y una cobertura de merengue ligeramente tostado con soplete.

En cuanto al fantasma Agamedes, se quedó flotando en un rincón de la cocina, sujetando tristemente su bola 8 mágica como si fuera el tercer premio en una competición de tres personas.

Por fin nos sentamos a comer. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Había pasado bastante tiempo desde que había desayunado, y la comida servida a bordo de Festo dejaba mucho que desear.

Me zampé la comida mientras Leo y Calipso relataban a nuestras anfitrionas nuestro viaje al oeste. Entre bocado y bocado de pan recién hecho con mantequilla de color rojo chillón, yo hacía comentarios cuando la ocasión lo requería, pues naturalmente era quien tenía más dotes para contar anécdotas.

Les explicamos que mi antiguo enemigo Pitón había recuperado el lugar original de Delfos y había cortado el acceso al Oráculo más poderoso. Les explicamos que el triunvirato había saboteado todos los medios de comunicación empleados por los semidioses: Iris-mensajes, pergaminos mágicos, muñecos de ventrílocuo, hasta la magia arcana del correo electrónico. Con la ayuda de Pitón, los tres malvados emperadores ahora pretendían controlar o destruir todos los oráculos de la antigüedad y dominar así el futuro del mundo.

—Liberamos la Arboleda de Dodona —resumí—. Pero ese Oráculo nos envió aquí para proteger la siguiente fuente de profecías: la Cueva de Trofonio.

Calipso señaló mi carcaj, que estaba tirado contra el sofá más cercano.

—Enséñales tu flecha parlante, Apolo.

A Emmie le brillaron los ojos con el vivo interés de una arquera.

—¿Flecha parlante?

Me estremecí.

La flecha que había rescatado de los árboles susurrantes de Dodona me había servido de poco hasta la fecha. Solo yo oía su voz, y cada vez que le pedía consejo, soltaba tonterías en lenguaje isabelino que contagiaban mi discurso y me hacían hablar durante horas como un mal actor shakespeariano. A Calipso eso le divertía a más no poder.

—No voy a enseñarles mi flecha parlante —dije—. Pero sí voy a compartir con ellas la quintilla.

—¡No! —dijeron Calipso y Leo al unísono. Soltaron sus tenedores y se taparon los oídos.

Recité:

*Hubo una vez un dios llamado Apolo
que entró en una cueva; azul, su color.
Sobre un asiento, entonces,
el tragafuego de bronce
tuvo que digerir muerte y locura él solo.*

Un silencio incómodo se hizo alrededor de la mesa.

Josephine echaba chispas por los ojos.

—Nadie se había atrevido a pronunciar una quintilla en esta casa, Apolo.

—Y esperemos que nadie vuelva a hacerlo —convine—. Pero es la profecía de Dodona que nos ha traído aquí.

La expresión de Emmie se volvió más tensa y despejó todas mis dudas sobre si era la misma Hemítea a la que había inmortalizado hacía muchos siglos.

Reconocí la intensidad de sus ojos: la misma determinación que la había empujado a despeñarse por un acantilado, confiando su destino a los dioses.

—«Una cueva; azul, su color...» —dijo—. Es el Oráculo de Trofonio, eso seguro.

Está situado en las cuevas de Bluespring, a unos ciento treinta kilómetros al sur de la ciudad.

Leo sonrió mientras masticaba; su boca era una avalancha de partículas de comida color tierra.

—La misión más sencilla de la historia, entonces. Recuperamos a Festo, buscamos el sitio en Google Maps y vamos volando.

—Tengo mis dudas —dijo Josephine—. El emperador tiene muy vigilado el campo de los alrededores. No podríais volar en dragón por las inmediaciones sin que os abatiesen a tiros. Y aunque lo lograsedis, todas las entradas de la cueva son muy pequeñas para que entre un dragón.

Leo hizo un mohín.

—Pero la quintilla...

—Puede ser engañosa —dije—. Después de todo, es una quintilla.

Calipso se inclinó hacia delante.

Se había envuelto la mano rota con una servilleta; tal vez porque todavía le dolía o tal vez porque estaba nerviosa. Me recordó la tela de una antorcha: una asociación no muy acertada después de mi último encuentro con el emperador demente Nerón.

—¿Y el último verso? —preguntó—. Apolo tendrá que «digerir muerte y locura él solo».

Josephine se quedó mirando el plato. Emmie le apretó la mano.

—El Oráculo de Trofonio es peligroso —dijo Emmie—. Incluso cuando teníamos libre acceso a él, antes de que el emperador llegase, solo consultábamos al espíritu en emergencias extremas. —Se volvió hacia mí—. Debes de acordarte. Tú eras el dios de las profecías.

A pesar de la magnífica limonada, noté la garganta seca. No me gustaba que me recordasen lo que era antes. Tampoco me gustaban los gigantescos agujeros de mi memoria, en los que solo había un vago temor.

—Me... me acuerdo de que la cueva era peligrosa, sí —dije—. No recuerdo por qué.

—No lo recuerdas. —La voz de Emmie adquirió un tono peligroso.

—Normalmente me concentraba en el lado divino de las cosas —dije—. La calidad de los sacrificios. El tipo de incienso que quemaban los peticionarios. Lo agradables que eran los himnos de alabanza. Nunca pregunté por las dificultades que pasaban los peticionarios.

—Nunca lo preguntaste.

No me gustaba que Emmie repitiera mis palabras. Tenía la sensación de que sería un coro griego todavía peor que Calipso.

—Pero en el Campamento Mestizo leí un poco —dije en tono defensivo—. No encontré mucho sobre Trofonio. Quirón tampoco pudo ayudarme. Se había olvidado totalmente del Oráculo. Supuestamente, las profecías de Trofonio eran siniestras e inquietantes. A veces volvían loca a la gente. ¿Acaso su cueva era una especie de casa

encantada? ¿Con esqueletos colgados y sacerdotisas que salían y gritaban «BU»?

La expresión avinagrada de Emmie me indicó que mi deducción era incorrecta.

—También leí que los peticionarios bebían de dos fuentes especiales —insistí—. Pensé que «digerir muerte y locura» podía ser una referencia simbólica a ello. Ya sabéis, una licencia poética.

—No —murmuró Josephine—. No es una licencia poética. Esa cueva volvió loca a nuestra hija en sentido literal.

Una corriente de aire frío me sopló en el cuello, como si la propia Estación de Paso hubiera soltado un suspiro triste. Me acordé de la hecatombe que había visto dibujada con lápices de colores en la pared de la habitación infantil ahora abandonada.

—¿Qué pasó? —pregunté, aunque no estaba seguro de querer saberlo, sobre todo si podía ser un augurio de a lo que tendría que enfrentarme dentro de poco.

Emmie arrancó un pedazo de costra del pan. Dejó caer las migas.

—El emperador vino una vez a Indianápolis... ese Nuevo Hércules...

Calipso empezó a formular una pregunta, pero Emmie levantó la mano.

—Por favor, querida, no me pidas que diga su nombre. Aquí, no. Ahora, no. Como bien sabrás, muchos dioses y monstruos te oyen cuando pronuncias sus nombres. Él es peor que la mayoría.

Una punzada de compasión tiró de la comisura de la boca de Calipso.

—Continúa, por favor.

—Al principio —dijo Emmie—, no entendíamos lo que pasaba. Nuestros amigos y compañeros empezaron a desaparecer. —Señaló a su alrededor la amplia zona destinada a la vivienda—. Antes teníamos a una docena de personas viviendo aquí en cualquier época. Ahora... nosotras somos las únicas que quedamos.

Josephine se recostó en su asiento. A la luz del rosetón, su pelo tenía el mismo brillo gris acerado que las llaves inglesas de los bolsillos de su mono.

—El emperador nos estaba buscando. Estaba al tanto de la existencia de la Estación de Paso. Quería acabar con nosotros. Pero como ya os dije, este sitio no es fácil de encontrar a menos que te inviten. De modo que sus fuerzas esperaron a que nuestra gente saliera y se llevaron poco a poco a nuestros amigos.

—¿Se los llevaron? —pregunté—. ¿Quieres decir vivos?

—Oh, sí. —Por el tono adusto de Josephine, parecía que hubiera preferido la muerte—. Al emperador le encanta tener prisioneros. Capturó a nuestros invitados, a nuestros grifos...

A Leo se le escapó una baya de los dedos.

—¿Grifos? Ah... Hazel y Frank me hablaron de los grifos. Ellos lucharon contra unos en Alaska. Me dijeron que eran como hienas rabiosas con alas.

Josephine sonrió burlonamente.

—Los pequeños, los salvajes, puede que sí. Pero aquí criamos a los mejores. O al menos... los criábamos. Nuestra última pareja desapareció hará cosa de un mes.

Heloise y Abelard. Los dejamos salir a cazar (tienen que hacerlo para estar saludables), pero no volvieron. Para Georgina, esa fue la gota que colmó el vaso.

Algo empezaba a darme mala espina. Algo aparte de la sensación evidente de estar hablando de cosas terribles que podían llevarme a la tumba. Los nidos de grifo en los huecos situados encima de nosotros. Un recuerdo lejano sobre las seguidoras de mi hermana. Un comentario que Nerón había hecho en mi visión: que el Nuevo Hércules estaba obsesionado con destruir la Casa de las Redes, como si fuera otra forma de referirse a la Estación de Paso... Me sentía como si la sombra de alguien se proyectase sobre la mesa, alguien a quien yo debía conocer, tal vez alguien de quien debía huir.

Calipso se desenvolvió la muñeca.

—Vuestra hija —dijo—. ¿Qué le pasó?

Ni Josephine ni Emmie respondieron. Agamedes se inclinó ligeramente, y su túnica rojo oscuro brilló en varios tonos del color del aderezo de los nachos.

—Es evidente —dije en medio del silencio—. La niña fue a la Cueva de Trofonio.

Emmie miró más allá de mí a Agamedes, con los ojos penetrantes como puntas de flecha.

—A Georgina se le metió en la cabeza que la única forma de salvar la Estación de Paso y encontrar a los prisioneros era consultar el Oráculo. Ella siempre se había sentido atraída por el sitio. No le daba miedo como a la mayoría de la gente. Una noche se escapó. Agamedes la ayudó. No sabemos exactamente cómo llegó allí.

El fantasma agitó su bola 8 mágica y se la lanzó a Emmie, quien frunció el ceño al leer la respuesta del fondo.

—«Fue una orden» —leyó—. No sé lo que quieres decir, fiambre viejo e idiota, pero solo era una niña. ¡Sin el trono, sabías lo que le pasaría!

—¿El trono? —preguntó Calipso.

Otro recuerdo afloró a la superficie de la bola 8 de mi cerebro.

—Oh, dioses —exclamé—. El trono.

Antes de que pudiera decir más, la sala entera tembló. Platos y tazas hicieron ruido sobre la mesa. Agamedes desapareció en un destello de color naranja nacho. En lo alto del techo abovedado, las vidrieras verdes y marrones se oscurecieron como si una nube hubiera tapado el sol.

Josephine se levantó.

—¿Qué pasa en el tejado, Estación de Paso?

Que yo sepa, el edificio no contestó. No salieron disparados ladrillos de la pared. No se abrieron y se cerraron puertas en código morse.

Emmie dejó la bola 8 mágica en la mesa.

—El resto, quedaos aquí. Jo y yo echaremos un vistazo.

Calipso frunció el entrecejo.

—Pero...

—Es una orden —dijo Emmie—. No pienso perder a más invitados.

—No puede ser Com... —Josephine se interrumpió—. No puede ser él. Puede que Heloise y Abelard hayan vuelto.

—Puede. —Emmie no parecía convencida—. Pero por si acaso...

Las dos mujeres se dirigieron rápidamente a un armario metálico de la cocina. Emmie cogió su arco y su carcaj. Josephine sacó una anticuada metralleta con un tambor circular entre las dos empuñaduras.

A Leo por poco se le atragantó el postre.

—¿Eso es una metralleta?

Josephine acarició afectuosamente el arma.

—Esta es la Pequeña Bertha. Un recuerdo de mi sórdido pasado. Estoy segura de que no hay nada que temer. No os mováis.

Y después de ese reconfortante consejo, nuestras anfitrionas armadas se marcharon a inspeccionar el tejado.

Los tortolitos discuten.
¿Problemas en el paraíso?
Yo friego los platos

La orden de no movernos me quedó bastante clara.

Sin embargo, Leo y Calipso decidieron que lo mínimo que podíamos hacer era limpiar los platos de la comida. (Véase mi comentario anterior sobre lo estúpido de la productividad). Yo fregué. Calipso enjuagó. Leo secó, cosa que no le supuso ningún trabajo, porque solo tenía que calentar las manos un poco.

—Bueno —dijo Calipso—, ¿qué es ese trono del que Emmie ha hablado?

Miré frunciendo el ceño el espumoso montón de moldes de pan.

—El Trono de la Memoria. Es un asiento tallado por la mismísima diosa Mnemósine.

Leo me miró maliciosamente por encima de una fuente de ensalada humeante.

—¿Te has olvidado del Trono de la Memoria? ¿No es un pecado mortal o algo por el estilo?

—El único pecado mortal —dije— sería no incinerarte cuando vuelva a ser dios.

—Puedes intentarlo —concedió Leo—. Pero entonces ¿cómo aprenderías las escalas secretas del Valdezinador?

Me salpiqué la cara sin querer.

—¿Qué escalas secretas?

—Basta, los dos —ordenó Calipso—. ¿Por qué es tan importante ese Trono de la Memoria, Apolo?

Me quité el agua de la cara. Al hablar del Trono de la Memoria, me había acordado de más datos, pero no me gustaba lo que había rememorado.

—Antes de entrar en la Cueva de Trofonio —dije—, el peticionario tenía que beber de dos fuentes mágicas: la del Olvido y la de la Memoria.

Leo cogió otro plato. La porcelana desprendió volutas de vapor.

—¿No se anulaban las dos fuentes?

Negué con la cabeza.

—Suponiendo que la experiencia no te matase, preparaba tu mente para el Oráculo. Entonces bajabas a la cueva y experimentabas... inenarrables horrores.

—¿Como cuáles? —preguntó Calipso.

—Acabo de decir que eran inenarrables. Sé que Trofonio llenaba tu mente de fragmentos de versos horribles que, combinados correctamente, se convertían en una

profecía. Cuando salías dando tumbos de la cueva (suponiendo que vivieras y no te volvieras loco para siempre), los sacerdotes te sentaban en el Trono de la Memoria. Los versos salían de tu boca. Un sacerdote los ponía por escrito y *voilà!* Ya tendrías tu profecía. Con suerte, tu mente volvía luego a su estado normal.

Leo silbó.

—Qué oráculo más chungo. Prefiero los árboles cantarines.

Reprimí un escalofrío. Leo no había estado conmigo en la Arboleda de Dodona. No se daba cuenta de lo terribles que eran esas voces contrapuestas. Pero tenía razón. Había un motivo por el que poca gente se acordaba de la Cueva de Trofonio. No era un lugar que recibiera reseñas entusiastas en los artículos anuales de «Oráculos espectaculares que hay que visitar».

Calipso cogió el molde de pan que le di y empezó a enjuagarlo. Parecía que supiera lo que hacía, aunque tenía las manos tan bonitas que no me la imaginaba fregando los platos con frecuencia. Tenía que preguntarle qué crema hidratante utilizaba.

—¿Y si el peticionario no podía usar el trono? —preguntó.

Leo rio.

—«Usar el trono».

Calipso le lanzó una mirada fulminante.

—Perdona. —Leo trató de poner cara seria, que siempre era una batalla perdida para él.

—Si el peticionario no podía usar el trono —dije—, no había forma de extraer los fragmentos de los versos de su mente. El peticionario se quedaba con los horrores de la cueva... para siempre.

Calipso enjuagó el molde.

—Georgina... pobre niña. ¿Qué crees que ha sido de ella?

Yo no quería pensarlo. Se me ponía la carne de gallina al considerar las posibilidades.

—Debió de entrar en la cueva de alguna forma. Sobrevivió al Oráculo. Volvió aquí, pero... tocada. —Recordé los monigotes ceñudos con cuchillos dibujados en la pared de su cuarto—. Creo que luego el emperador se hizo con el control del Trono de la Memoria. Sin él, Georgina nunca podría recuperarse del todo. Tal vez la niña volvió a marcharse y fue a buscarlo... y la atraparon.

Leo murmuró un juramento.

—No paro de pensar en mi hermanito Harley, que está en el campamento. Si alguien intentara hacerle daño... —Sacudió la cabeza—. ¿Quién es ese emperador y cómo podemos machacarlo?

Fregué los últimos moldes. Por lo menos había llevado a cabo con éxito esa épica misión. Me quedé mirando las burbujas de mis manos.

—Tengo una idea bastante aproximada de quién es el emperador —reconocí—. Josephine empezó a decir su nombre. Pero Emmie está en lo cierto: es mejor no

pronunciarlo en alto. El Nuevo Hércules... —Tragué saliva. En mi estómago, la ensalada y el pan parecían librar un combate en el barro—. No era una buena persona.

De hecho, si acertaba con el emperador, esa misión podía ser delicada para mí a nivel personal. Esperaba equivocarme. Tal vez pudiera quedarme en la Estación de Paso y dirigir la operación mientras Calipso y Leo se encargaban de pelear. Me parecía lo más justo, considerando que yo había tenido que fregar los cacharros.

Leo guardó los platos. Sus ojos se movían de un lado a otro como si leyeran ecuaciones invisibles.

—Josephine está trabajando en un proyecto —dijo—. Está fabricando un dispositivo de localización. No le he preguntado, pero debe de ser para encontrar a Georgina.

—Claro. —La voz de Calipso adquirió un tono más áspero—. ¿Te imaginas lo que debe de ser perder a tu hijo?

A Leo se le pusieron las orejas rojas.

—Sí, pero estaba pensando que si volviéramos a por Festo, podría hacer unos cálculos, reprogramar su esfera de Arquímedes...

Calipso tiró el paño, que cayó en el fregadero con un golpe húmedo.

—No puedes reducirlo todo a un programa, Leo.

Él parpadeó.

—No lo hago. Simplemente...

—Intentas arreglarlo —dijo Calipso—. Como si todos los problemas fueran una máquina. Jo y Emmie están sufriendo mucho. Emmie me ha dicho que están planteándose abandonar la Estación de Paso y entregarse al emperador si con ello pueden salvar a su hija. Ellas no necesitan aparatos ni chistes ni reparaciones. Intenta escuchar.

Leo estiró las manos. Por una vez, parecía que no supiera qué hacer con ellas.

—Escucha, nena...

—No me llames «nena» —le espetó ella—. No...

—¡APOLO! —La voz de Josephine resonó desde el salón principal. No parecía precisamente asustada, pero sin duda sonaba tensa: más o menos como el ambiente de la cocina.

Me aparté de la pareja feliz. El arrebato de Calipso me había pillado por sorpresa, pero al pensar en ello, recordé otra media docena de discusiones entre ella y Leo durante el viaje hacia el oeste. Simplemente no había pensado mucho en el asunto porque... bueno, no se peleaban por mí. Además, comparadas con las riñas entre amantes divinos, las de Leo y Calipso no eran nada del otro mundo.

Señalé por encima del hombro.

—Me voy a...

Salí de la cocina.

Emmie y Josephine se hallaban en el centro del salón principal con sus armas a

los lados. No alcanzaba a descifrar sus expresiones: expectantes, nerviosas, como la cara que ponía el copero de Zeus Ganimedes cada vez que daba a probar al padre de los dioses un vino nuevo.

—Apolo. —Emmie señaló por encima de mi cabeza, donde estaba el borde del techo lleno de nidos de grifo—. Tienes visita.

Para ver a quién señalaba Emmie, tuve que avanzar hasta la alfombra y darme la vuelta. Volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que no debería haber hecho eso. En cuanto puse el pie en la alfombra, pensé: «Un momento, ¿esta alfombra estaba aquí antes?».

E inmediatamente después: «¿Por qué esta alfombra parece una red tupida?».

Y después: «Es una red».

Y después: «¡OSTRAS!».

La red me atrapó y me lanzó por los aires. Recuperé la capacidad de volar. Por un microsegundo, me imaginé que me llamaban al Olimpo y que ascendía gloriosamente para sentarme a la derecha de mi padre. (Bueno, tres tronos a la derecha de Zeus).

Entonces la gravedad se impuso. Reboté como un yoyó. Estaba a la altura de los ojos de Leo y Calipso, quienes me miraban boquiabiertos desde la entrada de la cocina, y un momento después me encontraba al nivel de los nidos de grifo, mirando a la cara de una diosa que conocía perfectamente.

Estarás pensando: «Era Artemisa. La trampa de la red solo era una broma entre hermanos. Ninguna hermana que quisiera a su hermano le dejaría sufrir tanto durante tanto tiempo. ¡Por fin ha venido a rescatar a nuestro héroe, Apolo!».

Pues no. No era Artemisa.

La joven estaba sentada en la cornisa con molduras, columpiando alegremente las piernas. Reconocí las intrincadas cintas de sus sandalias y su vestido hecho de capas de malla con estampado de camuflaje color selva. Llevaba el cabello castaño rojizo trenzado en una cola de caballo tan larga que le daba la vuelta al cuello como una bufanda o un lazo. Sus feroces ojos oscuros me recordaban los de una pantera que observa a su presa entre las sombras de la maleza: una pantera con un retorcido sentido del humor.

Una diosa, sí, pero no la que yo esperaba.

—Tú —gruñí. Era difícil resultar amenazante dando brincos en una red.

—Hola, Apolo. —Britomartis, la diosa de las redes, sonrió con coquetería—. Me he enterado de que ahora eres humano. Esto va a ser divertido.

Claro que es una trampa.
Con ella, siempre es así.
Tramposa Trampeadora

Britomartis saltó de la cornisa y cayó de rodillas, con la falda extendida a su alrededor formando un montón de redes.

(Le encantan esas entradas espectaculares. Siempre ha querido ser un personaje de anime).

La diosa se levantó. Sacó su cuchillo de caza.

—Apolo, si aprecias tu anatomía, quédate quieto.

No me dio tiempo a protestar diciendo que no podía quedarme quieto colgado de una red bamboleante. Ella hizo un corte con el cuchillo a la altura de mi entepierna. La red se rompió y me arrojó al suelo, afortunadamente con mi anatomía intacta.

No caí elegantemente. Por suerte, Leo y Calipso corrieron en mi auxilio. Me cogieron cada uno por un brazo y me ayudaron a levantarme. Me tranquilizó ver que a pesar de su reciente discusión, todavía podían unirse en asuntos importantes como mi bienestar.

Leo metió la mano en su cinturón portaherramientas, tal vez en busca de un arma. En cambio, sacó una cajita de lata de pastillas de menta. Dudaba que nos sirviera de mucho.

—¿Quién es esa señora? —me preguntó.

—Britomartis —contesté—. La Señora de las Redes.

Leo parecía tener reservas.

—¿Incluidas las de baloncesto e internet?

—Solo redes de caza y pesca —dije—. Es una secuaz de mi hermana.

—¿«Secuaz»? —Britomartis arrugó la nariz—. Yo no soy ninguna secuaz.

Josephine tosió detrás de nosotros.

—Ejem, perdón, Apolo. La señora insistió en llamarte la atención de esa forma.

La cara de la diosa se iluminó.

—Bueno, tenía que ver si caía en mi trampa. Y ha caído. Como siempre. Hemítea, Josephine, dejadnos solos, por favor.

Nuestras anfitrionas se miraron, probablemente preguntándose cuál tendría que limpiar los cadáveres después de que Britomartis terminara con nosotros. Luego se retiraron por una puerta situada al fondo del salón.

Calipso estudió a la diosa de las redes.

—Conque Britomartis, ¿eh? No he oído hablar de ti. Debes de ser una diosa menor.

Britomartis sonrió fríamente.

—Oh, pues yo sí que he oído hablar de ti, Calipso. Desterrada a Ogigia después de la guerra de los titanes. Esperando a que apareciera un hombre en la orilla para que te partiera el corazón y te dejara otra vez sola. Debe de haberse vuelto muy pesado.

—Se volvió hacia Leo—. ¿Este es tu rescatador? Un poco bajo y dejado para ser tu caballero de la brillante armadura.

—Oiga, señora. —Leo agitó su lata de pastillas de menta—. Me he cargado a diosas mucho más poderosas que usted.

—Y no es mi rescatador —añadió Calipso.

—¡Sí! —Leo frunció el entrecejo—. Un momento, en realidad, sí que lo fui.

—Ni es un caballero —meditó Calipso—. Aunque sí que es bajo y dejado.

Del cuello de Leo salió una nube de humo.

—En fin —se volvió hacia Britomartis—, ¿quién se cree para darles órdenes a Jo y Emmie como si esta fuera su casa?

Le cogí las pastillas de menta antes de que Britomartis las convirtiera en nitroglicerina.

—Me temo que esta es su casa, Leo.

La diosa me dedicó aquella sonrisa coqueta que yo tanto odiaba: la que me hacía sentir como si me burbujeara néctar caliente en el estómago.

—¡Vaya, Apolo, lo has deducido correctamente! ¿Cómo lo has hecho?

Cada vez que me encontraba ante Britomartis, me hacía un poco más alto que ella. Lamentablemente, ya no podía alterar mi altura a voluntad. Lo máximo que podía hacer era ponerme de puntillas.

—Nerón llamó este sitio la Casa de las Redes —dije—. Debería haberme dado cuenta de que la Estación de Paso fue idea tuya. Cada vez que mi hermana quería diseñar un aparato complejo (algo retorcido y peligroso), siempre acudía a ti.

La diosa hizo una reverencia y arremolinó su falda de red.

—Me halagas. ¡Pero venid, amigos! ¡Sentémonos a hablar!

Señaló el juego de sofás más cercano.

Leo se acercó al mueble con cuidado. A pesar de sus defectos, no era tonto. Calipso estaba a punto de hundirse en una butaca cuando Leo le agarró la muñeca.

—Espera.

Sacó un metro plegable de su cinturón. Lo extendió y lo clavó en el cojín del asiento. Una trampa para osos se cerró de golpe y desgarró relleno y tela como una tromba de tiburones.

Calipso lanzó una mirada asesina a Britomartis.

—¿Me estás vacilando?

—¡Uy! —dijo Britomartis alegremente.

Leo señaló uno de los sofás, aunque yo no veía nada raro.

—También hay un alambre a lo largo del respaldo de esos cojines. ¿Activa... activa una mina de fragmentación?

Britomartis rio.

—¡Eres bueno! Sí, en efecto. Es una mina de fragmentación modificada que se activa por presión.

—Señora, si eso detonase, saltaría un metro por los aires, explotaría y nos mataría a todos con la metralla.

—¡Exacto! —dijo Britomartis con regocijo—. Tú servirás, Leo Valdez.

Leo la fulminó con la mirada. Sacó un cortaalambres del cinturón, se acercó al sofá y desactivó la mina.

Respiré por primera vez desde hacía varios segundos.

—Creo que me sentaré... allí. —Señalé el sofá de enfrente—. ¿Es seguro?

Leo gruñó.

—Sí. Pinta bien.

Una vez que todos estuvimos cómodos, sin que nadie muriera ni resultara mutilado, Britomartis se repantigó en el sillón que antes tenía la trampa para osos y sonrió.

—Vaya, ¿no es estupendo?

—No —contestamos nosotros tres a coro.

Britomartis se puso a jugar con su trenza, posiblemente buscando cables trampa de los que pudiera haberse olvidado.

—Me has preguntado por qué les he dicho a Jo y Emmie que se vayan. Las quiero mucho, pero no creo que ellas aprecien la misión que voy a encargarnos.

—¿Misión? —Calipso arqueó las cejas—. Estoy segura de que soy una divinidad anterior a ti, doña Mina de Fragmentación. ¿Qué derecho tienes tú a encargarme una misión?

Britomartis mostró su sonrisa coqueta.

—Qué mona eres. Yo ya existía cuando los antiguos griegos vivían en cuevas. Empecé como diosa cretense. Cuando el resto de mi panteón se extinguió, Artemisa se hizo amiga mía. Ingresé en sus cazadoras y aquí estoy, miles de años más tarde, tejiendo redes y poniendo trampas.

—Sí —mascullé—. Aquí estás.

La diosa extendió los brazos. De sus mangas bordadas colgaban plumadas y anzuelos.

—Querido Apolo, eres encantador como Lester Papadopoulos. Ven aquí.

—No me provoques —le rogué.

—¡No te provoco! Ahora que eres un mortal indefenso, he decidido que por fin voy a besarte.

Yo sabía que mentía. Sabía que su vestido me enredaría y me haría daño. Reconocía el brillo malicioso de sus ojos color rojo óxido.

Me había llevado por el mal camino muchas veces a lo largo de los milenios.

Yo flirteaba descaradamente con todas las seguidoras de mi hermana, pero Britomartis era la única que había respondido a mis insinuaciones, a pesar de ser una doncella tan reconocida como cualquier cazadora. Ella disfrutaba atormentándome. ¿Y cuántas veces se burló de mí ofreciéndose como celestina? ¡Grrr! Artemisa nunca había sido famosa por su sentido del humor, pero su secuaz Britomartis compensaba esa carencia con creces. Era insoportable. Preciosa, pero insoportable.

Reconozco que me sentí tentado. ¡La débil carne mortal! ¡Todavía más débil que la carne divina!

Negué con la cabeza.

—Me estás engañando. Me niego.

Ella puso cara de ofendida.

—¿Cuándo te he engañado?

—¡En Tebas! —grité—. Me prometiste que te reunirías conmigo en el bosque para disfrutar de una merienda romántica. ¡Y acabé pisoteado por un jabalí gigante!

—Eso fue un malentendido.

—¿Y el incidente con Ingrid Bergman?

—Oh, ella quería conocerte de verdad. ¿Cómo iba a saber yo que alguien había excavado una trampa para cazar tigres delante de su caravana?

—¿Y la cita con Rock Hudson?

Britomartis se encogió de hombros.

—Bueno, yo nunca dije que él te estuviera esperando en medio de aquel campo de minas. Solo dejé que lo creyeras. Tienes que reconocer que habríais formado una pareja encantadora.

Me puse a lloriquear y a tirar de mi pelo mortal rizado. Britomartis me conocía demasiado bien. Me moría de ganas de ser la mitad de una pareja encantadora.

Leo desplazaba la vista de uno a otra como si se hubiera tropezado con un reñido partido de lanzamiento de fuego griego. (En Bizancio causaba sensación. No preguntéis).

—Rock Hudson —dijo—. En un campo de minas.

Britomartis sonrió.

—Apolo estuvo adorable, saltando entre las margaritas hasta que explotó.

—Por si lo has olvidado —murmuré—, ya no soy inmortal. Así que, por favor, nada de fosos para cazar tigres.

—¡Ni en sueños! —dijo la diosa—. No, esta misión no está pensada para matarte. Podría matarte, pero no está pensada para eso. Solo quiero recuperar mis grifos.

Calipso frunció el ceño.

—¿Tus grifos?

—Sí —asintió la diosa—. Son unos híbridos de león y águila con alas...

—Ya sé lo que es un grifo —dijo Calipso—. Sé que Jo y Emmie los criaban aquí. Pero ¿por qué son tuyos?

Tosí.

—Calipso, los grifos son los animales sagrados de la diosa. Ella es su madre.

Britomartis puso los ojos en blanco.

—Solo en sentido figurado. No me siento encima de sus huevos para empollarlos.

—Una vez me convenciste para que yo lo hiciera —recordé—. A cambio de un beso que nunca me diste.

Ella rio.

—¡Sí, me había olvidado! En cualquier caso, el emperador de la zona ha capturado a mis pequeños Heloise y Abelard. De hecho, está capturando animales míticos de todo el Medio Oeste para utilizarlos en sus diabólicos juegos. Hay que liberarlos.

Leo estudiaba las piezas de la mina terrestre sobre su regazo.

—La niña. Georgina. Por eso no quiere que Jo y Emmie estén presentes. Antepone el bienestar de sus grifos al de su hija.

Britomartis se encogió de hombros.

—Las prioridades de Jo y Emmie se han visto afectadas. Ellas no podrían oír esto, pero los grifos son lo primero. Tengo mis motivos. Como soy una diosa, mis necesidades tienen preferencia.

Calipso resopló indignada.

—Eres tan codiciosa y territorial como tus pequeños.

—Haré como si no hubiera oído eso —dijo la diosa—. Le prometí a Artemisa que intentaría ayudaros a los tres, pero no pongas a prueba mi paciencia. Estarías muy guapa convertida en un tritón.

Una mezcla de esperanza y tristeza brotó en mi pecho. Artemisa, mi querida hermana, no me había abandonado. Zeus había prohibido a los otros dioses del Olimpo que me ayudasen, pero al menos Artemisa había enviado a su teniente Britomartis. Claro que lo que Britomartis entendía por «ayudar» suponía ponernos a prueba con minas terrestres y trampas para osos, pero a esas alturas yo no le hacía ascos a nada.

—¿Y si encontramos a esos grifos? —pregunté.

—Entonces os diré cómo infiltraros en la guarida del emperador —prometió Britomartis—. ¡Como soy la diosa de las trampas, lo sé todo de entradas secretas!

La miré fijamente.

—¿Y eso te parece un trato justo?

—Sí, adorable Lester, porque necesitas infiltrarte en el palacio para rescatar a Georgina y los demás prisioneros. Sin ellos, la Estación de Paso está perdida, y también tus posibilidades de detener al triunvirato. Además, en el palacio encontrarás el Trono de la Memoria. Si no puedes recuperarlo, el viaje a la Cueva de Trofonio acabará contigo. Nunca salvarás los otros oráculos. Nunca volverás al monte Olimpo.

Me volví hacia Leo.

—Soy nuevo en esto de las misiones heroicas, pero ¿no debería haber una recompensa al final? ¿Y no más misiones mortales?

—No —respondió Leo—. Siempre es así.

¡Oh, qué injusticia! ¡Una diosa menor me obligaba a mí, uno de los doce dioses del Olimpo, a rescatar animales para ella! Juré en silencio que si alguna vez recuperaba la divinidad, no volvería a enviar a un pobre mortal de misión. A menos que fuera muy importante. Y a menos que estuviera seguro de que el mortal podía con ella. Y a menos que anduviera escaso de tiempo... o que no me apeteciera hacerla yo mismo. Sería mucho más bueno y generoso de lo que la diosa de las redes estaba siendo conmigo.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunté a Britomartis—. ¿No estarán esos grifos encerrados en el palacio del emperador? ¿No podríamos matar dos pájaros de un tiro?

—Oh, no —dijo Britomartis—. El emperador guarda los animales realmente importantes, los raros y valiosos, en una instalación especial con los recursos adecuados para su cuidado. El zoo de Indianápolis.

Me estremecí. Los parques zoológicos me parecían sitios deprimentes llenos de tristes animales enjaulados, niños que gritaban y comida mala.

—Los grifos estarán muy vigilados —supuse.

—¡Desde luego! —Britomartis parecía un pelín más entusiasmada de lo normal ante la perspectiva—. De modo que, por favor, intentad liberar a los grifos antes de que resultéis heridos u os maten. Además, debéis daros prisa...

—Ahora viene el plazo de tiempo. —Leo me miró con complicidad—. Siempre hay un plazo.

—Dentro de tres días —continuó Britomartis—, el emperador piensa utilizar a todos los animales y prisioneros en una enorme celebración.

—Una ceremonia de nombramiento —recordé—. Nanette, la blemia que estuvo a punto de matarnos, dijo algo sobre el asunto.

—En efecto. —Britomartis hizo una mueca—. Al emperador... le gusta poner su nombre a las cosas. En la ceremonia piensa rebautizar Indianápolis.

Eso no me parecía tan trágico. Era bastante difícil que a alguien le gustara el nombre de Indianápolis. Sin embargo, si ese emperador era quien yo creía, su idea de celebración incluiría el sacrificio brutal de miles de personas y animales. No era la clase de persona a la que encargarías que organizara la fiesta de cumpleaños de tu hijo.

—La blemia dijo algo más —añadí—. Dijo que el emperador quería sacrificar a dos prisioneros especiales: a mí y a la niña.

Calipso juntó las manos como la boca de la trampa para osos.

—Georgina.

—¡Exacto! —Britomartis parecía otra vez un pelín demasiado alegre—. De momento la niña está a salvo. Recluida y loca, pero viva. Concentraos en liberar a mis grifos. Id al zoo de madrugada. Los guardias del emperador estarán terminando el turno de noche. Estarán cansados y distraídos.

Miré las piezas de mina terrestre que Leo tenía en las manos. La muerte por explosión estaba empezando a parecerme un destino preferible a la misión de Britomartis.

—Por lo menos no estaré solo —murmuré.

—En realidad —dijo la diosa—, Leo Valdez debe quedarse aquí.

Leo se sobresaltó.

—¿Perdón?

—¡Has demostrado que eres diestro con las trampas! —explicó la diosa—. Emmie y Josephine necesitan tu ayuda. Hasta la fecha, la Estación de Paso ha conseguido que el emperador no la descubra, pero esa situación no durará mucho más. Él no soporta ninguna oposición. Encontrará este santuario. Y piensa destruirlo. Tú, Leo Valdez, puedes ayudar a apuntalar las defensas.

—Pero...

—¡Anímate! —Britomartis se volvió hacia Calipso—. Tú puedes ir con Apolo, querida. ¡Dos antiguos inmortales embarcados en una misión encargada por mí! Sí, me gusta mucho la idea.

Calipso palideció.

—Pero... No. Yo no...

—Ella no puede venir —añadí.

La hechicera asintió enérgicamente con la cabeza.

—No nos llevamos bien, así que...

—¡Está decidido, entonces! —La diosa se levantó de su asiento—. Volveremos a vernos aquí cuando tengáis mis grifos. ¡No me falléis, mortales! —Juntó las manos con regocijo—. ¡Oh, siempre he querido decir eso!

Se puso a girar y desapareció en un abrir y cerrar de ojos como un cebo de pesca, y no dejó más que unos cuantos anzuelos triples enganchados en la alfombra.

Ahora friego váteres.
Por lo menos la recompensa es buena:
restos de tofu

Después de las trampas para osos y los explosivos que se activaban con la presión, creía que la tarde no podía ir a peor. Por supuesto, me equivocaba.

Cuando les contamos a Emmie y Josephine lo que había pasado con Britomartis, nuestras anfitrionas se hundieron en la miseria. No pareció tranquilizarlas que la búsqueda de los grifos pudiera conducir al rescate de Georgina, ni que su hija siguiera viva hasta la espectacular celebración sangrienta que el emperador tenía planeada para dentro de tres días.

Emmie y Jo estaban tan resentidas —no solo con Britomartis, sino también con nosotros—, que nos asignaron más tareas. Sí, claro, dijeron que todos los invitados tenían que ayudar. Que la Estación de Paso era una vivienda comunitaria, no un hotel, bla, bla, bla.

Yo sabía la verdad. Era imposible que fregar los váteres de los veintiséis baños conocidos de la Estación de Paso no fuera otra cosa que un castigo.

Por lo menos no tuve que cambiar el heno de los pajares de los grifos. Cuando Leo terminó de hacerlo, parecía que lo hubiera asaltado un cuervo. En cuanto a Calipso, a ella le tocó plantar soja verde con Emmie. Y yo te pregunto: ¿te parece justo?

A la hora de cenar me moría de hambre. Esperaba otra comida casera, a ser posible preparada para mí, pero Josephine señaló con desgana la cocina.

—Creo que hay enchiladas de tofu en la nevera. Agamedes os enseñará vuestras habitaciones.

Ella y Emmie dejaron que nos buscásemos la vida.

El brillante fantasma naranja acompañó primero a Calipso a su habitación. Agamedes nos hizo saber, mediante la bola 8 mágica y muchos gestos, que las chicas y los chicos siempre dormían en alas diferentes.

Me pareció ridículo, pero como muchos otros aspectos de mi hermana y sus cazadoras, escapaba a toda lógica.

Calipso no protestó. Antes de irse, se volvió hacia nosotros con vacilación y dijo: «Hasta mañana» como si nos hiciera un gran favor. Como si al hablar con Leo y conmigo estuviera mostrando mucha más cortesía de la que merecíamos. Sinceramente, yo no entendía como alguien podía actuar de forma tan altiva después

de una tarde plantando legumbres.

Unos minutos más tarde, armados con los restos de la nevera, Leo y yo seguimos a Agamedes a nuestro cuarto de huéspedes.

Así es. Nos tocó compartir habitación, detalle que interpreté como otra señal del descontento de nuestras anfitrionas.

Antes de dejarnos, Agamedes me lanzó su bola 8 mágica.

Fruncí el entrecejo.

—No te he hecho ninguna pregunta.

Él señaló enérgicamente la esfera mágica.

Le di la vuelta y leí: APOLO DEBE LLEVARLA A CASA.

Ojalá el fantasma hubiera tenido cara para poder interpretarla.

—Ya me lo dijiste.

Le lancé la bola, confiando en que me diera más explicaciones. Agamedes se quedó flotando con expectación, como si esperase que yo descubriese algo. Entonces, con los hombros caídos, se volvió y se fue flotando.

Yo no tenía cuerpo para enchiladas de tofu recalentadas. Le di las mías a Leo, quien se sentó con las piernas cruzadas en su cama y olió la comida. Todavía llevaba el mono de Georgina, cubierto ligeramente de heno. Parecía que hubiera decidido que entrar en la ropa de trabajo de una niña de siete años era una señal de distinción.

Me recosté en mi cama. Me quedé mirando los ladrillos en forma de arco del techo, preguntándome si se desplomarían sobre mi cabeza.

—Echo de menos mi catre del Campamento Mestizo.

—Este sitio no está tan mal —dijo Leo—. Cuando me quedé sin casa de acogida, dormí debajo del puente de Main Street, en Houston, durante un mes.

Lo miré. Parecía realmente cómodo en su nido de heno y mantas.

—¿Te vas a cambiar de ropa antes de acostarte? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Me ducharé por la mañana. Si me pica el cuerpo en mitad de la noche, empezaré a arder.

—No estoy de humor para bromas después de lo de Britomartis.

—¿Quién está bromeando? No te preocupes. Seguro que Jo ha equipado este sitio con material para apagar incendios.

La idea de despertarme ardiendo y cubierto de espuma de extintor no me hacía gracia, pero no sería nada descabellada.

Leo dio unos golpecitos en el plato con el tenedor.

—Estas enchiladas de tofu están riquísimas. Tengo que pedirle la receta a Josephine. A mi amiga Piper le encantarían.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —pregunté—. ¡Mañana voy a emprender una misión peligrosa con tu novia!

Normalmente, decirle a un hombre mortal que iba a ir a alguna parte con su novia habría bastado para partirle el corazón.

Leo se concentró en su tofu.

—Os irá bien.

—Pero ¡Calipso no tiene poderes! ¿Cómo va a ayudarme?

—No es cuestión de tener poderes, colega. Ya verás. Mañana Calipso salvará tu patético trasero.

No me gustaba la idea. No quería que mi patético trasero dependiera de una antigua hechicera que había fracasado en la lucha callejera y la comedia de improvisación, y menos teniendo en cuenta su reciente humor.

—¿Y si sigue enfadada por la mañana? —pregunté—. ¿Qué pasa entre vosotros dos?

El tenedor de Leo se cernió sobre su última enchilada.

—Es que... viajamos durante seis meses para llegar a Nueva York. Siempre en peligro. Nunca pasamos más de una noche en el mismo sitio. Y luego tardamos otro mes y medio en llegar a Indianápolis.

Consideré lo que él decía. Traté de imaginar lo que sería padecer cuatro veces las pruebas que ya había experimentado.

—Supongo que eso añade presión a una relación.

Leo asintió con la cabeza sombríamente.

—Calipso vivió mil años en su isla, tío. Le encanta la jardinería, tejer tapices, decorar su entorno. Cuando no tienes casa, no puedes hacer nada de eso. Y luego está el hecho de que yo... yo me la llevé.

—Tú la rescataste —dije—. Los dioses no tenían prisa por liberarla de su cárcel. Podría haber estado otros mil años en la isla.

Leo masticó su último bocado. Lo tragó como si el tofu se hubiera convertido en barro (un cambio que, a mi modo de ver, no habría sido tan radical).

—A veces se alegra —dijo—. Y otras, sin sus poderes, sin su inmortalidad... parece... —Sacudió la cabeza—. Iba a comparar nuestra relación con una máquina. A ella no le gustaría.

—Me traen sin cuidado las máquinas.

Dejó el plato en la mesita de noche.

—Un motor está fabricado para soportar una presión determinada, ¿sabes? Si lo fuerzas durante demasiado tiempo, empieza a sobrecalentarse.

Eso lo entendía. Hasta mi carro solar se ponía un poco irritable cuando lo conducía todo el día en forma de Maserati.

—Necesitáis tiempo para el mantenimiento. Con todo el peligro y el ajetreo continuo que habéis vivido, no habéis tenido ocasión de descubrirnos como pareja.

Leo sonrió, aunque sus ojos estaban desprovistos de su habitual brillo pícaro.

—Sí. Solo que el peligro y el ajetreo continuo... es básicamente mi vida. No... no sé cómo reparar eso. Ni siquiera sé si es reparable.

Quitó unas pajas de su mono prestado.

—Basta ya. Será mejor que duermas mientras puedes, Solete. Voy a sobar.

—No me llames «Solete» —me quejé.

Pero era demasiado tarde. Cuando Leo desconecta, lo hace con la eficiencia de un generador diésel. Se echó de lado y empezó a roncar de inmediato.

Yo no tuve tanta suerte. Me quedé tumbado en la cama un largo rato, contando ovejas carnívoras de oro, hasta que por fin me sumí en un sueño agitado.

Cuatro tíos decapitados
son demasiados para una pesadilla.
¿Por qué a mí? Snif. Snif. Snif

Naturalmente, tuve unos sueños terribles.

Me encontraba al pie de una enorme fortaleza una noche sin luna. Ante mí, unos muros toscamente labrados se alzaban decenas de metros, salpicados de motas de feldespato que brillaban como estrellas.

Al principio solo oía el ulular de los búhos en el bosque situado detrás de mí: un sonido que siempre me recordaba las noches en la antigua Grecia. Luego, al pie de la fortaleza, hubo un rechinar de piedras. Una pequeña trampilla apareció donde antes no había ninguna. Un joven salió a gatas con un saco pesado a cuestas.

—¡Vamos! —susurró a alguien que seguía en el túnel.

El hombre se levantó con dificultad, y el contenido de su saco tintineó e hizo ruido. O estaba sacando los residuos reciclables (cosa poco probable) o acababa de robar un buen tesoro.

Se volvió en dirección a mí, y me sobresalté tanto al reconocerlo que me dieron ganas de ulular como un búho.

Era Trofonio. Mi hijo.

¿Sabes esa sensación cuando sospechas que podrías haber sido padre hace miles de años, pero no estás del todo seguro? ¿Entonces ves a ese niño convertido en un adulto, y al mirarlo a los ojos, sabes sin duda alguna que es tuyo? Sí, seguro que muchos sabéis de lo que hablo.

No me acordaba de quién era su madre. ¿La esposa del rey Ergino, quizá? Ella había sido toda una belleza. El lustroso cabello moreno de Trofonio me recordaba el de ella. Pero su físico musculoso y su rostro atractivo: el mentón fuerte, la nariz perfecta, los labios rosados... Sí, estaba claro que Trofonio había heredado su despampanante belleza de mí.

Le brillaban los ojos con seguridad como si pensase: «Así es. Acabo de salir de un túnel, y sigo estando cañón».

De la trampilla emergió la cabeza de otro joven. Debía de ser ancho de espaldas porque tenía problemas para pasar.

Trofonio rio entre dientes.

—Te dije que no comieras tanto, hermano.

A pesar del esfuerzo, el otro joven alzó la vista y sonrió. No se parecía a Trofonio

en absoluto. Tenía el pelo rubio y rizado, y la cara inocente, bobalicona y fea como la de un simpático burro.

Comprendí que era Agamedes: el hermanastro de Trofonio. Él no era hijo mío. El pobre muchacho tenía la desgracia de ser el vástago del rey Ergino y su esposa.

—No me puedo creer que haya funcionado —dijo Agamedes, mientras se soltaba el brazo izquierdo retorciéndolo.

—Pues claro que ha funcionado —dijo Trofonio—. Somos unos famosos arquitectos. Construimos el templo de Delfos. ¿Por qué no iba a confiar en nosotros el rey Hirieo para que construyéramos su cámara del tesoro?

—¡Con un túnel secreto para ladrones y todo!

—Bueno, eso él nunca lo sabrá —repuso Trofonio—. Ese viejo idiota y paranoico creerá que sus criados le han robado todo el tesoro. Venga, date prisa, fondón.

Agamedes estaba demasiado ocupado riendo para soltarse. Estiró el brazo.

—Ayúdame.

Trofonio puso los ojos en blanco. Dejó el saco del tesoro en el suelo... e hizo saltar la trampa.

Yo sabía lo que pasaría luego. Me acordé de la historia mientras la veía desarrollarse poco a poco, pero aun así era difícil de presenciar. El rey Hirieo era muy paranoico. Unos días antes había buscado posibles puntos débiles en su cámara del tesoro. Cuando encontró el túnel, no dijo nada a sus criados, su cuadrilla de obreros ni sus arquitectos. No cambió el tesoro de sitio. Simplemente colocó una trampa mortal y esperó para averiguar quién planeaba robarle...

Trofonio dejó el saco de oro justo encima del cable trampa, que solo se activaba cuando el ladrón había salido del túnel. El rey pretendía pillar a los traidores con las manos en la masa.

En el árbol más próximo, un arco mecánico disparó una ruidosa bengala al cielo que describió un arco de llamas rojas a través de la oscuridad. Dentro del túnel, una viga de apoyo se rompió y aplastó el pecho de Agamedes bajo una lluvia de piedras.

Agamedes lanzó un grito ahogado, agitando el brazo libre. Se le salieron los ojos de las órbitas mientras tosía sangre. Trofonio gritó horrorizado. Corrió al lado de su hermano y trató de sacarlo tirando, pero solo consiguió hacer gritar a Agamedes.

—Déjame —dijo Agamedes.

—Ni hablar. —Trofonio tenía el rostro surcado de lágrimas—. Es culpa mía. ¡Fue idea mía! Iré a por ayuda. Se... se lo diré a los guardias...

—Te matarán a ti también —dijo Agamedes con voz ronca—. Vete mientras puedes. Una cosa más, hermano: el rey conoce mi cara. —Soltó un grito ahogado, y su respiración emitió un borboteo—. Cuando encuentre mi cadáver...

—¡No digas eso!

—Sabrá que tú estabas conmigo —continuó Agamedes, con la mirada clara y serena que da la certeza de la muerte—. Te localizará. Declarará la guerra a nuestro padre. Asegúrate de que no pueden identificar mi cuerpo.

Agamedes intentó agarrar débilmente el cuchillo que colgaba del cinturón de su hermano.

Trofonio gimió. Entendió lo que su hermano le pedía. Oyó a los guardias gritar a lo lejos. No tardarían en llegar.

Alzó la voz a los cielos.

—¡Tómame a mí! ¡Sálvalo a él, por favor, padre!

El padre de Trofonio, Apolo, decidió hacer caso omiso de su plegaria.

«Yo te di la fama —estaba pensando Apolo—. Te dejé diseñar mi templo de Delfos. Y tú utilizaste tu reputación y tu talento para convertirte en un ladrón. Tú te lo has buscado».

Desesperado, Trofonio desenvainó el cuchillo. Besó la frente de su hermano por última vez y acto seguido posó la hoja sobre el cuello de Agamedes.

El sueño cambió.

Yo estaba en una larga cámara subterránea que parecía una imagen alternativa del salón principal de la Estación de Paso. En el techo curvo brillaban azulejos blancos de metro. A cada lado de la sala, donde habría estado el foso de la vía en una estación de tren, discurrían canales de agua abiertos. Las paredes estaban llenas de monitores de televisión que emitían videoclips de un hombre con barba, cabello castaño rizado, dientes perfectos y brillantes ojos azules.

Los vídeos me recordaban los anuncios de programas de televisión nocturnos que se ven en Times Square. El hombre hacía muecas a la cámara, riendo, besando la pantalla, fingiendo que perdía el equilibrio. En cada plano llevaba un conjunto distinto —un traje de oficina italiano, un uniforme de piloto de carreras, un atuendo de caza—, todos hechos de piel de león.

Un rótulo de colores llamativos se desplazaba por la pantalla: ¡EL NUEVO HÉRCULES!

Sí. Así le gustaba hacerse llamar en los tiempos romanos. Tenía el físico increíblemente atlético de un héroe, pero no era el Hércules real. Yo lo sabía bien. Había tratado con Hércules en muchas ocasiones. Ese emperador parecía más la visión que alguien tenía de Hércules: una caricatura retocada y exageradamente musculosa.

En medio de la sala, flanqueado por guardaespaldas y asistentes, se hallaba el hombre en cuestión, repantigado en un trono de granito blanco. Pocos emperadores resultan majestuosos vestidos solo con un bañador de piel de león, pero Cómodo lo conseguía. Una de sus piernas colgaba despreocupadamente por encima del brazo del trono. Sus abdominales dorados formaban una tableta de chocolate tan perfecta que me imaginé que podía ver la marca estampada en las onzas. Con una expresión tremendamente aburrida, empleando solo dos dedos, daba vueltas a un hacha de un metro ochenta de largo que estaba a punto de poner en peligro la anatomía de su asesor más cercano.

Me dieron ganas de llorar. No solo porque Cómodo todavía me pareciese

atractivo después de tantos siglos, ni porque los dos tuviéramos una, ejem, historia complicada, sino también porque me recordaba cómo era yo antes. ¡Oh, poder mirarte en el espejo y volver a ver perfección, y no a un chico torpe y rechoncho con mal cutis!

Me obligué a centrarme en la otra gente de la sala. Arrodilladas ante el emperador se hallaban dos personas que habían aparecido en mi visión del ático de Nerón: Marco, el enojado chico chacal, y Vortigern, el bárbaro.

Marco intentaba explicar algo al emperador. Agitaba desesperadamente las manos.

—¡Lo hemos intentado! ¡Escuche, señor!

El emperador no parecía inclinado a escuchar. Su mirada desinteresada se desvió a través del salón del trono a varias distracciones: un bastidor de instrumentos de tortura, una hilera de máquinas recreativas, un juego de pesas y una diana de pie que tenía pegada... oh, dioses, la cara de Lester Papadopoulos, erizada de cuchillos clavados.

En las sombras del fondo de la sala se movían con inquietud animales raros metidos en jaulas. No vi ningún grifo, pero había otros animales legendarios que no veía desde hacía siglos. Media docena de serpientes árabes aladas revoloteaban en una jaula de canarios descomunal. Dentro de un cercado de oro, un par de criaturas parecidas a unos toros con cuernos enormes olfateaban un comedero. ¿Eales europeos, tal vez? Dioses, esos ya eran raros en la antigüedad.

Marco siguió gritando excusas hasta que, a la izquierda del emperador, un hombre rollizo con un traje de oficina carmesí soltó:

—¡BASTA!

El asesor describió un amplio arco alrededor del hacha giratoria del emperador. Tenía la cara tan roja y sudorosa que, como dios de la medicina, me dieron ganas de advertirle que corría el peligro de sufrir una insuficiencia cardíaca. Avanzó hacia los dos suplicantes:

—¿Nos estás diciendo —gruñó— que la habéis perdido? Dos siervos fuertes y capaces del triunvirato han perdido a una niña. ¿Cómo ha podido ocurrir?

Marco ahuecó las manos.

—¡No lo sé, lord Cleandro! Paramos en una tienda en las afueras de Dayton. Ella fue a los servicios y... y desapareció.

Marco miró a su compañero en busca de apoyo. Vortigern gruñó.

Cleandro, el asesor del traje rojo, frunció el ceño.

—¿Había algún tipo de planta cerca de los servicios?

Marco parpadeó.

—¿Una planta?

—Sí, idiota. De las que crecen.

—Yo... bueno, cerca de la puerta había una grieta en la acera con una mata de dientes de león, pero...

—¿Qué? —gritó Cleandro—. ¿Dejasteis a una hija de Deméter cerca de una planta?

«Una hija de Deméter». Me sentí como si me hubieran lanzado el corazón hacia arriba en una de las redes de Britomartis. Al principio me había preguntado si esos hombres hablaban de Georgina, pero se referían a Meg McCaffrey. Mi amiga había dado esquinazo a sus escoltas.

Marco se quedó con la boca abierta como un pez.

—Señor, era... ¡era solo una hierba!

—¡Lo único que ella necesita para teletransportarse! —gritó Cleandro—. Deberíais haberos percatado de lo poderosa que se está volviendo. ¡Solo los dioses saben dónde está ahora!

—En realidad —dijo el emperador, e inmediatamente todo se detuvo en la sala—, yo soy un dios. Y no tengo ni idea.

Dejó de dar vueltas a su hacha. Escudriñó el salón del trono hasta que su mirada se posó en una criada blemia que colocaba bizcochos y canapés en un carrito para el té. No iba disfrazada: su cara estaba bien a la vista en su pecho, aunque debajo de la barbilla, a la altura de la barriga, llevaba una falda negra de doncella con un delantal de encaje blanco.

El emperador apuntó. Lanzó despreocupadamente el hacha a través de la sala, y la hoja se clavó entre los ojos de la doncella. La blemia se tambaleó y logró decir: «Buen disparo, milord», y acto seguido se deshizo en polvo.

Los asesores y guardaespaldas aplaudieron educadamente.

Cómodo rechazó sus elogios con un gesto de la mano.

—Estoy harto de estos dos. —Señaló a Marco y Vortigern—. Han fallado, ¿verdad?

Cleandro se inclinó.

—Sí, milord. Por su culpa la hija de Deméter anda suelta. Si llega a Indianápolis, podría darnos un montón de problemas.

El emperador sonrió.

—Ah, pero tú también has fallado, ¿no es así, Cleandro?

El hombre del traje rojo tragó saliva.

—Señor, yo... yo le aseguro...

—Fue idea tuya dejar que Nerón enviase a estos idiotas. Creías que ayudarían a capturar a Apolo. Ahora la chica nos ha traicionado. Y Apolo está en algún lugar de mi ciudad, y tú todavía no lo has detenido.

—Señor, las entrometidas de la Estación de Paso...

—¡Eso es! —dijo el emperador—. Tampoco las has encontrado a ellas aún. Y no me hagas hablar de todos los fallos que has cometido con la ceremonia de nombramiento.

—¡Pe-pero, señor! ¡Tendremos miles de animales para que los mate! Cientos de cautivos...

—¡ME ABURRO! Te lo he dicho, quiero algo creativo. ¿Eres mi prefecto del pretorio o no, Cleandro?

—S-sí, señor.

—Y por tanto eres responsable de cualquier fallo.

—Pero...

—Y me estás aburriendo —añadió Cómodo—, y eso se castiga con la pena de muerte. —Miró a cada lado del trono—. ¿Quién es el siguiente en la cadena de mando? Hablad.

Un joven dio un paso adelante. No era un guardaespaldas germanus, pero sin duda era un luchador. Su mano reposaba en la empuñadura de una espada. Su rostro era un mosaico de cicatrices. Vestía de manera informal —unos vaqueros, una camiseta de manga corta roja y blanca en la que ponía CORNHUSKERS, los Deshojadores de Maíz que daban nombre a un equipo de fútbol americano de Nebraska, y un pañuelo rojo atado sobre su pelo moreno rizado—, pero se desenvolvía con la seguridad de un experto asesino.

—Yo soy el siguiente, señor.

Cómodo inclinó la cabeza.

—Hazlo, pues.

—¡No! —gritó Cleandro.

El Deshojador se movió a una velocidad de vértigo. Su espada destelló. Tres personas cayeron muertas de tres tajos fluidos, con las cabezas separadas de los cuerpos. Mirándolo por el lado bueno, Cleandro ya no tenía que preocuparse por la insuficiencia cardíaca. Ni tampoco Marco ni Vortigern.

El emperador aplaudió con regocijo.

—¡Oh, qué bien! ¡Ha sido muy divertido, Litienses!

—Gracias, señor. —El Deshojador limpió la sangre de la hoja de su arma.

—¡Eres casi tan diestro con la espada como yo! —dijo el emperador—. ¿Te he contado alguna vez cómo decapité a un rinoceronte?

—Sí, milord, fue impresionante. —El tono de Litienses era insípido como la avena—. ¿Me da permiso para retirar los cadáveres?

—Claro —dijo el emperador—. A ver... tú eres hijo de Midas, ¿no?

Litienses frunció el ceño, y a su rostro parecieron salirle nuevas cicatrices.

—Sí, señor.

—Pero ¿no puedes convertir lo que tocas en oro?

—No, señor.

—Qué lástima. Pero sí que matas a gente. Eso está bien. Tus primeras órdenes serán buscar a Meg McCaffrey y a Apolo. Tráemelos, vivos si es posible, y... hum. Había otra cosa.

—¿La ceremonia de nombramiento, señor?

—¡Sí! —El emperador sonrió—. Sí, sí. Tengo unas ideas maravillosas para animar los juegos, pero como Apolo y la chica andan sueltos por ahí, deberíamos

adelantar el plan de los grifos. Ve al zoo enseguida. Trae a los animales aquí para que estén más seguros. Si haces todo eso por mí, no te mataré. ¿Te parece justo?

Los músculos del cuello de Litienses se tensaron.

—Por supuesto, señor.

Mientras el nuevo prefecto del pretorio escupía órdenes a los guardias y les mandaba que arrastrasen los cadáveres decapitados, alguien pronunció mi nombre.

—Apolo. Despierta.

Abrí los ojos parpadeando. Calipso se encontraba a mi lado. La estancia estaba a oscuras. Leo seguía roncando en su cama.

—Casi está amaneciendo —anunció la hechicera—. Tenemos que ponernos en marcha.

Parpadeé tratando de despejar de mi cabeza los restos de los sueños. La bola mágica de Agamedes pareció aflorar a la superficie de mi mente. «Apolo debe llevarla a casa».

Me preguntaba si el fantasma se refería a Georgina o a otra niña a la que tenía muchas ganas de encontrar.

Calipso me sacudió el hombro.

—¡Vamos! Tardas mucho en despertarte para ser un dios del sol.

—¿Qu-qué? ¿Adónde?

—Al zoo —dijo ella—. A menos que quieras quedarte a hacer las tareas de la mañana.

¡Canto sobre las patatas!
¡Chile, boniato, azules!
¿Por qué? Pregúntale a mi flecha

Calipso sabía cómo motivarme.

La idea de volver a fregar váteres era más aterradora que mis sueños.

Recorrimos las calles a oscuras con el frío de primera hora de la mañana, vigilando por si veíamos educadas muchedumbres de blemias asesinos, pero nadie nos molestó. Le expliqué a Calipso mis pesadillas por el camino.

Deletreé el nombre C-Ó-M-O-D-O por si al decirlo en voz alta podía llamar la atención del dios emperador. Calipso no había oído hablar de él. Claro que ella había estado confinada en su isla durante los últimos milenios. Dudaba que reconociera el nombre de muchas personas que no habían aparecido en su costa arrastradas por el mar. Apenas sabía quién era Hércules, cosa que me reconfortaba. Hércules siempre quería ser el centro de atención.

—¿Conoces personalmente a ese emperador? —preguntó.

Me convencí de que no me estaba ruborizando. Simplemente el viento me picaba en la cara.

—Nos conocimos cuando él era más joven. Teníamos una cantidad sorprendente de cosas en común. Cuando se convirtió en emperador... —Suspiré—. Ya sabes lo que pasa. Recibió demasiado poder y fama a una edad muy temprana. Se le fue la cabeza. Como a Justin, Britney, Lindsay, Amanda, Amadeus...

—No conozco a ninguna de esas personas.

—Tenemos que dedicar más tiempo a las lecciones de cultura pop.

—No, por favor. —Calipso se peleaba con la cremallera de su abrigo.

Ese día llevaba un conjunto de ropa prestada que debía de haber escogido totalmente a oscuras: una parka plateada gastada, probablemente de cuando Emmie había estado en las cazadoras de Artemisa; una camiseta de manga corta azul en la que ponía INDY 500; una falda marrón hasta los tobillos sobre unas mallas negras; y unas zapatillas de deporte de color morado y verde chillón. A Meg McCaffrey le habría agradado su gusto para vestir.

—¿Y el Deshojador de la espada? —preguntó Calipso.

—Litienses, hijo del rey Midas. No sé mucho de él, ni por qué sirve al emperador. Esperemos poder entrar y salir del zoo antes de que aparezca. No me entusiasma la idea de enfrentarme a él en combate.

Calipso flexionó los dedos, tal vez recordando lo que le había pasado la última vez que había dado un puñetazo.

—Por lo menos tu amiga Meg ha escapado de sus escoltas —observó—. Es una buena noticia.

—Quizá. —Quería creer que Meg estaba rebelándose contra Nerón. Que por fin había visto cómo era verdaderamente su monstruoso padrastro y que corría junto a mí, dispuesta a ayudarme en mis misiones y a dejar de darme molestas órdenes.

Lamentablemente, sabía de primera mano lo difícil que era salir de una relación tóxica. Nerón había introducido sus anzuelos en lo hondo de la psique de la chica. La idea de que Meg huyera sin destino, aterrada, perseguida por los secuaces de dos emperadores distintos no me tranquilizaba. Esperaba que al menos contase con su amigo Melocotones, el espíritu de los cereales, pero no había visto rastro de él en mis visiones.

—¿Y Trofonio? —preguntó Calipso—. ¿Sueles olvidarte de que alguien es tu hijo?

—Tú no lo entenderías.

—Estamos buscando un Oráculo peligroso que vuelve loca a la gente. Resulta que el espíritu de ese Oráculo es un hijo tuyo, que podría guardarte rencor porque no respondiste a sus plegarias y le obligaste a cortarle la cabeza a su hermano. Habría estado bien conocer esa información.

—¡Tengo muchas cosas en la cabeza! Es una cabeza mortal muy pequeña.

—Por lo menos estamos de acuerdo en el tamaño de tu cerebro.

—Cierra el pico —murmuré—. Esperaba que me aconsejaras cómo obrar. No me sirves.

—Mi consejo es que dejes de pensar con el *gloutos*.

La palabra significaba «trasero», pero en griego antiguo tenía una connotación más grosera. Pensé una respuesta mordaz, pero no me acordaba de cómo se decía en griego antiguo «Le dijo la sartén al cazo».

Calipso revolvió las plumas de mi carcaj.

—Si buscas consejo, ¿por qué no le preguntas a tu flecha? Tal vez ella sepa cómo rescatar a unos grifos.

—Bah. —No me gustaba el consejo de Calipso para buscar consejo. No veía qué podía aportar una flecha que hablaba en lenguaje shakespeariano a nuestra misión actual. Por otra parte, no tenía nada que perder salvo los estribos. Si la flecha me sacaba de quicio, siempre podía dispararla al *gloutos* de un monstruo.

Saqué la Flecha de Dodona. Inmediatamente, su sonora voz habló en mi mente, y su astil reverberó con cada palabra.

MIRAD POR DÓNDE, dijo. EL MORTAL POR FIN DEMUESTRA TENER SENTIDO COMÚN.

—Yo también te he echado de menos —dije.

—¿Está hablando? —preguntó Calipso.

—Por desgracia, sí. Oh, Flecha de Dodona, tengo una pregunta para ti.

DISPARAD VUESTRO MEJOR TIRO.

Le expliqué mis visiones. Seguro que tenía un aspecto ridículo, hablando con una flecha mientras andaba por West Maryland Street. Delante del centro de convenciones de Indiana, tropecé y estuve a punto de empalarme el ojo, pero Calipso ni siquiera se molestó en reír. Durante nuestros viajes en común, me había visto humillarme de formas mucho más espectaculares.

Hablar resultó una forma más lenta de preparar una flecha que lanzarla directamente con el arco, pero al final lo logré.

QUÉ VERGÜENZA. La flecha vibró en mi mano. *NO ME HABÉIS PLANTEADO UNA PREGUNTA, SINO UNA HISTORIA.*

Me preguntaba si me estaba poniendo a prueba, evaluando cuánto podía presionarme hasta que la partiera en dos. Lo habría hecho hacía mucho de no ser porque temía que entonces tendría dos fragmentos de una flecha parlante que me darían malos consejos de forma coordinada.

—Muy bien —dije—. ¿Cómo podemos encontrar a los grifos? ¿Dónde está Meg McCaffrey? ¿Cómo podemos vencer al emperador de esta zona, liberar a sus presos y recuperar el control del Oráculo de Trofonio?

AHORA ME HABÉIS HECHO DEMASIADAS PREGUNTAS, recitó la flecha. *MI SAPIENCIA NO ESCUPE RESPUESTAS COMO SI FUERA GOOGLE.*

Sí, sin duda la flecha me estaba tentando a que la rompiera.

—Empecemos por lo más fácil, pues —dije—. ¿Cómo liberamos a los grifos?

ID AL ZOO.

—Ya estamos en camino.

HALLAD EL RECINTO DE LOS GRIFOS.

—Sí, pero ¿dónde? Y no me digas «en el zoo». ¿En qué sitio exacto del zoo de Indianápolis están encerrados los grifos?

BUSCAD EL CHU-CHU.

—El chu-chu.

¿ACASO HAY ECO?

—¡Está bien! Buscaremos un chu... un tren. Cuando localicemos a los grifos, ¿cómo los soltamos?

ATENDED, OS GANARÉIS LA CONFIANZA DE LOS ANIMALES CON BOCADITOS DE PATATA.

—¿Bocaditos de patata?

Esperé una aclaración, o incluso otro comentario sarcástico. La flecha permaneció callada. Lanzando un resoplido de indignación, volví a guardarla en el carcaj.

—Ha sido muy lioso escuchar una sola parte de esa conversación —dijo Calipso.

—No habría mejorado si hubieses escuchado las dos partes —le aseguré—. No sé qué sobre un tren. Y mordisquitos de patata.

—Los bocaditos de patata se comen de aperitivo o acompañamiento. A Leo... —

Se le quebró la voz al decir el nombre—. A Leo le gustan.

Mi amplia experiencia con las mujeres me decía que o Calipso se arrepentía de la discusión del día anterior con Leo o se emocionaba al tratar el tema de los bocaditos de patata. No estaba dispuesto a averiguar cuál de las dos opciones era la correcta.

—Sea cual fuere el caso, este cuitado desconoce... —Escupí para librarme del lenguaje shakespeariano—. No sé qué significa el consejo de la flecha. Tal vez cuando lleguemos al zoo tenga sentido.

—Suele ocurrir cuando llegamos a un sitio nuevo —dijo Calipso—. De repente todo adquiere sentido.

—Tienes razón. —Suspiré—. Pero al igual que la punta de mi flecha parlante, no nos sirve de nada. ¿Seguimos?

Tomamos el puente de Washington Street para cruzar el río White, que no era en absoluto blanco. Su corriente caudalosa, mansa y marrón corría entre muros de contención de cemento, y el agua se separaba alrededor de islas de arbustos achaparrados como parches para el acné (con los que yo ahora estaba muy familiarizado). Me recordaba el Tíber de Roma: otro río decepcionante olvidado hacía mucho.

Sin embargo, en las orillas del Tíber se habían escrito episodios históricos que habían cambiado el mundo. Me estremecía al pensar qué planes reservaba Cómodo a esa ciudad. Y si el río White vertía sus aguas en los canales que había vislumbrado en el salón del trono, su guarida podía estar cerca. Eso significaba que su nuevo prefecto, Litienses, podía encontrarse ya en el zoo. Decidí andar más rápido.

El zoo de Indianápolis se hallaba escondido en un parque junto a West Washington Street. Cruzamos un aparcamiento vacío y nos dirigimos a la marquesina color turquesa de la entrada principal. Afuera, un cartel rezaba: UNA MONADA SALVAJE. Por un momento pensé que tal vez los empleados del zoo se habían enterado de mi visita y habían decidido darme la bienvenida. Entonces caí en la cuenta de que el cartel era un anuncio de los koalas. Como si los koalas necesitaran publicidad.

Calipso frunció el entrecejo al ver las taquillas cerradas.

—No hay nadie. Este sitio está cerrado.

—Esa era la idea —le recordé—. Cuantos menos mortales haya, mejor.

—Pero ¿cómo entramos?

—Si alguien pudiera controlar a los espíritus del viento y llevarnos por encima de la verja...

—Si un dios pudiera teletransportarnos —replicó ella—. O chasquear los dedos y traernos a los grifos.

Me crucé de brazos.

—Estoy empezando a acordarme de por qué te desterramos a esa isla durante tres mil años.

—Tres mil quinientos sesenta y ocho. Y habrían sido más si os hubierais salido con la vuestra.

Yo no pretendía empezar otra vez esa discusión, pero Calipso me lo ponía en bandeja.

—Estabas en una isla tropical con playas inmaculadas, criados aéreos y una cueva con suntuoso acabado.

—¿Y por eso Oigigia no era una cárcel?

Estuve tentado de fulminarla con mi poder divino, pero... bueno, ya no lo tenía.

—¿No echas de menos la isla, entonces?

Ella parpadeó como si le hubiera echado arena a la cara.

—Yo... no. No se trata de eso. Estuve exiliada. No tuve a nadie...

—Venga ya. ¿Quieres saber lo que es estar exiliado de verdad? Esta es la tercera vez que me convierto en mortal. Sin mis poderes. Sin inmortalidad. Puedo morir, Calipso.

—Yo también —me espetó ella.

—Sí, pero tú decidiste irte con Leo. ¡Renunciaste a tu inmortalidad por amor! ¡Eres tan mala como Hemíteia!

No me había dado cuenta de la ira que había detrás del último comentario hasta que lo solté. Mi voz resonó por el aparcamiento. En algún lugar del zoo, un ave tropical que se había despertado bruscamente protestó graznando.

La expresión de Calipso se endureció.

—Muy bien.

—Solo quería decir...

—Ahórratelo. —Recorrió el perímetro de la verja con la vista—. ¿Buscamos un sitio para saltar?

Traté de formular una disculpa cortés que justificase también mi postura, pero decidí dejarlo correr. Mi grito podría haber despertado a algo más que a los tucanes. Teníamos que darnos prisa.

Encontramos un punto de entrada en el lugar donde la verja se hallaba ligeramente más baja. Incluso con falda, Calipso demostró ser la saltadora más ágil. Pasó sin problemas por encima, mientras que a mí se me enganchó la zapatilla en el alambre de espino y me quedé colgado boca abajo. Fue toda una suerte que no cayera en el espacio del tigre.

—Cállate —le dije a Calipso cuando me soltó.

—¡No he dicho nada!

El tigre nos lanzó una mirada fulminante desde el otro lado del cristal de su recinto como diciendo: «¿Por qué me molestáis si no me habéis traído el desayuno?».

Los tigres siempre me habían parecido unos animales sensatos.

Calipso y yo atravesamos sigilosamente el zoo, permaneciendo atentos por si veíamos a mortales o guardias imperiales. Salvo a un cuidador del zoo que regaba con manguera la instalación de los lémures, no vimos a nadie.

Nos detuvimos en una zona que parecía el cruce principal del parque. A nuestra izquierda había un tiovivo. A nuestra derecha, los orangutanes holgazaneaban en los

árboles de un gran complejo con redes. Repartidas estratégicamente alrededor de la plaza había varias tiendas de regalos y cafés, todos cerrados. Unos letreros señalaban varias atracciones: MAR, LLANURAS, SELVA, FANTASÍAS.

—«FANTASÍAS» —dije—. Seguro que han puesto a los grifos en el apartado de fantasías.

Calipso escudriñó los alrededores. Tenía unos ojos desconcertantes: eran marrón oscuro y los clavaba fijamente, como la mirada de Artemisa cuando apuntaba a un objetivo. Supongo que en Ogigia Calipso había practicado mirando al horizonte muchos años, esperando a que alguien o algo interesante apareciera.

—Tu flecha mencionó un tren —dijo—. Hay un letrero de un recorrido en tren.

—Sí, pero también dijo algo sobre bocaditos de patata. Creo que la cosa se está liando un poco.

Calipso señaló con el dedo.

—Allí.

En el café con terraza más cercano, al lado de una ventana para servir, había un menú fijado a la pared. Eché un vistazo a la oferta.

—¿Cuatro tipos distintos de bocaditos de patata? —Me sentí presa de la confusión culinaria—. ¿Por qué alguien querría tantos? Chile. Boniato. ¿Azules? ¿Cómo puede una patata ser...? —Me quedé inmóvil.

Por un nanosegundo, no supe lo que me había sobresaltado. Entonces me di cuenta de que mi fino oído había detectado un sonido a lo lejos: una voz de hombre.

—¿Qué pasa? —preguntó Calipso.

—Chis. —Escuché más atentamente.

Esperaba haberme equivocado. A lo mejor había oído un ave exótica con un graznido áspero o al cuidador del zoo que soltaba tacos mientras regaba caca de lémur con la manguera. Pero no. Incluso en mi precario estado mortal, mi oído era excepcional.

La voz volvió a hablar, familiar y mucho más próxima.

—Vosotros tres, por allí. Vosotros dos, conmigo.

Toqué la manga del abrigo de Calipso.

—Es Litienses, el Deshojador.

La hechicera murmuró otro juramento minoico y nombró una parte del cuerpo de Zeus en la que yo prefería no pensar.

—Tenemos que escondernos.

Desafortunadamente, Litienses se acercaba por donde nosotros habíamos venido. A juzgar por el sonido de su voz, disponíamos solo de unos segundos hasta que llegara. El cruce nos ofrecía una gran cantidad de rutas de escape, pero todas estarían dentro del campo visual de Litienses.

Solo había un lugar lo bastante cerca para refugiarnos.

—Ante la duda —dijo Calipso—, bocaditos de patata.

Me cogió la mano y me arrastró a la parte trasera del café.

Un restaurante de comida rápida.
Cumpló mi objetivo en la vida.
¿Patatas fritas para acompañar?

Cuando era un dios, me habría gustado que una mujer hermosa me hubiera llevado detrás de un edificio. Pero siendo Lester con Calipso, tenía más probabilidades de que me asesinaran que de que me besaran.

Nos agachamos junto a un montón de cajas de leche situadas en la entrada de la cocina. La zona olía a grasa de cocina, excrementos de paloma y cloro del parque acuático que había cerca. Calipso sacudió la puerta cerrada y acto seguido me lanzó una mirada asesina.

—¡Ayuda! —susurró.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—¡Pues sería un momento perfecto para tener un estallido de fuerza divina!

No debería haberles hablado a ella y Leo del asunto. En una ocasión, al enfrentarme a Nerón en el Campamento Mestizo, había recuperado por un momento mi poder sobrehumano, gracias a lo cual había podido vencer a los germani del emperador. Había lanzado a uno de ellos al cielo donde, que yo supiera, seguía en órbita terrestre baja. Pero había sido un momento muy efímero. Desde entonces no había recuperado mi fuerza.

A pesar de todo, Leo y Calipso parecían creer que podía invocar estallidos de poder cuando me daba la gana, solo porque era un antiguo dios. Me parecía injusto.

Intenté abrir la puerta. Tiré del pomo y por poco me desencajé los dedos.

—Ay —murmuré—. Los mortales han aprendido a hacer puertas. En la Edad de Bronce...

Calipso me hizo callar.

Las voces de nuestros enemigos se aproximaban. No oía a Litienses, pero otros dos hombres conversaban en un lenguaje gutural que parecía galo antiguo. Dudaba que fueran cuidadores del zoo.

Calipso se sacó frenéticamente una horquilla del pelo. ¡Ajá, de modo que sus bonitos rizos no se mantenían por arte de magia! Me señaló y luego señaló a la vuelta de la esquina. Creí que me decía que huyese y me salvase. Habría sido un consejo muy sensato. Entonces me di cuenta de que me estaba pidiendo que vigilase.

No sabía de qué serviría eso, pero miré por encima de la muralla de cajas de leche y esperé a que los germani llegaran y nos mataran. Los oí en la parte delantera del

café, sacudiendo la persiana de la ventana de atención al cliente, y luego conversando un momento con muchos gruñidos y quejas. Conociendo a los guardaespaldas del emperador, probablemente estaban diciendo algo en plan «¿Matar? Matar. ¿Reventar cabezas? Reventar cabezas».

Me preguntaba por qué Litienses había dividido a su gente en dos grupos. Seguro que ya sabían dónde estaban encerrados los grifos. ¿Por qué, entonces, estaban registrando el parque? A menos, claro está, que estuvieran buscando a intrusos, concretamente a nosotros...

Calipso partió su horquilla en dos. Introdujo los trozos metálicos en la cerradura de la puerta y empezó a moverlos, con los ojos cerrados como si estuviera profundamente concentrada.

Ridículo, pensé. ¡Eso solo funciona en las películas y en los poemas épicos de Homero!

«Clic». La puerta giró hacia dentro. Calipso me hizo señas con la mano para que entrase. Sacó los fragmentos de horquilla de la cerradura, me siguió a través del umbral y cerró con cuidado la puerta detrás de nosotros. Giró el cerrojo justo antes de que alguien sacudiera el pomo por fuera.

Una voz áspera murmuró en gallo, probablemente algo parecido a «No ha habido suerte. A reventar cabezas a otra parte».

Los pasos se alejaron.

Finalmente me acordé de respirar.

Me volví hacia Calipso.

—¿Cómo has forzado la cerradura?

Ella se quedó mirando la horquilla rota en su mano.

—He... he pensado en tejer.

—¿Tejer?

—Todavía sé tejer. Pasé miles de años practicando con el telar. He pensado que a lo mejor, no sé, manipular una ganzúa en una cerradura no se diferenciaba mucho de tejer con un telar.

A mí me parecían cosas muy diferentes, pero los resultados eran indiscutibles.

—Entonces, ¿no ha sido magia? —Traté de contener mi decepción. Tener a unos cuantos espíritus del viento a nuestras órdenes habría sido muy útil.

—No —contestó ella—. Cuando recupere la magia lo sabrás, porque saldrás volando a la otra punta de Indianápolis.

—Estoy deseándolo.

Escudriñé el oscuro interior del bar. Contra la pared del fondo había lo básico: un fregadero, una freidora, una cocina con fogones y dos microondas. Debajo de la encimera había dos frigoríficos horizontales.

¿Que cómo sabía qué era lo básico en una cocina de comida rápida? Había descubierto a la cantante Pink cuando trabajaba en un McDonald's. Encontré a Queen Latifah en un Burger King. He pasado bastante tiempo en ese tipo de locales. Nunca

se sabe dónde puedes encontrar talento.

Inspeccioné el primer frigorífico. Dentro, envueltas en una niebla fría, había cajas de comida precocinada etiquetadas con cuidado, pero en ninguna ponía BOCADITOS DE PATATA.

El segundo frigorífico estaba cerrado.

—Calipso —dije—, ¿puedes abrir esto?

—¿Quién es ahora el inútil, eh?

Decidí no contestar para que se hicieran las cosas como yo quería. Retrocedí mientras Calipso ejercitaba sus dotes no mágicas. Abrió la cerradura todavía más rápido que la primera.

—Bien hecho. —Levanté la tapa del frigorífico—. Ah.

Cientos de paquetes envueltos en papel de estraza blanco se hallaban etiquetados con rotulador negro.

Calipso leyó las descripciones entornando los ojos.

—¿Preparado de caballo carnívoro? ¿Dados de avestruz de combate? Y... bocaditos de grifo. —Se volvió hacia mí con una expresión horrorizada—. No estarán haciendo comida con los animales, ¿verdad?

Me acordé de un antiguo banquete en el que el rey Tántalo había servido a los dioses un guiso preparado con sus propios hijos. Con los humanos, cualquier cosa era posible. Pero en este caso no creía que estuvieran sirviendo animales míticos en el menú del café.

—Estas cosas están bajo llave —dije—. Supongo que han sido reservadas como premios para los animales más raros del zoo. Es un preparado de comida para caballo carnívoro, no un preparado hecho de caballo carnívoro.

Calipso pareció solo un poco menos asqueada.

—¿Qué demonios es un avestruz de combate?

La pregunta me despertó un viejo recuerdo. Una visión intensa como el hedor de una jaula de lémur sin lavar me dejó abrumado.

Estaba apoltronado en un diván en la tienda de campaña de mi amigo Cómodo. Él se hallaba en medio de una campaña militar con su padre, Marco Aurelio, pero dentro de la tienda nada hacía pensar en la dura vida de la legión. En lo alto, un dosel de seda blanco se hinchaba con la suave brisa. En un rincón, un músico se hallaba sentado discretamente dándonos una serenata con su lira. Bajo nuestros pies se extendían las mejores alfombras de las provincias orientales; cada una era más cara que una villa entera de Roma. Entre nuestros divanes, había una mesa con un aperitivo vespertino compuesto por jabalí asado, faisán, salmón y fruta que se derramaba de una cornucopia de oro puro.

Me entretenía lanzando uvas a la boca de Cómodo. Por supuesto, nunca fallaba a menos que quisiera, pero era divertido observar cómo la fruta rebotaba en su nariz.

—Eres malísimo —me dijo para hacerme rabiar.

«Y tú eres perfecto», pensé, pero me limité a sonreír.

Él tenía dieciocho años. En mi forma mortal, yo parecía un joven de la misma edad, pero ni siquiera con mis mejoras divinas podría haber superado en belleza al *princeps*. A pesar de su vida regalada, habiendo nacido con la púrpura de la Casa Imperial, Cómodo era la viva imagen de la perfección atlética: tenía un cuerpo ágil y musculoso, y un cabello rubio con rizos alrededor de su rostro olímpico. Su fuerza física era ya famosa, un detalle que suscitaba comparaciones con el héroe legendario Hércules.

Lancé otra uva. Él la atrapó con la mano y observó la pequeña esfera.

—Oh, Apolo... —Conocía mi verdadera identidad. A esas alturas habíamos sido amigos, más que amigos, durante un mes—. Estoy harto de estas campañas. ¡Mi padre ha estado en guerra prácticamente todo su reinado!

—Qué vida más dura, la tuya. —Señalé la opulencia que nos rodeaba.

—Sí, pero es absurdo. Patearse los bosques danubianos, aniquilar tribus bárbaras que no suponen ningún peligro para Roma... ¿Qué sentido tiene ser emperador si nunca estás en la capital para divertirte?

Mordisqueé un trozo de carne de jabalí.

—¿Por qué no hablas con tu padre? ¿Por qué no le pides un permiso?

Cómodo resopló.

—Ya sabes lo que hará: me dará otro sermón sobre el deber y la moral. Es tan virtuoso, tan perfecto, tan querido...

Rodeó esas palabras de círculos imaginarios (ya que las comillas imaginarias todavía no se habían inventado). Yo entendía sus sentimientos. Marco Aurelio era el padre más severo y poderoso del mundo aparte de mi padre, Zeus. A los dos les encantaba sermonear. A los dos les encantaba recordar a sus vástagos que tenían mucha suerte, que eran unos privilegiados, que no habían cumplido ni de lejos las expectativas de sus padres. Y, cómo no, los dos tenían unos hijos guapísimos, talentosos y terriblemente infravalorados.

Cómodo estrujó la uva y observó cómo el jugo goteaba por sus dedos.

—Mi padre me nombró su coemperador cuando tenía quince años, Apolo. Es agobiante. Todo obligaciones, todo el tiempo. Luego me casó con Brutia Crispina, esa chica horrorosa. ¿Quién le pone de nombre a su hija «Brutia»?

Yo no quería reírme a costa de su distante esposa, pero a una parte de mí le gustó que hablase mal de ella. Quería acaparar toda su atención.

—Bueno, algún día serás el único emperador —dije—. Entonces tú podrás crear las normas.

—Haré las paces con los bárbaros —declaró de inmediato—. Luego volveremos a casa y lo celebraremos con juegos. Los mejores juegos, todo el tiempo. Reuniré a los animales más exóticos del mundo. Lucharé personalmente con ellos en el Coliseo: tigres, elefantes, avestruces...

Reí al oír el último animal.

—¿Avestruces? ¿Has visto alguna vez un avestruz?

—Oh, sí. —Cómico tenía una mirada nostálgica en los ojos—. Unos animales asombrosos. Si se los adiestrara para luchar y se les diseñara una especie de armadura, serían increíbles.

—Eres un idiota muy guapo. —Lancé otra uva, que rebotó en su frente.

Un breve arrebato de ira se reflejó en su rostro. Yo sabía que Cómico podía tener mal genio. Le gustaba demasiado matar. Pero ¿qué más me daba a mí? Yo era un dios. Podía hablar con él como nadie osaba hablar.

La solapa de la tienda se abrió. Un centurión entró y saludó enérgicamente, pero tenía la cara afligida, brillante de sudor.

—Princeps... —Le temblaba la voz—. Es vuestro padre. Ha... ha...

No llegó a decir «muerto», pero pareció que la palabra flotase en la tienda a nuestro alrededor y enfriase el ambiente. El músico de la lira interrumpió su interpretación en un acorde mayor de séptima.

Cómico me miró con pánico.

—Venga —dije, lo más tranquilamente posible, tragándome mis recelos—. Siempre contarás con mis bendiciones. Lo harás estupendamente.

Pero sospechaba lo que ocurriría: el joven al que conocía y amaba estaba a punto de ser devorado por el emperador en el que se convertiría.

Se levantó y me besó por última vez. El aliento le olía a uvas. Luego salió de la tienda para meterse, como decían los romanos, en la boca del lobo.

—Apolo. —Calipso me dio un empujón en el brazo.

—¡No te vayas! —supliqué. Entonces mi pasado se esfumó.

La hechicera me miraba con el ceño fruncido.

—¿Cómo que «No te vayas»? ¿Has tenido otra visión?

Eché un vistazo a la oscura cocina del bar.

—Estoy... estoy bien. ¿Qué pasa?

Calipso señaló el frigorífico.

—Mira los precios.

Tragué el sabor amargo a uvas y carne de jabalí. Dentro del frigorífico, en la esquina de cada paquete envuelto en papel de estraza blanco, había un precio escrito con lápiz. El más caro de lejos era el de los bocaditos de grifo, que costaban 15 000 \$ por ración.

—No estoy muy puesto en la moneda actual —reconocí—, pero ¿no es un precio un poco elevado por una comida?

—Yo iba a hacerte la misma pregunta —dijo Calipso—. Sé que el símbolo de la ese con la raya atravesada significa dólares estadounidenses, pero ¿la cantidad...? —Se encogió de hombros.

Me pareció injusto que estuviera poniéndome en peligro con alguien tan desinformado como yo. Un semidiós moderno podría habernos respondido sin problemas, y además habría poseído aptitudes útiles en el siglo XXI. Leo Valdez sabía reparar máquinas. Percy Jackson sabía conducir un coche. Incluso me habría

conformado con Meg McCaffrey y su destreza en el lanzamiento de bolsas de basura, aunque sabía lo que Meg diría en el aprieto en que nos encontrábamos: «Sois tontos».

Saqué un paquete de bocaditos de grifo y abrí una esquina. En el interior había unos daditos congelados de patata triturada con una capa metálica dorada que brillaba.

—¿Normalmente los bocaditos de patata se espolvorean con metal precioso? —pregunté.

Calipso cogió uno.

—Creo que no. Pero a los grifos les gusta el oro. Mi padre me lo dijo hace una eternidad.

Me estremecí. Me acordé de su padre, el general Atlas, que soltó a una bandada de grifos contra mí durante la primera guerra de los titanes contra los dioses. Que tu carro acabe plagado de leones con cabeza de águila no es algo que se olvide fácilmente.

—Cojamos los bocaditos para dar de comer a los grifos —aventuré—. Con suerte, nos ayudarán a ganarnos su confianza. —Saqué la Flecha de Dodona del carcaj—. ¿Te referías a esto, Flecha Incordiante?

La flecha vibró.

CIERTAMENTE, SOIS MÁS ESPESO QUE LA COMIDA DE AVESTRUZ DE COMBATE.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Calipso.

—Ha dicho que sí.

Calipso cogió un menú de papel con un mapa del zoo de la encimera. Señaló un círculo naranja que rodeaba la zona de las LLANURAS.

—Aquí.

El círculo tenía un rótulo: PASEO EN TREN, el nombre menos creativo que se me ocurría. En la parte inferior, en la leyenda del mapa, figuraba una explicación más detallada: PASEO EN TREN. UN VISTAZO AL ZOO DETRÁS DEL ZOO.

—Bueno —dije—, por lo menos anuncian que hay un zoo secreto detrás del zoo. Es un detalle por su parte.

—Creo que es hora de subir al chu-chu —convino Calipso.

En la parte delantera del café sonó un estruendo, como si un germanus hubiera tropezado con un cubo de basura.

—¡Basta! —escupió Litienses—. Tú, quédate aquí y vigila. Si aparecen, captúralos, pero no los mates. Tú, ven conmigo. Necesitamos a esos grifos.

Conté en silencio hasta cinco y le susurré a Calipso:

—¿Se han ido ya?

—Déjame usar mi supervista para mirar a través de la pared —dijo ella—. Un momento.

—Eres una persona horrible.

Ella señaló el mapa.

—Si Litienses ha dejado a un guardia en el cruce, lo tendremos difícil para salir de

aquí y llegar al tren sin que nos vea.

—Bueno —dije—, podríamos volver a la Estación de Paso y decirle a Britomartis que lo hemos intentado.

Calipso me lanzó un bocadito de patata dorado.

—Si cuando eras un dios unos héroes hubieran vuelto de una misión con las manos vacías y te hubieran dicho: «Disculpe, Apolo. Lo hemos intentado», ¿habrías sido comprensivo?

—¡Por supuesto que no! ¡Los habría incinerado! Los habría... Ah. Ya veo por dónde vas. —Me retorcí las manos—. Entonces, ¿qué hacemos? No me apetece que me incineren. Duele.

—Tal vez haya una alternativa.

Calipso deslizó el dedo a través del mapa hasta una sección marcada como SURICATAS, REPTILES Y SERPIENTES, que parecía el peor nombre de bufete de la historia.

—Tengo una idea —dijo—. Trae los bocaditos y sígueme.

Sí, tenemos lo que hace falta.
Falsos encantamientos y disparos a los pies.
Te enseñaré a preparar tortitas

Yo no quería seguir a Calipso, con o sin bocaditos.

Por desgracia, mi otra opción era esconderme en el café hasta que los hombres del emperador me encontrasen o el encargado del café llegara y me pusiera a trabajar de cocinero de comida rápida.

Calipso me guio corriendo de escondite en escondite como la ninja urbana que era. Divisé al solitario germanus de guardia a unos quince metros al otro lado de la plaza, pero estaba ocupado estudiando el ti vivo. Apuntaba cautelosamente con su arma de asta a los caballos pintados como si fueran carnívoros.

Llegamos al lado opuesto del cruce sin llamar su atención, pero yo seguía nervioso. Por lo que sabíamos, Litienses tenía múltiples grupos peinando el parque. En un poste telefónico situado cerca de la tienda de recuerdos, una cámara de seguridad nos observaba. Si el triunvirato era tan poderoso como Nerón afirmaba, podían controlar sin problemas la vigilancia del zoo de Indianápolis. Tal vez por eso Litienses nos buscaba. A lo mejor ya sabía que estábamos allí.

Consideré disparar una flecha a la cámara, pero probablemente ya era demasiado tarde. Las cámaras me adoraban. Sin duda mi cara estaba en todos los monitores del puesto de seguridad.

El plan de Calipso consistía en sortear los orangutanes, atajar por la instalación de los reptiles y rodear el perímetro del parque hasta que llegásemos a la estación de tren. Sin embargo, al pasar por la entrada del recinto de los monos, las voces de un germanus que se acercaba nos sobresaltaron. Nos pusimos a cubierto en el complejo de los orangutanes.

Vale... Yo me asusté y me puse a cubierto. Calipso susurró: «¡No, idiota!» y luego me siguió. Nos agachamos uno al lado del otro detrás de un muro mientras dos germani pasaban por delante charlando despreocupadamente de técnicas para reventar cabezas.

Eché un vistazo a mi derecha y reprimí un grito. Al otro lado de una pared de cristal, un gran orangután me observaba fijamente con una mirada de curiosidad en sus ojos color ámbar. Hizo unos gestos con las manos: ¿lengua de signos? Agamedes lo habría sabido. A juzgar por la expresión del mono, no le hacía mucha gracia verme. Lamentablemente, entre los grandes simios, solo los humanos son capaces de

albergar el debido temor por los dioses. Mirándolo por el lado bueno, los orangutanes tienen un increíble pelaje naranja con el que ningún humano podría competir.

Calipso me dio un empujoncito en la pierna.

—Tenemos que seguir adelante.

Nos internamos a toda prisa en la sala de exhibición. Nuestros movimientos simioscos debieron de hacer gracia al orangután porque emitió un grito profundo.

—¡Cállate! —le susurré.

En la salida del fondo, nos acurrucamos detrás de una cortina de redes de camuflaje. Sujeté los bocaditos contra el pecho y traté de estabilizar mi respiración.

A mi lado, Calipso se puso a tararear entre dientes: un hábito nervioso suyo. Deseé que parase. Cada vez que tarareaba una melodía que yo conocía, sentía deseos de cantar en armonía muy fuerte, cosa que habría delatado nuestra posición.

Finalmente susurré:

—Creo que no hay moros en la costa.

Salí y me topé de lleno con otro germanus. En serio, ¿cuántos bárbaros tenía Cómodo? ¿Los compraba a granel?

Por un momento, los tres nos quedamos tan sorprendidos que no dijimos nada ni nos movimos. Luego el bárbaro emitió un ruido sordo con el pecho como si se dispusiera a pedir refuerzos a gritos.

—¡Sujeta esto! —Le lancé el paquete de comida para grifos a los brazos.

Él lo cogió de manera refleja. Después de todo, que un hombre entregue sus bocaditos se considera un gesto de rendición en muchas culturas. Él miró el paquete con el ceño fruncido mientras yo retrocedía, cogía el arco de mi hombro, disparaba y le plantaba una flecha en el pie izquierdo.

Él lanzó un aullido y soltó el paquete de bocaditos de patata. Lo recogí y eché a correr, seguido de cerca por Calipso.

—Bien hecho —observó.

—Lástima que seguramente haya dado la alarma. ¡Gira a la izquierda!

Otro germanus salió disparado de la zona de los reptiles. Lo esquivamos como pudimos y corrimos hacia un letrero en el que ponía PANORAMA.

A lo lejos apareció un teleférico: unos cables tendidos de una torre a otra por encima de las copas de los árboles y una cabina verde colgada a unos quince metros en el aire. Me pregunté si podríamos utilizarlo para llegar a la zona secreta del zoo, o al menos alcanzar una posición elevada, pero el acceso a la cabina estaba vallado y cerrado con candado.

Antes de que pudiera pedirle a Calipso que hiciera su truco de la horquilla, los germani nos arrinconaron. El de la zona de los reptiles avanzó apuntándonos al pecho con su arma de asta. El del recinto de los orangutanes apareció gruñendo y cojeando detrás; mi flecha todavía sobresalía de su bota de piel ensangrentada.

Coloqué otra flecha en el arco, pero era imposible que los abatiera a los dos antes de que nos mataran. Había visto a algunos germani recibir seis o siete flechas en el

corazón y seguir luchando.

—Apolo, cuando te maldiga, finge que te desmayas.

—¿Qué?

Ella se giró contra mí y gritó:

—¡Esta es la última vez que me fallas, esclavo!

Hizo una serie de gestos con las manos que reconocí de la antigüedad: encantamientos y maldiciones que nadie había osado lanzar en dirección a mí. Tuve la tentación de darle un guantazo, pero hice lo que me mandó: lancé un grito ahogado y me desplomé.

Con los ojos entrecerrados, vi que Calipso se volvía contra nuestros enemigos.

—¡Ahora os toca a vosotros, idiotas! —Empezó a hacer los mismos gestos groseros a los germani.

El primero se detuvo. Palideció. Me miró tumbado en el suelo, se volvió y huyó despavorido dejando atrás a su amigo.

El germanus del pie herido vaciló. A juzgar por el odio que se reflejaba en sus ojos, quería vengarse por el arma arrojada que le había destrozado la bota izquierda.

Calipso, impertérrita, agitó los brazos y empezó a recitar. Por su tono, parecía que estuviera invocando a los peores *daimons* del Tártaro, aunque sus palabras, en fenicio antiguo, eran en realidad una receta para preparar tortitas.

El germanus herido chilló y se fue cojeando, y dejó un rastro de huellas rojas tras de sí.

Calipso me tendió la mano y me levantó.

—Vamos. Solo he ganado unos segundos.

—¿Cómo has...? ¿Has recuperado la magia?

—Ojalá —dijo ella—. He fingido. La mitad de la magia consiste en actuar como si fuera a funcionar. La otra en elegir a un blanco supersticioso. Volverán. Y con refuerzos.

Reconozco que estaba impresionado. Desde luego sus «encantamientos» me habían puesto nervioso.

Hice un gesto rápido para protegerme del mal, por si Calipso tenía más poder del que creía. A continuación echamos a correr junto a la verja que rodeaba el perímetro.

En el siguiente cruce, Calipso dijo:

—Por aquí se va al tren.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza.

—Se me da bien memorizar mapas. Una vez hice uno de Ogigia; reproduje cada metro cuadrado de la isla. Era la única forma de mantener la cordura.

A mí me parecía una forma terrible de mantener la cordura, pero dejé que ella fuera delante. Detrás de nosotros había más germani que gritaban, pero parecía que se dirigían a la verja del panorama que acabábamos de dejar atrás. Confié en que la estación de tren estuviera despejada.

JA, JA, JA. No lo estaba.

En la vía había un tren en miniatura: una locomotora a vapor verde intenso con una hilera de vagones de pasajeros descubiertos. A su lado en el andén de la estación, bajo un tejadillo cubierto de hiedra, se hallaba Litienses con su espada desenvainada apoyada en el hombro como el fardo de un vagabundo. Llevaba una coraza de cuero gastada y sujeta con correas por encima de su camiseta de los Cornhuskers. El cabello moreno rizado le caía en bucles sobre el pañuelo rojo, y parecía que tuviera una araña grande agazapada sobre la cabeza, lista para saltar.

—Bienvenidos. —La sonrisa del prefecto podría haber parecido cordial de no ser por las cicatrices de su cara. Se tocó algo en la oreja: un dispositivo Bluetooth, quizá—. Están en la estación —anunció—. Reuníos conmigo, pero despacio y en calma. Estoy bien. Quiero a estos dos vivos.

Nos miró encogiéndose de hombros como pidiendo disculpas.

—A veces mis hombres se pasan de entusiasmo a la hora de matar. Sobre todo si les hacen quedar como unos idiotas.

—Ha sido un placer. —Dudo que me saliera el tono seguro y audaz que trataba de adoptar. Se me quebró la voz. Tenía la cara salpicada de gotas de sudor. Sostenía el arco de lado como una guitarra eléctrica, una posición de disparo inadecuada, y con la otra mano, en lugar de una flecha que podría haberme sido útil, sujetaba un paquete de bocaditos de patata congelados.

Probablemente era mejor así. En mi sueño había visto la rapidez con la que Litienses podía blandir su espada. Si intentaba dispararle, nuestras cabezas rodarían por el suelo antes de que pudiera tensar la cuerda del arco.

—Vosotros podéis usar teléfono —observé—. O *walkie-talkie*, o lo que sea. No soporto cuando los malos tenéis la oportunidad de hablar entre vosotros y nosotros no.

La risa de Litienses sonaba como una lima sobre metal.

—Sí. Al triunvirato le gusta tener ciertas ventajas.

—Supongo que no nos contarás cómo consiguen cortar las comunicaciones entre los semidioses.

—No viviréis lo suficiente para que haya que tener eso en cuenta. Vamos, baja el arco. En cuanto a tu amiguita... —Evaluó a Calipso—. Mantén las manos a los lados. Nada de maldiciones repentinas. No me gustaría tener que cortar esa bonita cabeza tuya.

Calipso sonrió dulcemente.

—Yo estaba pensando lo mismo de ti. Baja la espada, y no acabaré contigo.

Calipso era una buena actriz. Tomé nota mental de que debía recomendarle mi exclusivo campamento de verano, *Interpretación de método con las Musas*, si salíamos de esa con vida.

Litienses rio entre dientes.

—Muy bien. Me gustas. Pero dentro de unos sesenta segundos, una docena de

germani llegará a la estación. Ellos no lo pedirán tan educadamente. —Dio un paso adelante y blandió su espada a un lado.

Traté de idear un plan brillante. Por desgracia, lo único que se me ocurrió fue ponerme a llorar de terror. Entonces, por encima de Litienses, la hiedra susurró en el tejadillo.

El espadachín no pareció reparar en ello. Me preguntaba si había orangutanes jugando allí arriba, o tal vez unos dioses del Olimpo se habían reunido para merendar y ver cómo yo moría. O tal vez... Era demasiado pedir, pero para ganar tiempo, solté el arco.

—Apolo —susurró Calipso—. ¿Qué haces?

Litienses respondió por mí.

—Ser listo. A ver, ¿dónde está el tercer miembro de vuestro grupito?

Parpadeé.

—Solo... solo hemos venido nosotros dos.

Las cicatrices faciales de Litienses se ondularon; líneas blancas sobre piel bronceada, como las cumbres de una duna de arena.

—Venga ya. Entrasteis en la ciudad volando en un dragón. Tres pasajeros. Me gustaría mucho volver a ver a Leo Valdez. Tenemos asuntos pendientes.

—¿Conoces a Leo? —A pesar del peligro que corríamos, experimenté una ligera sensación de alivio. Por fin un villano tenía más ganas de matar a Leo que a mí. ¡Estábamos progresando!

Calipso no parecía tan contenta. Se dirigió al espadachín apretando los puños.

—¿Qué quieres de Leo?

Litienses entornó los ojos.

—Tú no eres la misma chica que estaba con él. Se llamaba Piper. ¿No serás por casualidad la novia de Leo?

Unas manchas rojas aparecieron en las mejillas y el cuello de Calipso.

Litienses se animó.

—¡Oh, sí que lo eres! ¡Maravilloso! Puedo utilizarte para hacerle daño.

Calipso gruñó.

—No vas a hacerle daño.

El tejadillo volvió a sacudirse por encima de Litienses, como si mil ratas corretearan entre las vigas. Parecía que las enredaderas estuvieran creciendo y que el follaje estuviera volviéndose más espeso y oscuro.

—Calipso —dije—, atrás.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Este Deshojador acaba de amenazar...

—¡Calipso! —La cogí de la muñeca y la aparté de la sombra que proyectaba el tejadillo justo cuando se vino abajo encima de Litienses. El espadachín desapareció bajo cientos de kilos de tejas, madera y hiedra.

Inspeccioné el montón de enredaderas que se agitaban. No vi orangutanes, ni dioses, ni nadie que pudiera haber sido responsable del derrumbamiento.

—Ella debe de estar aquí —murmuré.

—¿Quién? —Calipso me miró fijamente con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha pasado?

Yo quería tener esperanza, pero me daba miedo hacerlo. En cualquier caso, no podíamos quedarnos. Litienses gritaba y forcejeaba debajo de los restos, y eso significaba que no estaba muerto. Los germani llegarían en cualquier momento.

—Larguémonos. —Señalé la locomotora verde—. Yo conduzco.

Conduzco el tren verde
en plan: «¡Chu-chu! ¡Chu-chu!
¡No me pillaréis!». ¡Oh, caca!

Huir a cámara lenta no era lo que yo tenía pensado.

Los dos nos subimos al asiento del maquinista, en el que apenas cabía una persona, y nos hicimos sitio a empujones mientras pisábamos pedales y girábamos palancas al azar.

—¡Te he dicho que yo conduzco! —grité—. ¡Si puedo conducir el sol, puedo conducir esto!

—¡Esto no es el sol! —Calipso me dio un codazo en las costillas—. Es un tren a escala.

Encontré el interruptor de encendido. El tren se puso en movimiento dando tumbos. (Calipso dirá que lo encontró ella. Es una mentira descarada). Aparté a Calipso del asiento de un empujón y la tiré al suelo. Como el tren iba solo a un kilómetro por hora, se levantó, se limpió la falda y se acercó a mí echando chispas por los ojos.

—¿Esa es la velocidad máxima? —inquirió—. ¡Dale a más palancas!

Detrás de nosotros, debajo de los restos del tejadillo, sonó un enorme ¡GRRR! La hiedra tembló mientras Litienses trataba de abrirse paso.

Media docena de germani apareció al fondo del andén. (Estaba claro que Cómodo compraba a sus bárbaros en envases de tamaño familiar). Los guardaespaldas miraron la masa chillona de restos de tejado y luego nos miraron a nosotros, que nos alejábamos haciendo «chu-chu». En lugar de perseguirnos, empezaron a apartar las vigas y las enredaderas para liberar a su jefe. Considerando la velocidad a la que nosotros avanzábamos, debían de pensar que tendrían tiempo de sobra para venir a buscarnos.

Calipso subió al estribo de un salto. Señaló los mandos.

—Prueba el pedal azul.

—¡El pedal azul nunca es el bueno!

Ella lo pisó. Salimos disparados hacia delante al triple de la velocidad a la que íbamos, con lo que nuestros amigos ahora tendrían que trotar a un paso moderado para alcanzarnos.

La vía formó una curva mientras seguíamos acelerando, con las ruedas chirriando contra el raíl exterior. La estación desapareció detrás de una hilera de árboles. A

nuestra izquierda, el terreno se abrió y dejó ver los majestuosos traseros de unos elefantes africanos que hurgaban en un montón de heno. Su cuidador frunció el entrecejo cuando pasamos por delante.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh!

Le saludé con la mano.

—¡Buenos días!

Acto seguido desaparecimos. Los vagones se sacudían de forma peligrosa a medida que acelerábamos. Me castañeteaban los dientes. La vejiga me bamboleaba. Más adelante, casi oculto tras una pantalla de bambú, había un cruce en la vía señalado con un letrero en latín: BONUM EFFERCIUM.

—¡Allí! —grité—. ¡«La buena materia»! ¡Tenemos que girar a la izquierda!

Calipso miró la consola entornando los ojos.

—¿Cómo?

—Debería haber un interruptor —dije—. Algo que controle el cruce.

Entonces lo vi, no en la consola, sino delante de nosotros a un lado de la vía: una anticuada palanca de mano. No había tiempo para parar el tren, adelantarse y activar manualmente el interruptor.

—¡Sujeta esto, Calipso! —Le lancé los bocaditos y me descolgué el arco. Preparé una flecha.

En el pasado, un tiro como ese habría sido pan comido para mí. Ahora era casi imposible: tenía que disparar desde un tren en marcha e intentar dar en un punto donde el impacto concentrado de una flecha tuviera las máximas posibilidades de activar el interruptor.

Pensé en mi hija Kayla del Campamento Mestizo. Me imaginé su voz serena mientras me instruía en los problemas del tiro con arco para los mortales. Me acordé de los ánimos de los demás campistas el día que derribé al Coloso de Nerón de un tiro en la playa.

Disparé. La flecha chocó contra la palanca y la empujó hacia atrás. Los espadines de las agujas se movieron. Entramos en la línea auxiliar de derivación dando sacudidas.

—¡Agáchate! —gritó Calipso.

Atravesamos el bambú y nos metimos a toda velocidad en un túnel con la anchura justa para el tren. Lamentablemente, íbamos demasiado deprisa. El chu-chu se ladeó y empezó a echar chispas contra la pared. Cuando salimos por la otra boca del túnel, estábamos totalmente desequilibrados.

El tren rechinó y se ladeó: una sensación que conocía perfectamente de las veces en que tenía que hacer virar el carro solar para esquivar un transbordador espacial o un dragón celestial chino. (Esas cosas eran una lata).

—¡Sal! —Derribé a Calipso (sí, otra vez) y salté por el lado derecho del tren mientras la fila de vagones volcaba hacia la izquierda y descarrilaba emitiendo un sonido parecido al de un ejército con armaduras de bronce al ser aplastado por puño

gigante. (Puede que yo aplastara a unos cuantos ejércitos de esa forma en la antigüedad).

Cuando quise darme cuenta estaba a gatas, con la oreja pegada al suelo como si estuviera atenta por si oía una manada de búfalos, aunque no tenía ni idea de por qué.

—Apolo. —Calipso me tiró de la manga de la chaqueta—. Levántate.

Tenía la cabeza a punto de explotar, como si fuera varias veces más grande de lo normal, pero parecía que no tenía ningún hueso roto. A Calipso se le había soltado el pelo sobre los hombros. Su parka plateada estaba manchada de polvo, arena y grava. Por lo demás, parecía intacta. Quizá nuestras antiguas constituciones divinas nos habían salvado de los daños. O eso o habíamos tenido suerte.

Nos habíamos estrellado en medio de un ruedo. El tren yacía enroscado sobre la grava como una oruga muerta, a escasos metros de donde terminaba la vía. El perímetro estaba rodeado de recintos de animales: muros de plexiglás enmarcados en piedra. Encima de ellos había tres gradas de asientos de estadio. Sobre la parte superior del anfiteatro se extendía un manto de redes de camuflaje como el que había visto en el espacio del orangután, aunque sospechaba que aquí las redes estaban pensadas para impedir que los monstruos alados se fueran volando.

Por el suelo del ruedo había cadenas con grilletes sujetas a postes clavados en la tierra. Cerca había un bastidor con instrumentos de aspecto siniestro: picanas eléctricas, pértigas con lazo, látigos y arpones.

Se me hizo un nudo en la garganta. Habría pensado que me había tragado un bocadito de grifo de no ser porque el paquete seguía milagrosamente intacto en los brazos de Calipso.

—Es un complejo de entrenamiento —dije—. He visto sitios así. Están preparando a esos animales para los juegos.

—¿«Preparando»? —Calipso miró los bastidores de armas con el ceño fruncido—. ¿Cómo, exactamente?

—Los enfurecen —dije—. Los acosan. Les hacen pasar hambre. Los adiestran para matar cualquier cosa que se mueva.

—Qué salvajada. —Calipso se volvió hacia el redil más próximo—. ¿Qué les han hecho a esos avestruces?

A través del plexiglás, cuatro aves de esa especie nos miraban fijamente sacudiendo las cabezas de lado, acometidas por una serie de ataques. Eran unos animales de por sí extraños, pero esos en concreto habían sido equipados con collares con tachones de hierro en el pescuezo, cascos de guerra con pinchos como el del káiser Guillermo, y alambre de espino enrollado como luces de Navidad alrededor de las patas. El ave más cercana me intentó morder y mostró unos puntiagudos dientes de acero que habían sido introducidos en su pico.

—Los avestruces de combate del emperador.

Me sentí como si dentro de mi pecho se desplomara un tejado. La situación de esos animales me deprimía... pero también me deprimía pensar en Cómodo. Los

juegos que él había organizado cuando era un joven emperador eran desagradables, pero se habían transformado en algo mucho peor.

—Disfrutaba utilizándolos para hacer prácticas de tiro. Con una sola flecha, podía decapitar un ave corriendo a todo galope. Cuando eso ya no era lo bastante entretenido... —Señalé las aves de guerra modificadas.

La cara de Calipso se tiñó de amarillo icterico.

—¿Van a matar a todos estos animales?

Yo estaba demasiado desanimado para contestar. Me acordé del Anfiteatro Flaviano durante el dominio de Cómodo: la reluciente arena roja del suelo del estadio llena de reses de miles de animales exóticos, todos masacrados por deporte y espectáculo.

Pasamos al siguiente recinto. Un gran toro rojo se paseaba inquieto; sus cuernos y pezuñas emitían un brillo bronceado.

—Es un toro etíope —dije—. Su piel es inmune a todas las armas metálicas, como el león de Nemea, solo que, ejem... mucho más grande, y rojo.

Calipso pasó por delante de varias celdas más: unas serpientes aladas árabes, un caballo que deduje era de los carnívoros que escupían fuego. (Una vez consideré utilizar esa especie para mi carro solar, pero era muy cara de mantener).

La hechicera se quedó inmóvil en la siguiente ventana.

—Ven aquí, Apolo.

Detrás del cristal había dos grifos.

Emmie y Josephine estaban en lo cierto. Eran unos especímenes magníficos.

A lo largo de los siglos, con la desaparición de sus hábitats naturales, los grifos salvajes se habían vuelto unas criaturas escuálidas, más pequeñas y más combativas que en la antigüedad. (Como el armiño de tres ojos en peligro de extinción o el tejón flatulento gigante). Había habido pocos grifos lo bastante grandes para soportar el peso de un jinete humano.

Sin embargo, el macho y la hembra situados delante de nosotros eran del tamaño de leones. Su pelaje marrón claro brillaba como una cota de malla de cobre. Sus alas de color rojizo se plegaban majestuosamente sobre sus lomos. Sus cabezas aguiñadas estaban erizadas de plumaje dorado y blanco. En la antigüedad, un rey griego habría pagado un trirreme lleno de rubíes por una pareja como esa.

Afortunadamente, no vi rastro de que los animales hubieran sufrido malos tratos. No obstante, los dos estaban encadenados por las patas traseras. Los grifos se ponen muy gruñones cuando los encarcelan o los encierran de alguna forma. En cuanto el macho, Abelard, nos vio, se puso a chasquear y graznar batiendo las alas. Clavó las garras en la arena e hizo esfuerzos para soltarse de sus grilletes, tratando de alcanzarnos.

La hembra retrocedió a las sombras emitiendo un grave sonido de borboteo, como el gruñido de un perro amenazado. Se balanceaba de un lado a otro, con la barriga muy cerca del suelo como si...

—Oh, no. —Temí que mi débil corazón mortal estallase—. No me extraña que Britomartis estuviera tan desesperado por recuperar a estos dos.

Calipso parecía embelesada con los animales. Con cierta dificultad, volvió a centrarse en mí.

—¿Qué quieres decir?

—La hembra lleva un huevo dentro. Necesita anidar de inmediato. Si no la llevamos a la Estación de Paso...

La expresión de Calipso se tornó aguda y acerada como los dientes de avestruz.

—¿Heloise podrá salir de aquí volando?

—Creo... creo que sí. Mi hermana entiende más de animales salvajes, pero sí.

—¿Puede cargar un grifo embarazado con un jinete?

—No nos queda más remedio que intentarlo. —Señalé las redes que había encima del ruedo—. Esa es la vía de salida más rápida, suponiendo que podamos desatar a los grifos y quitar la red. El problema es que Heloise y Abelard no van a vernos como a unos amigos. Están encadenados. Están enjaulados. Están esperando una cría. Nos harán pedazos si nos acercamos.

Calipso se cruzó de brazos.

—¿Y la música? A la mayoría de los animales les gusta la música.

Me acordé de que había utilizado una canción para hipnotizar a los mirmekes en el Campamento Mestizo. Pero lo cierto era que no me apetecía volver a cantar sobre mis fracasos, sobre todo delante de mi compañera.

Miré hacia atrás, al túnel del tren. Seguía sin haber rastro de Litienses y sus hombres, pero eso no me hacía sentir mejor. Ya deberían haber llegado...

—Tenemos que darnos prisa —dije.

El primer problema era el más fácil de resolver: el muro de plexiglás. Deduje que en alguna parte debía de haber un interruptor para bajar los tabiques con el fin de soltar a los diversos animales. Subí a las gradas de los espectadores con la ayuda de una escalera de mano llamada Calipso y encontré el tablero de control que estaba buscando al lado del único asiento acolchado del estadio: claramente reservado al emperador para cuando quisiera controlar a sus animales asesinos durante el adiestramiento.

Cada palanca tenía una práctica etiqueta hecha con cinta de carrocero y rotulador. En una ponía GRIFOS.

—¿Estás lista? —grité a Calipso.

Ella estaba justo delante del recinto de los grifos, con las manos estiradas como si se preparase para atrapar un huevo arrojado.

—¿Qué se consideraría estar «lista» en una situación como esta?

Le di al interruptor. La pantalla de plexiglás de los grifos cayó con un sonoro «cachanc» y desapareció en una ranura a través del umbral.

Me reuní con Calipso, que tarareaba una especie de canción de cuna. A los dos grifos no les causó muy buena impresión. Heloise gruñó ruidosamente, pegándose a

la pared del fondo del recinto. Abelard tiró de su cadena el doble de fuerte, tratando de alcanzarnos y arrancarnos la cara de un bocado.

Calipso me dio el paquete de bocaditos. Señaló el recinto con la barbilla.

—¿Estás de guasa? —dije—. Si me acerco para darles de comer, me devorarán.

Ella interrumpió su canción.

—¿No eres el dios de las armas de largo alcance? ¡Tira los bocaditos!

Alcé la vista al cielo tapado con redes, que, por cierto, me pareció una metáfora grosera y totalmente innecesaria de mi exilio del Olimpo.

—¿Es que no sabes nada de estos animales, Calipso? Para ganarte su confianza debes darles de comer con la mano, introduciendo los dedos en el pico. Eso subraya la idea de que la comida viene de ti, como el ave madre.

—Ah. —Calipso se mordió el labio inferior—. Ya veo el problema. Tú serías un ave madre terrible.

Abelard arremetió contra mí y me graznó. Todo el mundo se creía con derecho a criticar.

Calipso asintió con la cabeza como si hubiera tomado una decisión.

—Los dos seremos necesarios. Cantaremos un dueto. Tú tienes una voz pasable.

—¿Que tengo una...? —Se me paralizó la boca de la sorpresa. Decirme a mí, el dios de la música, que tenía una voz pasable era como decirle a Shaquille O’Neal que atacaba de forma pasable o como decirle a Annie Oakley que era una tiradora pasable.

Por otra parte, yo no era Apolo. Era Lester Papadopoulos. En el campamento, desesperado con mis pobres aptitudes mortales, había jurado por la laguna Estigia que no utilizaría el tiro con arco ni la música hasta que volviera a ser un dios. No había tardado en romper el juramento cantando a los mirmekes... por una buena causa, eso sí. Desde entonces había vivido aterrorizado, preguntándome cuándo me castigaría el espíritu de la laguna Estigia. Tal vez en lugar de un gran momento de castigo, padeciera una muerte lenta por mil insultos. ¿Cuántas veces podía oír un dios de la música que tenía una voz pasable antes de deshacerse en un montón de polvo asqueado de sí mismo?

—Está bien. —Suspiré—. ¿Qué dueto cantamos? ¿«Islands in the Stream»?

—No la conozco.

—¿«I Got You, Babe»?

—Tampoco.

—Oh, dioses, estoy seguro de que dimos los setenta en tus clases de cultura pop.

—¿Y la canción que solía cantar Zeus?

Parpadeé.

—¿Zeus... cantando? —La idea me pareció ligeramente horripilante. Mi padre tronaba. Castigaba. Regañaba. Echaba chispas por los ojos como un campeón. Pero no cantaba.

Calipso adquirió una mirada un poco soñadora.

—En el palacio del monte Otris, cuando era el copero de Cronos, Zeus solía entretener a la corte cantando canciones.

Me moví incómodo.

—Yo... yo todavía no había nacido.

Por supuesto, sabía que Calipso era mayor que yo, pero lo cierto era que nunca me había planteado lo que eso suponía. Cuando los titanes gobernaban el cosmos, antes de que los dioses se rebelasen y Zeus se convirtiese en rey, sin duda Calipso había sido una niña sin preocupaciones, miembro de la prole del general Atlas, que corría por el palacio molestando a los criados aéreos. ¡Dioses, Calipso tenía edad para ser mi canguro!

—Seguro que conoces la canción. —Calipso empezó a cantar.

Noté un cosquilleo eléctrico en la base del cráneo. Efectivamente, conocía la canción. Un viejo recuerdo de Zeus y Leto cantando esa melodía cuando Zeus nos visitaba a Artemisa y a mí de niños en Delos afloró a mi memoria. Mi padre y mi madre, destinados a estar separados eternamente porque Zeus era un dios casado, habían cantado felices ese dueto. Se me inundaron los ojos de lágrimas. Canté la parte más baja de la armonía.

Era una canción más antigua que los imperios que hablaba de dos amantes separados que desean estar juntos.

Calipso se dirigió lentamente a los grifos. Yo la seguí; no porque me diera miedo ir delante, que conste. Todo el mundo sabe que a la hora de hacer frente al peligro, los sopranos van primero. Ellos son la infantería, mientras que los altos y los tenores son la caballería, y los bajos la artillería. He intentado explicárselo a Ares un millón de veces, pero no tiene ni idea de arreglos vocales.

Abelard dejó de tirar de su cadena. Empezó a pasearse y a arreglarse las plumas, emitiendo sonidos profundos de cloqueo como una gallina posada. La voz de Calipso era quejumbrosa y rebosaba melancolía. Me di cuenta de que empatizaba con aquellas bestias: enjauladas y encadenadas, añorantes del cielo abierto. Tal vez, pensé, solo tal vez, el exilio de Calipso en Ogigia había sido peor que mi actual aprieto. Por lo menos yo tenía amigos con los que compartir mi sufrimiento. Me sentí culpable por no haber votado antes para que la liberasen de la isla, pero ¿por qué iba a perdonarme si le pedía disculpas ahora? Todo eso era agua pasada de la laguna Estigia. No había vuelta atrás.

Calipso posó la mano en la cabeza de Abelard. Él podría haberle arrancado fácilmente el brazo de un mordisco, pero se acuclilló y se dejó acariciar como un gato. Calipso se arrodilló, se quitó otra horquilla y empezó a forzar el grillete del grifo.

Mientras ella manipulaba la cerradura, yo traté de mantener la mirada de Abelard centrada en mí. Canté de la manera más pasable que pude, vertiendo mi pena y mi compasión en los versos, esperando que Abelard entendiera que yo era un alma que también sufría.

Calipso abrió la cerradura. El grillete de hierro cayó de la pata trasera de Abelard con un ruido metálico. Calipso se dirigió a Heloise: una idea mucho más peliaguda, acercarse a una madre en estado. Heloise gruñó con desconfianza, pero no atacó.

Seguimos cantando, con nuestras voces perfectamente afinadas, combinándose como hacen las mejores armonías, creando algo superior a la suma de dos voces individuales.

Calipso liberó a Heloise. Retrocedió y se quedó a mi lado mientras cantábamos el último verso de la canción: «Mientras los dioses vivan, te amaré».

Los grifos nos miraban fijamente. Ahora parecían más intrigados que furiosos.

—Bocaditos —recomendó Calipso.

Vacíé la mitad del paquete en las palmas de sus manos.

No me hacía gracia la idea de perder los brazos. Eran unos apéndices útiles. Aun así, ofrecí un puñado de bocaditos de patata dorados a Abelard. El grifo avanzó rápidamente y los olfateó. Cuando abrió el pico, metí la mano y pegué los bocaditos a su lengua cálida. Como un auténtico caballero, la criatura esperó a que yo sacara la mano para tragar el aperitivo.

El grifo erizó las plumas del pescuezo y se volvió para graznar a Heloise: «Sí, están buenos. ¡Ven acá!».

Calipso dio de comer sus bocaditos a Heloise. El grifo hembra rozó a la hechicera con la cabeza en una clara señal de afecto.

Por un momento, sentí alivio. Euforia. Lo habíamos conseguido. Entonces, detrás de nosotros, alguien aplaudió.

En el umbral, ensangrentado y maltrecho pero vivo y coleando, estaba Litières, totalmente solo.

—Bien hecho —dijo el espadachín—. Habéis encontrado un sitio perfecto para morir.

Hijo de Midas,
es usted un lerdo, señor.
Tome, un avestruz

En mis cuatro mil años de vida había buscado muchas cosas: mujeres hermosas, hombres apuestos, los mejores arcos compuestos, el palacio perfecto junto al mar y una guitarra Gibson Flying V de 1958. Pero nunca había buscado un sitio perfecto para morir.

—¿Calipso? —dije débilmente.

—¿Sí?

—Si morimos aquí, quiero que sepas que no eres tan mala como pensaba al principio.

—Gracias, pero no vamos a morir. Eso me impediría matarte más adelante.

Litierses rio entre dientes.

—Oh, vaya dos. Bromeando como si tuvierais un futuro por delante. Para los que habéis sido inmortales, debe de ser difícil aceptar que la muerte es real. Yo he muerto y os aseguro que no es divertido.

Estuve tentado de cantarle como había cantado a los grifos. Tal vez pudiera convencerlo de que yo también sufría. Sin embargo, algo me decía que no daría resultado. Y, lamentablemente, me había quedado sin bocaditos de patata.

—Eres el hijo del rey Midas —dije—. ¿Volviste al mundo de los mortales cuando las Puertas de la Muerte se abrieron?

No sabía mucho sobre ese episodio, pero durante la reciente guerra con los gigantes había habido una fuga multitudinaria en el inframundo. Hades había echado pestes de Gaia y se había quejado de que le había robado a sus muertos para que trabajasen para ella. Sinceramente, entendía a la Madre Tierra. Es muy difícil encontrar buena mano de obra barata.

El espadachín frunció el labio.

—Por supuesto que cruzamos las Puertas de la Muerte, pero el idiota de mi padre murió enseguida en un encontronazo con Leo Valdez y su pandilla. Yo sobreviví porque me convirtió en una estatua de oro y me tapó con una alfombra.

Calipso retrocedió hacia los grifos.

—Vaya... menuda historia.

—Da igual —gruñó el espadachín—. El triunvirato me ofreció trabajo. ¡Reconocieron el valor de Litierses, el Segador de Hombres!

—Impresionante título —logré decir.

Él levantó la espada.

—Me lo he ganado, créeme. ¡Mis amigos me llaman «Lit», pero mis enemigos me llaman «Muerte»!

—Entonces te llamaré «Muerte» —decidí—. Tú padre y yo fuimos buenos amigos, ¿sabes? Una vez incluso le di unas orejas de burro.

Tan pronto como lo dije me di cuenta de que quizá no era la mejor prueba de mi amistad.

Lit me dedicó una sonrisa cruel.

—Sí, crecí oyendo hablar de un torneo musical en el que mi padre hizo de juez. ¿Le diste unas orejas de burro porque declaró ganador a tu adversario? Je. Mi padre te odiaba tanto que casi empezaste a caerme bien. Pero no te hagas ilusiones. — Lanzó un espadazo de prueba con el que hendió el aire—. Será un placer matarte.

—¡Espera! —chillé—. ¿Y lo de «Traédme los vivos»?

Lit se encogió de hombros.

—He cambiado de opinión. Primero, el techo se me cayó encima. Y luego, mis guardaespaldas fueron engullidos por un cañaveral de bambú. Supongo que no sabréis nada del asunto.

El pulso me retumbó en los oídos como unos timbales.

—No.

—Claro. —Observó a Calipso—. Creo que a ti te dejaré con vida para matarte delante de Valdez. Será divertido. Pero a este exdios de aquí... —Lit se encogió de hombros—. Tendré que decirle al emperador que se resistió a ser detenido.

Había llegado el fin. Después de cuatro milenios de gloria, iba a morir en un recinto para grifos de Indianápolis. Confieso que no me había imaginado morir de esa forma. No me lo había imaginado en absoluto, pero si tenía que dejar este mundo, quería muchas más explosiones y focos resplandecientes, montones de dioses y diosas guapos llorando y gritando: «¡No! ¡Llévanos a nosotros!», y mucha menos caca de animal.

Sin duda Zeus intercedería. ¡No podría permitir que mi castigo en la Tierra incluyese la muerte real! O Artemisa mataría a Lit con una flecha letal. Siempre podría decirle a Zeus que había sido un extraño fallo del arco. Por lo menos esperaba que los grifos acudieran en mi ayuda, considerando que les había dado de comer y les había cantado dulcemente.

Nada de eso ocurrió. Abelard siseó a Litienses, pero el grifo parecía reacio a atacar. Puede que Litienses hubiera utilizado sus siniestros instrumentos de adiestramiento con él y su compañera.

El espadachín me asaltó a una velocidad vertiginosa. Blandió su espada en horizontal, directa a mi cuello. Lo último que pensé fue lo mucho que el cosmos me echaría de menos. Lo último que olí fue un aroma a manzanas asadas.

Entonces una pequeña figura humanoide cayó entre mí y mi agresor de algún

lugar superior. Con un sonido metálico y una lluvia de chispas, el arma de Litienses se detuvo en seco en el recodo de una equis dorada: las espadas cruzadas de Meg McCaffrey.

Es posible que me echase a lloriquear. En mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien, y eso incluye a Jacinto cuando vino a una cita nocturna conmigo con un esmoquin increíble, así que no dudes de que lo digo en serio.

Meg empujó con sus espadas y lanzó a Litienses dando volteretas hacia atrás. Su pelo moreno peinado a lo paje estaba adornado con ramitas y briznas de hierba. Llevaba sus zapatillas de caña alta rojas de siempre, sus mallas amarillas y el vestido verde que Sally Jackson le había prestado el día que nos conocimos. Ese detalle me resultó extrañamente reconfortante.

Litienses se burló de ella, pero no se mostró especialmente sorprendido.

—Me preguntaba si amenazando a este dios idiota te haría salir de tu escondite. Has firmado tu sentencia de muerte.

Meg descruzó las espadas. Le respondió con su típico estilo poético.

—Nanay.

Calipso me miró. Esbozó una pregunta en silencio moviendo los labios: «¿ESTA es Meg?».

«Esta es Meg», convine, lo que abarcaba muchas explicaciones en un diálogo muy breve.

Litienses dio un paso a un lado para bloquear la salida. Cojeaba ligeramente, probablemente debido al incidente del tejadillo.

—Tú me tiraste encima el tejado lleno de hiedra —dijo—. Tú hiciste que el bambú atacase a mis hombros.

—Sí —dijo Meg—. Eres tonto.

Lit siseó molesto. Yo comprendía el efecto que Meg producía en la gente. Aun así, mi corazón tocaba un perfecto do central de felicidad. ¡Mi joven protectora había vuelto! (Sí, sí, técnicamente era mi ama, pero no nos vayamos por las ramas). Había reconocido su error. Se había rebelado contra Nerón. Ahora se quedaría a mi lado y me ayudaría a recuperar la divinidad. ¡El orden cósmico se había restablecido!

Entonces me miró. En lugar de sonreír de alegría, o de abrazarme, o de disculparse, dijo:

—Largo de aquí.

La orden me sacudió profundamente. Retrocedí como si me hubieran empujado. Sentí un repentino deseo de huir. Cuando nos habíamos separado, Meg me había dicho que quedaba liberado del servicio. Ahora estaba claro que nuestra relación de amo-criado no se podía romper tan fácilmente. Zeus quería que yo obedeciera sus órdenes hasta que me muriera o volviera a ser un dios. No estaba seguro de cuál de las dos opciones le interesaba.

—Pero, Meg... —supliqué—. Acabas de llegar. Debemos...

—Vete —dijo ella—. Llévate a los grifos y escapa. Yo entretendré a este lerdo.

Lit rio.

—He oído que eres una espadachina aceptable, McCaffrey, pero ninguna niña puede competir con el Segador de Hombres.

Dio la vuelta a su espada como Pete Townshend al hacer el molino con su guitarra (un movimiento que yo enseñé a Pete, aunque nunca me gustó que estampase la guitarra contra los altavoces después; ¡qué desperdicio!).

—Deméter también es mi madre —dijo Lit—. Sus hijos son los mejores espadachines. Nosotros comprendemos la necesidad de segar. Es la otra cara de sembrar, ¿verdad, hermanita? ¡Veamos lo que sabes de segar vidas!

Lanzó una estocada. Meg paró su espadazo y empujó a Litienses hacia atrás. Dieron vueltas uno alrededor del otro; tres espadas girando en una danza mortal como las cuchillas de una batidora preparando un batido invisible.

Mientras tanto, yo me vi obligado a encaminarme hacia los grifos como Meg me había mandado. Traté de hacerlo despacio. Era reacto a apartar la vista del combate, como si solo con mirar a Meg le diera fuerzas de alguna forma. En el pasado, cuando era dios, eso podría haber sido posible, pero ahora, ¿qué podía hacer un Lester espectador?

Calipso se puso delante de Heloise, protegiendo a la futura madre con su cuerpo.

Llegué al lado de Calipso.

—Tu pesas menos que yo —dije—. Móntate en Heloise. Ten cuidado con su barriga. Yo cogeré a Abelard.

—¿Y Meg? —preguntó Calipso—. No podemos dejarla.

Solo un día antes yo había acariciado la idea de dejar a Calipso con los blemias cuando estaba herida. Me gustaría decir que no lo había pensado seriamente, pero sí que lo había hecho, aunque por poco tiempo. Ahora Calipso se negaba a dejar a Meg, a la que apenas conocía. *Casi* hacía que me cuestionase si era una buena persona. (Subrayo la palabra «casi»).

—Tienes razón. —Miré al otro lado del estadio. En el recinto de enfrente, los avestruces de combate miraban a través de su pantalla de plexiglás, siguiendo el duelo de espadas con un interés profesional—. Tenemos que irnos.

Me volví para dirigirme a Abelard.

—Te pido disculpas por adelantado. Se me da fatal montar en grifo.

El grifo graznó como diciendo: «Haz lo que tengas que hacer, tío». Dejó que me montara en él y metiera las piernas detrás de la base de sus alas.

Calipso siguió mi ejemplo y se sentó a horcajadas con cuidado sobre el espinazo de Heloise.

Los grifos, impacientes por marcharse, dejaron atrás el duelo de espadas y entraron en el ruedo. Litienses dio una estocada cuando pasé junto a él. Me habría cortado el brazo derecho, pero Meg paró su golpe con una espada, barrió los pies de Lit con la otra y le obligó a retroceder otra vez.

—¡Si os lleváis esos grifos, solo conseguiréis sufrir más! —me advirtió Lit—.

Todos los prisioneros del emperador morirán despacio, sobre todo la niña.

Me temblaron las manos de la ira, pero logré colocar una flecha en el arco.

—¡Meg! —grité—. ¡Vamos!

—¡Te he dicho que te vayas! —se quejó ella—. Eres un mal esclavo.

En eso al menos estábamos de acuerdo.

Litierses volvió a avanzar hacia Meg, lanzando tajos y estocadas. Yo no era un experto en esgrima, pero a pesar de lo diestra que era Meg, me temía que Litierses era superior a ella. Tenía más fuerza, más velocidad y los brazos más largos. Era el doble de grande que Meg. Había practicado innumerables años más. Si a Litierses no le hubiera caído el techo encima hacía poco, sospechaba que esa pelea podría haber terminado ya.

—¡Adelante, Apolo! —Lit me provocó—. Dispárame esa flecha.

Yo había visto lo rápido que podía moverse. Sin duda haría como Atenea y derribaría mi flecha en el aire antes de que le diera. ¡Qué injusto! Pero mi plan nunca había consistido en dispararle.

Me incliné hacia la cabeza de Abelard y dije:

—¡Vuela!

El grifo se lanzó al aire como si mi peso añadido no fuera nada para él. Dio vueltas alrededor de las gradas del estadio, chillando para que su compañera lo siguiera.

A Heloise le costó más. Avanzó pesadamente hasta la mitad del suelo del ruedo, batiendo las alas y gruñendo con malestar antes de alzar el vuelo. Con Calipso aferrada desesperadamente a su pescuezo, Heloise empezó a volar describiendo un círculo cerrado detrás de Abelard. No podíamos ir a ninguna parte con la red encima de nosotros, pero yo tenía problemas más inmediatos.

Meg tropezó y paró el golpe de Lit por poco. Su siguiente tajo cortó a la niña en el muslo y le rasgó la malla. La tela amarilla se tiñó rápidamente de naranja debido al flujo de sangre.

Lit sonrió.

—Eres buena, hermanita, pero te estás cansando. No tienes aguante para enfrentarte a mí.

—Abelard —murmuré—, tenemos que recoger a la niña. ¡Baja!

El grifo obedeció con un pelín de entusiasmo de más. Estuve a punto de errar el tiro. Envié la flecha volando no a Litierses, sino al cuadro de mandos situado al lado del asiento del emperador, apuntando a una palanca en la que me había fijado antes: la que tenía escrito OMNIA, «todo».

¡ZAS! La flecha dio en el blanco. Los escudos de plexiglás de todos los recintos bajaron con una serie de gratos «ca-chanc».

Litierses estaba demasiado ocupado para percatarse de lo que había pasado. Cuando a alguien le agrede un grifo desde el aire, suele centrar su atención en el ataque. Lit retrocedió y dejó que Abelard atrapase a Meg McCaffrey con sus garras y

volviese a alzar el vuelo.

Lit nos miró boquiabierto con consternación.

—Buena treta, Apolo. Pero ¿adónde iréis? Estáis...

Entonces una manada de avestruces acorazados lo arrolló. El espadachín desapareció bajo una oleada de plumas, alambre de espino y verrugosas patas rosadas.

Mientras Litienses graznaba como un ganso, acurrucándose para protegerse, las serpientes aladas, los caballos que escupían fuego y el toro etíope salieron para sumarse a la fiesta.

—¡Meg! —Estiré el brazo. Mientras Abelard la agarraba precariamente con sus garras, la niña convirtió sus espadas en anillos de oro. Me cogió la mano. De algún modo, consiguió subirse a Abelard y sentarse delante de mí.

Las serpientes voladoras se dirigieron revoloteando a Heloise, que graznaba en actitud desafiante y batía sus fuertes alas mientras ascendía hacia las redes. Abelard la siguió.

El corazón me latía con fuerza contra las costillas. Sin duda no podríamos atravesar la red. Estaría diseñada para resistir la fuerza bruta, los picos y las garras. Me imaginé que chocábamos contra la barrera y rebotábamos al suelo del ruedo como en una cama elástica inversa. Me parecía una forma poco digna de morir.

Un momento antes de que nos estrelláramos contra la red, Calipso levantó los brazos. Gritó de rabia, y la red saltó hacia arriba, se desprendió de sus sujeciones y salió despedida al cielo como un pañuelo de papel gigante con un viento huracanado.

Libres e ilesos, salimos del ruedo volando. Miré a Calipso asombrado. Ella parecía tan sorprendida como yo. Acto seguido se desplomó y cayó de lado. Heloise compensó su postura variando el ángulo de inclinación para mantener a la hechicera a bordo. Calipso, que parecía semiconsciente, se aferraba débilmente al pelaje del grifo.

Mientras nuestros dos nobles corceles se elevaban en el cielo, miré al ruedo. Los monstruos se hallaban enzarzados en una salvaje batalla campal, pero no vi rastro de Litienses.

Meg se giró para mirarme, con una mueca feroz en la boca.

—¡Se suponía que tenías que irte!

A continuación me rodeó con los brazos y me abrazó tan fuerte que noté que me salían nuevas fracturas en las costillas. Meg se puso a sollozar, con la cara hundida en mi camiseta, mientras su cuerpo entero se sacudía.

En cuanto a mí, no lloré. No, seguro que mis ojos siguieron totalmente secos. No me puse para nada a berrear como un bebé. Lo máximo que estoy dispuesto a reconocer es que, con sus lágrimas humedeciéndome la camiseta, sus gafas de ojos de gato clavándose en mi pecho, su olor a manzanas asadas, tierra y sudor inundando mis fosas nasales, me alegré enormemente de que Meg McCaffrey volviera a incordiar-me.

A la Estación de Paso.
Meg McCaffrey se come mi pan.
Derramo lágrimas divinas

Heloise y Abelard sabían adónde tenían que ir. Dieron vueltas alrededor del tejado de la Estación de Paso hasta que una sección de las tejas se abrió y dejó que los grifos descendieran al gran salón.

Aterrizaron en la cornisa, uno al lado del otro en su nido, mientras Josephine y Leo subían por las escaleras de mano para reunirse con nosotros.

Josephine abrazó primero el pescuezo de Heloise y luego el de Abelard.

—¡Oh, mis tesoros! ¡Estáis vivos!

Los grifos se pusieron a arrullar y se apoyaron contra ella a modo de saludo.

Josephine sonrió a Meg McCaffrey.

—¡Bienvenida! Yo soy Jo.

Meg parpadeó; por lo visto, no estaba acostumbrada a recibimientos entusiastas como ese.

Calipso medio se apeó, medio se cayó del lomo de Heloise. Se habría despeñado de la cornisa si Leo no la hubiera cogido.

—Quieta, mamita —dijo—. ¿Estás bien?

Ella parpadeó con aire soñoliento.

—Estoy bien. No te preocupes. Y no me llames...

Se desplomó contra Leo, que la mantuvo erguida con dificultad.

A continuación me lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué le has hecho?

—¡Nada! —protesté—. Creo que Calipso consiguió hacer magia.

Le expliqué lo que había pasado en el zoo: el encuentro con Litienses, la huida y cómo las redes del estadio habían salido disparadas al cielo como un calamar lanzado con un cañón de agua (uno de los prototipos de armas menos logrados de Poseidón).

—Fue de locos —añadió Meg, cosa que no ayudó mucho.

—Litienses —murmuró Leo—. Odio a ese tío. ¿Está bien Calipso?

Josephine tomó el pulso a Calipso y luego pegó la mano a su frente. Desplomada contra el hombro de Leo, la hechicera roncaba como un jabalí.

—Se le ha fundido un circuito —anunció Josephine.

—¿Que se le ha fundido un circuito? —gritó Leo—. ¡No me gustan los circuitos fundidos!

—Solo es una expresión, colega —dijo Josephine—. Se ha excedido con la magia. Deberíamos llevarla a la enfermería con Emmie. Dame.

Josephine cogió a Calipso. Haciendo caso omiso de la escalera, saltó de la cornisa y cayó sin problemas seis metros por debajo.

Leo frunció el entrecejo.

—Yo también podría haber hecho eso.

Se volvió hacia Meg. Sin duda la reconoció gracias a las numerosas historias tristes que yo le había contado. Después de todo, no abundaban las niñas con ropa de color semáforo y gafas con forma de ojos de gato.

—Tú eres Meg McCaffrey —dedujo.

—Sí.

—Guay. Yo soy Leo. Ejem... —Me señaló—. Tengo entendido que puedes, ya sabes, controlar a este tío.

Me aclaré la garganta.

—¡Simplemente colaboramos! Nadie me controla. ¿Verdad que sí, Meg?

—Date un guantazo —ordenó Meg.

Me di un guantazo.

Leo sonrió.

—Oh, esto es la bomba. Voy a ver a Calipso, pero luego tenemos que hablar. —Se deslizó por los pasamanos de la escalera y me dejó con una profunda aprensión.

Los grifos se instalaron en su nido, cacareando satisfechos el uno al otro. Yo no era una comadrona de grifos, pero gracias a los dioses, Heloise no parecía tan desmejorada después del vuelo.

Me volví hacia Meg. Me dolía la mejilla de la bofetada. Mi orgullo había sido pisoteado como Litienses bajo una manada de avestruces de combate. Aun así, me sentía extraordinariamente feliz de ver a mi joven amiga.

—Me has rescatado. —A continuación añadí una palabra que a ningún dios le resulta fácil pronunciar—: Gracias.

Meg se agarró los codos. En sus dedos corazón, el símbolo de la medialuna de su madre, Deméter, brillaba en sus anillos de oro. Le había vendado el corte del muslo lo mejor que había podido mientras volábamos, pero todavía parecía débil.

Pensé que se echaría a llorar otra vez, pero cuando me miró a los ojos, lucía su habitual expresión obstinada, como si estuviera a punto de llamarme Cara de Caca o de pedirme que jugase con ella a la princesa contra el dragón. (A mí nunca me tocaba ser la princesa).

—No lo he hecho por ti —dijo.

Traté de asimilar esa frase sin sentido.

—Entonces ¿por qué...?

—Por aquel tío. —Agitó los dedos por delante de la cara para referirse a las cicatrices de Litienses—. Era malo.

—Bueno, eso no te lo puedo discutir.

—Y por los que me llevaron de Nueva York. —Adoptó su expresión de asco—. Marcos. Vortigern. Dijeron las cosas que harían en Indianápolis. —Sacudió la cabeza—. Cosas malas.

Me preguntaba si Meg sabía que Marcos y Vortigern habían sido decapitados por dejarla escapar. Decidí no mencionarlo. Si Meg tenía curiosidad, podía consultar las actualizaciones de sus estados en Facebook.

A nuestro lado, los grifos se acurrucaron preparándose para un merecido descanso. Metieron las cabezas debajo de las alas y se pusieron a ronronear; habría sido una escena entrañable si no sonasen como sierras mecánicas.

—Meg... —dije titubeando.

Me sentía como si una pared de plexiglás nos separase, aunque no estaba seguro de a quién protegía de quién. Quería decirle muchas cosas, pero no sabía cómo.

Me armé de valor.

—Voy a intentarlo.

Meg me observó con recelo.

—¿Intentar qué?

—Decirte... cómo me siento. Aclarar las cosas. Dime que pare si digo algo que no debo, pero creo que es evidente que todavía nos necesitamos.

Ella no respondió.

—No te culpo de nada —continué—. Que me dejaras solo en la Arboleda de Dodona, que mintieras sobre tu padrastro...

—Para.

Esperé a que su fiel sirviente Melocotones, el karpos, cayera de los cielos y me arrancara el cuero cabelludo, pero no ocurrió.

—Lo que quiero decir —volví a intentarlo— es que lamento todo lo que has pasado. Tú no tenías la culpa de nada. No debes culparte. Ese malvado de Nerón jugó con tus emociones, distorsionó tus pensamientos...

—Para.

—Podría expresar mis sentimientos con una canción.

—Para.

—O contarte una historia sobre algo parecido que me pasó en el pasado.

—Para.

—¿Un breve riff de ukelele?

—Para. —Sin embargo, esta vez detecté un ligerísimo asomo de sonrisa en la comisura de la boca de Meg.

—¿Podemos al menos trabajar juntos? —pregunté—. El emperador de esta ciudad nos busca a los dos. Si no lo detenemos, hará muchas más cosas malas.

Meg se llevó el hombro izquierdo a la oreja.

—Vale.

Un tenue chasquido sonó en el nido de los grifos. Brotes verdes germinaron en el heno seco; tal vez una señal de que el humor de Meg estaba mejorando.

Me acordé de las palabras que Cleandro había pronunciado en mi pesadilla: «Deberíais haberos percatado de lo poderosa que se está volviendo». Meg me había seguido la pista hasta el zoo. Había hecho crecer hiedra hasta hundir un techo. Había logrado que unas plantas de bambú se tragasen a un escuadrón de germani. Incluso había escapado de sus escoltas en Dayton teletransportándose gracias a una mata de dientes de león. Pocos hijos de Deméter habían poseído aptitudes como esas.

Aun así, no me creía que Meg y yo fuéramos a salir de allí cogidos del brazo, habiendo olvidado nuestros problemas. Tarde o temprano, ella tendría que volver a enfrentarse a Nerón. Pondrían a prueba sus lealtades y se cebarían en sus miedos. Yo no podía liberarla de su pasado, ni siquiera con la mejor canción o el mejor riff de ukelele.

Meg se frotó la nariz.

—¿Hay comida?

No me había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que me relajé. Si Meg pensaba en comida era que habíamos vuelto a la normalidad.

—Hay comida. —Bajé la voz—. Eso sí, no es tan buena como la salsa de siete capas de Sally Jackson, pero el pan recién hecho y el queso casero de Emmie son bastante aceptables.

—Me alegro de que te gusten —dijo secamente una voz detrás de mí.

Me volví.

En lo alto de la escalera, Emmie me lanzaba garras de grifo por los ojos.

—*Lady Britomartis* está abajo. Quiere hablar con vosotros.

La diosa no me dio las gracias. No se deshizo en alabanzas a mí, ni me ofreció un beso ni me dio una red mágica gratis.

Britomartis simplemente señaló los asientos del otro lado de la mesa y dijo:

—Sentaos.

Iba ataviada con un vaporoso vestido negro sobre un bodi de malla, una imagen que me recordó la de Stevie Nicks en torno a 1981. (Hicimos un maravilloso dúo en «Stop Draggin' My Heart Around», pero no se me reconoció ningún mérito en el disco). Apoyó las botas de piel en la mesa como si la estación fuera suya, que supongo que lo era, y enroscó su trenza castaño rojizo entre sus dedos.

Inspeccioné mi sitio y luego el de Meg, buscando artefactos explosivos que se activasen con muelle, pero sin el ojo experto de Leo no podía estar seguro. Mi única esperanza era que Britomartis parecía distraída, tal vez demasiado para sus habituales diversiones y juegos. Me senté. Por fortuna, mi gloutos no explotó.

Habían servido una sencilla comida: más ensalada, pan y queso. No me había dado cuenta de que era la hora de comer, pero cuando vi las viandas, me rugieron las tripas. Alargué la mano para coger el pan. Emmie lo apartó y se lo dio a Meg.

Emmie sonrió dulcemente.

—No me gustaría que comieras algo que solo es aceptable, Apolo. Pero hay ensalada de sobra.

Me quedé mirando tristemente la ensaladera con lechuga y pepino. Meg cogió la hogaza de pan entera, arrancó un pedazo y lo masticó con fruición. Bueno... digo que lo masticó, pero se metió tanto pan en la boca que era difícil saber si sus dientes llegaron a triturarlo.

Britomartis entrelazó los dedos por delante de ella. Incluso ese simple gesto parecía una compleja trampa.

—Emmie —dijo—, ¿qué tal está la hechicera?

—Descansa tranquilamente, *milady* —dijo Emmie—. Leo y Josephine han ido a ver cómo está... Ah, ahí están.

Josephine y Leo se dirigían a la mesa; Leo tenía los brazos extendidos como la estatua del Cristo Redentor de Río de Janeiro.

—¡Podéis estar todos tranquilos! —anunció—. ¡Calipso está bien!

La diosa de las redes gruñó como si estuviera decepcionada.

Me asaltó una idea. Miré a Britomartis frunciendo el ceño.

—La red que había encima del ruedo. Las redes son lo tuyo. Tú ayudaste a arrancarla, ¿verdad? Calipso no pudo obrar aquella magia sola.

Britomartis sonrió burlonamente.

—Puede que le diera un empujoncito. Me será más útil si puede dominar sus antiguas habilidades.

Leo bajó los brazos.

—¡Pero podría haberla matado!

La diosa se encogió de hombros.

—Probablemente no, pero es difícil saberlo. La magia es un asunto delicado. Nunca se sabe cuándo ni cómo va a salir. —Hablaba con desagrado, como si la magia fuera una función corporal mal controlada.

Leo empezó a echar humo por los oídos. Dio un paso hacia la diosa.

Josephine le agarró el brazo.

—Déjalo, colega. Entre Emmie y yo, podemos cuidar de tu chica.

Leo apuntó a Britomartis agitando el dedo.

—Tiene suerte de que estas señoras sean tan majas. Jo me ha dicho que con tiempo y entrenamiento, podría ayudar a Calipso a recuperar toda su magia.

Josephine se movió, y las llaves inglesas que llevaba en los bolsillos de su mono hicieron ruido.

—Leo...

—¿Sabías que fue una gángster? —Leo me sonrió—. ¡Jo conoció a Al Capone! Tenía una identidad secreta y...

—¡Leo!

Él se sobresaltó.

—Que... no me corresponde a mí revelar. Anda, mira, comida.

Se sentó y empezó a cortar el queso.

Britomartis pegó las manos a la mesa.

—Basta de hablar de la hechicera. Apolo, debo reconocer que la misión se te ha dado medianamente bien. Has rescatado a mis grifos.

—¿«Medianamente bien»?

Reprimí unos cuantos comentarios desagradables. Me preguntaba si los semidioses sentían alguna vez la necesidad de contenerse cuando se enfrentaban a dioses desagradecidos como aquella. No. Seguro que no. Yo era especial y diferente. Y merecía que me trataran mejor.

—Me alegro mucho de que te parezca bien —murmuré.

Britomartis tenía una sonrisa débil y cruel. Me imaginé que unas redes me rodeaban los pies y me obstruían la circulación de la sangre en los tobillos.

—Tal y como prometí, te voy a recompensar. Te voy a dar información que te llevará directamente al palacio del emperador, donde o nos llenarás de orgullo... o serás ejecutado de una forma horrible pero creativa.

Querido Cómodo,
los comodones te deben su nombre.
Salve, César de los vagos

¿Por qué la gente siempre me daba las comidas?

Primero me servían comida. Luego me explicaban que era posible que muriese en un futuro próximo. Estaba deseando volver al monte Olimpo, donde podría preocuparme de cosas más interesantes, como las tendencias de actualidad en el tecno-pop, los recitales de poesía en autos de choque y arrasar a las poblaciones desobedientes con mis flechas vengadoras. Había aprendido una cosa siendo mortal: contemplar la muerte es mucho más divertido cuando contemplas la de otra persona.

Antes de que Britomartis nos diera nuestra «recompensa», insistió en que recibiéramos una sesión informativa de manos de Josephine y Emmie, quienes se habían pasado todo el día preparando la Estación de Paso para un asedio con la ayuda de Leo.

—Este tío es muy bueno. —Josephine dio un puñetazo afectuoso a Leo en el brazo—. Sabe cosas impresionantes sobre las esferas de Arquímedes.

—¿Esferas? —preguntó Meg.

—Sí —dijo Leo—. Son unos trastos redondos.

—Cállate. —Meg siguió ingiriendo carbohidratos.

—Hemos reajustado todas las torretas de ballestas —continuó Jo—. Hemos cebado las catapultas. Hemos cerrado todas las salidas y puesto la Estación de Paso en modo de vigilancia las veinticuatro horas del día. Si alguien intenta entrar, lo sabremos.

—Lo intentarán —prometió Britomartis—. Solo es cuestión de tiempo.

Levanté la mano.

—¿Y, ejem, Festo?

Esperaba que la nostalgia de mi voz no resultara demasiado evidente. No quería que los demás pensarán que estaba dispuesto a irme volando en nuestro dragón de bronce y dejar que la Estación de Paso solucionara sus problemas. (Aunque estaba dispuesto a hacer eso exactamente).

Emmie negó con la cabeza.

—Anoche a última hora exploré los jardines del edificio, y esta mañana he vuelto a hacerlo. Nada. Los blemias deben de haber llevado vuestra maleta de bronce al palacio.

Leo chasqueó la lengua.

—Apuesto a que Litienses la tiene. Cuando le ponga la mano encima a ese asqueroso Cornhusker...

—Eso nos lleva a otro asunto —dije—. ¿Cómo encontrará Leo... digo, cómo encontraremos el palacio?

Britomartis bajó los pies de la mesa. Se inclinó hacia delante.

—La puerta principal del palacio del emperador está debajo del monumento a los Soldados y los Marineros.

Josephine gruñó.

—Debería habérmelo imaginado.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué es eso?

Josephine puso los ojos en blanco.

—Una enorme columna decorada en medio de una plaza, a unas pocas manzanas al norte de aquí. La clase de construcción ostentosa y exagerada que uno esperaría que el emperador utilizase de entrada.

—Es el monumento más grande de la ciudad —añadió Emmie.

Traté de dominar mi rencor. Los soldados y los marineros estaban muy bien, pero si el monumento más grande de vuestra ciudad no está dedicado a Apolo, lo siento, pero estáis haciendo algo mal.

—Supongo que el palacio estará muy vigilado.

Britomartis rio.

—Incluso para mí, el monumento es una trampa mortal. Torretas con ametralladoras. Monstruos. Intentar entrar por la puerta principal sin invitación tendría consecuencias nefastas.

Meg tragó un pedazo de pan y consiguió no atragantarse.

—El emperador nos dejaría entrar.

—Bueno, sí —convino Britomartis—. Le encantaría que tú y Apolo llamarais a su puerta y os entregara. Pero si menciono la puerta principal es porque debéis evitarla a toda costa. Si queréis entrar en el palacio sin que os detengan ni os torturen a muerte, hay otra posibilidad.

Leo mordió una loncha de queso hasta darle forma de sonrisa. Se la acercó a la boca.

—Leo se alegra cuando no lo torturan a muerte.

Meg resopló. Un pedazo de pan salió disparado por su orificio nasal, pero ella no tuvo el decoro de aparentar vergüenza. Me daba cuenta de que Leo y Meg no serían influencias saludables el uno para la otra.

—Para entrar —dijo la diosa—, debéis usar las obras hidráulicas.

—La instalación de cañerías —aventuré—. En la visión del salón del trono del emperador, vi unas zanjas abiertas con agua corriente. ¿Sabes cómo acceder a ellas?

Britomartis me guiñó el ojo.

—Espero que no sigas teniendo miedo al agua.

—¡Nunca he tenido miedo al agua! —Me salió una voz más aguda de lo que pretendía.

—Hum —dijo Britomartis reflexionando—. Entonces ¿por qué los griegos siempre te rezaban para desembarcar sanos y salvos cada vez que estaban en aguas peligrosas?

—¡Por-porque mi madre estuvo en un barco cuando iba a darnos a luz a Artemisa y a mí! ¡Puedo entender el deseo de estar en tierra firme!

—¿Y los rumores de que no sabes nadar? Recuerdo que en la fiesta en la piscina de Tritón...

—¡Sé nadar perfectamente! Solo porque no quisiera hacer de Marco Polo contigo en la parte honda con minas de contacto...

—Eh, peña diosada —me interrumpió Meg—. ¿Las obras hidráulicas?

—¡Exacto! —Por una vez, me alegré de la falta de paciencia de Meg—. ¿Cómo accedemos al salón del trono, Britomartis?

Britomartis miró a Meg entornando los ojos.

—¿«Peña diosada»? —Parecía que estuviera considerando qué tal quedaría McCaffrey envuelta en una red con plomada y sumergida en la fosa de las Marianas—. Pues para acceder a la red de agua del emperador, señorita McCaffrey, tendréis que explorar el complejo de Canal Walk en Indianápolis.

—¿Qué es eso? —preguntó Meg.

Emmie le acarició la mano.

—Yo puedo enseñároslo. Es un viejo canal que recorre el centro. Han reformado la zona y han construido un montón de pisos nuevos y restaurantes y qué se yo.

Leo se metió su sonrisa de queso en la boca.

—Me encanta el qué se yo.

Britomartis sonrió.

—Pues estás de suerte, Leo Valdez, porque necesitaréis tus aptitudes para encontrar la entrada, desarmar las trampas y todo eso.

—Un momento. ¿Encontrar la entrada? Creía que nos iba a decir dónde estaba.

—Acabo de hacerlo —dijo la diosa—. En algún sitio del canal. Buscad una rejilla. La reconoceréis cuando la veáis.

—Ajá. Y tendrá una trampa explosiva.

—¡Por supuesto! Pero ni de lejos como la de la entrada principal de la fortaleza. Y Apolo tendrá que vencer su miedo al agua.

—Que no tengo miedo...

—Cállate —me dijo Meg, y mis cuerdas vocales se solidificaron como el cemento frío. Señaló a Leo con una zanahoria—. Si encontramos la rejilla, ¿podrás meternos dentro?

La expresión de Leo le hizo parecer todo lo serio y peligroso que era posible para un semidiós menudo y travieso con el mono de una niña (uno nuevo, eso sí, que había buscado y se había puesto a propósito).

—Soy hijo de Hefesto, nena. Sé resolver problemas. Ese Litiertes ya intentó matarnos a mis amigos y a mí. ¿Y ahora ha amenazado a Calipso? Sí, nos meteré en el palacio. Luego encontraré a Lit y...

—¿Lo pondrás a dormir en una lit-era? —propuse, sorprendido pero encantado de descubrir que podía volver a hablar—. ¿Le tirarás encima un monolit-o?

Leo frunció el ceño.

—No iba a decir eso. No tiene gracia.

—Cuando yo lo digo —le aseguré—, es poesía.

—Bueno. —Britomartis se levantó, y los anzuelos y plomos de su vestido tintinearón—. Cuando Apolo empieza a hablar de poesía, es el momento de marcharse.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —dije.

Ella me lanzó un beso.

—Vuestra amiga Calipso debería quedarse aquí. Josephine, a ver si puedes ayudarla a recuperar el control de la magia. La necesitará para la batalla que se avecina.

Josephine se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—Hace mucho que no entreno a alguien en las artes de Hécate, pero haré todo lo posible.

—Emmie —continuó la diosa—, tú cuida de mis grifos. Heloise podría poner su huevo en cualquier momento.

A Emmie se le tiñó la piel de la cabeza de color carmesí a lo largo del nacimiento de su pelo canoso.

—¿Y Georgina? Nos ha dicho cómo entrar en el palacio del emperador, ¿y espera que nos quedemos aquí en lugar de ir a liberar a nuestra hija?

Britomartis levantó una mano en señal de advertencia, como diciendo: «Estás muy cerca de la trampa para tigres, querida».

—Confía en Meg, Leo y Apolo. Esta es su misión: encontrar y liberar a los presos, recuperar el Trono de Mnemósine...

—E ir a por Festo —añadió Leo.

—Y sobre todo a por Georgina —añadió Jo.

—También podemos hacer la compra —propuso Leo—. Me he fijado en que se os está acabando la salsa picante.

Britomartis decidió no liquidarlo él, aunque por su expresión advertí que estuvo a punto.

—Mañana al amanecer, buscad la entrada.

—¿Por qué no antes? —preguntó Meg.

La diosa sonrió con satisfacción.

—Eres valiente. Lo respeto. Pero debes estar descansada y preparada para enfrentarte a las tropas del emperador. Hay que curarte esa pierna herida. Y sospecho que hace muchas noches que no duermes como es debido. Además, después del

incidente del zoo, el cuerpo de seguridad del emperador está en alerta máxima. Es mejor dejar que las cosas se calmen. Si te atrapa, Meg McCaffrey...

—Lo sé. —Ella no parecía asustada. Su tono era el de una niña a la que le habían recordado por quinta vez que limpiase su cuarto. La única señal de inquietud de Meg eran los zarcillos verdes de trigo que habían empezado a brotar que en el pedazo de pan que tenía en la mano.

—Mientras tanto —dijo Britomartis—, yo trataré de localizar a las cazadoras de Artemisa. Hace poco estaban de misión en la zona. Tal vez sigan cerca y puedan venir a ayudarnos a defender este sitio.

Una risita histórica escapó de mi boca. La idea de contar con otras veinte o treinta arqueras competentes a mi lado, pese a ser doncellas declaradas sin sentido del humor, me hacía sentir mucho más seguro.

—Eso estaría bien.

—Pero en caso contrario —dijo la diosa—, debéis estar preparados para luchar por vuestra cuenta.

—Lo típico. —Suspiré.

—Y recordad: la ceremonia de nombramiento del emperador es pasado mañana.

—Muchas gracias —dije—. Necesitaba que me lo recordasen.

—¡Oh, no pongas esa cara tan triste, Apolo! —Britomartis me dedicó una última sonrisa coqueta e insufriblemente adorable—. Si sales de esta vivo, iremos juntos al cine. Te lo prometo.

Su vaporoso vestido negro se arremolinó a su alrededor en un tornado de redes. Acto seguido desapareció.

Meg se volvió hacia mí.

—¿Ceremonia de nombramiento?

—Sí. —Me quedé mirando su trozo de pan cubierto de verde, preguntándome si todavía sería comestible—. El emperador es un megalomaniaco. Planea rebautizar esta capital y ponerle su nombre como hizo en la antigüedad. Probablemente también cambie el nombre del estado, de los habitantes y de los meses del año.

Meg resopló.

—¿Ciudad del Comodón?

Leo sonrió tímidamente.

—¿Qué pasa?

—Se llama...

—No lo digas, Meg —le advirtió Josephine.

—... Cómodo —continuó Meg, y acto seguido frunció el entrecejo—. ¿Por qué no puedo decir su nombre?

—Él está atento a esas cosas —expliqué—. No tiene sentido avisarle de que estamos hablando...

Meg respiró hondo y gritó:

—¡CÓMODO, CÓMODO, CÓMODO! CIUDAD DEL COMODÓN, COMODIANA. ¡DÍA DEL

COMODÓN, MES DE LOS COMODONES! ¡HOMBRE COMODÓN!

El gran salón tembló como si la propia Estación de Paso se hubiera ofendido. Emmie palideció. En su nido, los grifos cacarearon nerviosos.

—No deberías haber hecho eso, cielo —gruñó Josephine.

Leo se encogió de hombros.

—Bueno, si el Hombre Comodón no estaba viendo este canal, creo que ahora sí.

—Qué tontería —dijo Meg—. No lo tratéis como si fuera tan poderoso. Mi padrastro... —Se le quebró la voz—. Dijo... dijo que Cómodo es el más débil de los tres. Podemos vencerlo.

Sus palabras me llegaron a las entrañas como una de las flechas despuntadas de Artemisa. (Y os lo aseguro, duelen).

«Podemos vencerlo».

El nombre de mi viejo amigo gritado una y otra vez.

Me levanté tambaleándome, sintiendo náuseas, mientras mi lengua trataba de despegarse de mi garganta.

—Cuidado, Apolo. —Leo corrió a mi lado—. ¿Estás bien?

—Yo... —Otra arcada. Me dirigí tambaleándome al cuarto de baño más próximo mientras me asaltaba una visión... y me retrotraía al día que cometí asesinato.

Llámame Narciso.
Hoy seré tu entrenador
y también te mataré

Ya sé lo que estarás pensando. «¡Pero, Apolo! ¡Tú eres divino! No puedes cometer asesinato. Cualquier muerte que provoques será la voluntad de los dioses y un acto totalmente irreprochable. ¡Sería un honor que me matases!».

Me gusta tu forma de pensar, mi buen lector. Es cierto que había asolado ciudades enteras con mis flechas ardientes. Había infligido innumerables plagas a la humanidad. Una vez Artemisa y yo habíamos matado a una familia de doce miembros porque su madre había dicho algo malo sobre la nuestra. ¡Qué cara más dura!

No consideraba nada de eso asesinato.

Pero cuando entré dando traspies en el cuarto de baño, dispuesto a vomitar en un váter que había limpiado el día anterior, me invadieron unos espantosos recuerdos. Me vi en la antigua Roma un frío día de invierno que verdaderamente cometí un acto terrible.

Un viento gélido recorría los salones del palacio. En los braseros ardían fuegos de luz parpadeante. Los rostros de los guardias pretorianos no revelaban ninguna señal de malestar, pero al pasar por delante de ellos en cada puerta, oía el ruido que hacían sus armaduras cuando tiritaban.

Ninguno me dio el alto cuando me dirigí a los aposentos del emperador. ¿Por qué habrían de hacerlo? Yo era Narciso, el leal entrenador personal del César.

Esa noche lucía pésimamente mi disfraz mortal. Tenía el estómago revuelto. El sudor me goteaba por la nuca. Todavía me duraba la impresión de los juegos de ese día: el hedor de las reses en el suelo del estadio; la sanguinaria multitud que gritaba: «¡CÓMODO! ¡CÓMODO!»; el emperador ataviado con una resplandeciente armadura dorada y una túnica morada, lanzando las cabezas de unas avestruces a los asientos de los senadores y señalando a los ancianos con la punta de su espada: «Vosotros sois los próximos».

El prefecto del pretorio Leto me había llevado a un lado hacía solo una hora: «Hemos fracasado en la comida. Esta es nuestra última oportunidad. Podemos vencerlo, pero solo con tu ayuda».

Marcia, la amante de Cómodo, había llorado tirándome del brazo. «Nos matará a todos. Destruirá Roma. ¡Sabes lo que hay que hacer!».

Tenían razón. Yo había visto la lista de nombres: los enemigos reales o imaginarios a los que Cómodo pensaba ejecutar al día siguiente. Marcia y Leto estaban los primeros de la lista, seguidos de senadores, nobles y varios sacerdotes del templo de Apolo Sosiano. Yo no podía pasar por alto algo así. Cómodo los haría picadillo con la indiferencia con que mataba a sus avestruces y leones.

Abrí las puertas de bronce de los aposentos del emperador.

—¡LÁRGATE! —gritó Cómodo desde las sombras.

Una jarra de bronce pasó volando junto a mi cabeza y se estrelló en la pared con tal fuerza que agrietó los azulejos de mosaico.

—Yo también os saludo —dije—. Nunca me gustó ese fresco.

El emperador parpadeó, tratando de fijar la vista.

—Ah... eres tú, Narciso. Pasa. ¡Deprisa! ¡Tranca las puertas!

Hice lo que me pidió.

Cómodo estaba arrodillado en el suelo, aferrándose al lateral de un sofá en busca de apoyo. En medio de la opulencia del dormitorio con sus cortinas de seda, sus muebles dorados y sus paredes con frescos de vivos colores, el emperador parecía fuera de lugar, como un mendigo sacado de un callejón de Suburra. Tenía una mirada de loco. En su barba relucía saliva. Su túnica blanca estaba salpicada de vómitos y sangre, cosa que no era de extrañar considerando que su amante y el prefecto le habían echado veneno en el vino de la comida.

Pero obviando ese hecho, Cómodo no había cambiado mucho desde que tenía dieciocho años y holgazaneaba en su tienda de campaña en el bosque danubiano. Ahora tenía treinta y uno, pero los años apenas le habían dejado huella. Para espanto de los aficionados a la moda, se había dejado el pelo largo y una barba desaliñada para parecerse a su ídolo, Hércules. Por lo demás, era la viva imagen de la perfección varonil romana. Casi se habría dicho que era un dios inmortal, como muy a menudo él afirmaba.

—Han intentado matarme —gruñó—. ¡Sé que han sido ellos! No me moriré. ¡Se lo demostraré a todos!

Se me rompía el alma viéndolo en ese estado. Solo un día antes me había sentido muy optimista.

Habíamos practicado técnicas de lucha toda la tarde. Fuerte y seguro de sí mismo, Cómodo me había derribado y me habría partido el cuello si hubiera sido un mortal corriente. Después de ayudarme a levantarme, habíamos pasado el resto del día riendo y hablando como solíamos hacer en los viejos tiempos. Él no conocía mi verdadera identidad, pero aun así, disfrazado de Narciso, estaba seguro de que podría devolver al emperador su buen humor y, con el tiempo, reavivar las ascuas del espléndido joven que había conocido.

Y sin embargo, esa mañana se había despertado más sanguinario y desquiciado que nunca.

Me acerqué con cuidado, como si fuera un animal herido.

—No moriréis por culpa del veneno. Sois demasiado fuerte.

—¡Exacto! —Se levantó del sofá, con los nudillos blancos del esfuerzo—. ¡Mañana me encontraré mejor, en cuanto decapite a esos traidores!

—Tal vez sería mejor que descansaseis unos días —propuse—. Tomaos un tiempo para recuperaros y reflexionar.

—¿REFLEXIONAR? —Hizo una mueca de dolor—. No necesito reflexionar, Narciso. Los mataré y contrataré a nuevos asesores. A ti, por ejemplo. ¿Te interesa el puesto?

Yo no sabía si reír o llorar. Mientras Cómodo se concentraba en sus queridos juegos, cedía los poderes del Estado a sus prefectos y amigotes, quienes acostumbraban a tener una esperanza de vida muy breve.

—Yo solo soy un entrenador personal —dije.

—¿Qué más da? ¡Te convertiré en noble! ¡Gobernarás la Colonia Comodiana!

Me estremecí al oír el nombre. Fuera del palacio, nadie aceptaba el nuevo nombre que el emperador había dado a Roma. Los ciudadanos se negaban a llamarse comodianos. A las legiones les enfurecía que ahora se las conociera como comodianas. Para sus sufridos asesores, las disparatadas proclamaciones de Cómodo habían sido la gota que colma el vaso.

—Por favor, César —le imploré—. Dejad las ejecuciones y los juegos. Tomaos un tiempo para curaros. Un tiempo para meditar las consecuencias.

Él enseñó los dientes, con los labios salpicados de sangre.

—¡No empieces tú también! Pareces mi padre. ¡Ya estoy harto de pensar en las consecuencias!

Se me cayó el alma al suelo. Sabía lo que ocurriría los siguientes días. Cómodo sobreviviría al envenenamiento. Ordenaría eliminar cruelmente a sus enemigos. La ciudad sería decorada con cabezas empaladas. La Vía Apia se llenaría de crucifixiones. Mis sacerdotes morirían. La mitad del Senado perecería. Los cimientos de la mismísima Roma, baluarte de los dioses del Olimpo, se sacudirían. Y aun así Cómodo sería asesinado, unas semanas o meses más tarde, de otra forma.

Incliné la cabeza en señal de sumisión.

—Por supuesto, César. ¿Puedo prepararos un baño?

Cómodo asintió gruñendo.

—Debería quitarme esta ropa mugrienta.

Como solía hacerle después de nuestras sesiones de ejercicio, llené su gran baño de mármol de agua humeante con perfume de rosas. Le ayudé a quitarse la túnica sucia y a meterse en la bañera. Por un momento, se relajó y cerró los ojos.

Me acordé del aspecto que tenía dormido a mi lado cuando éramos adolescentes. Me acordé de su risa fácil cuando corríamos por el bosque, y de la forma adorable en que su cara se arrugaba cuando le tiraba uvas que rebotaban en su nariz.

Le limpié las babas y la sangre de la barba con una esponja. Le lavé con cuidado la cara. A continuación cerré las manos en torno a su cuello.

—Lo siento.

Sumergí su cabeza bajo el agua y empecé a apretar.

Cómodo era fuerte. Incluso estando débil, se revolvió y forcejeó. Tuve que echar mano de mi fuerza divina para mantenerlo sumergido, y al hacerlo, debí de revelar mi verdadera condición.

Él se quedó quieto, con los ojos azules muy abiertos de la sorpresa y la traición. No podía hablar, pero esbozó mudamente con los labios: «Tú... me... bendijiste».

La acusación me arrancó un sollozo de la garganta. El día que su padre murió, prometí a Cómodo: «Siempre contarás con mis bendiciones». Ahora estaba poniendo fin a su reinado. Estaba interfiriendo en los asuntos de los mortales, no para salvar vidas, ni para salvar Roma, sino porque no soportaba ver morir a mi hermoso Cómodo a manos de otro.

Su último aliento borboteó a través de los pelos de su barba. Me encorvé sobre él, llorando, rodeando su cuello con las manos, hasta que el agua del baño se enfrió.

Britomartis se equivocaba. No me daba miedo el agua. Simplemente no podía mirar la superficie de ninguna charca sin imaginarme el rostro de Cómodo, herido por la traición, mirándome fijamente.

La visión se desvaneció. Me dieron arcadas. Me encontraba encorvado sobre otra pila con agua: un váter de la Estación de Paso.

No sé cuánto tiempo llevaba allí arrodillado, temblando, sacudido por las arcadas, deseando poder deshacerme de mi envoltura corporal con la facilidad con que me libraba del contenido de mi estómago. Finalmente, advertí un reflejo naranja en el agua del váter. Agamedes estaba detrás de mí, sosteniendo su bola 8 mágica.

Protesté gimiendo.

—¿Tienes que aparecer así cuando estoy vomitando?

El fantasma sin cabeza me ofreció su esfera mágica.

—Un poco de papel higiénico me sería más útil —dije.

Agamedes alargó la mano para coger el rollo, pero sus dedos etéreos atravesaron el papel. Resultaba extraño que pudiera sujetar una bola 8 mágica y no un rollo de papel higiénico. Tal vez nuestras anfitrionas no compraban papel extrasuave de doble capa apto para fantasmas.

Cogí la bola.

—¿Qué quieres, Agamedes? —pregunté sin demasiada convicción.

La respuesta apareció flotando a través del líquido oscuro: NO PODEMOS QUEDARNOS.

Gemí.

—Por favor, otra advertencia funesta, no. ¿Quiénes no podemos quedarnos? ¿Y dónde no podemos quedarnos?

Agité la bola una vez más. Me brindó la respuesta PERSPECTIVAS NO MUY BUENAS.

Deposité otra vez la bola 8 mágica en las manos de Agamedes, que era como empujar un coche en marcha contra el viento.

—Ahora mismo no puedo jugar a las adivinanzas.

Él no tenía cara, pero adoptó una postura que parecía triste. La sangre de su cuello cortado goteaba lentamente por su túnica. Me imaginé la cabeza de Trofonio colocada en su cuerpo: la voz angustiada de mi hijo gritando a los cielos: «¡Tómame a mí! ¡Sálvalo a él, por favor, padre!».

La imagen se fundió con la cara de Cómodo, mirándome fijamente, herido y traicionado mientras el pulso de su carótida palpitaba con fuerza contra mis manos. «Tú... me... bendijiste».

Lloré y abracé la tapa del inodoro: el único objeto del universo que no daba vueltas. ¿Había alguien a quien no hubiera traicionado y decepcionado? ¿Alguna relación que no hubiera destruido?

Después de una horrible eternidad en mi vaterverso privado, una voz habló detrás de mí.

—Hola.

Parpadeé para contener las lágrimas. Agamedes se había ido. En su lugar, apoyada contra el lavabo, se hallaba Josephine. Me ofreció un rollo de papel higiénico nuevo.

Me sorbí débilmente la nariz.

—¿Tienes que estar en el servicio de caballeros?

Ella rio.

—No sería la primera vez, pero aquí los cuartos de baño son de género neutro.

Me limpié la cara y la ropa. No conseguí gran cosa aparte de llenarme de trocitos de papel higiénico.

Josephine me ayudó a sentarme en el váter. Me aseguró que era mejor que abrazarlo, aunque en ese momento yo no veía la diferencia.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

Sin preocuparme en lo más mínimo por mi dignidad, se lo conté.

Josephine sacó un trapo del bolsillo de su mono. Lo humedeció en el lavabo y empezó a limpiarme los lados de la cara, aplicándolo en las partes que yo había descuidado. Me trató como si yo fuera su Georgie de siete años, o una de sus torretas de ballesta: algopreciado pero muy exigente.

—No voy a juzgarte, Solete. En mi época, yo también hice algunas cosas malas.

Estudié su rostro de mandíbula cuadrada, con el lustre metálico de su cabello canoso contra su piel morena. Parecía muy dulce y afable, la misma opinión que me merecía el dragón Festo, y sin embargo a veces tenía que echarme atrás y recordar: «Vale, es una máquina mortal gigantesca que escupe fuego».

—Leo habló de *gangsters* —recordé—. ¿Al Capone?

Josephine sonrió burlonamente.

—Sí, Al. Y Diamond Joe. Y Papa Johnny. Los conocí a todos. Yo era... ¿cómo decirlo? El enlace de Al con los contrabandistas afroamericanos.

A pesar de mi humor sombrío, no pude evitar sentir una pizca de fascinación. La

era del *jazz* era una de mis épocas favoritas por... en fin, por el *jazz*.

—Para una mujer en los años veinte, es impresionante.

—El caso —dijo Jo— es que nunca supieron que era una mujer.

De repente visualicé a Josephine con unos zapatos de piel negros con polainas, un traje de raya diplomática, un alfiler de corbata con incrustaciones de brillantes y un sombrero de fieltro negro, con su ametralladora, la Pequeña Bertha, apoyada en el hombro.

—Entiendo.

—Me llamaban Jo la Grande. —Miró la pared. Tal vez fuese mi estado mental, pero me la imaginé como Cómodo, lanzando una jarra con tanta fuerza como para agrietar los azulejos—. Ese estilo de vida... era excitante, peligroso. Me llevó a un extremo siniestro y estuvo a punto de acabar conmigo. Entonces Artemisa me encontró y me ofreció una salida.

Me acordé de Hemítea y su hermana Partenos al despeñarse por el acantilado, en una época en que las vidas de las mujeres eran más prescindibles que las jarras de vino.

—Mi hermana ha salvado a muchas jóvenes de situaciones horribles.

—Sí, así es. —Jo sonrió tristemente—. Y luego Emmie volvió a salvarme la vida.

—Aun así, las dos podríais haber sido inmortales —mascullé—. Podríais haber tenido juventud, poder, vida eterna...

—Podríamos —convino Josephine—. Pero no habríamos envejecido juntas las últimas décadas. Aquí hemos vivido una vida plena. Hemos salvado a muchos semidioses y marginados; los hemos criado en la Estación de Paso, les hemos dejado ir a la escuela y tener una infancia más o menos normal, y los hemos devuelto al mundo como adultos con los conocimientos que necesitaban para sobrevivir.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendo. Entre eso y la mortalidad no hay comparación.

Josephine se encogió de hombros.

—No tienes por qué entenderlo. Pero quiero que sepas que Emmie no renunció a tu don divino a la ligera. Después de sesenta y tantos años con las cazadoras, descubrimos algo. Lo importante no es cuánto vives, sino por lo que vives.

Fruncí el ceño. Esa era una forma muy poco divina de pensar, como si pudieras tener inmortalidad o una razón de ser, pero no las dos cosas.

—¿Por qué me cuentas eso? —pregunté—. ¿Tratas de convencerme de que me quede como... como esta abominación? —Señalé mi patético cuerpo mortal.

—No te estoy diciendo qué hacer. Pero esos chicos (Leo, Calipso, Meg) te necesitan. Cuentan contigo. Y Emmie y yo también contamos contigo para recuperar a nuestra hija. No tienes por qué ser un dios. Solo hacer todo lo posible por tus amigos.

—Uf.

Jo rio entre dientes.

—Hubo una época en que una conversación como esta también me habría hecho vomitar. Creía que la amistad era una trampa. La vida era un sálvese quien pueda. Pero cuando me uní a las cazadoras, *lady* Britomartis me contó algo. ¿Sabes cómo se convirtió en diosa?

Pensé un momento.

—Era una doncella joven que huía del rey de Creta. Para esconderse, saltó a una red de pesca del puerto, ¿verdad? Y en lugar de ahogarse, se transformó.

—Exacto. —Jo entrelazó los dedos—. Las redes pueden ser trampas. Pero también pueden ser redes de seguridad. Solo hay que saber cuándo saltar.

La miré fijamente. Esperé a que se produjera un momento de revelación en que todo cobrase sentido y recibiese una inyección de moral.

—Lo siento —dije finalmente—. No tengo ni idea de lo que eso significa.

—No pasa nada. —Me ofreció una mano—. Voy a sacarte de aquí.

—Sí —convine—. Me gustaría dormir bien antes del viaje de mañana.

Jo me dedicó su sonrisa afable de máquina de matar.

—Oh, no. Nada de dormir. Todavía tienes tareas que hacer, amigo mío.

Pedaleando con clase.
Los grilletes están de moda.
Da la señal al dios chillón

Por lo menos no tuve que limpiar váteres.

Me pasé la tarde en el gallinero de los grifos, tocando música a Heloise para tranquilizarla mientras ponía su huevo. Le gustaban Adele y Joni Mitchell, cantantes con registros que forzaban considerablemente mis cuerdas vocales mortales, pero no soportaba mi imitación de Elvis Presley. Los gustos musicales de los grifos son un misterio.

En una ocasión vi a Calipso y a Leo andando con Emmie por el gran salón, enfrascados en una conversación. Varias veces vi a Agamedes flotar por la sala retorciéndose las manos. Trataba de no pensar en el mensaje de su bola 8 mágica: NO PODEMOS QUEDARNOS, que no resultaba ni alegre ni útil cuando intentabas tocar música ambiental para poner huevos.

Cuando llevaba más o menos una hora de mi segunda actuación, Jo retomó la fabricación de su aparato de localización en el taller y me obligó a buscar melodías que sintonizasen con el sonido de un soplete. Afortunadamente, a Heloise le gustaba Patti Smith.

La única persona a la que no vi durante la tarde fue a Meg. Supuse que estaba en la azotea, quintuplicando la velocidad de crecimiento del huerto. De vez en cuando miraba arriba, preguntándome cuándo se desplomaría el techo y me sepultaría entre nabos.

Para la hora de la cena me habían salido ampollas en los dedos de tocar el ukelele. Tenía la garganta seca como la mojava. Sin embargo, Heloise cloqueaba satisfecha encima de su huevo recién puesto.

Sorprendentemente, me sentía mejor. Después de todo, la música y la curación no se diferenciaban tanto. Me preguntaba si Jo me había mandado allí por mi bien aparte de por el de Heloise. Las mujeres de la Estación de Paso eran astutas.

Esa noche dormí como un muerto; un muerto de verdad, no de los decapitados de color naranja que no paraban quietos. Al alba, provistos de las indicaciones de Emmie para llegar al complejo de Canal Walk, Meg, Leo y yo estábamos listos para recorrer las calles de Indianápolis.

Antes de irnos, Josephine me llevó aparte.

—Ojalá pudiera ir contigo, Solete. Esta mañana haré todo lo posible por entrenar

a tu amiga Calipso para ver si recupera el control de su magia. Mientras estáis fuera, me sentiré mejor si llevas esto.

Me dio un grillete de hierro.

Observé su cara, pero no parecía que bromease.

—Es una cadena para grifos —dije.

—¡No! Yo nunca haría llevar cadenas a un grifo.

—Y sin embargo me das una a mí. ¿No las llevan los presos cuando están en arresto domiciliario?

—No es para eso. Es el aparato de localización en el que he estado trabajando.

Presionó una pequeña hendidura situada en el borde del grillete. Unas alas metálicas se extendieron a cada lado con un «clic» y empezaron a zumbar a la frecuencia de un colibrí. El grillete por poco se me escapó de las manos.

—Oh, no —protesté—. No me pidas que lleve un aparato volador. Hermes me engañó para que llevara sus zapatos una vez. Me eché una siesta en una hamaca en Atenas y me desperté en Argentina. Nunca más.

Jo apagó las alas.

—No tienes que volar. La idea era hacer dos tobilleras, pero no me ha dado tiempo. Iba a mandarlas a... —hizo una pausa, realizando un esfuerzo visible por controlar sus emociones— a buscar a Georgina para que la trajeran a casa. Como ya no puedo hacerlo, si os metéis en líos, si la encontráis... —Jo señaló otra hendidura de la tobillera—. Esto activa el radiofaro de recalada. Me indicará dónde estáis, y ten la seguridad de que enviaremos refuerzos.

No sabía cómo Josephine haría eso. No contaban con una nutrida caballería. Tampoco quería llevar un aparato de localización por principio. Iba en contra de mi naturaleza. Yo siempre debía ser la fuente de luz más visible y brillante del mundo. Si tenías que buscarme es que algo iba mal.

Por otra parte, Josephine me estaba lanzando aquella mirada que mi madre, Leto, siempre me dirigía cuando temía que me había olvidado de escribirle una canción nueva para el día de la Madre. (Es una especie de tradición. Y, sí, soy un hijo maravilloso, gracias).

—Muy bien. —Me abroché el grillete alrededor del tobillo. Me quedaba ajustado, pero al menos de esa forma podía esconderlo debajo del dobladillo de los vaqueros.

—Gracias. —Jo pegó la frente a la mía—. No te mueras. —Acto seguido se volvió y regresó con paso resuelto a su taller, sin duda impaciente por crear más dispositivos de inmovilización para mí.

Media hora más tarde descubrí algo importante: no hay que llevar un grillete de hierro cuando se maneja un patín de pedales.

Nuestro medio de transporte fue idea de Leo. Cuando llegamos a la orilla del canal, descubrió un muelle en el que alquilaban embarcaciones que estaba cerrado

hasta la próxima temporada. Decidió liberar un patín de pedales de plástico verde azulado e insistió en que lo llamásemos el Temible Pirata Valdez. (A Meg le encantó. Yo me negué).

—Esta es la mejor manera de localizar la rejilla de la entrada secreta —nos aseguró mientras avanzábamos pedaleando—. Al nivel del agua, no se nos puede escapar. ¡Además, viajamos con clase!

Teníamos un concepto distinto de viajar con clase.

Leo y yo íbamos sentados en la parte delantera, manejando los pedales. Con el grillete de hierro, el tobillo me dolía como si un dóberman me lo estuviera comiendo poco a poco. Me ardían las pantorrillas. No entendía por qué los mortales pagaban por eso. Si el bote estuviera tirado por caballitos de mar, quizá, pero ¿hacer esfuerzo físico? Uf.

Mientras tanto, Meg miraba en la dirección contraria sentada en el asiento trasero. Decía que estaba «vigilando nuestra retaguardia» por si veía la entrada secreta a las cloacas, pero a mí me daba toda la impresión de que estaba descansando.

—Bueno, ¿qué hay entre tú y el emperador? —me preguntó Leo, pedaleando alegremente como si el esfuerzo no le molestase en absoluto.

Me sequé la frente.

—No sé a qué te refieres.

—Venga ya, tío. En la cena, cuando Meg empezó a gritar sobre Cómodo, te fuiste corriendo al cuarto de baño y potaste.

—No poté. Fueron unas arcadas.

—Desde entonces has estado muy callado.

Leo tenía razón. Estar callado era otro rasgo impropio de Apolo. Normalmente tenía muchas cosas interesantes que decir y muchas canciones bonitas que cantar. Era consciente de que debía contar a mis compañeros lo del emperador. Se merecían saber adónde íbamos pedaleando. Pero era difícil decir las palabras.

—Cómodo me culpa de su muerte —dije.

—¿Por qué? —preguntó Meg.

—Probablemente porque yo lo maté.

—Ah. —Leo asintió sabiamente con la cabeza—. Eso lo explica todo.

Logré contarles la historia. No fue fácil. Mientras miraba al frente, me imaginé el cadáver de Cómodo flotando debajo de la superficie del canal, listo para elevarse de las gélidas profundidades verdes y acusarme de traición. «Tú... me... bendijiste».

Cuando hube terminado de relatar la historia, Leo y Meg se quedaron callados. Ninguno de los dos gritó: «¡Asesino!». Ninguno de los dos me miró a los ojos, tampoco.

—Qué chungo, tío —dijo Leo finalmente—. Pero parece que el Emperador Gandul se merecía palmarla.

Meg emitió un sonido parecido al estornudo de un gato.

—Se llama Cómodo. Y es guapo, por cierto.

Miré atrás.

—¿Lo has visto?

Meg se encogió de hombros. En algún momento del último día se le había caído un diamante falso de la montura de las gafas, como si una estrella se hubiera apagado. Me molestaba haberme fijado en un detalle tan pequeño.

—Una vez —dijo—. En Nueva York. Visitó a mi padrastro.

—Nerón —la insté—. Llámalo Nerón.

—Sí. —Unas manchas rojas aparecieron en sus mejillas—. Cómodo era guapo.

Puse los ojos en blanco.

—También es engreído, orgulloso, egoísta...

—Entonces te hace la competencia, ¿no? —dijo Leo.

—Cierra el pico.

Durante un rato, el único ruido que sonó en el canal fue el traqueteo de nuestro patín. Hacía eco en los diques de tres metros y por los lados de los almacenes de ladrillo en proceso de conversión en bloques de pisos y restaurantes. Las ventanas oscuras de los edificios nos miraban y me hacían sentir claustrofobia y al mismo tiempo desprotección.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Leo—. ¿Por qué Cómodo? O sea, si el triunvirato está formado por los tres emperadores más poderosos y peligrosos, el dream team de supervillanos romanos, Nerón es una elección lógica. Pero ¿el Hombre Comodón? ¿Por qué no alguien más malote y más famoso, como Máximo el Máquina o Atila el Huno?

—Atila el Huno no fue un emperador romano —le corregí—. Por lo que respecta a Máximo el Máquina, es un buen nombre, pero no fue un emperador de verdad. Y en cuanto a por qué Cómodo es miembro del triunvirato...

—Creen que es débil —dijo Meg.

La niña mantenía la mirada en la estela que dejábamos, como si viera su propia colección de caras debajo de la superficie.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Mi padra... Nerón me lo dijo. Él y el tercero, el emperador del oeste, querían que Cómodo estuviera entre ellos.

—El tercer emperador —dije—. ¿Sabes quién es?

Meg frunció el entrecejo.

—Solo lo vi una vez. Nerón nunca se refería a él por su nombre. Lo llamaba «mi pariente». Creo que incluso Nerón tiene miedo de él.

—Fantástico —murmuré. Cualquiera emperador que asustase a Nerón no era alguien a quien yo quisiese conocer.

—Así que Nerón y el tío del oeste —dijo Leo— quieren que Cómodo haga de intermediario entre ellos. Un mediador.

Meg se frotó la nariz.

—Sí. Nerón me dijo... Me dijo que Cómodo es como Melocotones. Cruel pero

controlable.

Le tembló la voz al pronunciar el nombre de su karpos.

Temía que Meg me mandase que me diese un guantazo o me tirase al canal, pero le pregunté:

—¿Dónde está Melocotones?

Ella asomó el labio inferior.

—La Bestia...

—Nerón... —La corregí con delicadeza.

—Nerón me lo quitó. Dijo... dijo que yo no me merecía una mascota hasta que me portase bien.

La ira me hizo pedalear más rápido y casi agradecí el dolor de la rozadura en el tobillo. No sabía cómo Nerón había conseguido encarcelar al espíritu de los cereales, pero entendía por qué lo había hecho. Nerón quería que Meg dependiera por completo de él. A la niña no se le permitía tener cosas propias ni amigos propios. Todo en su vida tenía que estar contaminado con el veneno de Nerón.

Si me echaba el guante, sin duda me utilizaría de la misma forma. No sabía qué horribles torturas había pensado para Lester Papadopoulos, pero no serían tan graves como la forma en que torturaba a Meg. A ella la haría sentir responsable de mi dolor y mi muerte.

—Recuperaremos a Melocotones —le prometí.

—Sí, chica —convino Leo—. El Temible Pirata Valdez nunca abandona a un miembro de su tripulación. No te preocupes por...

—Chicos. —La voz de Meg adquirió un tono áspero—. ¿Qué es eso?

Señaló a estribor. Una hilera de ondas se formó en el agua verde, como si hubieran disparado una flecha en horizontal a través de la superficie.

—¿Has visto qué era? —preguntó Leo.

Meg asintió con la cabeza.

—¿Una... una aleta, quizá? ¿Hay peces en los canales?

Yo no sabía la respuesta, pero no me gustaba el tamaño de esas ondas. Me sentí como si me estuvieran saliendo brotes de trigo nuevos en la garganta.

Leo señaló a la proa.

—Allí.

Justo delante de nosotros, aproximadamente un centímetro por debajo de la superficie, unas escamas se ondularon y se sumergieron.

—No es un pez —dije, odiándome por ser tan perspicaz—. Creo que es otra parte de la misma criatura.

—¿La misma de allí? —Meg señaló a estribor. Las dos perturbaciones se habían producido como mínimo a doce metros de distancia una de la otra—. Eso significaría algo más grande que el bote.

Leo escudriñó el agua.

—¿Tienes idea de qué es esa cosa, Apolo?

—Solo una corazonada —contesté—. Esperemos que me equivoque. Pedalea más rápido. Tenemos que encontrar la rejilla.

Dame una legión
y seis toneladas de piedras.
Tengo que matar a una serpiente

No me gustan las serpientes.

Desde mi famoso combate con Pitón, he tenido fobia a las criaturas reptilianas con escamas. (Sobre todo si incluyes a mi madrastra, Hera. ¡BUM!). Apenas podía soportar las serpientes del caduceo de Hermes, George y Martha. Eran bastante agradables, pero continuamente me daban la lata para que les compusiera una canción sobre el placer de comer ratas; un placer que yo no compartía.

Me dije que la criatura del Canal Central no era una serpiente acuática. El agua estaba demasiado fría. El canal no tenía suficientes peces sabrosos para comer.

Por otra parte, conocía a Cómodo. Le encantaba coleccionar monstruos exóticos. Se me ocurría una serpiente de río en concreto que le gustaría: una que se mantendría sin problemas comiendo a sabrosos tripulantes de patines de pedales...

«¡Apolo malo! —me reprendí—. ¡No te desconcentres de tu misión!».

Avanzamos traqueteando otros diez metros más o menos, lo suficiente para que me preguntara si el peligro había sido imaginario. Tal vez el monstruo no era más que un caimán abandonado. ¿Había de esos en el Medio Oeste? ¿Unos muy educados, tal vez?

Leo me dio un codazo.

—Mira allá.

En el muro de contención opuesto, sobresaliendo por encima de la cota del agua, se hallaba el arco de ladrillo de una vieja cañería de distribución, cuya entrada estaba bloqueada por unos barrotes dorados.

—¿Cuántas alcantarillas has visto con rejillas de oro? —preguntó Leo—. Apuesto a que esa va directa al palacio del emperador.

Fruncí el ceño.

—Es demasiado fácil.

—Eh. —Meg me dio una colleja—. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo Percy? Nunca digáis cosas como «Lo hemos conseguido» o «Qué fácil ha sido». ¡Nos gafarás!

—Mi existencia entera está gafada.

—Pedalea más rápido.

Como era una orden directa de Meg, no tenía opción. Notaba las piernas como si

se estuvieran convirtiendo en sacos de brasas al rojo vivo, pero aceleré. Leo desvió nuestro barco pirata de plástico hacia la entrada de la cloaca.

Estábamos a tres metros cuando desencadenamos la Primera Ley de Percy Jackson. Nuestro gafe surgió del agua en forma de arco reluciente de piel serpentina.

Puede que yo chillase. Leo gritó una advertencia totalmente inútil:

—¡Cuidado!

El bote se ladeó. Más arcos de piel de serpiente emergieron a nuestro alrededor: onduladas colinas verdes y marrones surcadas de aletas dorsales dentadas. Las espadas de Meg aparecieron destellando. La niña trató de levantarse, pero el patín se volcó y nos sumió en una explosión fría y verde de burbujas y extremidades.

Mi único consuelo fue que el canal no era profundo. Toqué el fondo y pude quedarme de pie, boqueando y temblando, con el agua hasta los hombros. Cerca, un rollo de piel de serpiente de un metro de diámetro rodeó nuestro patín de pedales y apretó. El casco implosionó e hizo pedazos el plástico verde azulado con un sonido de petardos. Se me clavó una astilla en la cara que por poco me dio en el ojo izquierdo.

Leo salió a la superficie; la barbilla apenas le llegaba al nivel del agua. Se dirigió caminando hacia la rejilla de la cloaca y pasó por encima de una colina de piel de serpiente que se interponía en su camino. Meg, criatura heroica donde las haya, lanzaba tajos a los rollos del monstruo, pero sus espadas resbalaban en su piel viscosa.

Entonces la cabeza de la criatura se elevó del canal, y perdí toda esperanza de que llegásemos a casa a tiempo para la noche de las enchiladas de tofu.

La frente triangular del monstruo era tan ancha que se podría haber aparcado un utilitario en ella. Sus ojos emitían un brillo naranja como el del fantasma de Agamedes. Cuando abrió sus grandes fauces rojas, me acordé de otro motivo por el que odiaba las serpientes. Su aliento huele peor que las camisas de trabajo de Hefesto.

La criatura intentó morder a Meg. A pesar de estar hundida en el agua hasta el cuello, la niña se hizo a un lado y clavó de lleno la espada de su mano izquierda en el ojo de la serpiente.

El monstruo echó atrás la cabeza y siseó. La piel de serpiente empezó a moverse por el canal. Fui derribado y me sumergí otra vez.

Cuando salí a la superficie, Meg McCaffrey estaba a mi lado, dando boqueadas con el pecho palpitante, las gafas torcidas y empapada de agua del canal. La cabeza de la serpiente se agitaba de un lado a otro como si tratase de sacudirse la ceguera del ojo herido. Golpeó el bloque de edificios más próximo con la quijada, hizo añicos las ventanas y llenó el muro de ladrillo de grietas. En la azotea, un letrero rezaba: ¡ALQUILER INMINENTE CON OPCIÓN A COMPRA! Esperaba que eso quisiera decir que estaba vacío.

Leo se dirigió a la rejilla. Recorrió los barrotes dorados con los dedos, tal vez en

busca de botones o interruptores o trampas. Meg y yo estábamos a diez metros de él, una gran distancia a través del vasto terreno serpentino.

—¡Deprisa! —le grité.

—¡Vaya, gracias! —chilló él—. No se me había ocurrido.

El canal se revolvió cuando la serpiente recogió sus espirales. Su cabeza se elevó dos pisos por encima de nosotros. Su ojo derecho se había oscurecido, pero su brillante iris izquierdo y sus espantosas fauces me recordaban esas lámparas que los mortales hacen con calabazas para Halloween. Una tradición absurda. Prefería correr por ahí con pieles de cabra en las Februales. Era mucho más elegante.

Meg lanzó una estocada al vientre de la criatura. Su espada dorada solo despidió chispas al impactar contra él.

—¿Qué es ese bicho? —inquirió.

—La Serpiente Cartaginesa —respondí—. Uno de los animales más temibles a los que tuvieron que enfrentarse las tropas romanas. En África, casi ahogó a una legión entera a las órdenes de Marco Atilio Régulo...

—Da igual. —Meg y la serpiente se miraron con recelo, como si un monstruo gigante y una niña de doce años fueran adversarios al mismo nivel—. ¿Cómo la mato?

Los pensamientos se agolpaban en mi mente. No se me daban bien las situaciones de pánico, lo que equivalía a la mayoría de las situaciones en las que me había visto últimamente.

—Creo... creo que la legión la venció con miles de piedras.

—Yo no tengo una legión —dijo Meg—. Ni miles de piedras.

La serpiente siseó y roció veneno a través del canal. Me descolgué el arco, pero tropecé otra vez con el fastidioso asunto del mantenimiento. Una cuerda de arco y unas flechas mojadas eran un problema, sobre todo si pensaba dar en un blanco tan pequeño como el otro ojo de la serpiente. Luego estaba la física de disparar un arco estando sumergido en agua hasta los hombros.

—¿Leo? —grité.

—¡Ya casi estoy! —Golpeó la rejilla con una llave inglesa—. ¡Mantenedla distraída!

Tragué saliva.

—Meg, tal vez si pudieras clavarle la espada en el otro ojo o en la boca...

—¿Mientras tú haces qué, esconderte?

No soportaba la capacidad de esa niña para meterse en mi cerebro.

—¡Por supuesto que no! Yo me...

La serpiente atacó. Meg y yo nos lanzamos en direcciones opuestas. La cabeza de la criatura provocó un tsunami entre nosotros y me hizo dar volteretas por el agua. Tragué varios litros de líquido del canal y subí a la superficie escupiendo, y entonces me atraganté de horror al ver a Meg rodeada por la cola de la serpiente. La culebra la levantó del agua y la situó a la altura del ojo que le quedaba. Meg lanzaba tajos como

loca, pero el monstruo la mantuvo a una distancia respetable. La observaba como si pensara: «¿Qué es esta cosa que tiene los colores de un semáforo?».

Entonces empezó a apretar.

—¡Ya lo tengo! —gritó Leo.

«Clang». Los barrotes dorados de la rejilla se doblaron hacia dentro.

Leo se volvió, sonriendo orgulloso, y entonces vio el aprieto en el que estaba Meg.

—¡No! —Levantó la mano por encima del agua y trató de invocar fuego. Solo consiguió una bocanada de humo. Lanzó una llave inglesa que rebotó en el costado de la serpiente sin causarle daño.

Meg gritó. La cola de la serpiente le oprimía la cintura, y tenía la cara roja como un tomate. La niña golpeaba inútilmente la piel del monstruo con sus espadas.

Me quedé paralizado, incapaz de ayudarla o de pensar.

Era consciente de la fuerza que tenía una serpiente como esa. Recordaba haber estado envuelto en las espirales de Pitón, con mis costillas divinas crujiendo y mi icor celestial concentrándose en mi cabeza y amenazando con salir a chorros por mis orejas.

—¡Meg! —grité—. ¡Aguanta!

Ella me lanzó una mirada asesina, con los ojos saltones y la lengua hinchada, como si estuviera pensando: «¿Es que tengo otra opción?».

La serpiente no me hizo caso; sin duda estaba más interesada en observar cómo Meg reventaba como el patín de pedales. Detrás de la cabeza de la serpiente se alzaba el muro de ladrillo deteriorado de un bloque de pisos. La entrada de la cloaca se encontraba justo a la derecha.

Me acordé de la historia de la legión romana que había luchado contra esa criatura tirándole piedras. Si el muro de ladrillo formase parte de la Estación de Paso y pudiera darle órdenes...

La idea me atenazó como una espiral del monstruo.

—¡Leo! —grité—. ¡Métete en el túnel!

—Pero...

—¡Hazlo!

Algo empezó a hincharse dentro de mi pecho. Esperaba que fuera poder y no el desayuno.

Me llené los pulmones y rugí con la voz de barítono que normalmente reservaba para las óperas italianas:

—¡LARGO, SERPIENTE! ¡SOY APOLO!

La frecuencia fue perfecta.

El muro del almacén tembló y se agrietó. Una cortina de ladrillos de tres pisos de altura se desprendió, se derrumbó sobre el lomo de la serpiente y le hundió la cabeza bajo el agua. Su cola enroscada se aflojó. Meg cayó al canal.

Haciendo caso omiso de la lluvia de ladrillos, avancé caminando por el agua (con

bastante valor, en mi opinión) y saqué a Meg a la superficie.

—¡Deprisa, chicos! —gritó Leo—. ¡La rejilla se está cerrando otra vez!

Arrastré a Meg hacia la cloaca (para eso están los amigos) mientras Leo hacía todo lo posible por mantener la rejilla abierta con una barra de hierro.

¡Gracias a los dioses por los cuerpos mortales flacuchos! Pasamos apretujándonos justo cuando los barrotes se cerraban detrás de nosotros.

Al otro lado, la serpiente se elevó de su bautismo de ladrillos. Siseó y golpeó la rejilla con su cabeza medio ciega, pero no nos quedamos a charlar. Seguimos adelante y nos internamos en la oscuridad de las alcantarillas del emperador.

Me entusiasmo
con la belleza de las cloacas.
Un poema superbreve. Listo

Caminando por el agua helada de la cloaca que me llegaba hasta los hombros, sentí nostalgia del zoo de Indianápolis. ¡Oh, los sencillos placeres de esconderse de germani asesinos, estrellar trenes en miniatura y dar una serenata a grifos cabreados!

Poco a poco, el sonido de la rejilla golpeada por la serpiente se fue apagando detrás de nosotros. Anduvimos tanto tiempo que temí que muriésemos de hipotermia antes de llegar a nuestro destino. Entonces vi un hueco elevado encastrado a un lado del túnel: una vieja plataforma de servicios, quizá. Salimos del fango verde y glacial para descansar. Meg y yo nos acurrucamos uno contra el otro mientras Leo intentaba prenderse fuego.

Al tercer intento, su piel chisporroteó y silbó, y por fin estalló en llamas.

—Acercaos, niños. —Su sonrisa tenía un aspecto diabólico con el fuego naranja que bañaba su rostro—. ¡No hay nada como un Leo flambeado para entrar en calor!

Intenté llamarlo «idiota», pero me temblaba tanto la mandíbula que solo me salió:

—Id... id... id... id... id...

Pronto el hueco se impregnó de aroma a Meg y Apolo recalentados: manzanas asadas, moho, olor corporal y un ligerísimo toque a genialidad. (A ver si adivinas qué fragancia era mi contribución). Mis dedos pasaron del color morado al rosa. Volví a notar las piernas lo bastante bien para que el roce del grillete de hierro me molestara. Incluso podía hablar sin tartamudear como la metrallera de Josephine.

Cuando Leo estimó que estábamos lo suficientemente secos, apagó su hoguera personal.

—Eh, Apolo, has estado bien ahí atrás.

—¿Qué parte? —dije—. ¿El ahogamiento? ¿Los gritos?

—No, tío, cuando derrumbaste el muro de ladrillo. Deberías hacerlo más a menudo.

Me quité una esquirra de plástico verde azulado de la chaqueta.

—Como un semidiós insoportable me dijo una vez: «Vaya, ¿por qué no se me habrá ocurrido?». Ya os lo expliqué: no puedo controlar esos estallidos de poder. No sé cómo, en ese momento he recuperado mi voz divina. El mortero de los ladrillos resuena a una determinada frecuencia. Se manipula mejor con un barítono a ciento veinticinco decibelios...

—Me has salvado —me interrumpió Meg—. Iba a morirme. Tal vez por eso recuperaste la voz.

Yo era reacio a admitirlo, pero puede que ella tuviera razón. La última vez que había experimentado un estallido de poder divino, en el bosque del Campamento Mestizo, mis hijos Kayla y Austin habían estado a punto de quemarse vivos. La preocupación por los demás era un detonante lógico de mis poderes. Después de todo, yo era desinteresado, generoso y un tío majo en todos los sentidos. Sin embargo, me irritaba que mi propio bienestar no bastara para darme fuerza divina. ¡Mi vida también era importante!

—Bueno —dije—, me alegro de que no hayas muerto aplastada, Meg. ¿Te has roto algo?

Ella se tocó la caja torácica.

—No. Estoy bien.

Su movimiento rígido, su tez pálida y la tirantez de sus ojos me decían lo contrario. Estaba sufriendo más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Sin embargo, hasta que volviéramos a la enfermería de la Estación de Paso, no podía hacer gran cosa por ella. Aunque hubiera tenido el material médico adecuado, vendar las costillas a una niña que había estado a punto de morir estrujada podía hacerle más daño que bien.

Leo se quedó mirando el agua verde oscuro. Parecía más pensativo de lo habitual, aunque tal vez solo fuera el hecho de que ya no ardía.

—¿En qué piensas? —pregunté.

Él me miró: ninguna respuesta concisa e ingeniosa, ninguna sonrisa traviesa.

—En... el garaje de Leo y Calipso: reparaciones de automóviles y monstruos mecánicos.

—¿Qué?

—Una broma de Cal y mía.

No me parecía una broma muy graciosa. Claro que el humor mortal no siempre estaba a mi nivel divino. Recordé que Calipso y Leo habían estado hablando con Emmie mientras andaban por el gran salón.

—¿Tiene algo que ver con lo que Emmie te dijo? —aventuré.

Él se encogió de hombros.

—Cosas del futuro. Nada por lo que haya que preocuparse.

Como antiguo dios de las profecías, el futuro siempre me había parecido una maravillosa fuente de preocupaciones, pero decidí no insistir. En ese momento el único objetivo futuro que importaba era devolverme al monte Olimpo para que el mundo pudiera volver a disfrutar de mi gloria divina. Tenía que pensar en el bien mayor.

—Bueno —dije—, ahora que estamos calientes y secos, supongo que es hora de volver a meterse en el agua.

—Qué divertido —dijo Meg. Se tiró la primera.

Leo fue delante, manteniendo una mano en llamas por encima del agua para alumbrar. De vez en cuando, pequeños objetos subían flotando de los bolsillos de su cinturón portaherramientas y pasaban a mi lado: cintas de velcro, bolitas de poliestireno, precintos de alambre multicolores...

Meg vigilaba la retaguardia, con sus dos espadas reluciendo en la oscuridad. Yo apreciaba sus dotes para el combate, pero me hubiera gustado que contásemos con más ayuda. Un semidiós hijo de la diosa de las cloacas Cloacina habría sido bienvenido; era la primera vez que pensaba algo tan deprimente.

Yo avanzaba penosamente en medio, tratando de evitar los recuerdos de mi remota excursión accidental por una instalación de tratamiento de aguas residuales en Biloxi, Mississippi. (Ese día habría sido un desastre absoluto si no hubiera terminado con una jam session improvisada con Lead Belly).

La corriente arreciaba y empujaba contra nosotros. Más adelante, detecté unas luces eléctricas y un sonido de voces. Leo apagó el fuego de su mano. Se volvió hacia nosotros y se llevó un dedo a los labios.

Después de avanzar seis metros más, llegamos a otros barrotes dorados. Más allá, la cloaca daba a un espacio mucho más grande donde el agua corría a contracorriente y una parte del caudal se desviaba a nuestro túnel. La fuerza de la corriente del desagüe hacía difícil estar de pie.

Leo señaló la rejilla dorada.

—Tiene una cerradura de clepsidra —dijo lo bastante alto para que se le oyera—. Creo que puedo abrirla sin hacer ruido, pero estad atentos por si... no sé... aparecen serpientes gigantes.

—Confiamos en ti, Valdez. —Yo no tenía ni idea de lo que era una cerradura de clepsidra, pero después de tratar con Hefesto, había aprendido que era mejor mostrar optimismo y un interés respetuoso. De lo contrario, el mecánico se ofendía y dejaba de fabricarme juguetes relucientes con los que divertirme.

En unos instantes, Leo tenía la rejilla abierta. No sonó ninguna alarma. No nos explotó ninguna mina de contacto en la cara.

Aparecimos en el salón del trono que había contemplado en mi visión.

Afortunadamente, estábamos hundidos hasta el cuello en uno de los canales de agua situados a los lados de la estancia, de modo que dudaba que alguien pudiera vernos fácilmente. En la pared que había detrás de nosotros, unas pantallas de televisión gigantes emitían vídeos de Cómodo en bucle una y otra vez.

Nos dirigimos con dificultad al otro lado del canal.

Si alguna vez has intentado andar hundido en una corriente rápida, sabrás lo difícil que es. Y si lo has intentado, ¿puedo preguntar por qué? Era de lo más agotador. A cada paso que daba, temía que la corriente me derribase y me arrastrase a las entrañas de Indianápolis. Sin embargo, conseguimos llegar al otro lado.

Me asomé por encima del borde del canal y enseguida me arrepentí.

Cómodo estaba allí mismo. Gracias a los dioses, habíamos cruzado el canal

ligeramente por detrás de su trono, de modo que ni él ni sus guardias germani me vieron. El Deshojador que más odiaba en el mundo, Litiertes, estaba arrodillado ante el emperador, mirando en dirección a mí, pero con la cabeza agachada. Me escondí otra vez por debajo del borde antes de que me viera. Indiqué con gestos a mis amigos: «Silencio. Caramba. Vamos a morir». O algo por el estilo. Ellos parecieron captar el mensaje. Temblando como una hoja, me pegué a la pared y escuché la conversación que tenía lugar encima de nosotros.

—... Parte del plan, señor —estaba diciendo Litiertes—. Ya sabemos dónde se encuentra la Estación de Paso.

Cómodo gruñó.

—Sí, sí. En la vieja estación de Union Station. Pero Cleandro registró ese sitio varias veces y no encontró nada.

—La Estación de Paso está allí —insistió Litiertes—. Los dispositivos de localización que coloqué a los grifos han funcionado perfectamente. El sitio debe de estar protegido por algún tipo de magia, pero no resistirá una flota de excavadoras manejadas por blemias.

El corazón me saltó por encima del nivel del agua, con lo que se situó entre mis oídos. No me atrevía a mirar a mis amigos. Había fracasado una vez más. Había revelado sin querer la situación de nuestro refugio.

Cómodo suspiró.

—Bien. Sí. ¡Pero quiero que capturéis a Apolo y me lo traigáis encadenado! La ceremonia de nombramiento es mañana. El ensayo general es dentro de nada. ¿Cuándo podréis tener destruida la Estación de Paso?

Litiertes titubeó.

—Tenemos que explorar las defensas. Y reunir nuestras fuerzas. ¿Dos días?

—¿DOS DÍAS? ¡No te estoy pidiendo que crucéis los Alpes! ¡Quiero que sea ya!

—Mañana, entonces, como muy tarde, señor —dijo Litiertes—. Mañana sin falta.

—Hum. Estoy empezando a dudar de ti, hijo de Midas. Si no cumples lo prometido...

Una alarma electrónica sonó a todo volumen en la estancia. Por un instante, pensé que nos habían descubierto. Puede que vaciara mi vejiga en el canal o puede que no. (No se lo digas a Leo. Él estaba aguas abajo).

Entonces, al otro lado de la sala, una voz gritó en latín:

—¡Incursión en la puerta principal!

Litiertes gruñó.

—Yo me ocuparé, señor. No tema. ¡Guardias, seguidme!

Unos pasos pesados se fueron apagando a lo lejos.

Miré a Meg y Leo, quienes me formularon la misma pregunta silenciosa: «Pero ¿qué Hades...?».

Yo no había ordenado una incursión en la puerta principal. Ni siquiera había activado mi tobillera de hierro. No sabía quién sería tan tonto de lanzar un ataque

frontal en ese palacio subterráneo, pero Britomartis había prometido que buscaría a las cazadoras de Artemisa. Pensé que era la clase de táctica de distracción que podrían organizar si tratasen de desviar la atención de las fuerzas de seguridad de Cómodo de nuestra presencia. ¿Era posible que tuviéramos tanta suerte? Probablemente no. Era más probable que un vendedor de suscripciones a una revista hubiera llamado al timbre del emperador y estuviera a punto de ser objeto de una recepción muy hostil.

Me arriesgué a asomarme otra vez por encima del borde del canal. Cómodo estaba ahora solo con un guardia.

Quizá pudiéramos vencerlo: ¿tres contra dos?

Solo que los tres estábamos a punto de desmayarnos de hipotermia, probablemente Meg se había roto varias costillas, y mis poderes eran impredecibles en el mejor de los casos. En el equipo contrario, teníamos a un bárbaro que era un asesino adiestrado y un emperador semidivino con una fama merecida por su fuerza sobrehumana. Decidí quedarme quieto.

Cómodo miró a su guardaespaldas.

—Alarico.

—¿Señor?

—Creo que tu momento está cerca. Mi prefecto me hace perder la paciencia. ¿Cuánto hace que Litienses ocupa el cargo?

—Un día, milord.

—¡Parece una eternidad! —Cómodo golpeó el brazo del trono con el puño—. En cuanto se haya ocupado de la incursión, quiero que lo mates.

—Sí, milord.

—Quiero que aniquiles la Estación de Paso mañana por la mañana como muy tarde. ¿Podrás hacerlo?

—Por supuesto, señor.

—¡Bien! Celebraremos la ceremonia de nombramiento justo después en el coliseo.

—Estadio, milord.

—¡Lo mismo da! ¿Y la Cueva de la Profecía? ¿Es segura?

Noté en la columna una descarga eléctrica tan intensa que me pregunté si Cómodo tenía anguilas eléctricas en el canal.

—He obedecido sus órdenes, señor —dijo Alarico—. Los animales están en su sitio. La entrada está bien vigilada. Nadie tendrá acceso.

—¡Estupendo! —Cómodo se levantó de un salto—. ¿Vamos a probarnos los trajes de carreras para el ensayo general? ¡Estoy deseando reconstruir esta ciudad a mi imagen y semejanza!

Esperé hasta que el sonido de sus pasos se alejó. Me asomé y no vi a nadie en el salón.

—Ahora —dije.

Salimos a duras penas del canal y nos quedamos goteando y tiritando delante del trono dorado. Todavía percibía el olor al aceite corporal favorito de Cómodo: una mezcla de cardamomo y canela.

Meg se puso a pasearse para entrar en calor, con las espadas brillando en las manos.

—¿Mañana por la mañana? Tenemos que avisar a Jo y Emmie.

—Sí —convino Leo—. Pero nos ceñiremos al plan. Primero encontraremos a los prisioneros. Y ese trono de lo que sea...

—La memoria —tercié.

—Sí, eso. Entonces nos largaremos y avisaremos a Jo y Emmie.

—Puede que no sirva de nada —dije preocupado—. He visto cómo Cómodo reconstruye las ciudades. Habrá caos y espectáculo, incendios y matanzas indiscriminadas, y montones y montones de fotos de Cómodo por todas partes. Si le añadís un ejército de excavadoras manejadas por blemias...

—Apolo. —Leo hizo el signo de tiempo muerto—. Esta vez vamos a seguir el método Valdez.

Meg frunció el entrecejo.

—¿Qué es el método Valdez?

—No pensar las cosas demasiado —dijo Leo—. Solo conseguirás deprimirte. De hecho, no intentes pensar nada.

Meg consideró sus palabras, acto seguido pareció darse cuenta de que estaba pensando y puso cara de avergonzada.

—Vale.

Leo sonrió.

—¿Lo ves? ¡Es fácil! Y ahora vamos a volar cosas por los aires.

¡Qué pasada! ¡Vaya nombre!
Sssssarah, con cinco eses,
sigue teniendo dos sílabas

Al principio el método Valdez funcionó bien.

No encontramos nada que volar por los aires, pero tampoco tuvimos que pensar demasiado. Eso fue porque también adoptamos el método McCaffrey, que utilizaba semillas de chía.

Cuando tuvimos que elegir qué pasillo seguíamos a partir del salón del trono, Meg sacó un paquete de semillas empapado de su zapatilla de caña alta roja. (No le pregunté por qué guardaba semillas en el calzado). La niña hizo que la chía brotase en la palma de su mano, y el pequeño bosque de tallos verdes apuntó al pasillo de la izquierda.

—Por ahí —anunció Meg.

—Qué superpoder más alucinante —dijo Leo—. Cuando salgamos de aquí, te pondré una máscara y una capa. Te llamaremos Chia Girl.

Esperaba que estuviera bromeando. Sin embargo, Meg parecía encantada.

Los brotes de chía nos llevaron por un pasillo y luego por otro. Para ser una guarida subterránea en el sistema de alcantarillado de Indianápolis, el palacio era bastante opulento. El suelo era de pizarra toscamente labrada, y las paredes de piedra gris estaban decoradas con tapices y monitores de televisión alternos que mostraban —lo has adivinado— vídeos de Cómodo. La mayoría de las puertas de caoba tenían placas de bronce grabadas: SAUNA DE CÓMODO, CUARTOS DE HUÉSPEDES DE CÓMODO 1-6, CAFETERÍA DEL PERSONAL DE CÓMODO y, sí, SALÓN COMODÓN DE CÓMODO.

No vimos guardias, ni empleados, ni invitados. La única persona que nos encontramos fue una doncella que salía del CUARTEL DE LA GUARDIA IMPERIAL DE CÓMODO con un cesto de ropa sucia.

Cuando nos vio, abrió mucho los ojos aterrorizada. (Probablemente porque estábamos más sucios y mojados que cualquier cosa que hubiera sacado de la canasta de los germani). Antes de que gritase, me arrodillé ante ella y canté «You Don't See Me», de Josie and the Pussycats. Los ojos de la doncella se empañaron y se nublaron. Se sorbió la nariz con nostalgia, entró otra vez en el cuartel y cerró la puerta detrás de ella.

Leo asintió con la cabeza.

—Muy bonito, Apolo.

—No ha sido difícil. Esa melodía es maravillosa para provocar amnesia a corto plazo.

Meg resopló.

—Habría sido menos cruel darle un porrazo en la cabeza.

—Venga ya —protesté—. A ti te gusta cómo canto.

Sus orejas se tiñeron de rojo. Me acordé de cómo había llorado la joven McCaffrey cuando había abierto mi corazón en la guarida de las hormigas gigantes del Campamento Mestizo. Yo había quedado bastante orgulloso de mi actuación, pero supongo que a Meg no le apetecía revivirla.

Me dio un puñetazo en la barriga.

—Vamos.

—Ay.

Las semillas de chíá nos internaron en el complejo del emperador. El silencio empezó a agobiarme. Insectos imaginarios andaban por mis omóplatos. Seguro que los hombres de Cómodo ya se habrían ocupado de la incursión en la puerta principal. Regresarían a sus puestos y tal vez buscasen a otros intrusos en los monitores de seguridad.

Finalmente, doblamos una esquina y vimos a un blemia que vigilaba una puerta acorazada metálica. El guardia llevaba unos pantalones de etiqueta negros y unos zapatos negros brillantes, pero no intentaba ocultar la cara de su pecho. Llevaba el pelo de los hombros/cuero cabelludo cortado al estilo militar. El cable de un auricular de seguridad salía de debajo de su axila y se metía en el bolsillo de sus pantalones. No parecía armado, pero eso no me consolaba. Sus puños rollizos parecían muy capaces de aplastar un patín de pedales o a Lester Papadopoulos.

—Otra vez esos tíos, no —masculló Leo. Acto seguido forzó una sonrisa y se dirigió tranquilamente al guardia—. ¡Hola! ¡Bonito día! ¿Qué tal?

El guardia se volvió sorprendido. Me imaginé que el procedimiento correcto habría sido avisar a sus superiores de la intrusión, pero le habían hecho una pregunta. Habría sido de mala educación no contestar.

—Bien. —El guardia no se decidía entre una sonrisa cordial o una mirada intimidante. Su boca se contrajo espasmódicamente, y pareció que estaba haciendo abdominales—. No deberíais estar aquí.

—¿De verdad? —Leo siguió avanzando—. ¡Gracias!

—De nada. Levantad las manos, por favor.

—¿Así? —Leo encendió sus manos y chamuscó la cara en el pecho del blemia.

El guardia se tambaleó mientras se ahogaba con las llamas y movía sus enormes pestañas como hojas de palmera en llamas. Buscó a tientas el botón del micrófono conectado a su auricular.

—Puesto doce —dijo con voz ronca—. Tengo...

Las dos espadas doradas de Meg lo cortaron por la cintura como unas tijeras y lo redujeron a un montón de polvo amarillo con un auricular parcialmente derretido.

Una voz gorjeó por el diminuto altavoz.

—Puesto doce, repita, por favor.

Cogí el aparato. No tenía el más mínimo deseo de ponerme algo que había estado en la axila de un blemia, pero sostuve el altavoz junto a mi oído y hablé al micrófono.

—Falsa alarma. Todo va chachi pichuli. Gracias.

—De nada —dijo la voz del altavoz—. La clave diaria, por favor.

—¡Desde luego! Es...

Tiré el micrófono y lo aplasté bajo el talón.

Meg me miró fijamente.

—¿Chachi *pichuli*?

—Me pareció un comentario que haría un blemia.

—Ni siquiera se dice así. Es chachi *piruli*.

—Me está corrigiendo una niña que dice «diosado».

—Chicos —dijo Leo—. Estad atentos mientras yo me encargo de esta puerta. Tiene que haber algo importante dentro.

Vigilé mientras él se ponía a trabajar en la cerradura de la cámara acorazada. Meg, a quien no se le daba bien seguir indicaciones, volvió por donde habíamos venido. Se agachó y empezó a recoger los brotes de chía que había soltado al invocar sus espadas.

—Meg —dije.

—¿Sí?

—¿Qué haces?

—Chía.

—Ya lo veo, pero... —Estuve a punto de decir: «Solo son brotes».

Entonces me acordé de la vez que le había dicho algo parecido a Deméter. La diosa me había maldecido de forma que cada prenda de ropa que me pusiera echara brotes y floreciera en el acto. No hay nada más incómodo que tu ropa interior se convierta en cápsulas de algodón, con tallos, brotes y semillas incluidos justo donde... Bueno, ya te haces una idea.

Meg recogió los últimos brotes. Resquebrajó el suelo de pizarra con una de sus espadas. Plantó con cuidado la chía en la fisura y luego escurrió su falda todavía mojada para regarla.

Observé, fascinado, cómo la pequeña mancha verde se hacía más densa, florecía y provocaba nuevas grietas en la pizarra. ¿Quién iba a decir que la chía podía ser tan robusta?

—No durarían mucho más en mi mano. —Meg se levantó con expresión desafiante—. Todo lo que está vivo se merece una oportunidad de crecer.

A mi parte mortal de Lester, ese espíritu le pareció admirable. Mi parte de Apolo no estaba tan segura. A lo largo de los siglos, había conocido a muchos seres vivos que no me habían parecido dignos ni capaces de crecer. A unos cuantos de esos seres los había matado yo mismo...

Aun así, sospechaba que Meg hacía referencia a sí misma. Ella había padecido una infancia horrible: la muerte de su padre, luego el maltrato de Nerón, que había manipulado su mente para que lo viera como a su bondadoso padrastro y al mismo tiempo como la terrible Bestia. Y a pesar de eso, Meg había sobrevivido. Me imaginaba que podía empatizar con pequeñas criaturas verdes que tenían raíces sorprendentemente fuertes.

—¡Sí! —dijo Leo. La cerradura de la cámara acorazada hizo «clic». La puerta se abrió hacia dentro. Leo se volvió y sonrió—. ¿Quién es el mejor?

—¿Yo? —pregunté, pero rápidamente me desmoralicé—. No te referías a mí, ¿verdad?

Leo pasó de mí y entró en la estancia.

Lo seguí. Enseguida me asaltó una desagradable sensación de *déjà vu*. Dentro había una cámara circular llena de tabiques de cristal como el centro de entrenamiento del emperador en el zoo. Pero allí, en lugar de animales, las jaulas contenían personas.

Me quedé tan horrorizado que apenas pude respirar.

En la celda más cercana a mi izquierda, acurrucados en un rincón, dos adolescentes tan demacrados que daban pena me miraban desafiantes. Iban vestidos con harapos. Los cavernosos huecos de sus clavículas y sus costillas estaban llenos de sombras.

En la siguiente celda, una chica vestida de camuflaje gris se paseaba como un jaguar. Tenía el pelo hasta los hombros totalmente blanco, aunque no aparentaba más de quince años. Dado su grado de energía e indignación, deduje que era una prisionera reciente. No tenía arco, pero la identifiqué como una cazadora de Artemisa. Cuando me vio, se acercó al cristal. Lo aporreó con los puños y gritó airadamente, pero su voz sonaba demasiado amortiguada para que yo pudiera distinguir sus palabras.

Conté otras seis celdas más, todas ocupadas. En el centro de la sala había un poste metálico con ganchos y cadenas de hierro: la clase de lugar donde se podía atar a los esclavos para inspeccionarlos antes de su venta.

—Madre de los dioses —murmuró Leo.

Me pareció que la Flecha de Dodona se sacudía en mi carcaj. Entonces me di cuenta de que era yo, que temblaba de rabia.

Siempre he despreciado la esclavitud. En parte, porque Zeus me había hecho mortal y me había obligado a trabajar de esclavo para reyes humanos en dos ocasiones. ¿La descripción más poética que se me ocurre de esa experiencia? Un asco.

Incluso antes de eso, en mi templo de Delfos habían ideado una forma especial de que los esclavos obtuvieran la libertad. Con la ayuda de mis sacerdotes, miles de ellos compraban su emancipación mediante un ritual llamado la «venta de responsabilidad», gracias a la cual yo, el dios Apolo, me convertía en su nuevo amo y

luego los ponía en libertad.

Mucho más tarde, una de las cosas que más reproché a los romanos es que convirtieran mi isla sagrada de Delos en el mercado de esclavos más grande de la región. Qué cara más dura. Envié un ejército furioso dirigido por Mitrídates para que subsanara la situación y acabó matando a veinte mil romanos. Venga ya. Ellos se lo buscaron.

Bastaba decir que la cárcel de Cómodo me recordaba todo lo que odiaba de la antigüedad.

Meg se acercó a la celda en la que estaban encerrados los chicos desmadrados. Con la punta de la espada, cortó un círculo de cristal y lo empujó de una patada. La parte suelta cayó al suelo bamboleándose como una gigantesca moneda transparente.

Los chicos trataron de levantarse sin éxito. Meg saltó al interior de la celda para ayudarles.

—Sí —asintió Leo murmurando. Sacó un martillo de su cinturón portaherramientas y se dirigió con paso resuelto a la celda de la cazadora cautiva. Le indicó por señas que retrocediera y golpeó el cristal. El martillo rebotó y estuvo a punto de darle a Leo en la nariz.

La cazadora puso los ojos en blanco.

—Muy bien, don Cristal. —Leo tiró a un lado el martillo—. Conque esas tenemos. ¡Vamos allá!

Sus manos se pusieron incandescentes. Pegó los dedos al cristal, que empezó a combarse y a burbujear. A los pocos segundos, derritió un círculo irregular a la altura de su cara.

—Bien —dijo la chica del pelo canoso—. Apártate.

—Espera, voy a hacer la salida más grande —propuso Leo.

—No hace falta. —La chica del pelo canoso retrocedió, se lanzó a través del agujero, cayó a nuestro lado dando una grácil voltereta y cogió el martillo de Leo al levantarse.

—Más armas —exigió la chica—. Necesito más armas.

Sí, pensé, definitivamente es una cazadora de Artemisa.

Leo sacó una colección de herramientas para que la chica las examinara.

—Tengo un destornillador, una sierra para metales y... creo que esto es un cortador de queso.

La chica arrugó la nariz.

—¿Qué eres, un chatarrero?

—Para ti, lord Chatarrero.

La chica se agenció las armas.

—Me las quedo todas. —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Y tu arco?

—No puedes quedarte mi arco —repuse—. Soy Apolo.

Su expresión pasó de la sorpresa al entendimiento y la calma forzada. Supuse que las penalidades de Lester Papadopoulos eran famosas entre las cazadoras.

—Está bien —dijo la chica—. El resto de las cazadoras deben de estar en camino. Yo era la que estaba más cerca de Indianápolis. Decidí reconocer el terreno. Evidentemente, me salió el tiro por la culata.

—En realidad —tercié—, hace pocos minutos ha habido una incursión en la puerta principal. Sospecho que tus compañeras pueden haber llegado.

Sus ojos se oscurecieron.

—Tenemos que irnos, entonces. Rápido.

Meg ayudó a los chicos demacrados a salir de su celda. De cerca, eran todavía más lastimosos y frágiles, cosa que me cabreó aún más.

—Los prisioneros no deberían ser tratados así —gruñí.

—Oh, no se les ha negado la comida —dijo la chica del pelo canoso, cuya voz adquirió un tono de admiración—. Han estado en huelga de hambre. Valiente... para un par de chicos. Soy Cazadora Kowalski, por cierto.

Fruncí el entrecejo.

—¿Una cazadora que se llama Cazadora?

—Sí, me lo han dicho un millón de veces. Vamos a soltar a los demás.

No encontré un práctico cuadro de mandos que bajara las puertas de cristal, pero con la ayuda de Meg y Leo, empezamos a liberar poco a poco a los prisioneros. La mayoría parecían humanos o semidioses (era difícil distinguirlos), pero también había una dracaena. Parecía bastante humana de cintura para arriba, pero donde debería haber tenido las piernas se ondulaban dos colas de serpiente.

—Es amistosa —nos dijo Cazadora en tono tranquilizador—. Anoche compartimos celda hasta que los carceleros nos separaron. Se llama Sssssarah, con cinco eses.

Con eso me bastaba. La dejamos salir.

En la siguiente celda se hallaba encerrado un joven solitario que parecía un luchador profesional. Iba vestido únicamente con un taparrabos rojo y blanco y un collar a juego alrededor del cuello, pero su vestimenta no parecía inapropiada. Del mismo modo que los dioses a menudo son representados desnudos porque son seres perfectos, ese prisionero no tenía motivos para ocultar su cuerpo. Con su piel morena y lustrosa, su cabeza rasurada y sus brazos y pecho musculosos, parecía un guerrero de teca animado gracias al arte de Hefesto. (Tomé nota mental de que debía preguntar a Hefesto por ese proyecto). Sus ojos, también de color marrón teca, eran penetrantes y turbulentos: hermosos como solo las cosas peligrosas pueden serlo. En el hombro derecho tenía tatuado un símbolo que no reconocí, una especie de hacha de doble filo.

Leo encendió sus manos para derretir el cristal, pero la dracaena Sssssarah siseó.

—Esssse no —advirtió—. Demasssssiado peligrsssso.

Leo frunció el ceño.

—Señora, necesitamos amigos peligrosos.

—Sssssí, pero esssssse luchaba por dinero. El emperador lo contrató. Sssssolo está aquí porque hizo algo que cabreó a Cómodo.

Estudié al extraño alto, moreno y guapo. (Ya sé que es un tópico, pero él era realmente las tres cosas). No tenía intención de dejar a nadie atrás, y menos a alguien a quien el taparrabos le quedaba tan bien.

—Vamos a liberarte —grité a través del cristal, sin saber si él podría oírme—. No nos mates, por favor. Somos enemigos de Cómodo, el hombre que te metió aquí.

La expresión del extraño alto, moreno y guapo no varió: una parte de ira, una parte de desdén, una parte de indiferencia; la cara que tenía Zeus cada mañana antes de tomar su néctar con café.

—Leo —dije—. Adelante.

Valdez derritió el cristal. El extraño alto, moreno y guapo salió despacio y grácilmente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Hola —dije—. Soy el dios inmortal Apolo. ¿Quién eres tú?

Su voz retumbó como un trueno.

—Soy Jamie.

—Un nombre noble —concluí—, digno de reyes.

—Apolo —me llamó Meg—. Ven aquí.

La niña estaba mirando el interior de la última celda. Cómo no, tenía que estar en la última celda.

Encorvada en un rincón, sentada sobre una maleta de bronce familiar, se hallaba una niña con un jersey de lana color lavanda y unos vaqueros verdes. En su regazo había un plato de rancho, que ella usaba para pintar en la pared con un dedo. Parecía que se hubiera cortado el pelo castaño con unas tijeras de podar. Era grande para su edad —aproximadamente de la estatura de Leo—, pero su cara infantil me decía que no podía tener más de siete años.

—Georgina —dije.

Leo frunció el entrecejo.

—¿Por qué está sentada encima de Festo? ¿Por qué lo han metido con ella?

Yo no sabía la respuesta, pero hice señas a Meg para que cortase la pared de cristal.

—Déjame entrar a mí primero —dije.

Pasé por el agujero.

—¿Georgie?

La niña tenía unos ojos como prismas fracturados en los que se agitaban pensamientos inestables y pesadillas. Conocía perfectamente esa mirada. A lo largo de los siglos, había visto muchas mentes mortales quebrarse bajo el peso de las profecías.

—Apolo. —A ella le dio la risa tonta como si su cerebro tuviera pérdidas—. Tú y la oscuridad. Muerte, muerte, muerte.

La ciencia puede ser divertida.
Echa esos productos químicos tóxicos
en cualquier parte

Georgina me agarró la muñeca, y un desagradable escalofrío me recorrió el antebrazo.

—Muerte.

En la lista de cosas que me daban repelús, las niñas de siete años que se reían como tontas de la muerte figuraban en lo más alto, junto con los reptiles y las armas parlantes.

Me acordé de la quintilla profética que nos había llevado al oeste: la advertencia según la cual yo tendría que «digerir muerte y locura». Estaba claro que Georgina se había tropezado con esos horrores en la Cueva de Trofonio. A mí no me apetecía seguir su ejemplo. En primer lugar, no tenía ninguna habilidad para pintar con el rancho.

—Sí —dije agradablemente—. Ya hablaremos de la muerte cuando te llevemos a casa. Emmie y Josephine me han mandado a buscarte.

—Casa. —Georgina pronunció la palabra como si fuera un término difícil de un idioma extranjero.

Leo se impacientó. Entró en la celda y se acercó corriendo.

—Hola, Georgie, soy Leo. Bonita maleta. ¿Puedo verla?

Georgina ladeó la cabeza.

—Mi ropa.

—Ah, esto... sí. —Leo tocó la etiqueta de su mono prestado—. Perdona por las manchas de aguas residuales y el olor a quemado. Yo te las limpiaré.

—El calor abrasador —dijo Georgie—. Tú. Todo.

—Claro... —Leo sonrió con timidez—. Las mujeres suelen decirme que cuando me ven les entra un calor abrasador. Pero no te preocupes. No te prenderé fuego ni nada por el estilo.

Ofrecí mi mano a Georgie.

—Vamos, pequeña. Te llevaremos a casa.

Me dejó ayudarla. En cuanto estuvo de pie, Leo corrió a la maleta de bronce y empezó a hacer aspavientos.

—Lo siento mucho, colega —murmuró—. No debería haberte dejado. Te llevaré a la Estación de Paso para ponerte a punto. Luego podrás jalar toda la salsa de

tabasco y el aceite para motor que quieras.

La maleta no respondió. Leo consiguió activar sus ruedas y manipularla de forma que logró sacarla a rastras de la celda.

Georgina siguió mostrándose dócil hasta que vio a Meg. Entonces, de repente, experimentó un estallido de fuerza digno de mí.

—¡No! —Se soltó de un tirón y se lanzó otra vez a su celda. Traté de calmarla, pero siguió gritando y mirando a Meg, horrorizada—. ¡NERÓN! ¡NERÓN!

Meg adoptó su famosa expresión de la cara de cemento, despojándose de toda emoción y apagando toda la luz de sus ojos.

Cazadora Kowalski entró corriendo para ayudarnos con Georgie.

—Eh. Eh, eh, eh. —Acarició el pelo descuidado de la niña—. Tranquila. Somos tus amigos.

—¡Nerón! —chilló otra vez Georgie.

Cazadora miró a Meg frunciendo el ceño.

—¿Qué dice?

Meg se miró las zapatillas.

—Puedo irme.

—Todos vamos a irnos —insistí—. Georgie, esta es Meg. Escapó de Nerón, es cierto. Pero es de los nuestros.

Decidí no añadir: «Salvo la vez que me entregó a su padrastro y por poco consiguió que me mataran». No quería complicar las cosas.

Georgie se calmó abrazada dulcemente por Cazadora. Sus ojos muy abiertos y su cuerpo tembloroso me recordaban a un pájaro asustado sostenido entre dos manos.

—Tú y muerte y fuego. —De repente soltó una risita—. ¡La silla! La silla, la silla.

—Por todos los bocaditos —maldije—. Tiene razón. Todavía necesitamos la silla.

El extraño alto, moreno y de nombre Jamie apareció a mi izquierda; su presencia siniestra era como un frente de tormentas.

—¿Qué silla es esa?

—Un trono —contesté—. Mágico. Lo necesitamos para curar a Georgie.

Por las expresiones vagas de los prisioneros, supuse que no me estaba explicando muy bien. También me di cuenta de que no podía pedirle al grupo entero que anduviera por el palacio en busca de un mueble, sobre todo a los chicos medio muertos de hambre o a la dracaena (que, al no tener pies, era incapaz de andar). Georgie tampoco podía ir a ninguna parte con Meg; al menos sin gritar como una posesa.

—Tendremos que separarnos —decidí—. Leo, tú conoces el camino de vuelta al túnel de la alcantarilla. Llévate a nuestros nuevos amigos. Con suerte, los guardias seguirán distraídos. Meg y yo buscaremos la silla.

Leo miró su querida maleta, luego nos miró a Meg y a mí, y a continuación miró a los prisioneros.

—¿Solos tú y Meg?

—Vete —dijo Meg, con cuidado de evitar la mirada de Georgie—. No nos pasará nada.

—¿Y si los guardias no están distraídos? —preguntó Leo—. ¿O si tenemos que pelearnos otra vez con esa serpiente?

—¿Serpiente? —tronó Jamie.

—Tu forma de hablar me resssssulta ofensssssiva —dijo Sssssarah.

Leo suspiró.

—No me refiero a ti. Es un... bueno, ya lo verás. A lo mejor tú puedes hablar con él y convencerlo para que nos deje pasar. —Evaluó a Jamie—. Y si no, el monstruo tiene el tamaño ideal para que te hagas un cinturón con él.

Sssssarah siseó en señal de desaprobación.

Cazadora Kowalski abrazó a Georgie en actitud protectora.

—Pondremos a todo el mundo a salvo —prometió—. Apolo, Meg, gracias. Si veis al emperador, mandadlo al Tártaro por mí.

—Será un placer —dijo.

En el pasillo empezaron a sonar las alarmas.

Leo llevó a nuestros nuevos amigos por donde habíamos venido. Cazadora cogía de la mano a Georgina mientras Jamie y Sssssarah sostenían a los chicos de la huelga de hambre.

Una vez que el grupo hubo desaparecido a la vuelta de la esquina, Meg se dirigió a su pequeña parcela de chíá. Se concentró cerrando los ojos. Antes de lo que se tarda en decir «ch-ch-ch-chía», los brotes se dispararon y se extendieron a través del pasillo como una capa de hielo a cámara rápida. Los brotes se entrelazaron y se extendieron del suelo al techo, de pared a pared, hasta que el pasillo quedó atascado por una cortina de plantas infranqueable.

—Impresionante —dijo, aunque también estaba pensando: «Bueno, ya no saldremos por ahí».

Meg asintió con la cabeza.

—Retrasará a cualquiera que persiga a nuestros amigos. Vamos. La silla está aquí abajo.

—¿Cómo lo sabes?

En lugar de contestar, la niña se fue corriendo. Como era la que tenía todos los poderes chulos, decidí seguirla.

Las alarmas seguían sonando a todo volumen; el ruido me perforaba los tímpanos como pinchos calientes. Unas luces rojas barrían los pasillos y teñían las espadas de Meg de color sangre.

Asomamos las cabezas en la GALERÍA DE ARTE ROBADO DE CÓMODO, EL CAFÉ IMPERIAL DE CÓMODO y la ENFERMERÍA SANICÓMODO. No vimos a nadie ni encontramos ningún trono mágico.

Finalmente, Meg se detuvo ante una puerta de acero. Al menos supuse que era una puerta. No tenía pomo, ni cerradura, ni bisagras visibles; solo era un rectángulo

uniforme de metal incrustado en la pared.

—Está aquí dentro —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes?

Ella me miró poniendo su cara de borde, la clase de expresión sobre la que tu madre solía advertirte: «Si sigues poniendo esa cara, se te acabará quedando para siempre». (Yo siempre me había tomado en serio esa amenaza, porque las madres divinas son capaces de cumplirla).

—Es como los árboles, tonto.

Parpadeé.

—¿Te refieres a cómo nos llevaste a la Arboleda de Dodona?

—Sí.

—¿Puedes percibir el Trono de Mnemósine... porque está hecho de madera mágica?

—No lo sé. Supongo.

A mí me parecía mucho suponer, incluso para una poderosa hija de Deméter. No sabía cómo se había creado el Trono de Mnemósine. Sin duda podría haberse tallado a partir de un árbol especial de un bosque sagrado. A los dioses les encantaban esa clase de cosas. De ser así, Meg podría haber percibido la silla. Me preguntaba si podría encontrarme una mesa de comedor mágica cuando volviera al Olimpo. Necesitaba urgentemente una con alas plegables para sentar a las Nueve Musas en Acción de Gracias.

Meg trató de cortar la puerta como había hecho con las paredes de cristal de la cárcel. Sus espadas ni siquiera arañaron el metal. Trató de encajar las hojas en el marco de la puerta. No tuvo suerte.

Retrocedió y me miró con el entrecejo fruncido.

—Ábrela.

—¿Yo? —Estaba seguro de que me había elegido porque era el único dios esclavizado que tenía—. ¡Yo no soy Hermes! ¡Ni siquiera soy Valdez!

—Inténtalo.

¡Como si fuera una petición sencilla! Intenté probar todos los métodos evidentes. Empujé la puerta. Le di patadas. Traté de meter las puntas de los dedos debajo del borde y abrirla haciendo palanca. Abrí los brazos y grité las palabras mágicas habituales: ¡MELÓN! ¡ABRACADABRA! ¡BARRIO SÉSAMO! Ninguna dio resultado. Por último, probé con mi as en la manga. Canté «Love Is an Open Door», de la banda sonora de *Frozen*. Ni siquiera eso funcionó.

—¡Imposible! —grité—. ¡Esta puerta no tiene gusto musical!

—Vuélvete más diosado —propuso Meg.

«Si pudiera volverme más diosado», me dieron ganas de gritarle, «¡no estaría aquí!».

Repasé la lista de cosas de las que era dios: el tiro con arco, la poesía, el flirteo, la luz del sol, la música, la medicina, las profecías, el coqueteo. Ninguna de esas cosas

abriría una puerta de acero inoxidable.

Un momento...

Recordé la última sala en la que habíamos echado una ojeada: la enfermería Sanicómodo.

—Suministros médicos.

Meg me miró desde detrás de sus cristales empañados con forma de ojos de gato.

—¿Vas a curar a la puerta?

—No exactamente. Ven conmigo.

En la enfermería, rebusqué en los armarios del material y llené una cajita de cartón de artículos que podían ser útiles: esparadrapo, jeringas orales, escalpelos, amoníaco, agua destilada, bicarbonato. Y por último...

—¡Ajá! —Levanté triunfalmente una botella en cuya etiqueta ponía H_2SO_4 —. ¡Aceite de vitriolo!

Meg se apartó lentamente.

—¿Qué es eso?

—Ya lo verás. —Cogí material de seguridad: guantes, máscara, gafas; la clase de cosas de las que no habría tenido que preocuparme cuando era dios—. ¡Vamos, Chia Girl!

—Sonaba mejor cuando Leo lo decía —se quejó ella, pero me siguió al pasillo.

Cuando estuvimos otra vez ante la puerta de acero, me pertreché. Preparé dos jeringas: una con vitriolo y otra con agua.

—Más atrás, Meg.

—Yo... Vale. —Se pellizcó la nariz para no notar el hedor mientras yo echaba el aceite de vitriolo alrededor de la puerta. Unos zarcillos vaporosos brotaron de las juntas.

—¿Qué es eso?

—En la época medieval —dije—, utilizábamos el aceite de vitriolo por sus propiedades curativas. Seguro que por eso Cómodo lo tenía en su enfermería. Hoy día se llama ácido sulfúrico.

Meg se estremeció.

—¿No es peligroso?

—Mucho.

—¿Y has curado con él?

—Era la Edad Media. En aquel entonces estábamos locos.

Levanté la segunda jeringa, la que estaba llena de agua.

—Lo que estoy a punto de hacer, Meg, no debes intentar hacerlo nunca por tu cuenta. —Me sentí un poco ridículo dándole ese consejo a una niña que luchaba habitualmente contra monstruos con unas espadas doradas, pero le había prometido a Bill Nye, el divulgador científico, que siempre fomentaría las prácticas seguras en el laboratorio.

—¿Qué va a pasar? —preguntó ella.

Retrocedí y eché agua en las juntas de la puerta. Enseguida el ácido empezó a sisear y a chisporrotear más agresivamente que la Serpiente Cartaginesa. Para acelerar el proceso, canté una canción sobre calor y corrosión. Elegí a Frank Ocean, ya que su capacidad conmovedora podía abrirse paso a través de las sustancias más resistentes.

La puerta crujió y chirrió. Finalmente cayó hacia dentro y dejó una espiral humeante alrededor del marco.

—Hala —dijo Meg, probablemente el mayor cumplido que me había dedicado jamás.

Señalé la caja de cartón con suministros que había a sus pies.

—Dame el bicarbonato, por favor.

Esparcí generosamente el polvo alrededor de la puerta para neutralizar el efecto del ácido. No pude evitar sonreír ante mi ingenio. Esperaba que Atenea estuviera mirando, porque ¡TOMA SABIDURÍA, NENA! Y encima lo hice con mucha más clase que la Vieja de los Ojos Grises.

Me incliné ante Meg con un ademán ostentoso.

—Después de ti, Chia Girl.

—Por fin has hecho algo bien —observó ella.

—Solo tenías que esperar a mi momento.

Dentro encontramos un almacén que contenía un solo objeto. El Trono de Mnemósine no merecía precisamente el nombre de «trono». Era una silla de madera de abedul lijada con el respaldo recto, sin más adornos que la silueta tallada de una montaña en el respaldo. ¡Ya te vale, Mnemósine! ¡Dame un trono de oro como es debido, con incrustaciones de rubíes rojo fuego! Por desgracia, no todas las deidades saben fardar.

Aun así, la sencillez de la silla me ponía nervioso. He descubierto que muchos artículos terribles y poderosos son bastante decepcionantes en apariencia. ¿Los rayos de mi padre? No parecen muy amenazantes hasta que mi padre los lanza. ¿El tridente de Poseidón? Por favor. Nunca quita las algas y el musgo a ese trasto. ¿Y el traje de novia que Helena de Troya llevó para casarse con Menelao? Oh, dioses, era sosísimo. Le dije: «¿Te estás quedando conmigo, chica? ¡Ese collar no te pega nada!». Entonces Helena se lo puso, y aluciné.

—¿Qué es el dibujo de la montaña? —Meg me sacó de mi ensoñación—. ¿El Olimpo?

—La verdad es que no. Supongo que será el monte Piero, donde Mnemósine dio a luz a las Nueve Musas.

Meg arrugó la cara.

—¿A las nueve a la vez? Qué dolor.

Yo nunca lo había pensado. Considerando que Mnemósine era la diosa de la memoria y tenía cada detalle de su existencia eterna grabado en el cerebro, me pareció raro que quisiera tener un recuerdo de su parto y su experiencia al dar a luz

tallado en su trono.

—En cualquier caso —dije—, ya nos hemos entretenido demasiado. Saquemos la silla de aquí.

Utilicé el rollo de esparadrapo para hacer unos tirantes y convertí la silla en una mochila improvisada. ¿Quién dijo que Leo era la única persona mañosa del equipo?

—Meg —dije—, mientras yo hago esto, llena esas jeringas de amoníaco.

—¿Por qué?

—Por si hay una emergencia. Dame el gusto.

El esparadrapo es un material maravilloso. Pronto Meg y yo teníamos unas bandoleras con jeringas de amoníaco, y yo tenía una silla a la espalda. Afortunadamente, el trono era un mueble ligero, porque iba golpeando mi ukelele, mi arco y mi carcaj. Añadí unos cuantos escalpelos a la bandolera por pura diversión. Ahora solo necesitaba un bombo y unas mazas de malabarismo para ser un hombre orquesta.

Vacilé en el pasillo. En una dirección, el corredor se extendía unos treinta metros antes de torcer a la izquierda. Las alarmas habían dejado de sonar, pero a la vuelta de esa esquina se escuchaba un ruido resonante, como el oleaje del mar o una multitud que vitorease. Unas luces multicolores brillaban en las paredes. El simple hecho de mirar en esa dirección me ponía nervioso.

La otra opción nos llevaría de vuelta al muro de chía en homenaje a Meg McCaffrey.

—La salida más rápida —dije—. Puede que tengamos que volver sobre nuestros pasos.

Meg se quedó cautivada, con la oreja orientada hacia el lejano rugido.

—Hay... hay algo allí abajo. Tenemos que ir a ver.

—No, por favor —supliqué—. Hemos rescatado a los prisioneros. Hemos encontrado a Festo. Hemos conseguido un bonito mueble. ¡Cualquier héroe la consideraría una jornada completa!

Meg se enderezó.

—Algo importante —insistió.

Invocó sus espadas y se encaminó a las extrañas luces que se veían a lo lejos.

—Te odio —murmuré.

Me eché a los hombros la silla mágica, la seguí trotando y al doblar la esquina entré directo en un inmenso estadio iluminado con focos.

¡Los pájaros grandes son malos!
Me atacan con alambres en las patas.
Me muero y duele

Estaba acostumbrado a los conciertos en estadios.

En la antigüedad, actué una docena de veces en el anfiteatro de Éfeso y colgué todos los días el cartel de «No hay entradas». Las chicas se volvían locas y me lanzaban sus *strophiae*. Los chicos se extasiaban y se desmayaban. En 1965 canté con los Beatles en el estadio de Shea, aunque Paul se negó a encender mi micrófono. En las grabaciones, se puede oír mi voz en «Everybody's Tryin' to Be My Baby».

Sin embargo, ninguna de mis experiencias anteriores me había preparado para el estadio del emperador.

Los focos me deslumbraron cuando salimos del pasillo. La multitud prorrumpía en vítores.

A medida que mis ojos se acostumbraban, vi que estábamos en la línea de medio campo de un estadio de fútbol americano profesional. El campo estaba distribuido de una forma extraña. Alrededor de la circunferencia había una pista de carreras de tres carriles. Una docena de postes de hierro clavados en el césped artificial sujetaban las cadenas de varias bestias. En un poste, seis avestruces de combate se paseaban como peligrosos animales de ti vivo. En otro, tres leones macho gruñían y parpadeaban para protegerse de los focos. En un tercero, una elefanta de aspecto triste se bamboleaba, sin duda descontenta por haber sido ataviada con una cota de malla con pinchos y un descomunal casco de fútbol americano de los Colts.

Alcé la vista de mala gana a la tribuna. En el mar de asientos azules, la única sección ocupada era la zona de anotación de la izquierda, pero la multitud estaba entusiasmada. Los germani golpeaban sus escudos con sus lanzas. Los semidioses de la Casa Imperial de Cómodo abucheaban y gritaban insultos (que no repetiré) sobre mi divina persona. Los cinocéfalos —la tribu de hombres con cabeza de lobo— aullaban y se arrancaban sus jerséis de los Colts de Indianápolis. Filas de blemias aplaudían educadamente con cara de perplejidad ante el comportamiento grosero de los demás espectadores. Y, como era de esperar, una sección entera de la tribuna estaba llena de centauros salvajes. Sinceramente, no se puede celebrar ningún evento deportivo ni ninguna carnicería sin que ellos se enteren. Tocaban sus vuvuzelas, hacían sonar bocinas y se pisoteaban unos a otros, derramando cerveza de raíz de sus gorras para bebedores.

En el centro de la multitud brillaba el palco del emperador, engalanado con banderas moradas y doradas que desentonaban terriblemente con la decoración de azul y gris acero de los Colts. Una adusta combinación de germani y mercenarios mortales con rifles de francotirador flanqueaba el trono. No sabía lo que veían los mercenarios a través de la Niebla, pero debían de estar entrenados especialmente para trabajar en entornos mágicos. Permanecían impasibles y alerta, con los dedos apoyados en los gatillos. No me cabía ninguna duda de que nos matarían si Cómodo lo ordenaba, y no podríamos hacer nada para detenerlos.

Cómodo en persona se levantó de su trono. Llevaba una túnica blanca y morada y una corona de laurel dorada, como era de esperar en un emperador, pero bajo los pliegues de su toga vislumbré un traje de carreras dorado y marrón. Con su barba enmarañada, Cómodo parecía más un jefe galo que uno romano, aunque ningún galo habría tenido unos dientes tan blancos y relucientes.

—¡Por fin! —Su voz autoritaria resonó por el estadio, amplificada por los gigantescos altavoces colgados encima del campo—. ¡Bienvenido, Apolo!

El público prorrumpió en vítores y abucheos. En las gradas superiores, unas pantallas de televisión emitieron fuegos artificiales digitales y las palabras ¡BIENVENIDO, APOLO! Mucho más arriba, a lo largo de las vigas del tejado de acero ondulado, estallaron sacos de confeti que descargaron una tormenta de nieve morada y dorada que se arremolinó alrededor de las banderas del campeonato.

¡Oh, qué ironía! Esa era la bienvenida que yo había deseado recibir. Ahora solo quería escabullirme en el pasillo y desaparecer. Pero, cómo no, la puerta que habíamos cruzado se había esfumado, sustituida por un muro de bloques de hormigón.

Me agaché lo más discretamente que pude y presioné la muesca de mi tobillera de hierro. No salieron alas del grillete, de modo que supuse que había dado con el botón de la señal de emergencia. Con suerte, alertaría a Jo y Emmie de nuestro trance y nuestra situación, aunque seguía sin saber qué podrían hacer ellas para ayudarnos. Por lo menos sabrían dónde recoger nuestros cadáveres luego.

Parecía que Meg se estaba replegando en sí misma, bajando sus persianas mentales para protegerse de la avalancha de ruido y atención. Por un breve y terrible instante, me pregunté angustiado si me habría traicionado otra vez llevándome derecho a las garras del triunvirato.

No. Me negaba a creerlo. Y sin embargo... ¿por qué había insistido en que fuéramos en esa dirección?

Cómodo esperó a que el clamor de la multitud disminuyera. Los avestruces de combate hacían esfuerzos para soltarse de las cadenas que los retenían. Los leones rugían. La elefanta agitaba la cabeza como si intentara quitarse el ridículo casco de los Colts.

—Meg —dije, tratando de controlar el pánico—. ¿Por qué has...? ¿Por qué estamos...?

Ella lucía una expresión de desconcierto como la de los semidioses del Campamento Mestizo que habían sido atraídos a la Arboleda de Dodona por sus misteriosas voces.

—Algo —murmuró—. Aquí hay algo.

Eso era quedarse muy corto. Allí había muchas cosas. Y la mayoría querían matarnos.

En las pantallas de vídeo aparecieron más fuegos artificiales, junto con absurdos mensajes digitales como ¡DEFENSA! o ¡NO SE OS OYE! y anuncios de bebidas energéticas. Yo tenía los ojos como si me estuvieran sangrando.

Cómodo me sonrió.

—¡He tenido que apurarme, viejo amigo! Esto solo es el ensayo general, pero ya que estás aquí, te he preparado unas cuantas sorpresas. Mañana volveremos a representar el espectáculo con todo el público, después de que haya derribado la Estación de Paso. Intenta sobrevivir hoy, pero sufre cuanto quieras. Y tú, Meg... — Su chasquido de lengua resonó por el estadio—. Tu padrastro está muy decepcionado contigo. Estás a punto de descubrir cuánto.

Meg apuntó al palco del emperador con una de sus espadas. Esperé a que soltara una réplica mordaz, como «Eres tonto», pero parecía que la espada era todo el mensaje. Eso me trajo a la memoria un desagradable recuerdo de Cómodo en el Coliseo, lanzando cabezas de avestruz cortadas a los asientos de los senadores y señalando: «Tú eres el próximo». Pero Meg no podía haber sabido eso... ¿verdad?

La sonrisa de Cómodo vaciló. Levantó una hoja de notas.

—¡Bueno, el programa del espectáculo! Primero, los ciudadanos de Indianápolis son traídos a punta de pistola y sentados. Yo digo unas palabras, les doy las gracias por venir y les explicó que ahora su ciudad se llama Comodianápolis.

La multitud chilló y dio zapatazos. Sonó una solitaria bocina.

—Sí, sí. —Cómodo rechazó su entusiasmo con un gesto de la mano—. Luego envío un ejército de blemias a la ciudad con botellas de champán para que las estrellen contra todos los edificios. Mis banderas se despliegan en todas las calles. Los cadáveres que recuperemos de la Estación de Paso se cuelgan con cuerdas de las vigas de allí arriba —señaló el techo puntiagudo— ¡y entonces empieza la fiesta!

Lanzó las notas por los aires.

—¡No sabes lo emocionado que estoy, Apolo! Eres consciente de que esto estaba predestinado, ¿verdad? El espíritu de Trofonio fue muy específico.

Mi garganta emitió un sonido de vuvuzela.

—¿Has consultado al Oráculo Oscuro?

No estaba seguro de que mis palabras llegasen tan lejos, pero el emperador rio.

—¡Pues claro, querido! Yo personalmente, no. Tengo secuaces para esas cosas. Pero Trofonio fue clarísimo: ¡cuando destruya la Estación de Paso y ponga fin a tu vida en los juegos, podré cambiar el nombre de esta ciudad y gobernar el Medio Oeste para siempre como dios emperador!

Dos focos se dirigieron a Cómodo. Él se arrancó la toga y dejó a la vista un traje de carreras de una pieza hecho con piel de león de Nemea; la pechera y las mangas estaban decoradas con adhesivos de varias empresas patrocinadoras.

La multitud exclamó mientras el emperador se daba la vuelta y lucía su atuendo.

—¿Os gusta? —preguntó—. ¡He hecho una investigación exhaustiva sobre mi nueva ciudad de residencia! A mis dos colegas emperadores este sitio les parece aburrido, ¡pero yo les demostraré que se equivocan! ¡Celebraré el mejor Campeonato de Gladiadores de la historia, el Indianápolis-Colt-500-Doble-A!

Personalmente, me pareció que la marca de Cómodo necesitaba trabajarse un poco, pero el público se volvió loco.

Pareció que todo pasara a la vez. Por los altavoces sonó una música *country* a todo volumen: posiblemente Jason Aldean, aunque con la distorsión y el eco, ni siquiera podía estar seguro de mi fino oído. Al otro lado de la pista se abrió una pared. Tres coches de carreras de Fórmula 1 —rojo, amarillo y azul, como un juguete infantil— salieron al asfalto con estruendo.

Alrededor del campo, las cadenas se desengancharon de los collares de los animales. En las tribunas, los centauros salvajes lanzaron frutas y tocaron sus vuvuzelas. Detrás del palco del emperador, unos cañones dispararon y lanzaron a una docena de gladiadores al campo por encima de los postes. Algunos cayeron dando gráciles volteretas y se levantaron listos para luchar. Otros aterrizaron en el césped como bolitas de papel escupidas y no volvieron a moverse.

Los coches de carreras aceleraron, circularon por la pista a toda velocidad y nos obligaron a Meg y a mí a meternos en el campo para evitar ser atropellados. Gladiadores y animales iniciaron una batalla campal en la que todo valía al ritmo de música de Nashville. Y de repente, sin ningún motivo lógico, un enorme saco se abrió debajo de la pantalla gigante y soltó cientos de balones de baloncesto sobre la línea de medio campo.

El espectáculo era burdo y excesivo incluso para Cómodo, pero dudaba que yo viviera lo suficiente para escribir una reseña negativa. La adrenalina corría por mi organismo como una corriente eléctrica de 220 voltios. Meg gritó y cargó contra el avestruz más próximo. Como yo no tenía nada mejor que hacer, corrí detrás de ella, con el Trono de Mnemósine y otros quince kilos de material dando saltos en mi espalda.

Los seis avestruces se nos echaron encima. Puede que no parezca tan aterrador como la Serpiente Cartaginesa o un coloso de bronce con la efigie de *moi*, pero los avestruces pueden correr a sesenta y cinco kilómetros por hora. Nos atacaron dando mordiscos con sus dientes metálicos, mientras sus cascos con pinchos se bamboleaban de un lado a otro y sus patas con alambre de espino pisoteaban el césped como un desagradable bosque rosa de árboles de Navidad letales.

Coloqué una flecha en el arco, pero aunque hubiera podido igualar la destreza de Cómodo, dudaba que pudiera decapitar a las seis aves antes de que nos mataran. Ni

siquiera estaba seguro de que Meg pudiera vencer a tantas con sus formidables espadas.

Compuse en silencio un nuevo haiku mortal sobre la marcha: «Los pájaros grandes son malos. / Me atacan con alambres en las patas. / Me muero y duele».

En mi defensa, debo decir que no tuve mucho tiempo para hacer correcciones.

¿Qué fue lo que nos salvó? Los balones *ex machina*. Debía de haberse abierto otro saco encima de nosotros, o quizá una tanda pequeña de balones de baloncesto había quedado enganchada en la red. Veinte o treinta pelotas llovieron a nuestro alrededor y obligaron a los avestruces a esquivarlas y desviarse. Un pájaro con menos suerte pisó un balón, cayó de cabeza y clavó su puntiagudo pico en el césped. Dos de sus compañeros tropezaron con él y provocaron una colisión múltiple de plumas, patas y alambre de espino.

—¡Vamos! —me gritó Meg. En lugar de luchar contra los pájaros, agarró a uno por el pescuezo y consiguió montarse en su lomo sin morir. Se fue corriendo, blandiendo sus espadas contra monstruos y gladiadores.

Un tanto impresionante, pero ¿cómo se suponía que tenía que seguirla? Además, ella acababa de echar por tierra mi plan consistente en esconderme detrás de ella. Qué niña más desconsiderada.

Lancé una flecha a la amenaza más cercana: un cíclope que arremetía contra mí agitando su garrote. No tenía ni idea de dónde había salido, pero lo devolví al Tártaro, que era donde tenía que estar.

Evité a un caballo que expulsaba fuego, lancé un balón de baloncesto de una patada a la barriga de un gladiador y acto seguido esquivé un león que se abalanzaba sobre un avestruz de aspecto apetitoso. (Todo, por cierto, con una silla sujeta a la espalda).

Meg dirigía su pájaro letal al palco del emperador, derribando a espadazos cualquier cosa que se interponía en su camino. Comprendí su plan: matar a Cómodo. La seguí tambaleándome lo mejor que pude, pero me dolía mucho la cabeza por culpa de la contundente música *country*, los abucheos del público y el chirrido de los motores de Fórmula Uno acelerando por la pista.

Un grupo de guerreros con cabezas de lobo se dirigía a mí a grandes zancadas; demasiados y a demasiada poca distancia para mi arco. Me quité la bandolera con las jeringas y rocié sus caras lobunas con amoníaco. Los guerreros gritaron, se arañaron los ojos y empezaron a deshacerse en polvo. Como cualquier custodio del monte Olimpo podrá decirte, el amoníaco es un magnífico limpiador para monstruos y otras lacras.

Me dirigí a la única isla de tranquilidad del campo: la elefanta.

No parecía que al animal le interesara atacar a nadie. Dado su tamaño y sus formidables defensas de alambre de espino, ninguno de los otros combatientes parecía deseoso de acercarse a ella. O, quizá, viendo su casco de los Colts, simplemente no querían meterse con el equipo local.

Rezumaba tal tristeza y tal melancolía que me sentí atraído hacia ella como un alma gemela.

Saqué mi ukelele de combate y toqué una canción para elefantes: «Southbound Pachyderm», de Primus. La introducción instrumental era evocadora y triste, perfecta para un ukelele solo.

—Gran elefanta —canté mientras me acercaba—. ¿Puedo montarte?

Sus húmedos ojos marrones me miraron parpadeando. Resopló como diciendo: «Como quieras, Apolo. Me hacen llevar este ridículo casco. Ya me da igual todo».

Un gladiador con un tridente interrumpió groseramente mi canción. Le pegué en la cara con el ukelele de combate. A continuación aproveché la pata delantera de la elefanta para subir a su lomo. No había practicado esa técnica desde que el dios de la tormenta Indra me llevó de viaje una noche en busca de vindaloo, un tipo de curri, pero supongo que montar en elefante es una de esas habilidades que no se olvidan.

Vi a Meg en la línea de veinte yardas, dejando a gladiadores gemebundos y montones de cenizas de monstruo a su paso mientras se dirigía al emperador montada en el avestruz.

Cómodo aplaudía de alegría.

—¡Bien hecho, Meg! ¡Me encantaría luchar contra ti, pero ESPERA UN MOMENTO!

La música se apagó bruscamente. Los gladiadores se detuvieron en pleno combate. Los coches de carreras redujeron la velocidad. Hasta el avestruz de combate de Meg se paró y miró a su alrededor como preguntándose por qué de repente todo se había quedado en silencio.

Por los altavoces sonó un dramático redoble de tambor.

—¡Meg McCaffrey! —tronó Cómodo con su mejor voz de presentador de concurso televisivo—. Tenemos una sorpresa especial reservada para ti: ¡directamente de Nueva York, alguien a quien conoces! ¿Podrás salvarlo antes de que se queme?

Los haces de los focos se cruzaron en el aire en un punto situado por encima de la zona de anotación, a la altura de la parte superior de la portería. Volví a experimentar la vieja sensación de haber digerido vindaloo, abriéndose paso a fuego en mis intestinos. Ahora entendía lo que Meg había sentido antes: ese algo indefinible que la había atraído al estadio. Colgada de una larga cadena sujeta a las vigas, gruñendo y retorciéndose en un capullo de cuerda, se hallaba la sorpresa especial del emperador: el fiel compinche de Meg, el karpos Melocotones.

Me quito el sombrero ante
la estupenda elefanta.
Seamos amiguitos, ¿vale?

Coloqué una flecha en el arco y disparé a la cadena.

Prácticamente en cualquier circunstancia, mi primer impulso era disparar. Normalmente daba resultado. (A menos que contemos la vez que Hermes irrumpió en mi cuarto de baño sin llamar. Y, sí, siempre tengo mi arco a mano cuando estoy en el servicio. ¿Por qué no iba a tenerlo?).

Esta vez el disparo no estuvo bien planificado. Melocotones forcejeaba y se balanceaba tanto que la flecha pasó junto a la cadena y derribó a un blemia de la tribuna.

—¡Para! —me gritó Meg—. ¡Podrías darle a Melocotones!

El emperador rio.

—¡Sí, sería una lástima ahora que está a punto de morir quemado!

Cómodo saltó de su palco a la pista de carreras. Meg levantó su espada y se preparó para atacar, pero los mercenarios de la tribuna apuntaron con los rifles. No importaba que yo estuviera a cincuenta metros de distancia; los francotiradores tenían una puntería digna de... en fin, de mí. Un enjambre de puntos rojos flotó sobre mi pecho.

—Venga, Meg —la reprendió el emperador, señalándome—. Mi juego, mis reglas. A menos que quieras perder a dos amigos en el ensayo general.

Meg levantó una espada y luego la otra, sopesándolas como posibles opciones. Estaba demasiado lejos para que yo viera claramente su expresión, pero percibía su angustia. ¿Cuántas veces me había visto yo en un dilema semejante? ¿Acabo con los troyanos o con los griegos? ¿Coqueteo con las cazadoras de mi hermana y me arriesgo a llevarme un guantazo, o coqueteo con Britomartis y me arriesgo a volar por los aires? Esas son las elecciones que nos definen.

Mientras Meg dudaba, un equipo de mecánicos vestidos con togas empujaron otro coche de Fórmula Uno a la pista: una máquina de vivo color morado con un número 1 dorado en el capó. Del techo sobresalía una lanza metálica de unos seis metros de altura, rematada con un trozo de tela.

Lo primero que me pregunté fue por qué Cómodo necesitaba una antena tan grande. Entonces volví a mirar al karpos colgado. Bajo los focos, Melocotones relucía como si lo hubieran untado con grasa. Sus pies, normalmente descalzos,

estaban cubiertos con papel de lija áspero, como el raspador de una caja de cerillas.

Se me revolvió el estómago. La antena del coche de carreras no era una antena. Era una cerilla gigante, colocada a la altura justa para prender fuego contra los pies de Melocotones.

—Cuando esté en el coche —anunció Cómodo—, mis mercenarios no se entrometerán. ¡Meg, puedes intentar detenerme como te plazca! Mi plan es dar una vuelta al circuito, prender fuego a tu amigo, luego dar otra vuelta y atropellaros a ti y a Apolo con mi coche. ¡Creo que lo llaman la vuelta de la victoria!

La multitud asintió gritando. Cómodo subió a su coche de un salto. Su equipo de mecánicos se dispersó, y el vehículo morado aceleró en medio de una nube de humo.

Se me espesó la sangre como aceite de oliva circulando lentamente por mi corazón. ¿Cuánto tardaría el coche de carreras en recorrer el circuito? Segundos, como mucho. Sospechaba que el parabrisas de Cómodo estaba hecho a prueba de flechas. Él no me brindaría una solución tan fácil. Ni siquiera me daba tiempo a tocar un riff de ukelele pasable.

Mientras tanto, Meg situó su avestruz debajo del bamboleante karpos. Se puso de pie sobre el lomo del ave (una tarea nada fácil) y se estiró lo máximo posible, pero Melocotones estaba demasiado alto.

—¡Conviértete en fruta! —le gritó Meg—. ¡Desaparece!

—¡Melocotones! —dijo Melocotones gimiendo, que probablemente quería decir: «¿No crees que lo haría si pudiera?». Deduje que las cuerdas restringían mágicamente su capacidad de transformación y lo confinaban a su forma actual, del mismo modo que Zeus había metido con calzador mi alucinante divinidad en el triste cuerpo de Lester Papadopoulos. Por primera vez, sentí afinidad con el bebé diabólico con pañal.

Cómodo ya había recorrido medio circuito. Podría haber ido más rápido, pero insistía en desviarse y saludar con la mano a las cámaras. Los otros coches de carreras se hacían a un lado para dejarle pasar, un detalle que me hacía plantearme si entendían el concepto de carrera.

Meg saltó del lomo del avestruz. Agarró el larguero de la portería y empezó a trepar, pero yo sabía que no le daría tiempo a ayudar al karpos.

El coche morado rodeó la zona de anotación opuesta. Si Cómodo aceleraba en la recta, sería el fin. Si yo pudiera cerrarle el paso con algo grande y pesado...

«Un momento», pensó mi genial cerebro, «estoy sentado en una elefanta».

En la base del enorme casco de los Colts estaba grabado el nombre LIVIA. Supuse que era como se llamaba la elefanta.

Me incliné hacia el paquidermo.

—Livia, amiga mía, ¿te apetece pisotear a un emperador?

Ella barritó; su primera muestra real de entusiasmo. Yo sabía que los elefantes eran inteligentes, pero su disposición a ayudar me sorprendió. Me daba la impresión de que Cómodo la había tratado muy mal, y ahora ella tenía ganas de matarlo. Eso, al menos, lo teníamos en común.

Livia corrió hacia la pista, desviando a empujones a los otros animales y apartando a gladiadores de nuestro camino con la trompa.

—¡Buena elefanta! —grité—. ¡Estupenda elefanta!

El Trono de la Memoria saltaba precariamente en mi espalda. Gasté todas mis flechas (menos la estúpida parlante) derribando a avestruces de combate, caballos que escupían fuego, cíclopes y cinocéfalos. Luego cogí mi ukelele de combate e interpreté el toque de ¡«AL ATAQUE»!

Livia iba disparada por el carril central hacia el coche de carreras. Cómodo viró bruscamente y se situó de frente hacia nosotros, con su rostro sonriente reflejado en todos los monitores de video del estadio. Parecía encantado ante la perspectiva de una colisión frontal.

Yo, no tanto. Cómodo era difícil de matar. Mi elefanta y yo, no; tampoco estaba seguro de cuánto protegería a Livia su cota de malla. Confiaba en que obligásemos a Cómodo a salir de la carretera, pero debería haberme imaginado que no se echaría atrás en un duelo para ver quién era más valiente. Sin casco, su pelo se agitaba violentamente a su alrededor y hacía que su corona de laurel dorada pareciera en llamas.

«Sin casco...».

Saqué un escalpelo de la bandolera. Me incliné hacia delante y serré la correa inferior del casco de fútbol americano de Livia. Se partió fácilmente. ¡Gracias a los dioses por los productos de plástico barato!

—Livia —dije—. ¡Lánzalo!

La estupenda elefanta lo entendió.

Mientras avanzaba a toda velocidad, enroscó la trompa alrededor del protector facial y arrojó el casco como un caballero que se quita el sombrero... si ese sombrero pudiera lanzarse como un proyectil mortífero.

Cómodo dio un volantazo. El gigantesco casco blanco rebotó en el parabrisas del coche, pero el auténtico daño ya estaba hecho. El vehículo morado saltó al campo en un ángulo increíblemente inclinado, se ladeó y dio tres volteretas que tumbaron a una manada de avestruces y un par de desafortunados gladiadores.

—¡OHHHHHH! —La multitud se puso en pie. La música cesó. Los gladiadores que quedaban retrocedieron hacia el borde del campo, mirando el coche de carreras imperial volcado.

Salía humo del chasis. Las ruedas daban vueltas y soltaban virutas de las bandas de rodamiento.

Yo quería creer que el silencio del público era una pausa esperanzada. Tal vez, como yo, su más ferviente deseo era que Cómodo no saliera de entre los restos del accidente, que hubiera quedado reducido a una mancha imperial en el césped artificial a la altura de la línea de cuarenta y dos yardas.

Lamentablemente, una figura humeante emergió arrastrándose de entre los restos. A Cómodo le ardía la barba. Tenía la cara y las manos negras de hollín. Se levantó,

con la sonrisa intacta, y se estiró como si acabara de echar una siesta reparadora.

—¡Muy buena, Apolo! —Agarró el chasis del coche de carreras destrozado y lo levantó por encima de la cabeza—. ¡Pero necesitarás algo más que esto para matarme!

Tiró a un lado el coche, que aplastó a un desgraciado cíclope.

El público prorrumpió en vítores y dio zapatazos.

—¡DESPEJAD EL CAMPO! —gritó el emperador.

Enseguida docenas de adiestradores de animales, médicos y recogepelotas salieron corriendo al césped. Los gladiadores supervivientes se fueron malhumorados, como si se hubieran dado cuenta de que ningún combate a muerte podía competir con lo que Cómodo acababa de hacer.

Mientras el emperador daba órdenes a sus sirvientes, miré a la zona de anotación. Meg había conseguido trepar hasta lo alto de la portería. Saltó hacia Melocotones y se agarró a sus piernas, lo que arrancó abundantes chillidos y juramentos al karpos. Por un momento, se columpiaron juntos colgados de la cadena. Acto seguido Meg trepó por el cuerpo de su amigo, invocó su espada y cortó la cadena. Descendieron seis metros y cayeron desplomados en la pista. Por suerte, Melocotones hizo de cojín de Meg. Considerando lo blandos que eran los melocotones, me imaginaba que Meg estaría bien.

—¡Bueno! —Cómodo se encaminó hacia mí. Cojeaba ligeramente del tobillo derecho, pero si le dolía mucho, no daba muestras de ello—. ¡Ha sido un buen ensayo! Mañana, más muertes; incluidas las vuestras, por supuesto. Modificaremos la parte del combate. Puede que añadamos unos cuantos coches de carreras y balones de baloncesto. ¡Y tú, Livia, vieja elefanta picaruela! —Apuntó a mi paquidermo agitando el dedo—. ¡Esa es la energía que yo buscaba! Si hubieras mostrado tanto entusiasmo en nuestros anteriores juegos, no hubiera tenido que matar a Claudio.

Livia pataleó y barritó. Le acaricié un lado de la cabeza, tratando de calmarla, pero notaba su intensa angustia.

—Claudio era tu amigo —deduje—. Cómodo lo mató.

El emperador se encogió de hombros.

—Le avisé: participa en mis juegos o ya verás. ¡Pero los elefantes son cabezotas! Son grandes y fuertes y acostumbran a salirse con la suya... como los dioses. Aun así —me guiñó el ojo—, es increíble lo que se puede conseguir con un poco de castigo.

Livia piafó. Yo sabía que quería atacar, pero después de ver a Cómodo lanzar un coche de carreras, sospechaba que no tendría problemas para tirar a Livia.

—Ya lo pillaremos —le murmuré—. Espera y verás.

—¡Sí, hasta mañana! —convino Cómodo—. Tendréis otra oportunidad de pelear. Pero de momento... ¡Ah, por ahí vienen mis guardias para acompañaros a vuestra celda!

Un escuadrón de germani encabezado por Litienses salió corriendo al campo.

El Deshojador tenía un feo moretón nuevo en la cara que se parecía

sospechosamente a la huella de un avestruz. Eso me gustó. También le sangraban varios cortes nuevos en los brazos, y tenía las perneras de los pantalones hechas jirones. Los rasgones parecían hechos por puntas de flecha de caza menor, como si las cazadoras hubieran estado jugando con su objetivo, afanándose por eliminar sus pantalones. Eso me gustó aún más. Ojalá hubiera podido añadir una nueva herida de flecha a la colección de Litienses —a ser posible, justo en el centro del esternón—, pero solo me quedaba la Flecha de Dodona en el carcaj. Ya había tenido suficiente drama por un día; no necesitaba malos diálogos shakespearianos.

Litienses hizo una torpe reverencia.

—Milord.

Cómodo y yo hablamos al unísono.

—¿Sí?

Yo creía que tenía un aspecto mucho más señorial sentado encima de mi elefanta con cota de malla, pero Litienses se limitó a mirarme despectivamente.

—Milord, Cómodo —aclaró—, hemos hecho retroceder a las invasoras de la puerta principal.

—Ya era hora —murmuró el emperador.

—Eran cazadoras de Artemisa, señor.

—Entiendo. —Cómodo no parecía especialmente preocupado—. ¿Las habéis matado a todas?

—Las... —Lit tragó saliva—. No, milord. Nos dispararon desde múltiples posiciones y se replegaron, y eso nos hizo caer en una serie de trampas. Solo hemos perdido a diez hombres, pero...

—Habéis perdido a diez hombres. —Cómodo examinó sus uñas manchadas de hollín—. ¿Y a cuántas de esas cazadoras habéis matado?

Lit se alejó poco a poco. Le palpitaban las venas del cuello.

—No... no estoy seguro. No hemos encontrado cadáveres.

—De modo que no puedes confirmar ninguna muerte. —Cómodo me miró—. ¿Qué me recomendarías, Apolo? ¿Debo dedicar tiempo a reflexionar? ¿Debo considerar las consecuencias? ¿Debo decirle a mi prefecto, Litienses, que no se preocupe? ¿Que no le pasará nada? ¿Que SIEMPRE CONTARÁ CON MIS BENDICIONES?

La última frase la dijo gritando, y su voz resonó por el estadio. Hasta los centauros salvajes de la tribuna se quedaron callados.

—No —decidió Cómodo, empleando un tono otra vez sereno—. ¿Dónde estás, Alarico?

Uno de los germani dio un paso adelante.

—¿Señor?

—Detén a Apolo y a Meg McCaffrey. Procura que tengan unas buenas celdas para pasar la noche. Mata a la elefanta y al karpos. ¿Qué más? Ah, sí. —Cómodo sacó un cuchillo de caza de la bota de su traje de carreras—. Sujeta los brazos de Litienses mientras le rebano el pescuezo. Ya es hora de cambiar de prefecto.

Antes de que Alarico pudiera llevar a cabo las órdenes, el tejado del estadio explotó.

Destrózame el tejado.
Tráeme chicas cabreadas con cabrestantes.
Nos las piramos

Bueno, he dicho «explotó». Para ser más exactos, el tejado se desplomó, como acostumbran a hacer los tejados cuando un dragón de bronce se estrella contra ellos. Las vigas se combaron. Los remaches saltaron. Planchas de metal ondulado chirriaron y se doblaron con el sonido de un choque de portaaviones.

Festo cayó en picado a través del boquete, desplegando las alas para descender más despacio. No parecía desmejorado después del tiempo que había pasado convertido en maleta, pero a juzgar por la forma en que chamuscó al público de la tribuna, supuse que estaba un poco malhumorado.

Los centauros salvajes huyeron en desbandada y pisotearon a los mercenarios mortales y los germani. Los blemias aplaudieron educadamente, tal vez creyendo que el dragón formaba parte del espectáculo, hasta que una ola de fuego los redujo a polvo. Festo dio su propia vuelta de la victoria volando alrededor del circuito y quemando coches de carreras, mientras una docena de cables plateados se desenrollaban del tejado y bajaban a las cazadoras de Artemisa como un montón de arañas.

(Las arañas siempre me han parecido unos animales fascinantes, a pesar de lo que opina Atenea. Para mí, envidia sus preciosas caras. ¡TOMA YA!).

Otras cazadoras se quedaron en el tejado con los arcos en ristre, disparando fuego de contención mientras sus hermanas descendían al campo. Tan pronto como cayeron al césped haciendo rápel, sacaron arcos, espadas y cuchillos y entraron en combate.

Alarico, acompañado de la mayoría de los germani del emperador, arremetió contra ellas.

En la portería, Meg McCaffrey trataba frenéticamente de liberar a Melocotones de sus cuerdas. Dos cazadoras cayeron a su lado. Mantuvieron una conversación apresurada con muchos gestos, algo así como: «Hola, somos tus amigas. Vais a morir. Venid con nosotras».

Claramente agitada, Meg miró al otro lado del campo en dirección a mí.

—¡VETE! —grité.

Meg dejó que las cazadoras los agarraran a Melocotones y a ella. A continuación, las cazadoras activaron unos mecanismos situados a un lado de sus cinturones y subieron disparadas por sus cables como si las leyes de la gravedad fueran

opcionales.

Cabrestantes motorizados, pensé, un accesorio fantástico. Si salía de esa con vida, recomendaría a las cazadoras de Artemisa que hicieran camisetas en las que pusiera CHICAS CABREADAS CON CABRESTANTES. Seguro que les encantaría la idea.

El grupo de cazadoras más próximo corrió en dirección a mí y entró en combate con los germani. Una cazadora con el cabello moreno cortado de forma irregular y unos deslumbrantes ojos azules me resultaba familiar. En lugar de la ropa de camuflaje gris que acostumbraban a llevar las seguidoras de Artemisa, iba vestida con unos vaqueros y una cazadora de cuero remendada con imperdibles y decorada con parches de los Ramones y los Dead Kennedys. Una diadema de plata brillaba en su frente. En un brazo blandía un escudo estampado con el espantoso semblante de Medusa; no era la original, sospechaba, ya que me habría convertido en piedra, pero se trataba de una réplica bastante buena que hacía que los germani se encogiesen de miedo y se retirasen.

Recordé el nombre de la chica: Thalia Grace. La teniente de Artemisa, la líder de las cazadoras, había acudido personalmente en mi rescate.

—¡Salvad a Apolo! —gritó.

Me animé al instante.

«¡Sí, gracias!», me dieron ganas de gritar. «¡POR FIN alguien tiene claras sus prioridades!».

Me sentí por un momento como si volviese a reinar el orden en el mundo.

Cómodo suspiró exasperado.

—Yo no programé esto para los juegos. —Miró a su alrededor; parecía que acabara de darse cuenta de que solo le quedaban dos guardias y Litienses a los que dar órdenes. El resto ya estaban combatiendo—. ¡Largo de aquí, Litienses! —soltó—. Entretenedlos mientras voy a cambiarme. No puedo luchar con el uniforme de carreras. ¡Esto es ridículo!

A Lit le tembló el ojo.

—Señor... estaba a punto de relevarme de mi cargo. ¿Matándome?

—Ah, sí. ¡Bueno, entonces ve a sacrificararte! ¡Demuestra que eres más útil que el idiota de tu padre! Sinceramente, Midas tenía la capacidad de convertir en oro todo lo que tocaba, pero aun así era incapaz de hacer nada bien. ¡Tú no eres mejor que él!

La piel de alrededor del moretón de Litienses enrojció, como si el avestruz todavía le estuviera pisando la cara.

—Señor, con el debido respeto...

Cómodo alargó la mano rápidamente como una serpiente de cascabel y apretó la garganta del espadachín.

—¿«Respeto»? —susurró el emperador—. ¿Tú me hablas de respeto?

Las flechas volaban hacia los guardias que quedaban. Los dos germani cayeron abatidos con unos bonitos *piercings* de plumas plateadas en las narices.

Un tercer proyectil se dirigía a toda velocidad a Cómodo. El emperador tiró de

Litierses y lo interpuso entre él y la flecha, y la punta asomó de la parte delantera del muslo de Lit.

El espadachín gritó.

Cómodo lo soltó asqueado.

—¿Tengo que matarte yo mismo? ¿En serio? —Levantó su cuchillo.

Algo dentro de mí, sin duda un defecto de mi carácter, me hizo sentir compasión por el Deshojador herido.

—Livia —dije.

La elefanta lo entendió. Golpeó a Cómodo en la cabeza con la trompa y lo tumbó en el césped. Litierses buscó con las manos la empuñadura de su espada. Cuando la encontró, clavó la punta en el cuello descubierto del emperador.

Cómodo gritó y se llevó la mano a la herida. A juzgar por la cantidad de sangre que salió, deduje que por desgracia el corte no le había dado en la yugular.

Cómodo echaba chispas por los ojos.

—Oh, Litierses, eres un traidor. ¡Te mataré lentamente por tu felonía!

Pero eso no estaba destinado a ocurrir.

Los germani más próximos, viendo a su emperador sangrando en el suelo, corrieron a ayudarlo. Livia recogió a Litierses y nos alejó dando marcha atrás mientras los bárbaros cerraban filas en torno a Cómodo, formaban un muro de protección y nos apuntaban con sus armas de asta. Los germani parecían dispuestos a contraatacar, pero antes de que pudieran hacerlo, un cordón de llamas cayó entre nuestros dos grupos. Festo aterrizó al lado de Livia. Los germani retrocedieron a toda prisa mientras Cómodo gritaba:

—¡Dejadme! ¡Tengo que matar a esa gente!

Encima de Festo, Leo me saludó como a un compañero piloto de caza.

—¿Qué pasa, Lesteropoulos? Jo recibió tu señal de emergencia y nos mandó volver enseguida.

Thalia Grace se acercó corriendo con dos de sus cazadoras.

—Tenemos que evacuar. Dentro de unos minutos nos invadirán. —Señaló hacia la zona de anotación, donde los supervivientes de la flamígera vuelta de la victoria de Festo empezaban a formar filas: un centenar de centauros, cinocéfalos y semidioses variados de la Casa Imperial.

Miré las bandas. Una rampa subía a la grada inferior de asientos, posiblemente lo bastante ancha para un elefante.

—No pienso dejar a Livia. Tú llévate a Litierses. Y llévate también el Trono de la Memoria. —Me descolgué la silla, dando gracias otra vez por su peso ligero, y se la lancé a Leo—. Ese trono tiene que volver a las manos de Georgie. Yo sacaré a Livia por una de las salidas de los mortales.

La elefanta dejó a Litierses en el césped. El Deshojador gimió y presionó con las manos alrededor de la flecha de su pierna.

Leo frunció el ceño.

—Ejem, Apolo...

—¡No pienso dejar a esta noble elefanta para que la torturen! —insistí.

—No, eso ya lo pillo. —Leo señaló a Lit—. Pero ¿por qué nos llevamos a ese idiota? Intentó matarme en Omaha. Amenazó a Calipso en el zoo. ¿No puedo dejar que Festo lo pisotee?

—¡No! —No estaba seguro de por qué me parecía tan importante. Que Cómodo traicionara a su espadachín me enfurecía casi tanto como que Nerón manipulara a Meg o... sí, que Zeus me abandonara en el mundo de los mortales por tercera vez—. Necesita curarse. Se portará bien, ¿verdad que sí, Lit?

Litierses hizo una mueca de dolor, con los vaqueros empapados de sangre, pero logró asentir ligeramente con la cabeza.

Leo suspiró.

—Como quieras, tío. Festo, vamos a llevarnos a este idiota ensangrentado con nosotros, ¿vale? Pero si se le suben los humos por el camino, puedes tirarlo contra un rascacielos.

Festo asintió chirriando.

—Yo iré con Apolo. —Thalia Grace se montó en la elefanta detrás de mí e hizo realidad una fantasía que yo había tenido con la atractiva cazadora, aunque no me había imaginado que sucedería de esa forma. Hizo una señal con la cabeza a una de sus compañeras—. Ifigenia, saca al resto de las cazadoras de aquí. ¡Vamos!

Leo sonrió y se colgó el Trono de la Memoria a la espalda.

—Nos veremos en casa. ¡Y no os olvidéis de comprar salsa!

Festo batió sus alas metálicas. El dragón cogió a Litierses y se lanzó hacia el cielo. Las cazadoras activaron sus cabrestantes. Ascendieron cuando la primera oleada de espectadores furiosos llegaban al campo, arrojando lanzas y vuvuzelas que caían al suelo con gran estruendo.

Cuando las cazadoras se hubieron marchado, la multitud centró su atención en nosotros.

—Livia —dije—. ¿A qué velocidad puedes correr?

La respuesta: lo bastante rápido para escapar de una turba armada, sobre todo con Thalia Grace sobre su lomo, disparando flechas y blandiendo su terrorífico escudo contra cualquiera que se acercara demasiado.

Livia parecía conocer los pasillos y rampas del estadio. Habían sido diseñados para grandes multitudes, y eso los hacía igual de aptos para elefantes. Dimos unas cuantas vueltas alrededor de los puestos de recuerdos, recorrimos a toda velocidad un túnel de servicio y por último salimos a una zona de carga en South Missouri Street.

¡Me había olvidado de lo maravilloso que era el sol! ¡El aire fresco y vigorizante de un día de finales de invierno! De acuerdo, no era tan excitante como conducir el carro solar, pero no tenía comparación con las cloacas plagadas de serpientes del

palacio de Comodón.

Livia avanzó pesadamente por Missouri Street. Se metió en el primer callejón sin salida que vio y acto seguido pifó y se sacudió. Yo estaba seguro de haber captado el mensaje: «Quitadme esta maldita cota de malla».

Hice de traductor a Thalia, quien se echó el arco al hombro.

—La comprendo perfectamente. Pobre elefanta. Las guerreras deben viajar con poco peso.

Livia alzó su trompa como para dar las gracias.

Nos pasamos los siguientes diez minutos quitando la armadura a la elefanta.

Se me estaba pasando el subidón de adrenalina y me sentía como la cámara deshinchada de una rueda. Me deslicé con la espalda contra el muro de ladrillo y me puse a temblar bajo la ropa mojada.

Thalia sacó una cantimplora de su cinturón. En lugar de ofrecérmela a mí primero, como habría sido de recibo, vertió un poco de líquido en su mano ahuecada y se la dio de beber a Livia. La elefanta sorbió ruidosamente cinco puñados, no mucho para un animal grande, pero parpadeó y gruñó con aire satisfecho. Thalia bebió un sorbo y acto seguido me pasó la cantimplora.

—Gracias —mascullé. Bebí, y enseguida se me despejó la vista. Me sentía como si acabara de dormir seis horas y hubiera comido copiosamente.

Miré asombrado la cantimplora abollada.

—¿Qué es esto? No es néctar...

—No —convino Thalia—. Es agua de luna.

Había tratado con las cazadoras de Artemisa durante milenios, pero en mi vida había oído hablar del agua de luna. Recordé la historia que Josephine me había contado sobre el contrabando de alcohol en los años veinte del siglo xx.

—¿Te refieres a la luz de luna, el licor casero?

Thalia rio.

—No. No es alcohólica, sino mágica. *Lady Artemisa* nunca te ha hablado de esto, ¿verdad? Es como una bebida energética para cazadoras. Los hombres rara vez llegan a probarla.

Me eché un poquito en la palma de la mano. La sustancia parecía agua corriente, tal vez un poco más plateada, como si se hubiera mezclado con una traza de mercurio líquido.

Consideré beber otro sorbo, pero decidí que podría licuar mi cerebro. Devolví la cantimplora a Thalia.

—¿Has... has hablado con mi hermana?

La expresión de Thalia se tornó seria.

—En un sueño, hace unas semanas. *Lady Artemisa* me dijo que Zeus le ha prohibido verte. Ni siquiera puede ordenarnos que te ayudemos.

A pesar de haberlo sospechado ya, la confirmación de mis miedos me habría sumido en la desesperación de no ser por el agua de luna. Su arranque de energía me

permitió pasar de puntillas sobre las emociones más profundas, como unas ruedas pasan rozando la capa superior de arena suelta.

—Se supone que no puedes ayudarme —dije—. Y sin embargo aquí estás. ¿Por qué?

Thalia me dedicó una sonrisa tímida de la que Britomartis se habría enorgullecido.

—Estábamos por casualidad en la zona. Nadie nos mandó que te ayudásemos. Hacía meses que buscábamos a un monstruo en concreto y... —Vaciló—. Bueno, eso es otra historia. El caso es que estábamos de pasada. Te ayudamos como ayudaríamos a cualquier semidiós en peligro.

No dijo que Britomartis hubiese buscado a las cazadoras y las hubiese instado a ir allí. Decidí seguirle el juego y hacer como si no hubiera pasado nada.

—Se me ocurre otro motivo —dije—. Creo que decidiste ayudarme porque te gusto.

La comisura de la boca de Thalia se movió.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Venga ya. La primera vez que nos vimos dijiste que estaba cañón. No creas que no estoy acostumbrado a oír ese comentario.

Me complació ver que su cara se ponía roja.

—Entonces era más joven —dijo—. Era una persona distinta. Me había pasado varios años convertida en pino. Mi vista y mi raciocinio estaban mermados por la savia.

—Uy —me quejé—. Qué borde.

Thalia me dio un puñetazo en el brazo.

—Necesitas una dosis de humildad de vez en cuando. Artemisa lo dice continuamente.

—Mi hermana es astuta, engañosa...

—Cuidado —me advirtió Thalia—. Soy su teniente.

Me crucé de brazos de forma petulante como hacía Meg.

—Artemisa nunca me habló del agua de luna. Nunca me habló de la Estación de Paso. Me pregunto cuántos secretos más oculta.

—Puede que unos cuantos. —Thalia se cuidó de emplear un tono desenfadado—. Pero esta semana has tenido ocasión de ver más cosas de las que la mayoría de las personas que no son cazadoras ven. Deberías sentirte afortunado.

Miré la callejuela, pensando en el callejón de Nueva York en el que había caído convertido en Lester Papadopoulos. Muchas cosas habían cambiado desde entonces, y sin embargo seguía sin ser un dios. De hecho, el recuerdo de cuando era un dios parecía más lejano que nunca.

—Sí —mascullé—. Muy afortunado.

—Vamos. —Thalia me ofreció la mano—. Cómodo no tardará en tomar represalias. Llevemos a nuestra amiga elefanta a la Estación de Paso.

Escupiendo humo apestoso.
¿Qué genes tienes?
Un momento. ¿Qué? (Introducir grito)

Al final llevar a una elefanta a la Estación de Paso no fue tan difícil como había supuesto.

Me había imaginado intentando hacer subir a Livia por una escalera o alquilando un helicóptero para lanzarla a los nidos de los grifos a través de la trampilla del tejado. Pero en cuanto llegamos al lado del edificio, los ladrillos hicieron ruido, cambiaron de sitio y formaron un amplio arco y una suave pendiente descendente.

Livia entró sin vacilar. Al fondo del pasillo encontramos un establo para elefantes perfecto con techo alto, abundantes montones de heno, ventanas de listones para que entrase la luz del sol, un riachuelo que corría por el centro de la estancia y una televisión de pantalla grande sintonizada en el Canal Elefante de Hefesto TV que emitía *Los auténticos elefantes de la meseta africana*. (No sabía que en Hefesto TV existía ese canal. Debían de haberlo incluido en el paquete *premium*, pero yo no estaba suscrito). Y lo mejor de todo, no había ningún gladiador ni ninguna armadura para elefante a la vista.

Livia resopló en señal de aprobación.

—Me alegro de que te guste, amiga mía. —Desmonté, seguido de Thalia—. Ahora pásatelo bien mientras nosotros vamos a buscar a nuestras anfitrionas.

Livia se metió en el riachuelo, se tumbó de lado y se dio una ducha con la trompa. Parecía tan contenta que estuve tentado de acompañarla, pero tenía asuntos menos agradables de los que ocuparme.

—Vamos —dijo Thalia—. Conozco el camino.

Yo no entendía cómo era posible. La Estación de Paso cambiaba y se transformaba tanto que debería haber sido imposible que alguien aprendiese a orientarse allí. Pero fiel a su palabra, Thalia me hizo subir por varios tramos de escaleras, me condujo a través de un gimnasio que no había visto nunca y me llevó de vuelta al salón principal, donde había un grupo reunido.

Josephine y Emmie estaban arrodilladas junto al sofá en el que se hallaba tumbada Georgina, quien temblaba, lloraba y reía. Emmie trataba de hacer beber agua a la niña. Jo le humedecía la cara con un paño. El Trono de Mnemósine se encontraba a su lado, pero no sabía si ya habían intentado utilizarlo. Desde luego Georgie no tenía mejor aspecto.

En el taller de Josephine, Leo se hallaba dentro de la cavidad pectoral de Festo manejando un soplete. El dragón se había enroscado lo máximo posible, pero aun así ocupaba un tercio de la sala. Tenía un lado de la caja torácica levantado como el capó de un tráiler. Las piernas de Leo sobresalían, y a su alrededor llovían chispas en el suelo.

No parecía que a Festo le preocupase su operación de cirugía invasiva. Emitía un ronroneo ruidoso y grave desde el fondo de su garganta.

Parecía que Calipso se había recuperado plenamente de la excursión del día anterior al zoo. Corría por la sala llevando comida, bebida y suministros médicos a los prisioneros rescatados. Algunas de las personas que habíamos liberado ya se sentían como en casa, y se servían de la despensa y rebuscaban en los armarios con tal confianza que sospechaba que antes de ser capturados habían residido mucho tiempo en la Estación de Paso.

Los dos chicos demacrados estaban sentados a la mesa, masticando pedazos de pan recién hecho con moderación. Cazadora Kowalski, la chica del pelo plateado, se hallaba en un estrecho corro con otras cazadoras de Artemisa, murmurando entre ellas y lanzando miradas de recelo a Litienses. El Deshojador estaba sentado en un sillón reclinable en un rincón, mirando a la pared, con su pierna herida bien vendada.

Sssssarah, la dracaena, había descubierto la cocina. Se encontraba junto a la encimera, sosteniendo una cesta de huevos de corral frescos y tragándose los enteros uno tras otro.

El extraño alto, moreno y de nombre Jamie estaba en el gallinero de los grifos, trabando amistad con Heloise y Abelard. Los grifos le dejaban rascarles debajo del pico; señal de gran confianza, sobre todo considerando que estaban vigilando un huevo en el nido (y sin duda temían que Sssssarah lo viera). Por desgracia, Jamie se había vestido. Ahora llevaba un traje de oficina color caramelo con una camisa de vestir abierta en el cuello. No sabía dónde había encontrado un conjunto tan elegante que se ajustase a su robusto cuerpo. Tal vez la Estación de Paso suministraba ropa con la facilidad con que suministraba espacios para elefantes.

El resto de los prisioneros liberados se paseaban mordisqueando pan y queso, mirando asombrados el techo de vidrio de colores y asustándose de tanto en tanto cuando oían ruidos fuertes, un síntoma de lo más normal en quienes padecían trastorno de estrés poscomódico. Agamedes flotaba sin cabeza entre los recién llegados, ofreciéndoles su bola 8 mágica, que supongo que era lo que él entendía por charlar.

Meg McCaffrey se había puesto otro vestido verde y unos vaqueros, que alteraban su habitual combinación de colores. Se acercó a mí, me dio un puñetazo en el brazo y acto seguido se quedó a mi lado como si estuviera esperando el autobús.

—¿Por qué me has pegado? —pregunté.

—Para saludarte.

—Ah... Meg, te presento a Thalia Grace.

Me preguntaba si Meg también la saludaría pegándole, pero simplemente alargó el brazo y estrechó la mano de Thalia.

—Hola.

Thalia sonrió.

—Es un placer, Meg. He oído que eres muy buena espadachina.

Meg entornó los ojos a través de sus gafas sucias.

—¿Dónde has oído eso?

—*Lady Artemisa* ha estado observándote. Vigila a todas las jóvenes guerreras que apuntan maneras.

—Oh, no —dije—. Puedes decirle a mi querida hermana que no moleste. Meg es mi compañera semidiosa.

—Tu ama —me corrigió Meg.

—Lo mismo da.

Thalia rio.

—Bueno, con vuestro permiso, voy a ver a mis cazadoras antes de que maten a Litienses. —La teniente se fue.

—Hablando del rey de Roma... —Meg señaló al hijo de Midas herido—. ¿Por qué lo has traído aquí?

El Deshojador no se había movido. Miraba la pared apartando la cara de la multitud, como si los invitase a que le clavasen un puñal por la espalda. Incluso desde el otro lado de la sala, parecía irradiar ondas de desesperanza y derrota.

—Tú misma lo dijiste —contesté a Meg—. Todo lo que está vivo se merece una oportunidad de crecer.

—Hum. Las semillas de chíá no funcionan con los emperadores malvados. Ellas no intentan matar a tus amigos.

Me di cuenta de que no se veía a Melocotones por ninguna parte.

—¿Se encuentra bien tu karpos?

—Está bien. Ha salido un rato... —Señaló vagamente el aire, un gesto con el que se refería a la tierra mágica a la que van los espíritus de los melocotones cuando no están devorando a sus enemigos ni gritando ¡MELOCOTONES!—. ¿Te fías de Lit?

Meg habló en un tono áspero, pero le temblaba el labio inferior. Levantó el mentón como si se preparase para recibir un puñetazo; la misma cara que había puesto Litienses cuando el emperador le había traicionado, la misma cara que había puesto la diosa Deméter, hacía una eternidad, ante el trono de Zeus, con una voz llena de dolor e incredulidad: «¿Vas a dejar que Hades secuestre a mi hija Perséfone?».

Meg me estaba preguntando si podíamos fiarnos de Litienses. Pero la pregunta que de verdad quería hacer era mucho más general: ¿podía fiarse de alguien? ¿Había alguien en el mundo —familia, amigo o Lester— que la apoyase realmente?

—Querida Meg —dije—. No puedo estar seguro de Litienses, pero creo que debemos intentarlo. Solo fracasamos cuando dejamos de intentarlo.

Ella estudió un callo de su dedo índice.

—¿Incluso después de que alguien intente matarnos?

Me encogí de hombros.

—Si yo perdiera la fe en todo el que ha intentado matarme, no me quedarían aliados en el Consejo Olímpico.

Ella hizo un mohín.

—Las familias son tontas.

—En eso —dije—, estamos totalmente de acuerdo.

Josephine echó un vistazo y me vio.

—¡Allí está!

Se acercó a toda prisa, me cogió la muñeca y tiró de mí hacia el sofá.

—¡Hemos estado esperando! ¿Por qué has tardado tanto? ¡Tenemos que utilizar la silla!

Iba a contestarle, pero me contuve.

Habría estado bien oír: «¡Gracias por liberar a todos estos prisioneros, Apolo! ¡Gracias por devolvernos a nuestra hija!». Como mínimo podría haber decorado el salón principal con unas cuantas pancartas en las que pusiera APOLO ES EL MEJOR O haberse ofrecido a quitarme la incómoda tobillera de hierro.

—No teníais por qué esperarme —protesté.

—Sí, teníamos que esperarte —dijo Josephine—. Cada vez que intentábamos poner a Georgie en el trono, se agitaba y gritaba tu nombre.

Georgie giró la cabeza hacia mí.

—¡Apolo! Muerte, muerte, muerte.

Hice una mueca.

—Ojalá dejara de hacer esa asociación.

Emmie y Josephine la levantaron con cuidado y la colocaron en el Trono de Mnemósine. Esta vez Georgie no se resistió.

Cazadoras curiosas y prisioneros liberados se reunieron, aunque me fijé en que Meg se quedaba al fondo de la sala, bien lejos de Georgina.

—¡La libreta de la encimera! —Emmie señaló la cocina—. ¡Que alguien la coja, por favor!

Calipso hizo los honores. Volvió corriendo con un pequeño cuaderno amarillo y un bolígrafo.

Georgina se balanceó. De repente, pareció que todos sus músculos se derritiesen. Se habría desplomado de la silla si sus progenitoras no la hubieran sujetado.

Entonces se sentó muy erguida. Dejó escapar un grito ahogado. Sus ojos se abrieron de golpe, con las pupilas grandes como monedas. De su boca salió humo negro. El olor rancio, a alquitrán hirviendo y huevos podridos, hizo retroceder a todo el mundo menos a la dracaena, Sssssarah, quien aspiró el aire ávidamente.

Georgina ladeó la cabeza. Volutas de humo brotaban entre los mechones desiguales de su pelo castaño como si fuera un autómatas, o un blemia con el coco falso averiado.

—¡Padre! —Su voz me traspasó el corazón, tan afilada y dolorosa que pensé que la bandolera con los escalpelos se había girado hacia dentro. Era la misma voz, el mismo grito que había oído hacía miles de años, cuando Trofonio me había suplicado angustiado que salvara a Agamedes del túnel desplomado de los ladrones.

La boca de Georgina se retorció en una sonrisa cruel.

—¿Así que por fin has oído mi plegaria?

Su voz era aún la de Trofonio. Todos los presentes en la sala me miraban. Hasta Agamedes, que no tenía ojos, parecía clavarme una mirada fulminante.

Emmie intentó tocar el hombro a Georgina, pero se echó atrás como si la piel de la niña abrasara.

—¿Qué pasa, Apolo? —preguntó—. Esto no es una profecía. Nunca había pasado algo así...

—¿Has mandado a esta hermanita mía a hacer tus recados? —Georgina se dio unos golpecitos en el pecho, con los ojos muy abiertos y oscuros, clavados todavía en mí—. No eres mejor que el emperador.

Me sentí como si una elefanta con una cota de malla me pisara el pecho. ¿«Esta hermanita»? Si lo decía en sentido literal, entonces...

—Trofonio. —Apenas podía hablar—. Yo... yo no he mandado a Georgina. Ella no es mi...

—Mañana por la mañana —dijo Trofonio—. La cueva solo será accesible al amanecer. Tu profecía se desvelará... o la del emperador. En cualquier caso, no podrás esconderte en tu pequeño refugio. Ven en persona. Trae a la niña, tu ama. Los dos entraréis en mi caverna sagrada.

Georgina dejó escapar una risa horrible.

—Puede que los dos sobreviváis. O que sufráis el mismo destino que mi hermano y yo. Me pregunto, padre, a quién rezarás.

Lanzando una última bocanada negra, Georgina se cayó de lado. Josephine la recogió antes de que tocara el suelo.

Emmie corrió a ayudarla. Juntas colocaron con delicadeza a Georgie en el sofá y la arroparon con mantas y cojines.

Calipso se volvió hacia mí. La libreta vacía colgaba de su mano.

—Corrígeme si me equivoco —dijo—, pero eso no ha sido una profecía. Era un mensaje para ti.

La mirada colectiva del grupo me provocó picor en la cara. Era la misma sensación que solía experimentar cuando un pueblo griego entero miraba al cielo y me llamaba suplicando que lloviese, y a mí me daba vergüenza explicarles que de la lluvia se encargaba Zeus. Lo máximo que podría ofrecerles era una canción nueva pegadiza.

—Tienes razón —dije, aunque me dolía coincidir con la hechicera—. Trofonio no le ha dado a la niña una profecía. Le ha dado... un saludo grabado.

Emmie se encaminó hacia mí con los puños cerrados.

—¿Se curará? Cuando se emite una profecía en el Trono de la Memoria, normalmente el suplicante vuelve a la normalidad a los pocos días. ¿Volverá Georgie...? —Se le quebró la voz—. ¿Volverá con nosotras?

Yo quería decirle que sí. Antiguamente, la tasa de recuperación de los suplicantes de Trofonio rondaba el setenta y cinco por ciento. Y eso cuando los peticionarios eran preparados como es debido por los sacerdotes, todos los rituales se hacían correctamente, y la profecía se interpretaba en el trono inmediatamente después de visitar la cueva de los terrores. Georgina había buscado la cueva por su cuenta con poca o nula preparación. Se había quedado atrapada con esa locura y esas tinieblas durante semanas.

—No... no lo sé —reconocí—. Esperemos...

—¿«Esperemos»? —preguntó Emmie.

Josephine le cogió la mano.

—Georgie se pondrá mejor. Ten fe. Es mejor que esperar.

Pero sus ojos tardaron un pelín en apartarse de mí, acusándome, cuestionándome. Recé para que no fuera a por su metralleta.

—Ejem —dijo Leo. Su cara estaba sumida en la penumbra de su careta de soldador levantada, y su sonrisa aparecía y se desvanecía como la del Gato de Cheshire—. Esto... ¿lo de «hermanita»? Si Georgie es la hermana de Trofonio, ¿eso quiere decir...? —Me señaló.

Nunca había deseado ser un blemia, pero en ese momento me dieron ganas de ocultar mi cara dentro de mi camiseta. Me dieron ganas de quitarme la cabeza y lanzarla al otro lado de la sala.

—¡No lo sé!

—Eso explicaría muchas cosas —aventuró Calipso—. Por qué Georgina se sentía tan en sintonía con el Oráculo, por qué ha podido sobrevivir a la experiencia. Si tú... o sea... Lester no, sino Apolo, es su padre...

—Ella ya tiene padres. —Josephine rodeó la cintura de Emmie con el brazo—. Estamos aquí.

Calipso levantó la mano en señal de disculpa.

—Claro. Me refería...

—Siete años —la interrumpió Emmie, acariciando la frente de su hija—. La hemos criado durante siete años. Nunca nos importó de dónde venía, ni quiénes podían ser sus padres biológicos. Cuando Agamedes la trajo, consultamos las noticias. Consultamos las denuncias de la policía. Enviamos Iris-mensajes a todos nuestros contactos. Nadie había denunciado la desaparición de un bebé como ella. O sus padres biológicos no la querían o no podían criarla... —Me lanzó una mirada asesina—. O a lo mejor ni siquiera sabían que existía.

Intenté hacer memoria. Sinceramente, lo intenté. Pero si el dios Apolo había tenido un breve romance con una mujer del Medio Oeste hacía ocho años, no lo recordaba. Me acordé de Wolfgang Amadeus Mozart, a quien también había

conocido cuando tenía siete años. Todo el mundo decía: «¡Oh, seguro que es hijo de Apolo!». Los demás dioses me miraban buscando confirmación, y yo me moría de ganas de decirles: «¡Sí, ese niño ha heredado la genialidad de mí!». Pero no recordaba haber conocido a la madre de Wolfgang. Ni, para el caso, a su padre.

—Georgina tiene unos padres estupendos —dije—. Si es hija de... de Apolo... lo siento, pero no lo sé con seguridad.

—No lo sabes —repitió Josephine de manera inexpresiva.

—Pe-pero creo que se curará. Su mente es fuerte. Arriesgó la vida y la cordura para transmitirnos ese mensaje. Lo mejor que podemos hacer ahora es seguir las indicaciones del Oráculo.

Josephine y Emmie se cruzaron una mirada que decía: «Es un sinvergüenza, pero ahora mismo tenemos demasiadas preocupaciones. Ya lo mataremos más adelante».

Meg McCaffrey se cruzó de brazos. Hasta ella parecía darse cuenta de la prudencia de cambiar de tema.

—Bueno, ¿entonces nos vamos al amanecer?

Josephine se centró en ella con dificultad, como si se preguntase de dónde había salido de repente Meg. (A mí me pasaba a menudo).

—Sí, tesoro. Es el único momento en que se puede entrar en la Caverna de las Profecías.

Suspiré para mis adentros. Primero habíamos ido al zoo al amanecer. Luego, al complejo de Canal Walk al amanecer. Ahora a las cuevas. Ojalá las misiones peligrosas pudieran empezar a una hora más razonable, como las tres de la tarde.

Un silencio incómodo se hizo en la sala. Georgina respiraba entrecortadamente en sueños. En sus perchas, los grifos erizaban las plumas. Jamie hizo crujir los nudillos pensativamente.

Finalmente, Thalia Grace dio un paso adelante.

—¿Y el resto del mensaje: «Tu profecía se desvelará... o la del emperador. No podrás esconderte en tu pequeño refugio»?

—No estoy seguro —admití.

Leo levantó los brazos.

—¡Salve, dios de las profecías!

—Cállate —mascullé—. Todavía no tengo suficiente información. Si sobrevivimos a las cavernas...

—Yo puedo interpretar esas frases —dijo Litienses desde su sillón en el rincón.

El hijo de Midas se volvió para mirar al grupo; sus mejillas eran un mosaico de cicatrices y cardenales, y tenía una mirada vacía y desolada.

—Gracias a los dispositivos de seguimiento que les puse a vuestros grifos, Cómodo sabe que estáis aquí. Estará aquí mañana a primera hora de la mañana. Y borrará este sitio del mapa.

Dios que pelas zanahorias,
el tofu salteado está bueno, pero
necesita más ìgboyà

Litierses tenía un don para hacer amigos.

La mitad del grupo avanzó en tropel con intención de matarlo. La otra mitad gritó que ellos también querían matarlo y que el primer grupo se quitase de en medio.

—¡Malvado! —Cazadora Kowalski levantó a Litierses de su sillón de un tirón y lo empujó contra la pared. Le presionó la garganta con un destornillador prestado.

—¡Apartaosssss! —gritó Sssssarah—. ¡Me voy a tragar entero a essssse canalla!

—Debería haberlo estampado contra el edificio —gruñó Leo.

—¡ALTO! —Josephine se abrió paso a través del gentío. Como era de esperar, los presentes se apartaron. Separó a Cazadora Kowalski de su presa y fulminó con la mirada a Litierses como si fuera un carro con un eje estropeado—. ¿Pusiste rastreadores a nuestros grifos?

Lit se frotó el cuello.

—Sí. Y el plan dio resultado.

—¿Estás seguro de que Cómodo sabe dónde estamos?

Normalmente, yo evitaba llamar la atención de una turba enfurecida, pero me sentí obligado a hablar.

—Dice la verdad —anuncié—. Oímos a Litierses hablando con Cómodo en el salón del trono. Se suponía que Leo tenía que decíroslo.

—¿Yo? —protestó Leo—. ¡Eh, aquello fue un caos! Yo creía que tú... —La careta de soldador se le bajó e hizo el resto de la frase ininteligible.

Litierses extendió los brazos, que tenían tantas cicatrices que parecían unos troncos para probar hojas de sierra.

—Matadme si queréis. No cambiaré nada. Cómodo arrasará este sitio y a toda la gente que hay en él.

Thalia Grace desenvainó su cuchillo de caza. En lugar de destripar al espadachín, clavó la hoja en la mesa de centro más cercana.

—Las cazadoras de Artemisa no lo permitirán. Hemos librado demasiadas batallas imposibles. Hemos perdido a demasiadas hermanas, pero nunca nos hemos echado atrás. El verano pasado, en la batalla del Viejo San Juan... —Titubeó.

Costaba imaginar a Thalia al borde de las lágrimas, pero parecía que estuviera haciendo esfuerzos por mantener su fachada punk. Me acordé de una cosa que

Artemisa me había dicho cuando los dos estuvimos exiliados en Delos: que sus cazadoras y las amazonas habían luchado contra el gigante Orión en Puerto Rico. Una base de las amazonas había sido destruida. Muchas habían muerto: cazadoras que, de no haber sido eliminadas en combate, podrían haber seguido viviendo durante milenios. Encarnado en Lester Papadopoulos, la idea me resultaba horripilante.

—No perderemos también la Estación de Paso —continuó Thalia—. Apoyaremos a Josephine y a Emmie. Hoy le hemos dado a Cómodo una buena patada en el *podex*. Mañana volveremos a hacerlo.

Las cazadoras aplaudieron. Puede que yo también aplaudiera un poco. Me encanta cuando los héroes valientes se ofrecen para librar batallas que yo no quiero librar.

Litierses negó con la cabeza.

—Lo que habéis visto hoy solo es una parte mínima de la fuerza total de Cómodo. Tiene... muchos recursos.

Josephine gruñó.

—Por lo menos nuestros amigos lo han puesto hoy en su sitio. A lo mejor mañana no ataca. Necesitará tiempo para reorganizarse.

Lit rio entrecortadamente.

—No conoces a Cómodo como yo lo conozco. Solo lo habéis cabreado. No esperará. Él nunca espera. Mañana temprano lanzará un fuerte ataque. Nos matará a todos.

Yo quería discrepar. Quería creer que el emperador daría largas y decidiría dejarnos en paz porque le habíamos divertido mucho en el ensayo general, y luego es posible que nos enviara una caja de bombones a modo de disculpa.

Pero conocía bien a Cómodo. Me acordaba del suelo del Anfiteatro Flaviano lleno de cadáveres. Me acordaba de las listas de ejecuciones. Me acordaba de cuando me gruñó, con los labios salpicados de sangre: «Pareces mi padre. ¡Ya estoy harto de pensar en las consecuencias!».

—Litierses tiene razón —dije—. Cómodo recibió una profecía del Oráculo Oscuro. Tiene que destruir este sitio y matarme antes de celebrar la ceremonia de nombramiento mañana por la tarde. Eso quiere decir que atacará por la mañana. No es de los que esperan cuando quieren algo.

—Podríamossss largarnossss —propuso SssSarah—. Marcharnossss. Ocultarnossss. Vivir para contarlo.

Al fondo del grupo, el fantasma Agamedes señaló enérgicamente a la dracaena; era evidente que estaba de acuerdo con la idea. Cuando hasta a tus amigos muertos les preocupa morir, no te queda más remedio que preguntarte por tus posibilidades en combate.

Josephine sacudió la cabeza.

—Yo no pienso irme a ninguna parte. Este es nuestro hogar.

Calipso asintió con la cabeza.

—Si Emmie y Jo se quedan, nosotros también. Nos han salvado la vida. Lucharemos a muerte por ellas. ¿Verdad que sí, Leo?

Leo levantó el visor de su careta.

—Por supuesto. Aunque yo ya la he palmado luchando, así que preferiría que esta vez le tocara a otro. Por ejemplo, al Hombre Comodón...

—Leo —le advirtió Calipso.

—Sí, cuenta con nosotros. No nos vencerán.

Jamie se abrió paso entre una fila de cazadoras hasta la parte delantera. A pesar de su tamaño, se movía con la gracilidad de Agamedes, como si flotase.

—Estoy en deuda con vosotros. —Dedicó una inclinación de cabeza a las cazadoras, a Meg y a mí, y a Josephine y a Emmie—. Me salvasteis de la cárcel de ese loco. Pero he oído hablar mucho de «nosotros» y de «ellos». Siempre desconfío cuando oigo a la gente hablar de esa forma, como si se pudiera dividir fácilmente a las personas en amigos y enemigos. La mayoría de nosotros ni siquiera nos conocemos.

El corpulento hombre señaló con un gesto amplio de mano al grupo: cazadoras, excazadoras, un exdios, una extitana, semidioses, una mujer serpiente, un par de grifos y un fantasma decapitado. Y abajo teníamos a una elefanta llamada Livia. Pocas veces había visto una colección de defensores más variopinta.

—Y también este. —Jamie señaló a Litienses. La voz de Jamie seguía siendo un rumor sonoro, pero me pareció oír una tormenta de fondo a punto de desatarse—. ¿Ahora es amigo? ¿Tengo que luchar codo con codo con quien me esclavizó?

Cazadora Kowalski empuñó su destornillador.

—Ni hablar.

—¡Espera! —grité—. Litienses puede sernos útil.

De nuevo, no sabía por qué intervine. Parecía contraproducente para la consecución de mi principal objetivo, que era mantenerme siempre a salvo y en el candelero.

—Litienses conoce los planes de Cómodo. Sabe la clase de fuerzas que nos atacarán. Y la vida de Litienses está en peligro, como la nuestra.

Les expliqué que Cómodo había ordenado la muerte de Lit, y que Litienses había dado una estocada a su antiguo amo en el cuello.

—Esssso no hace que confíe en él —susurró Ssssarah.

El grupo asintió mascullando. Unas cuantas cazadoras alargaron la mano para coger sus armas.

—¡Esperad! —Emmie se subió a la mesa.

Su largo cabello se había soltado de su trenza, y le caían mechones plateados a los lados de la cara. Tenía las manos manchadas de amasar pan. Sobre la ropa de camuflaje, llevaba un delantal con una imagen de una hamburguesa y el lema NO ME TOQUES LOS PANECILLOS.

Aun así, el brillo intenso de sus ojos me recordaba a la joven princesa de Naxos

que se había despeñado por un acantilado con su hermana encomendándose a los dioses: la princesa que había decidido que prefería morir a vivir con miedo a su padre furioso y borracho. Nunca me había planteado que envejecer, encanecer y engordar pudiera hacer más hermoso a alguien. Y sin embargo, parecía el caso de Emmie. De pie sobre la mesa, se convirtió en el centro de gravedad sereno y estable de la sala.

—Para los que no me conocéis —empezó a decir—, me llamo Hemítea. Jo y yo regentamos la Estación de Paso. Nunca rechazamos a la gente con problemas, ni siquiera a antiguos enemigos. —Señaló con la cabeza a Litiertes—. Atraemos a los marginados: huérfanos y fugitivos, gente que ha sufrido abusos, malos tratos o engaños, gente que ya no se siente a gusto en ningún otro sitio.

Señaló el techo abovedado, cuyo vidrio de colores descomponía la luz del sol en una geometría verde y dorada.

—Britomartis, la Señora de las Redes, nos ayudó a construir este sitio.

—Una red de seguridad para vuestros amigos —solté, recordando lo que Josephine me había contado—. Pero una trampa para vuestros enemigos.

Ahora yo era el centro de atención. Una vez más, no me gustó. (Estaba empezando a preocuparme seriamente por mí mismo). Me ardía la cara del rubor repentino de mis mejillas.

—Perdón —le dije a Emmie.

Ella me observó como si se estuviera preguntando adónde iba a apuntar con su siguiente flecha. Por lo visto, no me había perdonado del todo que posiblemente fuera el padre divino de Georgina, aunque se había enterado de la noticia hacía al menos cinco minutos. Supuse que podía disculparla. A veces hace falta una hora o más para procesar una revelación como esa.

Por fin, asintió bruscamente con la cabeza.

—Apolo tiene razón. Puede que mañana nos ataquen, pero nuestros enemigos descubrirán que la Estación de Paso protege a los suyos. Cómodo no dejará esta red con vida. Josephine y yo lucharemos para defender este sitio y a cualquiera que esté bajo nuestro techo. Si queréis formar parte de nuestra familia, por un día o para siempre, sois bienvenidos. Todos. —Miró directamente a Lit.

El Deshojador palideció, y sus cicatrices casi desaparecieron. Abrió la boca para decir algo, pero solo consiguió emitir un ruido ahogado. Se deslizó contra la pared y empezó a temblar, mientras sollozaba en silencio.

Josephine se agachó junto a él. Miró al grupo como preguntando: «¿Alguien tiene un problema con este tío?».

A mi lado, Jamie gruñó.

—Me caen bien estas mujeres —dijo—. Tienen ìgboyà.

Yo no sabía lo que quería decir «ìgboyà». Ni siquiera se me ocurría de qué idioma era esa palabra. Pero me gustó cómo la pronunció Jamie. Decidí que tenía que comprar ìgboyà lo antes posible.

—Bueno, pues. —Emmie se limpió las manos en el delantal—. Si alguien quiere

irse, ahora es el momento. Le prepararé una bolsa con el almuerzo para el camino.

Nadie contestó.

—Está bien —dijo Emmie—. ¡En ese caso, todo el mundo tendrá que hacer una tarea!

A mí me hizo pelar zanahorias.

Sinceramente, nos enfrentábamos a una invasión inminente y yo —el antiguo dios de la música— estaba encerrado en la cocina preparando ensalada. ¡Debería haber estado paseando con mi ukelele, animando a todo el mundo con mis canciones y mi deslumbrante carisma, no quitando la piel a unos tubérculos!

Por otra parte, las cazadoras de Artemisa tuvieron que limpiar los corrales de las vacas, de modo que tal vez había justicia en el cosmos.

Cuando la cena estuvo lista, el grupo se desperdigó a través del salón principal para comer. Josephine se sentó con Litienses en su rincón y habló con él despacio y con calma, como uno trataría a un pit bull rescatado de las garras de un mal dueño. La mayoría de las cazadoras se sentaron en el gallinero de los grifos, columpiando las piernas por la cornisa mientras inspeccionaban el salón. Por su voz baja y expresión seria, me imaginé que debatían la mejor forma de matar a grandes cantidades de enemigos al día siguiente.

Cazadora Kowalski se ofreció a pasar la noche en el cuarto de Georgina. La niña había seguido profundamente dormida desde su experiencia en el Trono de la Memoria, pero Cazadora quería estar presente en caso de que despertase. Emmie aceptó agradecida, pero no sin antes lanzarme una mirada acusadora que decía: «No veo que tú te ofrezcas a pasar la noche con tu hija». ¡Sinceramente, como si yo fuera el primer dios que se había olvidado de que era el padre de una niña a la que un fantasma decapitado se había llevado para que la criasen dos mujeres en Indianápolis!

Los dos semidioses medio muertos de hambre, los hermanos Deacon y Stan, que descubrí que habían vivido en la Estación de Paso durante más de un año, descansaban ahora en la enfermería con goteros de néctar. Ssssarah había cogido una cesta de huevos y se había ido reptando a la sauna para pasar la noche. Jamie comía con otros fugitivos en los sofás, cosa que no me hacía sentir en absoluto olvidado.

Así las cosas, yo estaba sentado a la mesa con Meg (menuda novedad), Leo, Calipso, Emmie y Thalia Grace.

Emmie no paraba de mirar al otro lado de la sala a Josephine y Litienses.

—Nuestro nuevo amigo, Litienses... —Se ponía increíblemente serio cuando decía la palabra «amigo»—. He hablado con él mientras hacíamos las tareas. Le he ayudado a batir el helado. Me ha contado un poco sobre los ejércitos a los que nos enfrentaremos mañana.

—¿Hay helado? —pregunté. Tenía un talento natural para centrarme en los detalles más importantes cuando alguien estaba hablando.

—Luego —me prometió Emmie, aunque su tono me indicó que tal vez no lo cataría—. Es de vainilla. Íbamos a echarle melocotones helados, pero... —Miró a Meg—. Nos pareció que sería de mal gusto.

Meg estaba demasiado ocupada zampando tofu salteado.

—En cualquier caso —continuó Emmie—, Litienses calcula que habrá varias docenas de mercenarios mortales, aproximadamente el mismo número de semidioses de la Casa Imperial, varios cientos de cinocéfalos y otros monstruos, más las hordas habituales de blemias disfrazados de policías, bomberos y operarios de excavadora locales.

—Qué bien —dijo Thalia Grace—. Las hordas habituales.

Emmie se encogió de hombros.

—Cómodo quiere arrasar Union Station. Hará que parezca una evacuación de emergencia a los ojos de los mortales.

—Una fuga de gas —aventuró Leo—. Casi siempre es una fuga de gas.

Calipso apartó la zanahoria cortada en juliana de su ensalada, un detalle que me tomé como una ofensa personal.

—Entonces, ¿ellos son diez veces más que nosotros? ¿Veinte veces?

—No te preocupes —dijo Leo—. Yo me ocuparé de los primeros doscientos, y luego si me canso...

—Para, Leo. —Calipso miró a Emmie con el ceño fruncido como pidiendo disculpas—. Cuando está nervioso gasta más bromas. Y encima son peores.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. —Leo se introdujo unos colmillos de zanahoria en la boca y gruñó.

Meg por poco se atragantó con el tofu.

Thalia dejó escapar un largo suspiro.

—Oh, sí. Será una batalla divertida. Emmie, ¿qué tal andas de flechas de repuesto? Voy a necesitar un carcaj entero para disparar a Leo.

Emmie sonrió.

—Tenemos armas de sobra. Y gracias a Leo y Josephine, la Estación de Paso nunca ha tenido unas defensas más fuertes.

—¡De nada! —Leo escupió sus colmillos—. También debo mencionar al dragón de bronce gigante del rincón... suponiendo que esta noche pueda terminar de ponerlo a punto. Todavía no está al cien por cien.

Normalmente, el dragón de bronce gigante me habría tranquilizado, incluso al setenta y cinco por ciento, pero no me gustaban nuestras posibilidades de éxito. Los gritos sanguinarios del público del estadio todavía resonaban en mis oídos.

—Calipso —dije—, ¿y tu magia? ¿La has recuperado?

Su expresión de decepción me resultaba muy familiar. Era la misma expresión que yo adoptaba cada vez que pensaba en las maravillosas cosas divinas que ya no podía hacer.

—Solo unos cuantos arranques —contestó—. Esta mañana moví una taza de café

encima de la encimera.

—Sí —asintió Leo—, pero lo hizo increíblemente.

Calipso le dio un manotazo.

—Josephine dice que me llevará tiempo. Cuando todos... —Titubeó—. Cuando todos sobrevivamos mañana.

Me dio la impresión de que no era lo que ella tenía intención de decir. Leo y Emmie se cruzaron una mirada conspirativa. Yo no insistí sobre el asunto. En ese momento, la única conspiración en la que me interesaría participar sería un plan ingenioso para devolverme clandestinamente al monte Olimpo y reincorporarme a la divinidad antes del desayuno del día siguiente.

—Nos las apañaremos —concluí.

Meg sorbió el tofu que le quedaba. A continuación demostró sus exquisitos modales eructando y limpiándose la boca con el antebrazo.

—Tú y yo no, Lester. Nosotros no estaremos aquí.

Mi estómago empezó a mezclar su propia ensalada.

—Pero...

—La profecía, bobo. Al amanecer, ¿recuerdas?

—Sí, pero si atacan la Estación de Paso... ¿no deberíamos estar aquí para ayudar?

Se trataba de una pregunta extraña viniendo de mí. Cuando era un dios, habría estado encantado de dejar que los héroes mortales se las arreglaran por su cuenta. Habría preparado palomitas de maíz y habría visto la masacre desde el monte Olimpo, o simplemente habría echado un vistazo a los mejores momentos más tarde. Pero en la piel de Lester, me sentía obligado a defender a esa gente: mi querida Emmie, la arisca Josephine, la no tan pequeña Georgina, que puede que fuera una niña o puede que no. Thalia y las cazadoras, Jamie el del Bonito Taparrabos, los orgullosos padres grifos de arriba, la estupenda elefanta de abajo, hasta el desagradable Litienses... Quería estar allí por ellos.

Puede que te parezca raro que no hubiera tenido en cuenta mi obligación —buscar la Cueva de Trofonio al amanecer— y que eso podría impedirme estar en la Estación de Paso. En mi defensa, debo decir que los dioses pueden dividirse en muchas manifestaciones distintas a la vez. No tenemos mucha experiencia programando horarios.

—Meg tiene razón —dijo Emmie—. Trofonio te ha llamado. Puede que la única forma de impedir que la profecía del emperador se haga realidad sea conseguir tu profecía.

Yo era el dios de las profecías, pero hasta yo estaba empezando a odiarlas. Miré al espíritu de Agamedes, que flotaba junto a la escalera del desván. Pensé en el último mensaje que me había transmitido: «No podemos quedarnos». ¿Se refería a los defensores de la Estación de Paso? ¿O a Meg y a mí? ¿O a otra cosa totalmente distinta? Me sentí tan impotente que me dieron ganas de hacer rebotar su bola 8 mágica en su inexistente cabeza.

—Anímate —me dijo Thalia—. Si Cómodo nos ataca con todas sus fuerzas, el Oráculo podría estar vigilado por un personal mínimo. Sería la mejor oportunidad que tendríais de entrar.

—Sí —asintió Leo—. ¡Además, a lo mejor volvéis a tiempo para luchar con nosotros! O, no sé, todos la palmamos y da igual.

—Eso me hace sentir mucho mejor —mascullé—. ¿Qué problemas podríamos tener, solos Meg y yo?

—Sí —convino Meg.

Ella no parecía preocupada en lo más mínimo. Me parecía un defecto de su imaginación. Yo podía visualizar todos los horribles destinos que aguardarían a las personas que se adentrasen en la peligrosa caverna de un espíritu terrible y hostil. Preferiría luchar contra una horda de blemias montados en excavadoras. Incluso consideraría pelar más zanahorias.

Mientras limpiaba los platos de la cena, Emmie me cogió el brazo.

—Dime una cosa —dijo—. ¿Fue una venganza?

La miré fijamente.

—¿Qué fue una venganza?

—Georgina —murmuró—. Para que yo... ya sabes, renunciara a tu don de la inmortalidad. ¿Fue ella...? —Cerró los labios en una línea prieta, como si no se atreviese a decir más.

Yo no sabía que podía sentirme peor hasta que se dio el caso. Detesto ese aspecto de los mortales. Parece que tengan una capacidad infinita para entristecerse.

—Querida Emmie —dije—. Yo nunca haría algo así. Ni siquiera en mis peores días, cuando destruyo países con flechas contagiadas de plagas o preparo listas de canciones para recopilatorios de Kidz Bop, me vengaría de esa forma. Te juro que no tenía ni idea de que estabas aquí, ni de que habías abandonado a las cazadoras, ni de que Georgina existía, ni de... De hecho, no tenía ni idea de nada. Y lo siento mucho.

Para gran alivio mío, una débil sonrisa se dibujó en su rostro.

—Eso me lo creo.

—¿Que lo siento?

—No —dijo ella—. Que no tenías ni idea de nada.

—Ah... Entonces, ¿estamos en paz?

Ella lo consideró.

—De momento. Pero cuando Georgie se recupere... deberíamos seguir hablando.

Asentí con la cabeza, aunque estaba pensando que mi lista de tareas desagradables pendientes estaba bastante cargada.

—Bueno. —Suspiré—. Debería descansar, y a lo mejor hasta me pongo a componer un nuevo haiku letal.

Lester, pégate un guantazo.
Lo que daría por una sola noche sin
parecer un idiota

No tuve suerte con el haiku.

Me quedaba todo el rato atascado en el primer verso, «No quiero morir», y no se me ocurría nada más. No me gusta desarrollar algo cuando la idea principal está tan clara.

Las cazadoras de Artemisa se acostaron en el gallinero de los grifos después de colocar cables trampa y alarmas con sensor de movimiento. Siempre que acampaba con ellas lo hacían, cosa que me parecía absurda. Sí, cuando era un dios solía coquetear descaradamente con ellas, pero nunca me pasé de la raya. ¿Y siendo Lester? No tenía el más mínimo deseo de morir con mil flechas de plata clavadas en el pecho. Por lo menos, las cazadoras deberían haber confiado en mi egoísmo.

Thalia, Emmie y Josephine se quedaron sentadas un buen rato a la mesa de la cocina charlando en voz baja. Esperaba que estuvieran compartiendo más secretos de cazadoras: unas armas mortíferas que pudieran utilizar contra los ejércitos de Cómodo. Unos misiles balísticos lunares, por ejemplo. O napalm lunar.

Meg no se había molestado en buscar un cuarto de huéspedes. Se había dormido en el sofá más próximo y roncaba como un lirón.

Yo me quedé cerca; no me apetecía volver a la habitación que compartía con Leo Valdez. Observé cómo la luna se elevaba a través del rosetón gigante por encima del taller de Josephine.

—¿No estás cansado? —dijo una voz junto a mi hombro.

Menos mal que ya no era el dios del sol. Si alguien me hubiera dado un susto como ese en mi carro, habría subido corriendo tan rápido que el mediodía se habría adelantado a las seis de la mañana.

Jamie se encontraba a mi lado; una elegante aparición vestida de marrón. La luz de la luna desprendía un brillo cobrizo en su cuero cabelludo. Su collar de cuentas rojas y blancas sobresalía del cuello de su camisa.

—¡Ah! —dije—. Esto... No. —Me apoyé contra la pared, esperando resultar despreocupado, atractivo y sofisticado. Por desgracia, no di en la pared.

Jamie tuvo la amabilidad de hacer como si no lo hubiera visto.

—Deberías intentar dormir —murmuró—. El reto al que te enfrentarás mañana... —Unas arrugas de preocupación surcaron su frente—. No me lo puedo imaginar.

El sueño me parecía un concepto extraño, sobre todo ahora, con el corazón haciendo «clonc, clonc, clonc» como un patín de pedales defectuoso.

—Oh, no duermo mucho. Antes era un dios, ¿sabes? —Me preguntaba si flexionar los músculos ayudaría a demostrarlo. Decidí que no—. ¿Y tú? ¿Eres un semidiós?

Jamie gruñó.

—Interesante palabra. Yo diría que soy un *elomiíràn*: uno de los otros. También estoy estudiando un curso de posgrado en contabilidad en la Universidad de Indiana.

No tenía ni idea de qué hacer con esa información. No se me ocurrían temas de conversación que me hicieran parecer interesante a los ojos de un estudiante de posgrado en contabilidad. Tampoco me había dado cuenta de los años que Jamie me sacaba. Me refería a mi yo mortal, Lester, no a mi yo divino. Estaba hecho un lío.

—Pero Ssssarah dijo que trabajaste para Cómodo —recordé—. ¿Eres un gladiador?

Las comisuras de su boca tiraron hacia abajo.

—Un gladiador, no. Solo peleo los fines de semana por dinero. Artes marciales mixtas. Gidigbo y dambe.

—No sé qué son esas cosas.

Él soltó una risita.

—La mayoría de la gente no lo sabe. Son artes marciales nigerianas. La primera, el gidigbo, es un estilo de lucha de mi pueblo, los yoruba. La otra es un deporte hausa, más violento, pero me gusta.

—Entiendo —dije, aunque no era verdad.

Incluso en la antigüedad, me había caracterizado por mi lamentable ignorancia de todo lo que quedaba por debajo del desierto del Sáhara. Los dioses del Olimpo acostumbrábamos a quedarnos en nuestro barrio a orillas del Mediterráneo, una postura, lo reconozco, terriblemente elitista.

—¿Pelear por dinero?

—Para pagar la matrícula —asintió Jamie—. No sabía dónde me metía con ese emperador.

—Y sin embargo has sobrevivido —observé—. Como ves, el mundo es mucho más extraño de lo que la mayoría de los mortales creéis. Tú, Jamie, debes de tener montones de ìgboyà.

Rio de forma grave y sonora.

—Muy buena. En realidad me llamo Olujime. Para la mayoría de los estadounidenses, es más fácil llamarme Jamie.

Lo entendía. Solo hacía unos meses que yo era mortal y ya me estaba cansando de deletrear «Papadopoulos».

—Bueno, Olujime —dije—, encantado de conocerte. Tenemos suerte de contar con un defensor como tú.

—Ajá. —Olujime asintió con la cabeza seriamente—. Si mañana sobrevivimos,

tal vez necesiten un contable en la Estación de Paso. Una finca tan compleja... tiene muchas repercusiones fiscales.

—Esto...

—Es broma —dijo—. Mi novia dice que soy muy bromista.

—Ah. —Esta vez pareció que me hubieran dado una patada en la barriga—. Tu novia. Sí. ¿Me disculpas?

Hui.

Estúpido Apolo. Claro que Olujime tenía novia. No sabía quién ni qué era, ni qué destino lo había arrastrado a nuestro extraño y pequeño mundo, pero era evidente que alguien tan interesante no estaría soltero. Además, era demasiado mayor para mí, o demasiado joven, dependiendo de cómo se viera. Decidí no verlo de ninguna manera.

Agotado pero intranquilo, deambulé por los pasillos cambiantes hasta que tropecé con una pequeña biblioteca. Cuando digo «biblioteca», me refiero a una de las anticuadas que no tienen libros; solo pergaminos amontonados en cubículos. ¡Ah, qué recuerdos me traía el olor a papiro!

Me senté a la mesa del centro de la sala y me acordé de las charlas que solía mantener en Alejandría con la filósofa Hipatia. Ella sí que era una *melomakarona* inteligente. Ojalá estuviera aquí ahora. Me habrían venido bien sus consejos para sobrevivir en la Cueva de Trofonio.

Por desgracia, actualmente mi única asesora estaba metida en el carcaj que llevaba en la espalda. Saqué de mala gana a la Flecha de Dodona y la dejé sobre la mesa.

El astil de la flecha vibró contra la mesa. *LARGO TIEMPO ME HABÉIS TENIDO CAUTIVA EN EL CARCAJ. EN VERDAD, VUESTROS NIVELES DE ESTUPIDEZ ME ASOMBRAN.*

—¿Alguna vez te has preguntado por qué no tienes amigos? —inquirí.

FALSO, dijo la flecha. CADA RAMA DE LA ARBOLEDA SAGRADA DE DODONA, CADA RAMITA Y RAÍZ, TODAS ME QUIEREN MUCHO.

Lo dudaba. Lo más probable es que cuando había llegado la hora de elegir una rama para tallar una flecha que enviar de misión conmigo, la arboleda entera había escogido por unanimidad ese insoportable trozo de fresno. Ni siquiera los oráculos sagrados podrían oír «en verdad» tantas veces.

—Entonces, dime —declaré—, oh, Flecha Sabia, querida por toda clase de árboles, ¿cómo llegaremos a la Cueva de Trofonio? ¿Y cómo sobreviviremos Meg y yo?

Las plumas de la flecha se rizaron. *DEBERÉIS TOMAR UN COCHE.*

—¿Ya está?

PARTID MUCHO ANTES DEL ALBA. EL TRAYECTO ES EN LA DIRECCIÓN MENOS FRECUENTADA, PERO HABRÁ OBRAS EN LA AUTOPISTA TREINTA Y SIETE. CONTAD CON UNA HORA Y CUARENTA Y DOS MINUTOS DE VIAJE.

Entorné los ojos.

—¿Estás... consultando Google Maps?

Una larga pausa. *DESDE LUEGO QUE NO. AL DIABLO CON VOS. EN CUANTO A CÓMO SOBREVIVIRÉIS, PREGUNTÁDMELO SIN TARDANZA CUANDO LLEGUÉIS A VUESTRO DESTINO.*

—¿Quieres decir que necesitas tiempo para investigar sobre la Cueva de Trofonio en Wikipedia?

¡NO OS DIRÉ UNA PALABRA MÁS, VIL RUFIÓN! ¡NO SOIS DIGNO DE MIS SABIOS CONSEJOS!

—¿Que no soy digno? —Cogí la flecha y la sacudí—. ¡No sirves de nada, trozo inútil de...!

—¿Apolo? —Calipso estaba en la puerta.

A su lado, Leo sonreía.

—No sabíamos que estabas discutiendo con tu flecha. ¿Volvemos más tarde?

Suspiré.

—No, pasad.

Los dos se sentaron enfrente de mí. Calipso entrelazó los dedos sobre la mesa como una profesora en una reunión con padres.

Leo hizo todo lo posible por imitar a alguien capaz de ser serio.

—Ejem, oye, Apolo...

—Lo sé —dije tristemente.

Él parpadeó como si le hubiera lanzado chispas de soldar a los ojos.

—¿Ah, sí?

—Suponiendo que mañana sobrevivamos —dije—, vosotros dos queréis quedaros en la Estación de Paso.

Los dos se quedaron mirando la mesa. Un poco más de llanto y de tirones de pelo habría estado bien, o un «¡Por favor, perdónanos!» entre sollozos sentidos. Pero supuse que Lester Papadopoulos no merecía tanta disculpa.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Calipso.

—¿Por las conversaciones serias con nuestras anfitrionas? —dije—. ¿Las miradas furtivas?

—Eh, tío —dijo Leo—. Yo no soy furtivo. No tengo ni un pelo de furtividad.

Me volví hacia Calipso.

—Josephine tiene un taller maravilloso para Leo. Y a ti puede enseñarte a recuperar la magia. Emmie tiene unos jardines dignos de tu antiguo hogar, Ogigia.

—Mi antigua cárcel —me corrigió Calipso, aunque su tono no era de ira.

Leo no paraba quieto.

—Es que... Josephine me recuerda mucho a mi madre. Necesita ayuda aquí. La Estación de Paso es un edificio vivo, pero necesita casi tanto mantenimiento como Festo.

Calipso asintió con la cabeza.

—Hemos estado viajando mucho tiempo, Apolo, viviendo en peligro constante durante meses. No solo me atraen la magia y los jardines de este sitio. Emmie dice que en esta ciudad podríamos vivir como unos chicos normales. Incluso ir al instituto local.

De no ser por la seriedad de sus ojos, podría haberme reído.

—¿Tú, una antigua inmortal mayor aún que yo, quieres ir al instituto?

—Eh, tío —dijo Leo—. Ninguno de nosotros ha tenido oportunidad de vivir una vida normal nunca.

—Nos gustaría ver —continuó Calipso— cómo nos iría juntos, y por separado, en el mundo de los mortales. Tomarnos las cosas con más calma. Salir. Novio. Novia. Quizá... quedar con amigos.

Pronunció esas palabras como si estuvieran impregnadas de una especia exótica: un sabor que deseaba paladear.

—El caso, amigo Lester —dijo Leo—, es que prometimos que te ayudaríamos. Nos preocupa dejarte solo.

Su mirada estaba tan llena de preocupación —preocupación por mí— que tuve que esperar a que se deshiciera el nudo que se me había formado en la garganta. Habíamos viajado juntos durante seis semanas. La mayoría de ese tiempo había deseado fervientemente estar en otra parte con otras personas. Pero, con la excepción de mi hermana, ¿había compartido alguna vez tantas experiencias con alguien? Me di cuenta, dioses míos, de que iba a echar de menos a esa pareja.

—Lo entiendo. —Tuve que hacer un enorme esfuerzo para pronunciar las palabras—. Josephine y Emmie son buena gente. Ellas pueden ofreceros un hogar. Y yo no estaré solo. Ahora tengo a Meg. No pienso volver a perderla.

Leo asintió con la cabeza.

—Sí, Meg tiene una energía increíble. Lo dice un experto.

—Además —dijo Calipso—, nosotros no... ¿cómo se dice?... saltaremos totalmente del mapa.

—«Desapareceremos» —la corregí—. Aunque «saltaremos» suena más divertido.

—Sí —convino Leo—. Todavía tenemos que hacer muchas cosas de semidioses. Tengo que volver a contactar con mi gente: Jason, Piper, Hazel, Frank... Ahí fuera todavía hay mucha gente que quiere darme un puñetazo.

—Y tenemos que sobrevivir mañana —añadió Calipso.

—Claro, nena. Bien dicho. —Leo dio unos golpecitos en la mesa delante de mí—. El caso, colega, es que no vamos a abandonarte. Si nos necesitas, grita, y aquí estaremos.

Parpadeé para contener las lágrimas. No estaba triste. No me sentía abrumado por su amistad. No, solo había sido un día muy largo y estaba crispándome.

—Os lo agradezco —dije—. Sois dos buenos amigos.

Calipso se secó los ojos. Sin duda también estaba cansada.

—No nos entusiasmemos. Sigues siendo un pelmazo.

—Y tú sigues siendo un grano en el gloutos, Calipso.

—De acuerdo. —Ella se sonrió—. Ahora sí que deberíamos descansar todos. Mañana nos espera una jornada movidita.

—Uf. —Me tiré del pelo—. Supongo que no podrás invocar a un espíritu del

viento, ¿verdad? Mañana tengo que ir a la Cueva de Trofonio, y no tengo ni carro ni coche.

—¿Coche? —Leo sonrió diabólicamente—. ¡Yo puedo conseguirte uno!

Empieza por un acorde de do.
Todas las teclas no, Meg. Do no
son las iniciales de «dolor»

A las cinco de la madrugada de la mañana siguiente, en la rotonda de enfrente de la Estación de Paso, Meg y yo encontramos a Leo delante de un brillante Mercedes XLS rojo. No le pregunté cómo había conseguido el vehículo. Él tampoco me dio la información *motu proprio*. Sí que dijo que debíamos devolverlo en un plazo de veinticuatro horas (suponiendo que viviéramos tanto) y que debíamos procurar que la policía no nos parase.

La mala noticia es que en las afueras de la ciudad me paró la policía.

¡Oh, qué mala suerte! El agente nos detuvo sin ningún motivo aparente. Al principio temí que fuera un blemia, pero no era ni de lejos tan educado.

Frunció el ceño al ver mi permiso.

—Este carnet de conducir juvenil es del estado de Nueva York, chico. ¿Qué haces conduciendo un coche como este? ¿Dónde están tus padres, y adónde llevas a esta niña?

Tuve la tentación de explicarle que era un dios con cuatro mil años de antigüedad y sobrada experiencia conduciendo el sol, que mis padres estaban en el reino celestial, y que la niña era mi ama semidiosa.

—Es mi...

—Hermana pequeña —terció Meg—. Me lleva a clase de piano.

—Ah, sí —convine.

—¡Y llegamos tarde! —Meg agitó los dedos de una forma que no se parecía en nada a tocar el piano—. Porque mi hermano es tooonto.

El agente frunció el entrecejo.

—Esperad aquí.

Se dirigió a su coche patrulla, tal vez con la intención de cotejar mi permiso en su ordenador o de pedir refuerzos a los SWAT.

—¿Tu hermano? —pregunté a Meg—. ¿Clase de piano?

—Lo de que eres tonto era verdad.

El agente volvió con una expresión confundida en el rostro.

—Disculpa. —Me dio el permiso—. Ha sido culpa mía. Conduce con cuidado.

Y eso fue todo.

Me preguntaba qué había hecho cambiar de opinión al agente. Quizá cuando Zeus

había creado mi permiso había incorporado algún hechizo en el carnet que me permitía pasar inspecciones poco rigurosas como controles de carretera. Sin duda Zeus había oído que conducir siendo mortal podía ser peligroso.

Seguimos adelante, aunque el incidente me dejó alterado. En la autopista 37, miraba cada coche que iba en la dirección contraria y me preguntaba cuáles los conducirían blemias, semidioses o mercenarios que iban a trabajar al palacio de Comodón, impacientes por acabar con mis amigos a tiempo para la ceremonia de nombramiento.

Al este, el cielo se aclaró y pasó del color ónice al carbón. En el arcén, las farolas de vapor de sodio teñían el paisaje de naranja Agamedes: vallas y pastos, hileras de árboles, barrancos secos. De vez en cuando veíamos una gasolinera o un oasis Starbucks. Cada pocos kilómetros, nos cruzábamos con carteles que proclamaban ORO: ¡LOS MEJORES PRECIOS! con un hombre sonriente que se parecía sospechosamente al rey Midas con un traje barato.

Me preguntaba cómo le iría a Litienses en la Estación de Paso. Cuando nos habíamos ido, el edificio entero bullía de actividad: todo el mundo arrojaba el hombro para arreglar armaduras, afilar armas y preparar trampas. Litienses había permanecido al lado de Josephine, asesorándola sobre Cómodo y sus diversas tropas, pero solo parecía presente a medias, como un hombre con una enfermedad terminal que explica a otros pacientes la mejor forma de prolongar lo inevitable.

Por extraño que parezca, me fiaba de él. Creía que no traicionaría a Josephine y Emmie, la pequeña Georgina y el resto de la variopinta familia improvisada que tanto me importaba. El compromiso de Lit parecía sincero. Ahora odiaba a Cómodo más que ninguno de nosotros.

Claro que hacía seis semanas yo no habría sospechado que Meg McCaffrey trabajaba para Nerón...

Eché un vistazo a mi pequeña ama. Estaba hundida en su asiento, con sus zapatillas de caña alta rojas sobre el salpicadero por encima de la guantera. Su postura no me parecía cómoda. Se me antojaba la clase de costumbre que un niño aprende y que luego se niega a abandonar cuando es mayor.

Meg agitaba los dedos sobre las rodillas, tocando el piano imaginario.

—Podrías intentar poner unos cuantos silencios en tu composición —le dije—. Para variar.

—Quiero recibir clases.

No estaba seguro de haber oído correctamente.

—¿Clases de piano? ¿Ahora?

—Ahora no, bobo. Algún día. ¿Puedes enseñarme?

¡Qué idea más espantosa! Quería creer que poseía una trayectoria lo bastante larga como dios de la música para no tener que dar clases a principiantes. Por otra parte, advertí que Meg me lo había pedido; no me lo había ordenado. Detecté algo tímido y esperanzado en su voz, como un brote verde de chíca que saliera. Me acordé

de Leo y Calipso la noche anterior en la biblioteca, hablando pensativamente de la vida normal que podrían llevar en Indiana. Resultaba extraño cómo los humanos soñaban con el futuro. A los inmortales nos da igual. Para nosotros, soñar con el futuro es como mirar la manecilla de las horas de un reloj.

—Muy bien —dije—. Suponiendo que sobrevivamos a las aventuras de esta mañana.

—Trato hecho. —Meg tocó ruidosamente un último acorde que a Beethoven le habría encantado. A continuación sacó de su mochila de provisiones una bolsita de plástico con zanahorias (peladas por mí, muchas gracias) y empezó a masticarlas sonoramente mientras entrechocaba las punteras de sus zapatillas.

Porque sí.

—Deberíamos hablar de nuestra estrategia —propuse—. Cuando lleguemos a las cuevas tendremos que encontrar la entrada secreta. Dudo que sea tan evidente como la entrada de los mortales.

—Vale.

—Cuando tú hayas eliminado a los guardias que encontremos...

—Cuando los dos los hayamos eliminado —me corrigió.

—Lo mismo da. Tendremos que buscar dos arroyos cerca de allí. Tendremos que beber de los dos antes...

—No me lo digas. —Meg levantó una zanahoria como si fuera una batuta—. Nada de spoilers.

—¿Spoilers? ¡Esta información podría salvarnos la vida!

—No me gustan los spoilers —insistió ella—. Quiero sorprenderme.

—Pero...

—No.

Apreté el volante. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no pisar el acelerador y lanzarnos como un rayo hacia el horizonte. Quería hablar de la Cueva de Trofonio... no solo para informar a Meg, sino para ver si yo había entendido bien los detalles.

Me había quedado levantado casi toda la noche en la biblioteca de la Estación de Paso. Había leído pergaminos, había repasado mis recuerdos imperfectos, incluso había intentado arrancar más respuestas a la Flecha de Dodona y a la bola 8 mágica de Agamedes. Había obtenido un éxito limitado, pero lo que había conseguido reconstruir me puso todavía más nervioso.

Me gustaba hablar cuando estaba nervioso.

Sin embargo, parecía que a Meg no le inquietase la tarea que nos aguardaba. Se comportaba de forma tan insufrible y despreocupada como el primer día que me había encontrado con ella en el callejón de Manhattan.

¿Se estaba haciendo la valiente? Me parecía que no. No dejaba de asombrarme lo fuertes que podían ser los mortales ante los desastres. Incluso los humanos más traumatizados, maltratados y neuróticos, podían seguir adelante como si todo fuera de lo más normal. Las comidas se seguían preparando. El trabajo se seguía haciendo.

Las clases de piano se empezaban y las zanahorias se masticaban.

Viajamos en silencio a lo largo de kilómetros. Ni siquiera pude poner música decente porque el Mercedes no tenía radio por satélite. ¡Maldito sea Leo Valdez y sus vehículos de lujo gratuitos!

En la única emisora de FM que encontré transmitían una cosa que se llamaba *Zoo Matutino*. Después de mi experiencia con Calipso y los grifos, no estaba de humor para zoos.

Pasamos por pueblecitos con moteles destartados, tiendas de ropa de segunda mano, almacenes de pienso y varios vehículos en venta a un lado de la carretera. El campo era llano y monótono: un paisaje que no habría desentonado en el antiguo Peloponeso de no ser por los postes telefónicos y las vallas publicitarias. Bueno, y por la propia carretera. A los griegos nunca se les ha dado muy bien construir carreteras. Probablemente se deba a que Hermes era su dios de los viajes. A Hermes siempre le interesaron más los trayectos fascinantes y peligrosos que las rápidas y tranquilas carreteras interestatales.

Por fin, dos horas después de haber salido de Indianápolis, empezó a romper el alba, y a mí empezó a entrarme el pánico.

—Estoy perdido —reconocí.

—Lo sabía —dijo Meg.

—¡No es culpa mía! ¡He seguido los indicadores de la Casa de Dios!

Meg me miró entornando los ojos.

—¿La tienda de biblias cristianas que hemos dejado atrás? ¿Por qué has hecho eso?

—¡Por favor! ¡La gente de esta zona tiene que especificar los dioses que anuncia!

Meg eructó contra su puño.

—Para y pregúntale a la flecha. Me estoy mareando.

Yo no quería preguntarle a la flecha. Pero tampoco quería que Meg vomitase las zanahorias en la tapicería de cuero. Paré al lado de la carretera y saqué mi arma arrojadiza profética del carcaj.

—Oh, Flecha Sabia —dije—. Estamos perdidos.

LO SUPE CUANDO OS CONOCÍ.

La flecha tenía un astil muy fino. ¡Se rompería tan fácilmente! Me contuve. Si destruía el regalo de la Arboleda de Dodona, temía que su patrona, mi abuela *hippy* Rea, me maldijese y me condenase a oler a pachuli todo el tiempo.

—Lo que quiero decir —continué— es que tenemos que encontrar la entrada de la Cueva de Trofonio. Rápido. ¿Puedes indicarnos cómo llegar?

La flecha vibró; tal vez buscaba conexiones de *wifi* locales. Con lo lejos que estábamos, temí que empezara a emitir el *Zoo Matutino*.

LA ENTRADA DE LOS MORTALES SE HALLA UNA LEGUA AL ESTE, recitó. CERCA DE UN COBERTIZO PORTÁTIL CON EL TEJADO AZUL.

Por un instante, me quedé mudo de la sorpresa.

—Eso... nos ha sido muy útil.

PERO NO PODÉIS UTILIZAR LA ENTRADA DE LOS MORTALES, añadió. ESTÁ DEMASIADO VIGILADA, Y SUPONDRÍA VUESTRA MUERTE.

—Ah. Retiro lo dicho.

—¿Qué dice? —preguntó Meg.

Le indiqué con la mano que tuviera paciencia. (Por qué, no lo sé. Era un deseo imposible).

—Gran Flecha, ¿no sabrás cómo deberíamos llegar a la cueva?

SEGUID ESTA CARRETERA HACIA EL OESTE. A UN LADO DE LA CARRETERA VERÉIS UN PUESTO EN EL QUE VENDEN HUEVOS FRESCOS.

—¿Sí?

ESE PUESTO NO ES IMPORTANTE. SEGUID ADELANTE.

—¿Apolo? —Meg me hincó el dedo en las costillas—. ¿Qué dice?

—Algo sobre huevos frescos.

Esa respuesta pareció contentarla. Por lo menos dejó de darme con el dedo.

ID MÁS ALLÁ, aconsejó la flecha. TOMAD EL TERCER DESVÍO A LA IZQUIERDA. CUANDO VEÁIS LA SEÑAL DEL EMPERADOR, SABRÉIS QUE TENÉIS QUE PARAR.

—¿Qué señal del emperador?

LO SABRÉIS CUANDO LA VEÁIS. PARAD ALLÍ, SALTAD LA VERJA Y SEGUID HACIA EL INTERIOR HASTA EL LUGAR CON DOS ARROYOS.

Unos dedos fríos tocaron un arpegio por mis vértebras. «El lugar con dos arroyos»; eso por lo menos tenía sentido. Ojalá no lo hubiera tenido.

—¿Y luego? —pregunté.

LUEGO DEBÉIS BEBER Y LANZAROS AL ABISMO DE LOS HORRORES. PERO PARA ELLO DEBERÉIS ENFRENTAROS A LOS GUARDIANES QUE NO SE PUEDEN MATAR.

—Fantástico —dije—. Supongo que no tendréis... que no tendrás más información sobre esos guardianes imposibles de matar en el artículo de Wikipedia.

TENÉIS BUFONADAS DE BUFÓN. NO, MIS PODERES PROFÉTICOS NO VEN ESA PARTE. Y UNA COSA MÁS.

—¿Sí?

DEJADME EN EL MERCEDES. NO DESEO SUMIRME EN LA MUERTE Y LAS TINIEBLAS.

Metí la flecha debajo del asiento del conductor. Luego relaté la conversación entera a Meg.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Guardianes imposibles de matar? ¿Qué quiere decir eso?

—A estas alturas, vete a saber, Meg. ¿Buscamos un abismo de los horrores al que lanzarnos?

Vaca bonita y peluda.
¡Qué mona, calentita y salvaje!
¡Yupi! ¿Puedo matarla?

La señal del emperador era bastante fácil de ver:

ADOpte UNA CARRETERA
LOS SIGUIENTES OCHO KILÓMETROS
ESTÁN PATROCINADOS
POR TERRENOS TRIUNVIRATO

Puede que Cómodo y sus colegas fueran unos asesinos sedientos de poder que estaban empeñados en dominar el mundo, pero por lo menos se preocupaban por limpiar la basura.

Una cerca de alambre de espino recorría el arcén. Detrás de ella había más campo sin nada de particular: unas cuantas hileras de árboles y matorrales, pero sobre todo praderas onduladas. A la luz previa al amanecer, el rocío despedía un manto de vapor sobre la hierba. A lo lejos, detrás de un grupo de almeceas, pastaban dos grandes animales. No podía distinguir su forma exacta. Parecían vacas, pero dudaba que lo fueran. No vi a ningún guardián, eliminable o no, cosa que no me tranquilizó en lo más mínimo.

—Bueno —le dije a Meg—. ¿Vamos?

Nos echamos las provisiones a los hombros y bajamos del Mercedes.

Meg se quitó la chaqueta y la colocó sobre el alambre de espino. Aunque la flecha me había indicado que saltásemos, solo conseguimos dar un tambaleante paso de gigante. Sujeté a Meg el alambre de espino de arriba, pero ella no hizo lo mismo por mí. Gracias a eso, acabé con unos embarazosos rasgones en los fondillos de los vaqueros.

Cruzamos sigilosamente el campo en dirección a los dos animales que pastaban.

Yo sudaba excesivamente. El aire frío de la mañana se condensaba en mi piel y me hacía sentir como si me estuviera bañando en una sopa fría: gazpacho de Apolo. (Mmm, suena bastante bien. Cuando vuelva a ser dios tendré que registrar la marca).

Nos agachamos detrás de los almeceas, a menos de diez metros de los animales. El alba teñía el horizonte de rojo.

No sabía de cuánto margen de tiempo disponíamos para entrar en la caverna. Cuando el espíritu de Trofonio dijo «amanecer», ¿se refería al crepúsculo náutico?

¿Al alba? ¿El momento en que los faros del carro solar se veían o cuando el carro estaba tan alto en el cielo que se podían leer las pegatinas de mi parachoques? En cualquier caso, teníamos que darnos prisa.

Meg se ajustó las gafas. Empezó a moverse lentamente de lado buscando una vista despejada alrededor de los arbustos cuando una de las criaturas levantó la cabeza lo justo para que yo viera fugazmente sus cuernos.

Contuve un grito. Agarré a Meg de la muñeca y la puse otra vez a cubierto detrás de los almecees.

Normalmente, eso podría haberme costado un mordisco, pero estaba dispuesto a arriesgarme. Era un poco temprano para ver morir a mi joven amiga.

—Quédate muy quieta —susurré—. Eso son yales.

Ella parpadeó con un ojo y luego con el otro, como si mi advertencia estuviera pasando lentamente de su hemisferio izquierdo a su hemisferio derecho.

—¿Yales? ¿No es una universidad?

—Sí —murmuré—. Y uno de los símbolos de la Universidad de Yale es el yale, pero eso no importa. Esos monstruos... —Tragué el sabor a aluminio del miedo—. Los romanos los conocían como centícoras. Son de lo más letales. Les atraen los movimientos bruscos y los ruidos fuertes. Así que chitón.

En realidad, incluso siendo un dios, nunca había estado tan cerca de un yale. Eran animales feroces y orgullosos, muy territoriales y agresivos. Recordaba haberlos atisbado en la visión del salón del trono de Cómodo, pero eran unos animales tan raros que me había medio convencido de que eran de otra especie. Además, no me imaginaba que Cómodo estaría tan loco para tener yales tan cerca de los humanos.

Parecían yaks gigantes más que vacas. Su cuerpo estaba cubierto de un pelo marrón enmarañado con manchas amarillas, mientras que el pelo de su cabeza era totalmente amarillo. Una crin de caballo les caía por el pescuezo. Su cola peluda era de la longitud de mi brazo, y sus grandes ojos color ámbar... Oh, dioses. Por cómo los describo, casi parecen adorables. Pues te aseguro que no lo eran.

Los rasgos más destacados de los yales eran sus cuernos: dos brillantes lanzas blancas de hueso estriado, absurdamente largas para la cabeza de la criatura. Había visto esos cuernos en acción. Hacía eones, durante la campaña oriental de Dioniso, el dios del vino había soltado a una manada de yales contra las filas de un ejército indio de cinco mil soldados. Todavía me acordaba de los gritos de esos guerreros.

—¿Qué hacemos? —susurró Meg—. ¿Matarlos? Son bastante bonitos.

—Los guerreros espartanos también eran bastante bonitos hasta que te atravesaban. No, no podemos matar yales.

—Bien. —Una larga pausa, y entonces la vena rebelde natural de Meg se puso de manifiesto—. ¿Por qué no? ¿Es que su pelo es invulnerable a mis espadas? No lo soporto.

—No, Meg, creo que no. El motivo por el que no podemos matar a esos animales es porque los yales figuran en la lista de monstruos en peligro de extinción.

—Te lo estás inventando.

—¿Por qué iba a inventarme algo así? —Tuve que acordarme de no levantar la voz—. Artemisa pone mucho cuidado en controlar la situación. Cuando los monstruos empiezan a desaparecer de la memoria colectiva de los mortales, se regeneran cada vez con menos frecuencia en el Tártaro. ¡Tenemos que dejar que se reproduzcan y se repueblen!

Meg no parecía convencida.

—Ajá.

—Venga. Has oído que en Sicilia se propuso construir un templo de Poseidón, ¿no? Tuvo que ser trasladado porque se descubrió que el terreno estaba cerca de la zona de nidificación de una hidra de vientre rojo.

La mirada vacía de Meg hacía pensar que no había oído hablar del tema, aunque había sido noticia de primera plana hacía solo unos miles de años.

—De todas formas —insistí—, los yales son mucho más raros que las hidras de vientre rojo. No sé dónde ha encontrado Cómodo a estos, pero si los matáramos, todos los dioses nos maldecirían, empezando por mi hermana.

Meg volvió a contemplar a los animales peludos que pastaban tranquilamente en el prado.

—¿No te maldijo ya la laguna Estigia o algo por el estilo?

—Eso no viene al caso.

—Entonces, ¿qué hacemos?

El viento cambió de dirección. De repente me acordé de otro detalle de los yales. Tenían un magnífico sentido del olfato.

La pareja levantó sus cabezas a la vez y volvió sus bonitos ojos color ámbar en dirección a nosotros. El yale macho bramó; un sonido como el de una sirena de niebla haciendo gárgaras con elixir bucal. A continuación los dos monstruos embistieron.

Me acordé de más datos interesantes sobre los yales. (Si no hubiera estado a punto de morir, podría haber hecho de narrador de un documental). Para tratarse de unos animales tan grandes, tenían una velocidad impresionante.

¡Y qué cuernos! Cuando los yales atacaban, sus cuernos giraban como antenas de insecto... o, para ser exactos, como las lanzas de unos caballeros medievales, que eran aficionados a poner esas criaturas en sus escudos heráldicos. Los cuernos también daban vueltas, y sus estrías afiladas se movían en espiral para perforar mejor nuestros cuerpos.

Ojalá hubiera podido grabar un vídeo de esos majestuosos animales. ¡Habría recibido millones de «Me gusta» en DiosTube! Pero si alguna vez te han atacado dos yaks peludos y moteados con lanzas dobles en las cabezas, sabrás que manejar la cámara en esas circunstancias es difícil.

Meg me empujó y me apartó de la trayectoria de los yales mientras corrían entre

los almece. El cuerno izquierdo del macho me rozó el muslo y me cortó los vaqueros. (No estaba siendo un buen día para mis vaqueros).

—¡A los árboles! —gritó Meg.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la hilera de robles más próxima. Afortunadamente, los yales no eran tan rápidos girando como embistiendo. Las criaturas describieron un amplio arco al galope mientras Meg y yo nos poníamos a cubierto.

—Ya no son tan bonitos —observó Meg—. ¿Seguro que no podemos matarlos?

—¡No! —Repasé mi limitado repertorio de habilidades. Sabía cantar y tocar el ukelele, pero los yales no eran famosos por su oído musical. El arco y la flecha no me servirían de nada. Podía intentar herir a los animales, pero con la suerte que tenía, acabaría matándolos sin querer. Se me habían acabado las jeringas de amoníaco, los muros de ladrillo, las elefantas y los arranques de fuerza divina. Solo me quedaba mi carisma natural, y no creía que los yales lo apreciaran.

Los animales redujeron el paso a medida que se acercaban. Probablemente no sabían cómo matarnos entre los árboles. Los yales eran agresivos, pero no eran cazadores. No empleaban maniobras sofisticadas para arrinconar y vencer a sus presas. Si alguien entraba en su territorio, simplemente atacaban. Los intrusos morían o escapaban. Problema resuelto. No estaban acostumbrados a los intrusos que se hacían los escurridizos.

Rodeamos poco a poco los robles, procurando mantenernos enfrente de los animales.

—Bonitos yales —canté—. Estupendos yales.

Los yales no se mostraron impresionados.

Conforme cambiábamos de perspectiva, vi algo a unos treinta metros de los animales: un grupo de rocas del tamaño de lavadoras entre la alta hierba. No eran nada del otro mundo, pero mi fino oído captó el sonido de un chorro de agua.

Señalé las rocas a Meg.

—La entrada de la cueva debe de estar allí.

Ella arrugó la nariz.

—Entonces ¿vamos corriendo y nos tiramos?

—¡No! —grité—. Debería haber dos arroyos. Tenemos que parar a beber de los dos. Dudo que el descenso a la cueva sea fácil. Necesitaremos tiempo para buscar una forma segura de bajar. Si nos tiramos sin más, podríamos morir.

—Esos harvards no van a darnos tiempo.

—Yales —la corregí.

—Lo mismo da —dijo ella, robándome la frase—. ¿Cuánto crees que pesan esos bichos?

—Mucho.

Ella pareció procesar esa información en su calculadora mental.

—Vale. Prepárate.

—¿Para qué?

—Nada de spoilers.

—Te odio.

Meg alargó las manos. Alrededor de los yales, la hierba empezó a crecer descontroladamente y se trenzó formando unas gruesas cuerdas verdes que envolvieron las patas de los animales. Las criaturas se retorcían y bramaban como sirenas de niebla haciendo gárgaras, pero la hierba siguió creciendo, subió a través de sus flancos y enredó sus enormes cuerpos.

—Vamos —dijo Meg.

Corrí.

Treinta metros nunca me habían parecido tanta distancia.

A mitad de camino de las rocas, miré atrás. Meg daba traspiés, con la cara reluciente de sudor. Debía de haber consumido toda su fuerza para enredar a los yales. Los animales forcejaban y hacían girar sus cuernos, e intentaban cortar la hierba y tiraban contra ella con todas sus fuerzas.

Llegué al montón de rocas.

Como había sospechado, dos manantiales borboteaban de unas fisuras situadas una al lado de la otra en la cara de una roca, como si Poseidón hubiera pasado por allí y hubiera agrietado la piedra con su tridente: «Quiero agua caliente aquí, y agua fría aquí». En un manantial burbujeaba agua blanca diluida del color de la leche desnatada. El otro era negro como tinta de calamar. Los dos manantiales se juntaban en un riachuelo musgoso antes de salpicar contra el suelo embarrado.

Más allá de los manantiales, una grieta zigzagueaba entre las rocas más grandes: un corte en el suelo de tres metros de ancho que no dejaba lugar a dudas sobre la presencia del sistema de cavernas que se ocultaba debajo. En el borde de la sima había un rollo de cuerda atado a un pitón de hierro.

Meg se dirigió a mí tambaleándose.

—Deprisa —dijo con voz entrecortada—. Tírate.

Detrás de ella, los yales desgarraban poco a poco sus ataduras de hierba.

—Tenemos que beber —le dije—. Mnemósine, la Fuente de la Memoria, es negra. Lete, la Fuente del Olvido, es blanca. Si bebemos de las dos al mismo tiempo, deberían contrarrestarse una a la otra y prepararnos mentalmente...

—Me da igual. —La cara de Meg estaba ahora blanca como las aguas de Lete—. Ve tú.

—¡Pero tienes que venir conmigo! ¡El Oráculo lo dijo! Además, no estás en condiciones de defenderte.

—Estoy bien —dijo gimiendo—. ¡Bebe!

Ahuequé una mano en el agua de Mnemósine y la otra en el agua de Lete. Bebí de un trago las dos aguas al mismo tiempo. No tenían sabor; solo un frío intenso y entumecedor, de ese que hace tanto daño que no notas el dolor hasta mucho más tarde.

El cerebro me empezó a dar vueltas y a girar en espiral como un cuerno de yale. Mis pies parecían globos de helio. Meg se peleaba con la cuerda, tratando de rodearme la cintura con ella. Por algún motivo, me resultaba graciosísimo.

—Te toca —dije riendo tontamente—. ¡Empina el codo!

Meg frunció el entrecejo.

—¿Y que se me vaya la olla? No.

—¡Tontorrón! Si no te preparas para el Oráculo...

En el prado, los yales se liberaron y arrancaron varios metros cuadrados de hierba del terreno.

—¡No hay tiempo! —Meg se abalanzó sobre mí y me derribó por la cintura. Como la buena amiga que era, me tiró del saliente al negro vacío de debajo.

Me siento chachi, me
ahogo, me congelo, surfeo serpientes.
¡La vida es bella, Batman!

Meg y yo caímos en picado a través de la oscuridad; la cuerda iba desenrollándose a medida que rebotábamos en una roca tras otra y me raspaba salvajemente la ropa y la piel.

Hice lo normal en esos casos. Grité:

—¡YUPIIIIIII!

La cuerda se tensó de golpe y me hizo tan violentamente la maniobra de Heimlich que por poco escupí el apéndice. Meg gruñó sorprendida, me soltó y siguió cayendo a oscuras. Un instante más tarde, un chapoteo resonó debajo.

Reí colgado en el vacío.

—¡Qué divertido! ¡Otra vez!

El nudo de mi cintura se deshizo, y me zambullí en un agua gélida.

Probablemente mi estado de delirio evitó que me ahogara en el acto. No sentí la necesidad de luchar, revolverme o respirar. Me hundí, ligeramente entretenido con mi propio aprieto. Los sorbos que había bebido de las fuentes de Lete y Mnemósine combatían en mi mente. No me acordaba de mi nombre, cosa que me resultaba muy graciosa, pero recordaba con total claridad las motas amarillas de los ojos serpentinos de Pitón cuando clavó sus colmillos en mi inmortal bíceps hacía milenios.

No debería haber podido ver nada bajo el agua oscura. Sin embargo, me asaltaban imágenes. Tal vez se debía a que mis globos oculares se estaban congelando.

Vi a mi padre, Zeus, sentado en una silla de jardín junto a una piscina panorámica en el borde de una terraza. Más allá de la piscina, un mar azul celeste se extendía hasta el horizonte. La escena habría sido más adecuada para Poseidón, pero yo conocía ese sitio: el bloque de apartamentos de mi madre en Florida. (Sí, tenía una de esas madres inmortales que se retiraban a Florida; ¡qué se le va a hacer!).

Leto estaba arrodillada al lado de Zeus, rezando con las manos juntas. Sus brazos bronceados brillaban en contraste con su vestido de playa blanco. Su cabello largo y rubio caía serpenteando por su espalda en una intrincada trenza.

—¡Por favor, milord! —suplicó—. Es su hijo. ¡Ya ha aprendido la lección!

—Todavía no —tronó Zeus—. Oh, no. Todavía tiene que pasar la auténtica prueba.

Reí y saludé con la mano.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, papá!

Como me encontraba bajo el agua y seguramente alucinaba, mis palabras no deberían haberse oído. Aun así, Zeus miró y frunció el ceño.

La escena se desvaneció. Me encontré ante otro inmortal.

Delante de mí flotaba una diosa oscura, con un cabello color ébano que se mecía en la corriente fría y un vestido que ondeaba a su alrededor cual humo volcánico. Tenía un rostro delicado y sublime, con diestros toques de lápiz de labios, sombra de ojos y rímel en tonos medianoche.

Su presencia me resultaba encantadora.

—¡Hola, Estigia!

Sus ojos color obsidiana se entornaron.

—Tú. No sabes mantener una promesa. No creas que me he olvidado.

—¡Pero yo sí! —dije—. ¿Quién soy?

En ese momento hablaba totalmente en serio. Sabía que ella era Estigia, diosa del río más importante del inframundo. Sabía que era la ninfa del agua más poderosa de todas y la hija mayor del titán del mar, Océano. Sabía que me odiaba, y no me extrañaba, porque también era la diosa del odio.

Pero no tenía ni idea de quién era yo ni de qué había hecho para ganarme su animosidad.

—¿Sabías que ahora mismo me estoy ahogando? —Era tan gracioso que me eché a reír como un tonto y expulsé un chorro de burbujas.

—Me vengaré —gruñó Estigia—. PAGARÁS por tus promesas rotas.

—¡Vale! —convine—. ¿Cuánto?

Ella siseó irritada.

—Ahora no puedo hacerlo. ¡Vuelve a tu ridícula misión!

La diosa desapareció. Alguien me agarró del cogote, me sacó del agua de un tirón y me lanzó a una superficie de piedra dura.

Mi rescatadora era una niña de unos doce años. Le caían gotas de agua de un vestido de tubo verde raído. Tenía los brazos llenos de arañazos sangrantes. Sus vaqueros y sus zapatillas de caña alta rojas estaban cubiertos de barro.

Y lo más inquietante, los diamantes falsos de sus gafas no solo brillaban. Emitían su propia luz. Me di cuenta de que aquellas pequeñas constelaciones que flotaban junto a sus ojos eran el único motivo por el que podía verla.

—Tengo la impresión de que te conozco —dije con voz ronca—. Te llamas Peg. ¿O Megan?

Ella frunció el ceño y adoptó una expresión casi tan peligrosa como la de la diosa Estigia.

—No te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—¡No! —Le dediqué una sonrisa alegre, pese a estar empapado y temblando. Se me pasó por la mente que debía de estar sufriendo un *shock* hipotérmico. Me acordaba de todos los síntomas: escalofríos, mareo, confusión, ritmo cardíaco rápido,

náuseas, fatiga... ¡Hala, me los sabía todos!

Ojalá me acordase de mi nombre. Se me ocurrió que tenía dos. ¿Uno era Lester? Oh, dioses. ¡Qué horror! El otro era algo que empezaba por a.

¿Alfred? Hum. No. Entonces la niña sería Batman, y eso no me encajaba.

—Me llamo Meg —dijo.

—¡Sí! Sí, claro. Gracias. Y yo soy...

—Un idiota.

—Hum. No... ¡Ah! Es una broma.

—La verdad es que no. Pero te llamas Apolo.

—¡Eso es! Y hemos venido a por el Oráculo de Trofonio.

Ella inclinó la cabeza y envió la constelación de la montura izquierda de sus gafas a una casa astrológica superior.

—¿No te acuerdas de nuestros nombres, pero te acuerdas de eso?

—Qué raro, ¿verdad? —Me incorporé con dificultad. Se me habían amoratado los dedos, y probablemente no era una buena señal—. ¡Me acuerdo de los pasos que hay que dar para pedir algo al Oráculo! Primero, hay que beber de las Fuentes de Lete y Mnemósine. Yo ya lo he hecho, ¿verdad? Por eso me siento tan raro.

—Sí. —Meg se escurrió el agua de la falda—. Tenemos que seguir adelante o moriremos congelados.

—¡Vale! —Acepté su ayuda para ponerme de pie—. Después de beber de las fuentes, tenemos que bajar a una cueva. ¡Oh! ¡Ya hemos llegado! Luego tenemos que adentrarnos en ella. Hum. ¡Por allí!

En realidad, solo había un camino.

Quince metros por encima de nosotros, una diminuta rendija de luz brillaba en la grieta por la que habíamos caído. La cuerda colgaba fuera de nuestro alcance. No podríamos salir por donde habíamos entrado. A nuestra izquierda se alzaba una escarpada cara de roca. Aproximadamente a la mitad del muro, una cascada manaba de una fisura y caía en la charca que había a nuestros pies. A nuestra derecha, el agua formaba un río oscuro y salía por un estrecho túnel. El saliente sobre el que nos encontrábamos serpenteaba junto al río y tenía la anchura justa para andar por encima, suponiendo que no resbalásemos, nos cayésemos y nos ahogásemos.

—¡Bueno! —Eché a andar delante de Meg siguiendo el riachuelo.

A medida que el túnel torcía, la cornisa de roca se estrechó. El techo descendió hasta que casi tuve que arrastrarme. Detrás de mí, Meg respiraba dando soplos temblorosos; sus exhalaciones eran tan fuertes que resonaban por encima del borboteo del río.

Me costaba andar y articular pensamientos racionales al mismo tiempo. Era como tocar ritmos sincopados con una batería. Tenía que mover las baquetas a una velocidad totalmente distinta que los pies en los pedales del bombo y el platillo. Un pequeño error, y mi febril ritmo de jazz se convertía en una plomiza polca.

Me detuve y me volví hacia Meg.

—¿Pastas de miel?

A la luz brillante de los diamantes de imitación de sus gafas, su expresión era difícil de descifrar.

—Espero que no me estés llamando así.

—No, necesitamos pastas de miel. ¿Las has traído tú o yo? —Me toqué los bolsillos empapados. Solo palpé unas llaves de coche y una cartera. Tenía un carcaj, un arco y un ukelele en la espalda (¡Oh, un ukelele! ¡Maravilloso!), pero no creía que hubiera guardado pastas en un instrumento de cuerda.

Meg frunció el entrecejo.

—No dijiste nada de traer pastas de miel.

—¡Pero me acabo de acordar! ¡Las necesitamos para las serpientes!

—Serpientes. —A Meg le dio un tic facial que no creía que estuviera relacionado con la hipotermia—. ¿Por qué habría de haber serpientes?

—¡Buena pregunta! Solo sé que tenemos que tener pastas de miel para tranquilizarlas. Así que... ¿nos hemos olvidado de las pastas?

—¡No dijiste nada de traer pastas!

—Pues es una lástima. ¿Se te ocurre algún sustituto? ¿Oreos, por ejemplo?

Meg negó con la cabeza.

—No tenemos Oreos.

—Hum. Está bien. Supongo que tendremos que improvisar.

Ella miró con aprensión al fondo del túnel.

—Tú enséñame a improvisar con las serpientes. Yo te seguiré.

Me pareció una idea magnífica. Avancé paseando alegremente, salvo por las zonas donde el techo del túnel estaba demasiado bajo. En esos sitios, avancé agachándome alegremente.

A pesar de caerme al río unas cuantas veces, pegarme en la cabeza con alguna que otra estalactita y atragantarme con el olor a guano de murciélago, no me sentía angustiado. Parecía que las piernas me flotasen. El cerebro se me bamboleaba dentro del cráneo y se reequilibraba constantemente como un giroscopio.

Cosas que recordaba: había tenido una visión en la que aparecía Leto. Ella intentaba convencer a Zeus de que me perdonara. ¡Qué detalle! También había tenido una visión en la que salía la diosa Estigia. Estaba enfadada... ¡Qué risa! Y por algún motivo, me acordaba de hasta la última nota que Stevie Ray Vaughan tocaba en «Texas Flood». ¡Qué gran canción!

Cosas que no recordaba: ¿no tenía una hermana gemela? ¿Se llamaba... Lesterina? ¿Alfreda? Ninguno de los dos nombres sonaba bien. ¿Y por qué Zeus estaba cabreado conmigo? ¿Y por qué Estigia estaba cabreada conmigo? ¿Y quién era la niña de las gafas con brillantes falsos que me seguía y por qué no tenía pastas de miel?

Puede que tuviera la cabeza hecha un lío, pero mis sentidos estaban tan despiertos como siempre. Ráfagas de aire cálido procedentes de más adelante me rozaban la

cara. Los sonidos del río se desvanecieron, y el eco se volvió más profundo y más tenue, como si el agua fuese a dar a una caverna más grande. Un nuevo olor acometió mis fosas nasales: un aroma más seco y más amargo que el guano de murciélago. Ah, sí... piel de reptil y excrementos.

Me detuve.

—¡Ya sé por qué!

Sonreí a Peggy... Megan... no, Meg.

Ella frunció el ceño.

—¿Que ya sabes por qué qué?

—¡Por qué hay serpientes! —contesté—. Me has preguntado por qué íbamos a encontrar serpientes, ¿verdad? ¿O había algo más? ¡Las serpientes son simbólicas! Representan la sabiduría profética de las profundidades de la Tierra, del mismo modo que los pájaros simbolizan la sabiduría profética del cielo.

—Ajá.

—¡De modo que a las serpientes les atraen los oráculos! ¡Sobre todo los de las cuevas!

—¿Como aquella serpiente monstruosa que oímos en el Laberinto, Pitón?

Esa referencia me inquietó un poco. Estaba seguro de que hacía unos minutos sabía quién era Pitón. Ahora me había quedado en blanco. De repente recordé el nombre Monty Python. ¿Era correcto? No creía que el monstruo se llamara Montgomery, ni que me hubiera dejado utilizar el diminutivo.

—Bueno, sí, supongo que es como aquella —dije—. ¡El caso es que más adelante debería haber serpientes! Por eso necesitamos pastas de miel. ¿Has dicho que tenías?

—No, he...

—¡Estupendo! —Seguí avanzando.

Como había sospechado, el túnel se ensanchaba hasta formar una cámara grande. Un lago de unos veinte metros de diámetro cubría toda la zona, excepto un islote de roca situado en el centro. Por encima de nosotros, el techo abovedado estaba erizado de estalactitas como arañas de luces negras. El islote y la superficie del agua estaban cubiertos de una capa reptante de serpientes, como espaguetis olvidados en agua hirviendo. Mocasines de agua. Unos animales encantadores. Miles.

—¡Tachán! —exclamé.

Meg no parecía compartir mi entusiasmo. Retrocedió muy lentamente hacia el túnel.

—Apolo... necesitarás trocientas pastas de miel para tantas serpientes.

—Oh, pero tenemos que llegar al islote del centro. Allí es donde recibiremos la profecía.

—Pero si nos metemos en el agua, ¿no nos matarán las serpientes?

—¡Probablemente! —Sonreí—. ¡Vamos a averiguarlo!

Me tiré al lago.

Meg se marca un solo
y espanta a su público.
Buen trabajo, McCaffrey

—¡Canta, Apolo! —gritó Meg.

Ninguna otra palabra me habría hecho parar más rápido. ¡Me encantaba que me pidieran que cantara!

Había cruzado la mitad del lago, cubierto hasta la cintura de sopa de fideos reptiles, pero me volví y miré a la niña situada en la boca del túnel. Yo debía de haber agitado a las serpientes a mi paso. Los animales se deslizaban de un lado a otro, con sus bonitas cabecitas asomando por encima de la superficie y sus bocas blancas abiertas. (¡Ah, ya lo entiendo! ¡Por eso las llamaban bocas de algodón!).

Muchas serpientes se dirigían en tropel a Meg y husmeaban sus zapatillas como si estuvieran decidiendo si le hacían compañía en el saliente. Meg se ponía de puntillas sobre un pie y luego sobre el otro como si no le entusiasmara la idea.

—¿Me has dicho que cante? —pregunté.

—¡Sí! —Su voz sonó estridente—. ¡Hechiza a las serpientes! ¡Haz que se vayan!

No entendía a qué se refería. Cuando yo cantaba, el público siempre se acercaba. ¿Quién era esa niña, a todo esto? Al parecer me había confundido con san Patricio. (Un tío majo, por cierto; eso sí, con una voz terrible. Normalmente las leyendas no cuentan que ahuyentó a las serpientes de Irlanda con su espantosa versión del «Te Deum»).

—¡Canta la canción que cantaste en el hormiguero! —suplicó.

¿El Hormiguero? Recordaba haber cantado con la Pandilla de Ratas de Frank Sinatra y con Gorillaz, ¿pero el Hormiguero? No recordaba haber formado parte de ese grupo.

Sin embargo, se me ocurrió por qué Megan/Peg/Meg podía estar nerviosa. Los mocasines de agua son venenosos. Al igual que los yales, pueden volverse agresivos cuando su territorio es invadido. Pero Meg estaba en la boca del túnel, no en el territorio de las serpientes. ¿Por qué estaba nerviosa?

Miré abajo. Cientos de víboras se arremolinaban a mi alrededor, exhibiendo sus adorables boquitas con sus puntiagudos colmillitos. Se movían lentamente en el agua, o puede que simplemente estuvieran deslumbradas al encontrarse en mi presencia — ¡el alegre, carismático y encantador Cómo-me-llamase!—, pero sí que parecían sisear mucho.

—¡Oh! —Reí al caer en la cuenta—. ¡Estás preocupada por mí! ¡Estoy a punto de morir!

Sentí el impulso vago de hacer algo. ¿Correr? ¿Bailar? ¿Qué era lo que había propuesto Meg?

Antes de que pudiera decidirme, Meg se puso a cantar.

Tenía una voz débil y desafinada, pero reconocí la melodía. Estaba convencido de que yo la había compuesto.

Cada vez que alguien se arranca a cantar en público, hay un momento de vacilación. Los peatones se detienen a escuchar, tratando de discernir lo que están oyendo y por qué una persona desconocida ha decidido darles una serenata. Cuando la voz irregular de Meg resonó por la caverna, las serpientes percibieron las vibraciones. Más cabezas de víbora del tamaño de pulgares salieron a la superficie. Más bocas blancas se abrieron, como si trataran de saborear la canción. Alrededor de mi cintura, el aluvión de mocasines de agua se desperdigó mientras las serpientes centraban su atención en Meg.

Ella cantaba sobre pérdida y arrepentimiento. Sí... recordaba vagamente haber cantado esa canción. Había recorrido los túneles de un hormiguero de mirmekes, desahogando mi tristeza, desnudando mi corazón mientras buscaba a Meg. En esa canción, había asumido la responsabilidad de las muertes de mis grandes amores, Dafne y Jacinto. Recordé sus nombres como si se me hubieran clavado unos cristales rotos.

Meg repitió mi actuación, pero con otras palabras. Se inventaba los versos. A medida que las víboras se reunían a sus pies, su voz se volvió más fuerte, más segura. Seguía desafinando, pero cantaba con una convicción desgarradora: su canción era tan triste y sincera como lo había sido la mía.

—Es culpa mía —cantó—. Tu sangre en mis manos. La rosa aplastada que no pude salvar.

Me quedé pasmado al ver que tenía tanto talento poético. Obviamente, las serpientes también. Se mecían a sus pies formando una densa masa como el público en el concierto flotante que Pink Floyd dio en Venecia en 1989; una actuación que, por algún motivo, recordaba perfectamente.

Me di cuenta con un poco de retraso de que era un milagro que todavía no hubiera muerto de una picadura de mocasín de agua. ¿Qué hacía en mitad de ese lago? Solo la música de Meg me mantenía con vida; su discordante voz resultaba hermosa y cautivadora, capaz de mantener la atención de miles de víboras absortas.

Al igual que ellas, yo quería quedarme donde estaba y escuchar, pero una sensación de malestar estaba aumentando dentro de mí. Esa cueva... el Oráculo de Trofonio. Algo me decía que esa cueva no era el lugar adecuado para desahogarse.

—Meg —susurré—. Para.

Al parecer ella no podía oírme.

La caverna entera parecía ahora centrada en su voz. Las paredes de roca brillaban.

Las sombras se cimbreaban como si bailasen. Las relucientes estalactitas apuntaban a Meg como agujas de brújula.

Ella cantaba que me había traicionado, que había vuelto a la casa de Nerón, que había sucumbido a su miedo a la Bestia...

—No —dije, un poco más alto—. ¡No, Meg!

Demasiado tarde. La magia de la caverna reflejaba su canción y amplificaba cien veces su voz. La cámara se llenó de un sonido de dolor puro. El lago empezó a bullir a medida que las serpientes asustadas se sumergían y huían, y pasaban por mi lado en una fuerte contracorriente.

Tal vez escaparon por un canal oculto. Tal vez se esfumaron. Lo único que sé es que el islote de roca del centro de la cueva estaba de repente vacío, y yo era el único ser vivo que quedaba en el lago.

Meg seguía cantando. Su voz sonaba ahora forzada, como si un gigantesco puño invisible la apretase como un juguete sonoro. Luces y sombras parpadeaban sobre las paredes de la caverna y formaban imágenes espectrales para ilustrar sus letras.

En una escena, un hombre maduro sonreía en cuclillas como si estuviera mirando a un niño. Tenía el pelo moreno y rizado como el mío (o sea, el de Lester), una nariz ancha y pecosa y unos ojos claros y cálidos. Ofrecía una rosa roja.

—De parte de tu madre —susurró, a modo de coro de la canción de Meg—. Esta rosa nunca se marchitará, tesoro. Nunca tendrás que preocuparte por las espinas.

La mano regordeta de un niño apareció en la visión, estirándose para coger la flor. Sospechaba que se trataba de uno de los primeros recuerdos de Meg: un episodio en el límite de su conciencia. Ella tomó la rosa, y los pétalos se abrieron hasta que floreció al máximo. El tallo se enroscó amorosamente alrededor de la muñeca de Meg. La niña chilló de regocijo.

Otra visión: el emperador Nerón con su traje de tres piezas morado se arrodillaba para mirar a Meg a los ojos. Sonreía de una forma que podría haberse confundido con dulzura si uno no conocía a Nerón. Su papada se hinchaba bajo su fina barba. Sus anillos con joyas brillaban en sus gruesos dedos.

—Serás una buena niña, ¿verdad? —Agarró a Meg por el hombro un poco más fuerte de lo necesario—. Tu papá ha tenido que irse. Si te portas bien, a lo mejor vuelves a verlo. ¿A que te gustaría?

La versión más pequeña de Meg asintió con la cabeza. Intuí, de algún modo, que tenía unos cinco años. Me imaginé que sus pensamientos y emociones se replegaban dentro de ella y formaban un grueso caparazón protector.

Apareció otra escena. Justo delante de la Biblioteca Pública de Nueva York en el centro de Manhattan, el cadáver de un hombre yacía sobre los escalones de mármol blancos. Tenía una mano abierta sobre la barriga, que era un horrible campo de batalla con trincheras rojas; tajos de un cuchillo o arañazos de un depredador grande.

La policía se arremolinaba tomando notas, haciendo fotos, manteniendo a la multitud detrás de un cordón de cinta amarilla. Sin embargo, se separaron para dejar

pasar a dos personas: Nerón, vestido con otro traje morado pero con la misma barba espantosa y las mismas joyas, y Meg, que ahora debía de tener seis años, horrorizada, pálida, reacia. Vio el cadáver y empezó a llorar. Trató de apartarse, pero Nerón plantó una pesada mano en su hombro para inmovilizarla.

—Quiero que veas esto. —Su voz rezumaba falsa compasión—. Lo siento mucho, cariño. La Bestia... —Suspiró como si esa escena trágica fuera inevitable—. Necesito que te apliques más en los estudios, ¿entiendes? Debes hacer lo que el maestro de esgrima dice. Me partiría el corazón que ocurriera otra desgracia, algo aún peor que esto. Mira. Recuérdalo.

Los ojos de Meg se inundaron de lágrimas. Avanzó muy lentamente. Su difunto padre tenía agarrado el tallo de una rosa en la otra mano. Los pétalos aplastados se hallaban esparcidos sobre su vientre, casi invisibles contra la sangre.

—¡Papi! —dijo gimiendo—. ¡Ayúdame! —La policía no se fijó en ella. La multitud se comportaba como si no existiera. Solo Nerón estaba allí con ella.

Al final, la niña se volvió hacia él, sepultó la cara en el chaleco de su traje y sollozó sin poder controlarse.

Las sombras bailaron más rápido a través de las paredes de la caverna. La canción de Meg empezó a reverberar y a transformarse en ondas de ruido aleatorias. El lago se revolvía a mi alrededor. Las tinieblas se acumularon en el islote, ascendieron arremolinándose como una tromba marina y formaron la figura de un hombre.

—¡Deja de cantar, Meg! —grité.

Lanzando un último sollozo, la niña se postró de rodillas, con la cara surcada de lágrimas. Cayó de costado, gimiendo, con la voz áspera como la lija. Los diamantes falsos de sus gafas seguían brillando, pero con un tenue tono azulado, como si hubieran perdido toda su calidez.

Deseaba correr al lado de Meg más que nada en el mundo. Los sorbos de la Fuente de la Memoria y la Fuente del Olvido se habían consumido prácticamente en mi organismo. Conocía a Meg McCaffrey. Quería consolarla. Pero también sabía que todavía corría peligro.

Me volví hacia el islote. La aparición era solo vagamente humanoide, compuesta de sombras y fractales de luz. Imágenes persistentes de las letras de la canción de Meg aparecían fugazmente y se desvanecían en su cuerpo. Irradiaba miedo todavía más intensamente que el escudo de Thalia, *Égida*: oleadas de terror que amenazaban con arrebatar-me el dominio de mí mismo.

—¡Trofonio! —grité—. ¡Déjala en paz!

Su figura se aclaró y se enfocó: su lustroso cabello moreno, su rostro orgulloso. A su alrededor revoloteaban un montón de abejas fantasma, sus animales sagrados, manchitas de oscuridad.

—Apolo. —Su voz resonó grave y áspera, como cuando Georgina la había expulsado en el Trono de la Memoria—. He esperado mucho tiempo, padre.

—Por favor, hijo mío. —Junté las manos—. Meg no es tu peticionaria. ¡Soy yo!

Trofonio observó a la joven McCaffrey, que ahora estaba hecha un ovillo y temblaba en la cornisa de piedra.

—Si ella no es mi peticionaria, ¿por qué me ha invocado con su canción triste? Tiene muchas preguntas sin responder. Yo podría contestarlas, a cambio de su cordura.

—¡No! Ella... ella intentaba protegerme. —Se me atragantaron las palabras—. Es mi amiga. Ella no ha bebido de las fuentes. Yo, sí. Yo soy el suplicante de tu sagrado Oráculo. ¡Tómame a mí!

La risa de Trofonio tenía un sonido horrible... digno de un espíritu que moraba en la oscuridad con miles de serpientes venenosas.

—«Tómame a mí» —repitió—. La misma súplica que yo elevé cuando mi hermano Agamedes se quedó atrapado en un túnel, con el pecho atascado, mientras su vida se apagaba. ¿Me escuchaste entonces, padre?

Se me secó la boca.

—No castigues a esta niña por lo que yo hice.

Las abejas fantasmales de Trofonio formaron una nube más grande, zumbando airadamente delante de mi cara.

—¿Sabes cuánto tiempo he vagado por el mundo de los mortales después de matar a mi hermano, Apolo? —preguntó el fantasma—. Después de cortarle la cabeza, con las manos manchadas todavía de su sangre, recorrí el monte dando tumbos durante semanas, meses. Supliqué a la tierra que me tragase y pusiera fin a mi sufrimiento. Solo la mitad de mi deseo se hizo realidad.

Señaló a su alrededor.

—Ahora vivo en la oscuridad porque soy tu hijo. Veo el futuro porque soy tu hijo. Todo mi dolor y mi locura... ¿Por qué no habría de compartirlos con los que buscan mi ayuda? ¿Acaso tú prestas ayuda gratis?

Me fallaron las piernas. Caí de rodillas y me hundí en el agua glacial hasta la barbilla.

—Por favor, Trofonio. Ahora soy mortal. ¡Cóbrate tu precio conmigo, no con ella!

—¡La niña ya se ha ofrecido voluntaria! Me ha revelado sus miedos y pesares más profundos.

—¡No! No, ella no ha bebido de las dos fuentes. Su mente no está preparada. ¡Morirá!

En la figura oscura de Trofonio aparecieron imágenes fugaces como relámpagos: Meg recubierta de sustancia viscosa en la guarida de las hormigas; Meg situada entre Litienses y yo, parando la espada de él con sus espadas doradas cruzadas; Meg abrazándome fuerte mientras nos alejábamos del zoo de Indianápolis volando en nuestro grifo.

—La aprecias —dijo el Oráculo—. ¿Darías tu vida a cambio de la suya?

Me costó procesar esa pregunta. ¿Sacrificar mi vida? En cualquier momento de

mis cuatro mil años de existencia, la respuesta habría sido un rotundo «¡No! ¿Estás loco?». Nunca se debía sacrificar la vida. ¡La vida de uno es importante! El objetivo de mis misiones en el mundo de los mortales, encontrar y proteger todos los oráculos antiguos, era recuperar la inmortalidad para no tener que plantearme esas cuestiones tan espantosas.

Y sin embargo... pensé en que Emmie y Josephine habían renunciado a la inmortalidad la una por la otra. Pensé en que Calipso había sacrificado su hogar, sus poderes, su vida eterna por la posibilidad de recorrer el mundo, experimentar el amor y tal vez disfrutar de las maravillas de la educación secundaria en Indiana.

—Sí —me sorprendí diciendo—. Sí, moriría para salvar a Meg McCaffrey.

Trofonio rio; un sonido húmedo y airado como el remolino de víboras del agua.

—¡Muy bien! Entonces prométeme que me concederás un deseo. Harás lo que yo te pida.

—¿Lo-lo que deseas? —Yo ya no era un dios. Trofonio lo sabía. Y aunque hubiera podido conceder deseos, me parecía recordar una conversación muy reciente con la diosa Estigia sobre los peligros de hacer juramentos que no podía cumplir.

Pero ¿qué otra opción tenía?

—Sí —dije—. Lo juro. Lo que pidas. Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Me tomarás a mí en lugar de a la niña?

—¡Oh, yo no he prometido nada a cambio! —El espíritu se volvió negro como el humo de petróleo—. Solo quería sacarte esa promesa. El destino de la niña ya está decidido.

Estiró los brazos y expulsó millones de oscuras abejas fantasmales.

Meg gritó aterrada cuando el enjambre la envolvió.

Jo, cómo odio a mi hijo.
Menudo imbécil arrogante.
Nada que ver con su papá

No sabía que pudiera moverme tan rápido. Al menos, en la piel de Lester Papadopoulos.

Crucé el lago hasta que llegué al lado de Meg. Traté desesperadamente de espantar a las abejas, pero las motas de oscuridad se arremolinaban a su alrededor y se metían en su boca, su nariz y sus oídos... incluso en sus conductos lagrimales. Como dios de la medicina, me habría parecido fascinante si no hubiera estado tan asqueado.

—¡Basta, Trofonio! —rogué.

—Esto no es cosa mía —dijo el espíritu—. Tu amiga ha abierto su mente al Oráculo Oscuro. Ha hecho preguntas. Ahora está recibiendo las respuestas.

—¡No ha hecho ninguna pregunta!

—Oh, claro que sí. Casi todas sobre ti, padre. ¿Qué será de ti? ¿Adónde debes ir? ¿Cómo puede ayudarte? Esas son las mayores preocupaciones que hay en su mente. Qué lealtad más inmerecida...

Meg empezó a revolverse. La tumbé de lado, como hay que hacer cuando alguien sufre un ataque. Me devané los sesos. ¿Qué más? Apartar los objetos puntiagudos de alrededor... Todas las serpientes habían desaparecido, bien. No podía hacer gran cosa con respecto a las abejas. Su piel estaba fría, pero yo no tenía nada cálido y seco para taparla. Su aroma habitual —aquel tenue e inexplicable olor a manzanas— se había tornado frío y húmedo como el moho. Los diamantes falsos de sus gafas estaban totalmente apagados, y los cristales de sus gafas, blancos del vaho.

—Meg —dije—. No me dejes. Concéntrate en mi voz.

Ella murmuraba de forma incoherente. Presa del pánico, me di cuenta de que si me daba una orden directa en su estado de delirio, incluso algo sencillo como «Déjame en paz» o «Vete», me vería obligado a obedecer. Tenía que encontrar una forma de afianzar su mente, de protegerla de las visiones más siniestras. Era difícil cuando mi propia mente seguía un poco embotada y no podía fiarme totalmente de ella.

Murmuré unos cánticos sanadores: antiguas melodías curativas que hacía siglos que no empleaba. Antes de los antibióticos, la aspirina, incluso de las vendas esterilizadas, teníamos canciones. Por algo yo era el dios de la música y la curación.

Nunca había que subestimar el poder curativo de la música.

La respiración de Meg se volvió más regular, pero el enjambre oscuro seguía envolviéndola, atraído por sus miedos y sus dudas como... en fin, como las abejas al polen.

—Ejem —dijo Trofonio—. Bueno, en cuanto al favor que me has prometido...

—¡Cállate! —le espeté.

—Cállate —murmuró Meg en su estado febril.

Decidí interpretarlo como un eco, no como una orden, dirigido a Trofonio y no a mí. Afortunadamente, mis cuerdas vocales estuvieron de acuerdo.

Canté a Meg sobre su madre, Deméter: la diosa que podía sanar la tierra entera después de sequías, incendios o inundaciones. Canté sobre la misericordia y la bondad de Deméter: cómo había convertido al príncipe Triptólemo en dios por sus buenas obras; cómo había cuidado del niño Demofonte durante tres noches, intentando convertirlo en inmortal; cómo había bendecido a los fabricantes de cereales de la era moderna, inundando el mundo de Chocapic, Weetabix y Smacks. Verdaderamente, era una diosa de una bondad infinita.

—Sabes que te quiere —prometí, meciendo la cabeza de Meg en mi regazo—. Quiere a todos sus hijos. Fíjate en el cariño que le tuvo a Perséfone a pesar de que esa chica... ¡En fin, comparada con ella, tú pareces de lo más refinada! Ejem, sin ánimo de ofender.

Me di cuenta de que ya no cantaba. Estaba divagando, tratando de ahuyentar los miedos de Meg con una voz agradable.

—Una vez —continué— Deméter se casó con un dios menor de las cosechas, Carmanor. Probablemente no te suene. A nadie le sonaba. Era una deidad local de Creta. Grosero, retrógrado, mal vestido. Pero se querían. Tuvieron un hijo... el niño más feo que hayas visto en tu vida. Era imposible encontrarle cualidades buenas. Parecía un cerdo. Todo el mundo lo decía. Incluso tenía un nombre horrible: Eubuleo. Ya lo sé, suena como Ébola. Pero Deméter dio la vuelta a las críticas de todo el mundo. ¡Convirtió a Eubuleo en el dios de los porqueros! Si te digo esto es porque... Bueno, nunca se sabe, Meg. Estoy seguro de que Deméter tiene planes para ti. No te me puedes morir. Te quedan muchas cosas por vivir. ¡Deméter podría convertirte en la diosa menor de los cerditos adorables!

No sabía si me estaba oyendo. Sus ojos se movían bajo los párpados cerrados como si hubiera entrado en la fase REM. Ya no se crispaba ni se retorció tanto. ¿O eran imaginaciones mías? Yo temblaba tanto de frío y miedo que era difícil estar seguro.

Trofonio emitió un sonido como el de una válvula de vapor al abrirse.

—Acaba de caer en un trance más profundo. Eso no tiene por qué ser una buena señal. Todavía podría morir.

Yo seguí dando la espalda a mi hijo.

—No hagas caso a Trofonio, Meg. Él se alimenta del miedo y el dolor. Solo

intenta hacernos perder la esperanza.

—Esperanza —dijo el espíritu—. Interesante palabra. Yo tuve esperanza una vez... en que mi padre se comportara como un padre. Lo superé después de estar muerto varios siglos.

—¡No me culpes a mí de robar el tesoro del rey! —gruñí—. Si estás aquí es porque metiste la pata.

—¡Te recé!

—¡Bueno, a lo mejor no rezaste lo que debías en el momento que debías! —grité—. ¡Reza para tener sensatez antes de cometer una tontería! ¡No me reces para que te eche un cable después de obedecer a tus peores instintos!

Las abejas se arremolinaron a mi alrededor y zumbaron airadamente, pero no me hicieron daño. Me negaba a ofrecerles un miedo del que pudieran alimentarse. Lo único que importaba ahora era mantener una actitud positiva, hacer de sostén de Meg.

—Estoy aquí. —Le aparté el pelo mojado de la frente—. No estás sola.

Ella gimoteó en su trance.

—La rosa ha muerto.

Me sentí como si un mocasín de agua se hubiera metido en mi pecho y me estuviera mordiendo el corazón arteria tras arteria.

—Meg, una flor solo es una parte de la planta. Las flores vuelven a crecer. Tú tienes unas raíces fuertes. Tienes unos tallos fuertes. Tienes... tienes la cara verde. —Me volví hacia Trofonio alarmado—. ¿Por qué tiene la cara verde?

—Interesante. —Parecía cualquier cosa menos interesado—. Tal vez se está muriendo.

Inclinó la cabeza como si escuchase algo a lo lejos.

—Ah. Ya están aquí, esperándoos.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Los sirvientes del emperador. Blemias. —Trofonio señaló al otro lado del lago—. Allí mismo hay un túnel submarino. Lleva al resto del sistema de cuevas, la parte conocida por los mortales. Los blemias han aprendido que no les conviene entrar en esta cámara, pero os están esperando al otro lado. Es la única vía por la que podéis escapar.

—Pues por allí escaparemos.

—Lo dudo —dijo Trofonio—. Aunque tu joven amiga sobreviva, los blemias están preparando explosivos.

—¿QUÉ?

—Oh, Cómodo les habrá dicho que utilicen los explosivos solo como último recurso. Le gusta tenerme como su adivino personal. Envía aquí a sus hombres de vez en cuando, los saca medio muertos y locos, y consigue visiones gratis del futuro. ¿Qué más le da? Pero preferiría destruir este Oráculo a dejaros escapar con vida.

Yo estaba demasiado perplejo para responder.

Trofonio soltó otras carcajadas ásperas.

—No pongas esa cara tan triste, Apolo. Fíjate en el lado bueno: ¡no importa si Meg muere aquí, porque va a morir de todas formas! Mira, ahora echa espuma por la boca. Esa es siempre la parte más interesante.

Efectivamente, en la boca de Meg borboteaba espuma blanca. En mi experta opinión médica, eso casi nunca era buena señal.

Tomé su cara entre mis manos.

—Escúchame, Meg. —Las tinieblas se agitaron a su alrededor y provocaron un cosquilleo en la piel—. Estoy aquí. Soy Apolo, el dios de la curación. No te me vas a morir.

A Meg no le gustaba recibir órdenes. Yo ya lo sabía. Se retorció y echó espuma por la boca, escupiendo palabras al azar como «caballo», «crucigrama», «ungulados» o «raíces». Desde el punto de vista médico, eso tampoco era muy buena señal.

Mi canto no había funcionado. El lenguaje serio no había funcionado. Solo se me ocurría otro remedio: una técnica antigua para extraer veneno y espíritus malvados. La mayoría de las asociaciones médicas ya no aprobaban su práctica, pero me acordé de la quintilla de la Arboleda de Dodona y del verso que más me había quitado el sueño: «Tuvo que digerir muerte y locura».

Y allí estábamos.

Me arrodillé sobre la cara de Meg, como solía hacer cuando enseñaba la respiración boca a boca en el curso de primeros auxilios del Campamento Júpiter. (Esos estúpidos semidioses romanos se ahogaban continuamente).

—Lo siento. —Pellizqué la nariz de Meg y pegué mi boca a la suya. Una desagradable sensación viscosa, como lo que me imaginaba que experimentó Poseidón cuando se dio cuenta de que estaba besando a la gorgona Medusa.

No podía echarme atrás. En lugar de espirar, inspiré y absorbí la oscuridad de los pulmones de Meg.

Puede que en algún momento de tu vida te haya entrado agua por la nariz. Pues imagínate esa sensación, solo que con veneno de abeja y ácido en lugar de agua. El dolor casi me hizo perder el conocimiento; una nube de horror tóxica que me invadió los senos nasales, me bajó por la garganta y me llegó al pecho. Noté que las abejas espectrales rebotaban por mi sistema respiratorio, tratando de salir a picotazos.

Contuve la respiración, decidido a evitarle a Meg la máxima oscuridad durante el mayor tiempo posible. Compartiría esa carga con ella aunque me matase.

Mi mente se sumió en los recuerdos de Meg.

Yo era una niña asustada que temblaba en los escalones de la biblioteca, mirando el cadáver de mi padre asesinado.

La rosa que él me había dado estaba aplastada y muerta. Sus pétalos se hallaban esparcidos sobre las heridas que la Bestia le había hecho en la barriga.

La Bestia lo había hecho. No me cabía ninguna duda. Nerón me había advertido una y otra vez.

Papá me había prometido que la rosa no moriría nunca. Nunca tendría que

preocuparme por las espinas. Me había dicho que la flor era un regalo de mi madre, una señora a la que no había conocido.

Pero la rosa estaba muerta. Papá estaba muerto. En mi vida solo había espinas.

Nerón me puso la mano en el hombro.

—Lo siento mucho, Meg.

Tenía una mirada triste, pero su voz poseía un matiz de decepción. Eso no hacía más que demostrar lo que yo ya sospechaba. La muerte de papá era culpa mía. Debería haber sido mejor hija. Debería haber entrenado más duro, haber cuidado mis modales, no haberme opuesto cuando Nerón me dijo que peleara con los niños más grandes... o los animales que no quería matar.

Había cabreado a la Bestia.

Sollocé, llena de odio a mí misma. Nerón me abrazó. Oculté la cara en su ropa morada y su colonia dulzona; no olía a flores, sino a la mezcla rancia de flores secas de una residencia de ancianos. No estaba segura de cómo conocía ese olor, pero me evocó una sensación medio olvidada de impotencia y terror. Nerón era todo cuanto yo tenía. Carecía de flores de verdad, de un padre de verdad, de una madre de verdad. No era digna de eso. Tenía que aferrarme a lo que tenía.

Entonces, con nuestras mentes fundidas, Meg y yo nos sumimos en el Caos primordial: el miasma con el que las Moiras tejían el futuro, forjando el destino a partir del azar.

Ninguna mente debería exponerse a semejante poder. Incluso cuando era un dios, me daba miedo acercarme demasiado a los límites del Caos.

Era el mismo peligro al que los mortales se arriesgaban cuando solicitaban ver la forma auténtica de un dios: una pira ardiente y terrible de puras posibilidades. La visión de algo así podía volatilizar a los humanos, convertirlos en sal o en polvo.

Protegí a Meg del miasma lo mejor que pude envolviendo su mente con la mía a modo de abrazo, pero los dos oímos unas desgarradoras voces.

Caballo blanco y veloz, susurraban. La recitadora del crucigrama. Tierras de muerte que abrasa.

Y más: frases pronunciadas excesivamente rápido y que se solapaban demasiado para tener sentido. Se me empezaron a quemar los ojos. Las abejas me devoraban los pulmones. Aun así, contuve la respiración. Vi un río neblinoso a lo lejos: la mismísima laguna Estigia. La diosa oscura me llamaba desde la orilla, invitándome a cruzar. Volvería a ser inmortal, aunque de la forma en que las almas humanas se volvían inmortales después de la muerte. Podría pasar a los Campos de Castigo. ¿Acaso no merecía ser castigado por mis numerosos crímenes?

Lamentablemente, Meg se sentía igual. La culpabilidad la abrumaba. No creía que mereciera sobrevivir.

Entonces nos salvó un pensamiento simultáneo:

«No puedo rendirme. Apolo/Meg me necesita».

Aguanté un instante, y otro. Finalmente, no pude soportarlo más.

Espiré y expulsé el veneno de la profecía. Respirando con dificultad, me desplomé junto a Meg sobre la piedra fría y mojada. Poco a poco, el mundo recobró su estado sólido. Las voces se habían apagado. El enjambre de abejas fantasmales había desaparecido.

Me levanté apoyándome en los codos. Presioné el cuello de Meg con los dedos. Su pulso golpeteaba, tenue y débil, pero no estaba muerta.

—Gracias a las Tres Moiras —murmuré.

Por una vez, lo decía en serio. Si Cloto, Láquesis y Átropo hubieran estado delante de mí en ese momento, les habría dado un beso en sus narices verrugosas.

Trofonio suspiró en su isla.

—En fin. De todos modos, la niña podría quedar loca para el resto de su vida. Es un consuelo.

Lancé una mirada asesina a mi difunto hijo.

—¿Un consuelo?

—Sí. —Él inclinó su etérea cabeza, escuchando otra vez—. Más vale que te des prisa. Tendrás que llevar a la niña por el túnel submarino, así que supongo que podríais ahogaros. O los blemias podríais mataros al otro lado. Pero si no os matan, quiero que me hagas el favor que te dije.

Reí. Después de sumergirme en el Caos, no era un bonito sonido.

—¿Esperas que te haga un favor? ¿Por atacar a una niña indefensa?

—Por ofrecerte una profecía —me corrigió Trofonio—. Es tuya, suponiendo que puedas sacársela a la niña en el Trono de la Memoria. Y ahora, mi favor, como prometiste: destruye esta cueva.

Acababa de volver del miasma de las profecías, pero tengo que reconocer que no me esperaba esa petición.

—¿Perdón?

—Este sitio está demasiado expuesto —dijo Trofonio—. Tus aliados de la Estación de Paso no podrán defenderlo del triunvirato. Los emperadores seguirán atacando. No quiero que Cómodo siga utilizándome. Es mejor que el Oráculo sea destruido.

Me preguntaba si Zeus estaría de acuerdo. Yo había obrado creyendo que mi padre quería que restableciese los antiguos oráculos antes de recobrar la divinidad. No estaba seguro de que destruir la Caverna de Trofonio fuera un plan alternativo aceptable. Claro que si Zeus quería que las cosas se hicieran de una forma determinada, debería haberme dado instrucciones por escrito.

—Pero, Trofonio... ¿qué será de ti?

Trofonio se encogió de hombros.

—Tal vez mi Oráculo vuelva a aparecer en otro lugar dentro de unos siglos: en mejores circunstancias y en un sitio más seguro. Así te dará tiempo a convertirte en mejor padre.

Desde luego me estaba poniendo más fácil considerar su petición.

—¿Cómo destruyo este sitio?

—¿He mencionado a los blemias con explosivos de la cueva de al lado? Si ellos no los utilizan, debes utilizarlos tú.

—¿Y Agamedes? ¿Desaparecerá él también?

Tenues destellos de luz brotaron de la figura del espíritu: ¿tristeza, quizá?

—Con el tiempo —dijo Trofonio—. Dile a Agamedes... dile que lo quiero y que siento que este haya sido nuestro destino. Es más de lo que tú me has dicho nunca.

Su remolino de oscuridad empezó a desenrollarse.

—¡Espera! —grité—. ¿Y Georgina? ¿Dónde la encontró Agamedes? ¿Es hija mía?

La risa de Trofonio resonó débilmente por la caverna.

—Ah, sí. Considera ese misterio el último regalo que te hago, padre. ¡Espero que te vuelva loco!

Y desapareció.

Por un instante, me quedé en el saliente, estupefacto y devastado. No me sentía físicamente herido, pero me di cuenta de que era posible sufrir mil picaduras en ese nido de serpientes, aunque ninguna de las víboras se te acercase. Había otros tipos de veneno.

La cueva retumbó, y se propagaron ondas a través del lago. No sabía lo que eso significaba, pero no podíamos quedarnos allí. Cogí a Meg en brazos y me hundí en el agua.

Ten cuidado de no meter la pata
cuando armes bombas o...
CHOF. Papilla de blemia

Puede que ya lo haya dicho: no soy el dios del mar.

Tengo muchas cualidades fascinantes. En mi estado divino, se me da bien prácticamente todo. Pero encarnado en Lester Papadopoulos, no era el maestro de la natación bajo el agua con un brazo mientras cargaba con un peso, ni podía aguantar sin oxígeno más que cualquier mortal normal y corriente.

Me abrí paso a brazadas por el pasadizo, estrechando fuerte a Meg, con los pulmones ardiendo de ira.

«¡Primero nos matas con abejas proféticas oscuras!», me gritaban los pulmones. «¡Y ahora nos obligas a seguir bajo el agua! ¡Eres una persona horrible!».

Esperaba que Meg sobreviviera a la experiencia. Como seguía inconsciente, no podía avisarla de que contuviera la respiración. Lo máximo que podía hacer era abreviar nuestro viaje tanto como fuera posible.

Por lo menos la corriente me favorecía. El agua me empujaba en la dirección que quería ir, pero al cabo de seis o siete segundos, estaba convencido de que íbamos a morir.

Me zumbaban los oídos. Busqué a tientas asideros en las resbaladizas paredes de roca. Debía de estar destrozándome las puntas de los dedos, pero el frío inutilizaba mi sistema nervioso. El único dolor que notaba era el del interior del pecho y la cabeza.

La mente empezó a jugarme malas pasadas mientras buscaba oxígeno.

«¡Puedes respirar bajo el agua!», decía. «Adelante. ¡No pasará nada!».

Estaba a punto de aspirar el río cuando reparé en un tenue brillo verde encima de mí. ¿Aire? ¿Radiación? ¿Zumo de lima? Cualquiera de esas opciones pintaba mejor que ahogarse en la oscuridad. Ascendí impulsándome con los pies.

Me imaginaba que cuando saliera a la superficie estaría rodeado de enemigos, de modo que traté de emerger jadeando y agitándome lo mínimo posible. Me aseguré de que la cabeza de Meg estuviera por encima del agua y acto seguido le hice una rápida compresión abdominal para expulsar todo el líquido de sus pulmones. (Para eso están los amigos).

Hacer todo eso silenciosamente no era fácil, pero en cuanto contemplé mi entorno, me alegré de ser un ninja capaz de boquear y agitarse tan sigilosamente.

La cueva no era mucho más grande que la que habíamos dejado atrás. Del techo

colgaban unas lámparas eléctricas que proyectaban manchas verdes de luz en el agua. En el lado opuesto de la cueva había un muelle lleno de barcazas de aluminio cuadradas, supuse que para visitar las zonas del río subterráneo accesibles por los mortales. En el muelle, tres blemias se hallaban agachados junto a un objeto grande que parecían dos bombonas de oxígeno pegadas con cinta adhesiva, con las rendijas llenas de pegotes de masilla y montones de cables.

Si Leo Valdez hubiera hecho ese artilugio, podría haber sido cualquier cosa, desde un mayordomo robótico a una mochila cohete. Considerando la falta de creatividad de los blemias, llegué a la deprimente conclusión de que estaban armando una bomba.

Los únicos motivos por los que todavía no se habían fijado en nosotros y no nos habían matado eran 1) que estaban discutiendo y 2) que no estaban mirando en dirección a nosotros. La visión periférica de los blemias depende por entero de sus axilas, de modo que acostumbran a enfocar al frente.

Un blemia iba vestido con unos pantalones verde oscuro y una camisa de vestir verde abierta: ¿un conjunto de un guardaparques, tal vez? El segundo llevaba un uniforme azul de la Policía del Estado de Indiana. El tercero... Oh, dioses. Llevaba un vestido de flores de aspecto muy familiar.

—¡No, señor! —gritó el agente de policía lo más educadamente posible—. Ahí no va el cable rojo, muchas gracias.

—De nada —dijo el guardaparques—. Pero he estudiado el diagrama. Va ahí, porque el cable azul tiene que ir aquí. Y le pido disculpas por lo que voy a decir, pero es usted un idiota.

—Está disculpado —replicó el agente afablemente—, pero solo porque usted es idiota.

—Venga, chicos —dijo la mujer. Su voz era definitivamente la de Nanette, la mujer que nos había dado la bienvenida el día que habíamos llegado a Indianápolis. Parecía imposible que se hubiera regenerado tan pronto en el Tártaro después de morir abatida por la torreta de ballesta de Josephine, pero lo atribuí a mi mala suerte habitual—. No discutamos. Podemos llamar a la línea de atención al cliente y...

Meg aprovechó la oportunidad para jadear mucho más fuerte de lo que yo lo había hecho. No teníamos ningún sitio donde escondernos salvo debajo del agua, y yo no estaba en condiciones de volver a sumergirme.

Nanette nos vio. La cara de su pecho se retorció en una sonrisa, y su abundante lápiz de labios naranja relució como barro a la luz verde.

—¡Vaya, mirad lo que tenemos aquí! ¡Visitas!

El guardaparques desenvainó un cuchillo de caza. El agente de policía sacó su pistola. Incluso con la mala percepción de la profundidad propia de su especie, era poco probable que nos diera a tan poca distancia.

Indefenso en el agua, sujetando a Meg jadeante y semiconsciente, hice lo único que se me ocurrió. Grité:

—¡No nos matéis!

Nanette rio entre dientes.

—A ver, cielo, ¿por qué no deberíamos mataros?

Miré la bomba confeccionada con bombonas de oxígeno. Sin duda Leo Valdez sabría qué hacer exactamente en una situación como esa, pero el único consejo que se me ocurrió fue algo que Calipso me había dicho en el zoo: «La mitad de la magia consiste en actuar como si fuera a funcionar. La otra en elegir a un blanco supersticioso».

—¡No deberíais matarme —anuncié— porque sé dónde va el cable rojo!

Los blemias murmuraron algo entre ellos. Puede que fueran inmunes al encanto y a la música, pero compartían con los mortales la reticencia a leer instrucciones y a llamar a los servicios de atención al cliente. Su vacilación me brindó un instante para darle a Meg una bofetada (suavemente en la mejilla, solo para ayudarla a despertarse).

Ella resopló y se movió, lo cual era un progreso con respecto a su desmayo. Busqué posibles vías de escape en la cueva. A nuestra derecha, el río serpenteaba por un túnel de techo bajo. Yo no ardía en deseos de seguir nadando por esas cuevas. A nuestra izquierda, en el borde del muelle, una rampa con barandillas conducía hacia arriba. Decidí que debía de ser la salida a la superficie.

Lamentablemente, tres humanoides superfuertes con un artefacto explosivo se interponían en nuestro camino.

Los blemias pusieron fin a su debate.

Nanette se volvió otra vez hacia mí.

—¡Muy bien! Dinos dónde va el cable rojo, por favor. Entonces os mataremos de la forma menos dolorosa posible, y todos podremos irnos contentos a casa.

—Una generosa oferta —dije—. Pero os lo tengo que enseñar. Es demasiado difícil de explicar desde tan lejos. ¿Me dais permiso para ir hasta la orilla?

El agente de policía bajó el arma. Un bigote poblado cubría su costilla inferior.

—Bueno, ha pedido permiso. Ha sido muy educado.

—Hum. —Nanette se acarició la barbilla y al mismo tiempo se rascó la barriga—. Permiso concedido.

Juntarme con tres enemigos en el muelle era solo un poco mejor que morir congelado en el río, pero me alegré de sacar a Meg del agua.

—Gracias —les dije a los blemias una vez que nos subieron.

—De nada —contestaron los tres al unísono.

—Permitidme dejar a mi amiga... —Me dirigí a la rampa dando traspiés, preguntándome si podría intentar escapar.

—Ahí está bien —me advirtió Nannette—, por favor y gracias.

En griego antiguo no había palabras para decir «Te odio, payasa horrible», pero murmuré una versión aproximada. Apoyé a Meg contra la pared.

—¿Me oyes? —susurré.

Ella tenía los labios de color arándano. Le castañeteaban los dientes. Puso los ojos en blanco, y vi que los tenía inyectados en sangre.

—Por favor, Meg —dije—. Yo distraeré a los blemias, pero tú tienes que salir de aquí. ¿Puedes andar? ¿Arrastrarte? ¿Lo que sea?

—Jam, am, am. —Meg tiritaba y jadeaba—. Shama, shama.

No conocía ese idioma, pero deduje que Meg no iría a ninguna parte sola. Me tocaría hacer algo más que distraer a los blemias.

—¡Está bien! —dijo Nanette—. ¡Muéstranos lo que sabes, por favor, para que podamos tirarte encima esta cueva!

Forcé una sonrisa.

—Por supuesto. Vamos a ver...

Me arrodillé al lado del artefacto. Era muy simple. De hecho, solo había dos cables y dos receptores, identificados con el color azul y el rojo.

Alcé la vista.

—Ah. Una pregunta rápida. Soy consciente de que los blemias no tenéis oído musical, pero...

—¡Eso no es cierto! —El guardaparques puso cara de ofendido—. ¡Ni siquiera sé lo que eso significa!

Los otros dos se inclinaron enérgicamente; el equivalente a asentir con la cabeza para los blemias.

—A mí me gusta todo tipo de música —convino Nanette.

—Explosiones —dijo el policía—. Disparos. Motores de coche. Toda la música es buena.

—Rectifico —dije—. Pero lo que quería preguntar era... ¿sería posible que vuestra especie también fuera daltónica?

Se quedaron patidifusos. Volví a examinar el maquillaje, el vestido y los zapatos de Nanette, y empecé a ver claramente por qué tantos blemias preferían disfrazarse con uniformes mortales. Claro que eran daltónicos.

Que conste que no estoy insinuando que el daltonismo o la falta de oído musical sean indicio de falta de creatividad o inteligencia. ¡Ni mucho menos! Algunos de mis creadores favoritos, de Mark Twain a Mister Rogers pasando por William Butler Yeats, padecían esos problemas.

Sin embargo, en los blemias, las limitaciones sensoriales y la torpeza mental parecían formar parte del mismo paquete.

—Olvidadlo —dije—. Empecemos. Nanette, ¿puedes coger el cable rojo, por favor?

—Bueno, ya que lo pides con tanta educación. —Nanette se inclinó y cogió el cable azul.

—El otro cable rojo —la asesoré.

—Claro. ¡Ya lo sabía!

Cogió el cable rojo.

—Ahora conéctalo al receptor rojo... con este receptor. —Lo señalé.

Nanette hizo lo que le indiqué.

—¡Ya está! —dije.

Los blemias, que claramente seguían perplejos, se quedaron mirando el artefacto.

—Pero hay otro cable —dijo el agente de policía.

—Sí —asentí pacientemente—. Va al segundo receptor. Sin embargo —cogí la mano de Nanette antes de que nos volase a todos por los aires—, cuando lo conectéis, lo más probable es que activéis la bomba. ¿Veis esta pantallita verde? No soy Hefesto, pero supongo que es el temporizador. ¿Sabéis por casualidad cuál es la cuenta atrás predeterminada?

El policía y el guardaparques deliberaron en el lenguaje gutural y monótono de los blemias, que sonaba como si dos lijadoras eléctricas averiadas hablasen en código morse. Eché un vistazo a Meg, que seguía donde la había dejado, temblando y murmurando «shama, shama».

El guardaparques sonrió satisfecho de sí mismo.

—Bueno, señor. Como soy el único que ha leído las instrucciones, he decidido que puedo decirle la respuesta sin miedo a equivocarme. La cuenta atrás predeterminada es de cinco segundos.

—Ah. —Unas cuantas abejas fantasma subieron por mi garganta—. De modo que cuando conectéis el cable, prácticamente no dará tiempo a salir de la cueva antes de que la bomba estalle.

—¡Exacto! —Nanette sonrió—. El emperador fue muy claro. ¡Si Apolo y la niña salen de la cámara del Oráculo, matadlos y derribad la caverna en medio de una potente explosión!

El policía frunció el ceño.

—No, dijo que los matáramos *con* la potente explosión.

—No, señor —dijo el guardaparques—. Dijo que utilizáramos la potente explosión solo si no nos quedaba más remedio. Podíamos matar a estos dos si aparecían, pero si no... —Se rascó el pelo en su hombro—. Me he liado. ¿Para qué era la bomba?

Pronuncié una oración silenciosa para agradecer que Cómodo hubiera enviado blemias y no germani para hacer ese trabajo. Claro que eso significaba que en ese momento los germani debían de estar luchando contra mis amigos en la Estación de Paso, pero yo solo podía manejar las crisis trascendentales de una en una.

—Amigos —dije—. Amienemigos, blemias. Lo que quiero decir es que si activáis la bomba, los tres también moriréis. ¿Estáis dispuestos a eso?

La sonrisa de Nanette desapareció.

—Ah. Hum...

—¡Ya lo tengo! —El guardaparques me señaló enérgicamente agitando el dedo—. ¿Por qué no conecta usted el cable después de que los tres nos vayamos?

—No sea tonto —dijo el policía—. No pondrá fin a su vida y a la de la niña solo

porque nosotros se lo pidamos. —Me lanzó una mirada moderadamente esperanzada—. ¿Verdad?

—No importa —lo reprendió Nanette—. El emperador nos dijo que matásemos a Apolo y a la niña, no que hiciésemos que se matasen ellos mismos.

Los otros asintieron mascullando. Obedecer las órdenes al pie de la letra era crucial para ellos.

—¡Tengo una idea! —dije, cuando en realidad no la tenía.

Había albergado la esperanza de que se me ocurriera un plan ingenioso para vencer a los blemias y sacar a Meg de allí. De momento, ningún plan ingenioso se había concretado. También estaba el asunto de la promesa que le había hecho a Trofonio. Había jurado que destruiría el Oráculo. Prefería hacerlo sin destruirme a mí mismo.

Los blemias esperaron educadamente a que continuara. Traté de echar mano de la fanfarronería de Meg. (Oh, dioses, por favor, no le digáis que me inspiré en ella).

—Es cierto que tenéis que matarnos vosotros —comencé a decir—. ¡Y lo entiendo! Pero tengo una solución que cumplirá todas vuestras exigencias: una explosión potente, la destrucción del Oráculo, nuestra muerte y vuestra salida con vida.

Nanette asintió con la cabeza.

—Lo último es un extra, desde luego.

—Aquí al lado hay un túnel bajo el agua... —Les expliqué que Meg y yo habíamos venido nadando de la cámara de Trofonio—. Para destruir la sala del Oráculo, no podéis hacer estallar la bomba aquí. Alguien tendría que ir nadando con el artefacto al fondo del túnel, activar el temporizador y volver a salir. A ver, yo no soy lo bastante fuerte, pero un blemia podría hacerlo sin problemas.

El policía frunció el entrecejo.

—Pero cinco segundos... ¿es suficiente tiempo?

—Ah —dije—, pero todo el mundo sabe que los temporizadores tardan el doble de tiempo debajo del agua, de modo en realidad tendríais diez segundos.

Nanette parpadeó.

—¿Estás seguro?

El guardaparques le dio un codazo.

—Acaba de decir que todo el mundo lo sabe. ¡No sea maleducada! El policía se rascó el bigote con el cañón de su pistola, un gesto que probablemente iba en contra de los protocolos de seguridad del cuerpo.

—Sigo sin saber por qué tenemos que destruir el Oráculo. ¿Por qué no podemos matarlos a los dos, por ejemplo... con esta pistola... y dejar el Oráculo en paz?

Suspiré.

—¡Ojalá pudiéramos! Pero, amigo mío, es peligroso. Esta niña y yo hemos entrado y salido con nuestra profecía, ¿verdad? Eso significa que otros intrusos también pueden hacerlo. Sin duda el emperador se refería a eso con la explosión

potente. No querréis tener que volver aquí con una bomba cada vez que alguien entre, ¿verdad?

El agente de policía se quedó horrorizado.

—¡Dioses míos, no!

—Y dejar el Oráculo intacto, en este sitio donde claramente los mortales vienen en visitas guiadas... ¡es un riesgo de seguridad! No cerrar la cueva del Oráculo sería muy descortés por nuestra parte.

—Mmm. —Los tres blemias asintieron/se inclinaron seriamente.

—Pero —advirtió Nanette—, como intentes engañarnos de alguna forma... y pido disculpas por plantear la posibilidad...

—No, no —dije—. Lo entiendo perfectamente. ¿Qué os parece esto? Id a poner la bomba. Si volvéis sanos y salvos y la cueva explota en el momento previsto, podéis hacernos el favor de matarnos de forma rápida e indolora. Si algo sale mal...

—¡Podremos arrancaros las extremidades! —propuso el agente de policía.

—¡Y pisotearos hasta haceros papilla! —añadió el guardaparques—. Es una idea maravillosa. ¡Gracias!

Traté de reprimir las náuseas.

—De nada.

Nanette estudió la bomba; tal vez intuía que seguía habiendo algo raro en mi plan. Gracias a los dioses, o no lo vio o tuvo la amabilidad de no mencionar sus reservas.

—Bueno —dijo finalmente—, ¡en ese caso, volveré!

Recogió las bombonas de oxígeno y se tiró al agua, lo que me ofreció unos preciosos segundos para pensar un plan con el fin de evitar que nos hicieran papilla. ¡Por fin las cosas mejoraban!

¿Tu fruta favorita?
Espero que no hayas dicho las uvas,
ni las manzanas, ni los higos

Pobre Nanette.

Me pregunto qué pasó por su mente cuando se dio cuenta de que cinco segundos bajo el agua seguían durando cinco segundos. Cuando el artefacto explotó, me imagino que soltó un último juramento burbujeante como «córcholis».

Me habría dado lástima si no hubiera planeado matarme.

La cueva tembló. Pedazos de estalactitas húmedas cayeron al lago y golpearon ruidosamente los cascos de las barcas. Una ráfaga de aire brotó del centro del lago, levantó el muelle y llenó la caverna de aroma a lápiz de labios color mandarina.

El agente de policía y el guardaparques me miraron frunciendo el entrecejo.

—Ha volado por los aires a Nanette. Qué falta de educación.

—¡Un momento! —grité—. Probablemente vuelva nadando. Es un túnel muy largo.

Gracias a eso gané otros tres o cuatro segundos, durante los cuales tampoco se presentó ningún plan de escape ingenioso. Por lo menos esperaba que la muerte de Nanette no hubiera sido en vano. Esperaba que la explosión hubiera destruido la Cueva del Oráculo como Trofonio deseaba, pero no podía estar seguro.

Meg seguía semiconsciente, murmurando y temblando. Tenía que llevarla a la Estación de Paso y sentarla rápido en el Trono de la Memoria, pero dos blemias todavía se interponían en mi camino. Tenía las manos demasiado entumecidas para poder utilizar el arco o el ukelele. Deseé tener otra arma, incluso un pañuelo mágico brasileño para agitarlo delante de las narices de mis enemigos. ¡Ojalá un arranque de fuerza divina recorriera mi cuerpo!

Finalmente el guardaparques suspiró.

—Está bien, Apolo. ¿Prefiere que lo pisoteemos o que lo desmembreemos a usted primero? Me parece justo ofrecerle la oportunidad de elegir.

—Es muy educado por su parte —convine. A continuación me quedé con la boca abierta—. ¡Oh, dioses míos! ¡Mirad allí!

Tendrás que perdonarme. Soy consciente de que este método de distracción es el truco más viejo del mundo. De hecho, es tan viejo que es anterior a los pergaminos de papiro y fue registrado por primera vez en unas tablillas de barro de Mesopotamia. Pero los blemias se lo tragaron.

Eran muy lentos cuando tenían que mirar a donde alguien señalaba. No podían echar un vistazo. No podían girar la cabeza sin girar todo el cuerpo, de modo que se volvieron ciento ochenta grados andando como un pato.

Yo no tenía pensado ningún segundo truco. Solo sabía que tenía que salvar a Meg y sacarla de allí. Entonces un temblor secundario hizo vibrar la caverna y desequilibró a los blemias, y aproveché la ocasión. Lancé al guardaparques al lago de una patada. En ese mismo instante, una parte del techo se desprendió y cayó encima del guardaparques como una granizada de electrodomésticos. El blemia desapareció bajo la espuma.

Me quedé mirando atónito. Estaba bastante seguro de que yo no había hecho que el techo se agrietase y se hundiese. ¿Pura suerte? O tal vez el espíritu de Trofonio me había concedido a regañadientes un último favor por destruir su cueva. Aplastar a alguien bajo una lluvia de rocas parecía la clase de favor que él concedería.

El policía no presenció nada. Se volvió otra vez hacia mí, con una expresión de desconcierto en la cara de su pecho.

—No veo nada... Un momento. ¿Adónde ha ido mi amigo?

—¿Hum? —dije—. ¿Qué amigo?

Su impresionante bigote se movió nerviosamente.

—Eduardo. El guardaparques.

Fingí confusión.

—¿Un guardaparques? ¿Aquí?

—Sí, estaba aquí hace un momento.

—No lo sé.

La caverna tembló otra vez. Lamentablemente, esta vez ningún pedazo de techo tuvo la amabilidad de desprenderse para aplastar a mi último enemigo.

—Bueno —dijo el policía—, a lo mejor tenía que irse. Disculpe que ahora tenga que matarlo yo solo. Son órdenes.

—Oh, sí, pero primero...

El policía no estaba dispuesto a dejarse disuadir. Me agarró el brazo y me estrujó el cúbito y el radio. Grité. Me fallaron las piernas.

—Deja que la niña se vaya —dije gimoteando en medio del dolor—. Mátame a mí y deja que ella se vaya.

Me sorprendí. No eran las últimas palabras que había pensado decir. En caso de morir, esperaba tener tiempo para componer una balada sobre mis gloriosas hazañas, una balada muy larga. Y sin embargo allí estaba, en las postrimerías de mi vida, rogando no por mí sino por Meg McCaffrey.

Me encantaría llevarme el mérito de lo que pasó a continuación. Me gustaría creer que mi noble gesto de sacrificio fue una muestra de mi valor y sirvió para invocar a nuestros salvadores del plano etéreo. Sin embargo, es más probable que ya estuvieran en la zona, buscando a Meg, y oyeran mi chillido de dolor.

Con un espeluznante grito de guerra, tres karpoi aparecieron volando por el túnel,

se abalanzaron sobre el policía y cayeron sobre su cara.

El policía cruzó el muelle dando traspiés, mientras los tres espíritus de los melocotones aullaban, arañaban y mordían como un banco de pirañas aladas con sabor a fruta... una descripción que, volviendo la vista atrás, no recuerda mucho a unas pirañas.

—¡Quítense de encima, por favor! —gimió el agente de policía—. ¡Por favor y gracias!

A los karpoi les traían sin cuidado los buenos modales. Después de otros veinte segundos de melocotonerío salvaje, el policía quedó reducido a un montón de ceniza de monstruo, tela hecha jirones y pelos de bigote.

El karpos del centro escupió algo que una vez pudo haber sido el arma de mano del agente. Batió sus alas llenas de hojas. Deduje que se trataba de nuestro viejo amigo, el karpos conocido como Melocotones, porque sus ojos brillaban con una pizca más de crueldad y su pañal colgaba de forma un poco más peligrosa.

Me sujeté el brazo roto contra el pecho.

—¡Gracias, Melocotones! No sé cómo podré...

Él no me hizo caso y se fue volando junto a Meg. Se puso a gemir y a acariciarle el pelo.

Los otros dos karpoi me observaron con un brillo ávido en los ojos.

—¿Melocotones? —dije lloriqueando—. ¿Puedes decirles que soy amigo? ¿Por favor?

Melocotones berreaba desconsoladamente. Excavó tierra y escombros alrededor de las piernas de Meg, de la misma forma que uno plantaría un árbol joven.

—¡Melocotones! —grité otra vez—. Yo puedo ayudarla, pero tengo que llevarla a la Estación de Paso. El Trono de la Memoria... —Las náuseas hacían que todo se inclinase y diese vueltas. Se me tiñó la vista de verde.

Cuando pude volver a fijar la vista, encontré a Melocotones y los otros dos karpoi formando una hilera, mirándome fijamente.

—¿Melocotones? —preguntó Melocotones.

—Sí —dije gimiendo—. Tenemos que llevarla rápido a Indianápolis. Si tú y tus amigos... Ejem, creo que no nos han presentado como es debido. Soy Apolo.

Melocotones señaló al amigo de su derecha.

—Melocotones. —Acto seguido apuntó al bebé diabólico de su izquierda—. Melocotones.

—Entiendo. —Traté de pensar. El dolor me subía por el brazo hasta la mandíbula—. Vale, escuchad, tengo... tengo un coche. Un Mercedes rojo, cerca de aquí. Puedo llegar hasta él y llevar a Meg a... a...

Me miré el antebrazo roto. Estaba adquiriendo unos bonitos tonos morados y anaranjados, como una puesta de sol en el mar Egeo. Me di cuenta de que no iba a llevarla en coche a ninguna parte.

Mi mente empezó a sumirse en un mar de dolor bajo aquella bonita puesta de sol.

—Enseguida vuelvo —murmuré.
Y me desmayé.

La Estación de Paso destrozada.
CÓmodo pagará por esto,
y no acepto dinero en efectivo

Recuerdo muy poco del viaje de vuelta.

De algún modo, Melocotones y sus dos amigos nos sacaron a Meg y a mí de la cueva y nos transportaron hasta el Mercedes. Y lo más inquietante de todo, los tres karpoi nos llevaron en coche a Indianápolis mientras Meg murmuraba y tiritaba en el asiento del pasajero y yo gemía en la parte trasera.

No me preguntes cómo los tres karpoi aunaron fuerzas para conducir un automóvil. No sé cuál de ellos manejó el volante, el freno o el acelerador. No es el tipo de conducta que uno espera de la fruta comestible.

Lo único que sé es que cuando recobré más o menos el conocimiento, habíamos llegado al perímetro urbano.

Tenía el antebrazo roto envuelto en hojas pegadas con savia. No recordaba cómo había llegado a ocurrir eso, pero notaba el brazo mejor; todavía me dolía, pero ya no era insoportable. Menos mal que los espíritus de los melocotones no habían tratado de plantarme y regarme.

Conseguí sentarme derecho justo cuando los espíritus de los melocotones paraban en Capital Street. Delante de nosotros, la carretera estaba bloqueada por coches patrulla. Grandes letreros rojos en caballetes anunciaban: EMERGENCIA POR FUGA DE GAS. GRACIAS POR SU PACIENCIA.

Una fuga de gas. Leo Valdez había vuelto a acertar. Suponiendo que siguiera vivo, no habría quien lo aguantase durante semanas.

Unas manzanas más allá de las barricadas, una columna de humo negro se elevaba desde la ubicación aproximada de la Estación de Paso. Se me partió el corazón más que el brazo. Miré el reloj del salpicadero del Mercedes. Habíamos estado fuera menos de cuatro horas. Parecía que hubiera pasado una vida entera: una vida divina entera.

Escudriñé el cielo. No vi ningún tranquilizador dragón de bronce que volase en lo alto, ni grifos serviciales que defendiesen su nido. Si la Estación de Paso había caído... No, tenía que pensar de forma positiva. No dejaría que mis miedos atrajeran más enjambres de abejas proféticas por hoy.

—Melocotones —dije—. Necesito que...

Desvié la vista hacia delante y por poco atravesé el techo del coche de un salto.

Melocotones y sus dos amigos me miraban fijamente, con las barbillas alineadas sobre el respaldo del asiento del conductor como los tres monos sabios.

—Ah... sí. Hola —dije—. Necesito que os quedéis con Meg, por favor. Protegedla cueste lo que cueste.

Melocotones Primero enseñó sus dientes afilados y gruñó:

—Melocotones.

Lo interpreté como una muestra de acuerdo.

—Tengo que ir a ver cómo están nuestros amigos en la Estación de Paso —dije—. Si no vuelvo... —No podía pronunciar las palabras—, tendréis que buscar el Trono de la Memoria. La única forma de curar la mente de Meg es llevarla hasta esa silla.

Me quedé mirando los tres pares de brillantes ojos verdes. No estaba seguro de que los karpoi entendieran lo que decía, y no sabía cómo podrían seguir mis indicaciones. Si la batalla había terminado y el Trono de la Memoria había sido arrebatado o destruido... No. ¡Esa forma de pensar era polen para las abejas oscuras!

—Vosotros... cuidado de ella —rogué.

Bajé del coche y vomité valientemente en la acera. Emoticonos rosa danzaron frente a mis ojos. Enfilé la calle cojeando, con el brazo cubierto de savia y hojas, y la ropa húmeda que olía a guano de murciélago y excrementos de serpiente. No era la entrada en combate más gloriosa de mi vida.

Nadie me detuvo en las barricadas. Los agentes de servicio (mortales corrientes, supuse) parecían más interesados en las pantallas de sus *smartphones* que en el humo que se elevaba detrás de ellos. Tal vez la Niebla ocultaba la verdadera situación. Tal vez pensaban que si un vagabundo andrajoso quería acercarse a un edificio que había sufrido una fuga de gas, ellos no iban a impedirselo. O tal vez estaban enfrascados en una épica batalla en un gimnasio de *Pokémon Go*.

Una vez que hube recorrido una manzana dentro de la zona acordonada, vi la primera excavadora incendiada. Sospechaba que había pasado por encima de una mina terrestre modificada por Leo Valdez, ya que además de estar medio demolida y en llamas, también estaba salpicada de pegatinas de caritas sonrientes y pegotes de nata montada.

Apreté el paso renqueando. Vi más excavadoras inutilizadas, escombros desperdigados, coches destruidos y montones de polvo de monstruo, pero ningún cadáver. Eso me animó un poco. A la vuelta de la esquina de la rotonda de Union Station, oí unas espadas entrechocando más adelante... luego un disparo y algo que sonó como un trueno.

Nunca me había alegrado tanto de oír una batalla empezada. Eso significaba que no todo el mundo había muerto.

Corrí. Mis piernas cansadas protestaron. Cada vez que mis zapatillas tocaban el suelo, un molesto dolor me subía por el antebrazo.

Doblé la esquina y me encontré en pleno combate. Hacia mí corría un semidiós

guerrero con una mirada asesina: un adolescente que no había visto en mi vida, vestido con una armadura de estilo romano sobre su ropa de calle. Afortunadamente, ya había recibido una buena tunda. Tenía los ojos tan hinchados que casi estaban cerrados. Su peto de bronce estaba abollado como un tejado metálico después de una granizada. Apenas podía sostener su espada. Yo no me encontraba en mucho mejor estado, pero la ira y la desesperación me impulsaban. Conseguí descolgarme el ukelele y asesté un porrazo al semidiós en la cara.

Se desplomó a mis pies.

Me sentí bastante orgulloso de mi heroico acto hasta que alcé la vista. En medio de la rotonda, encima de la fuente y rodeado de cíclopes, mi estudiante de contabilidad favorito, Olujime, se alzaba como un antiguo dios de la guerra, blandiendo una espada de bronce que parecía un palo de *hockey* el doble de ancho de lo normal. Con cada golpe, lanzaba zarcillos de electricidad chisporroteantes que recorrían a sus enemigos. Cada espadazo desintegraba a un cíclope.

Jamie me cayó aún mejor. Nunca había tenido mucho aprecio a los cíclopes. Aun así, había algo raro en su forma de usar los rayos. Yo siempre reconocía el poder de Zeus en acción. Había sido fulminado por sus rayos bastante a menudo. La electricidad de Jamie era distinta: tenía un aroma a ozono más húmedo, y los destellos eran de un tono rojo más oscuro. Ojalá hubiera podido preguntarle por el asunto, pero parecía un poco ocupado.

Al otro lado de la rotonda proseguían batallas más pequeñas aquí y allá. Los defensores de la Estación de Paso parecían haberse impuesto. Cazadora Kowalski saltaba de enemigo en enemigo, abatiendo sin problemas blemias, guerreros con cabeza de lobo y centauros salvajes. Tenía la capacidad asombrosa de disparar en movimiento, evitar contraataques y apuntar a las rótulas de sus víctimas. Como arquero, estaba admirado. Si no hubiera perdido mis poderes divinos, la habría bendecido con fantásticos premios como un carcaj mágico y puede que una copia firmada de mi antología de grandes éxitos en vinilo.

En el autoservicio del hotel, Sssssarah, la dracaena, se hallaba sentada apoyada contra un buzón, con las colas enroscadas a su alrededor y el cuello hinchado como un balón de baloncesto. Corrí en su auxilio, temiendo que estuviera herida. Entonces me di cuenta de que el bulto de su garganta tenía forma de casco de guerra galo. Su pecho y su barriga también estaban bastante hinchados.

Me sonrió perezosamente.

—¿Qué passsssa?

—Sssssarah —dije—, ¿te has tragado a un germanus entero?

—No. —La dracaena eructó. Olía decididamente a bárbaro, con un ligero aroma a clavo—. Bueno, esssss possssible.

—¿Dónde están los demás? —Me agaché cuando una flecha de plata pasó volando por encima de mi cabeza e hizo añicos el parabrisas de un Subaru cercano—. ¿Dónde está Cómodo?

Sssssarah señaló a la Estación de Paso.

—Allí dentro, creo. Ssssse ha abierto camino en el edificio matando.

No parecía demasiado preocupada, probablemente porque estaba saciada y adormilada. La columna de humo oscuro que había visto antes salía de un agujero en el tejado de la Estación de Paso. Y lo más inquietante, sobre las tejas se hallaba tirada el ala de bronce arrancada de un dragón como una parte de un insecto pegada en una tira matamoscas.

La ira bullía dentro de mí. Ya sea el carro solar o Festo o un autobús escolar, nadie toca mi medio de transporte.

Habían volado las puertas principales del edificio. Entré corriendo y pasé por delante de montones de polvo de monstruo y ladrillos, trozos de muebles en llamas y un centauro colgado boca abajo que daba patadas y relinchaba en una red.

En una escalera, una cazadora de Artemisa herida gemía de dolor mientras una compañera le vendaba la pierna ensangrentada. Pocos metros más adelante, un semidiós que no reconocí yacía inmóvil en el suelo. Me arrodillé junto a él: un chico de unos dieciséis años, mi edad mortal. No detecté pulso. No sabía en qué bando había luchado, pero no importaba. Su muerte era una terrible pérdida. Había empezado a pensar que quizá las vidas de los semidioses no eran tan prescindibles como a los dioses nos gustaba creer.

Corrí por más pasillos, confiando en que la Estación de Paso me llevara en la dirección correcta. Irrumpí en la biblioteca donde había estado sentado la noche anterior. La escena que encontré dentro me impactó como la explosión de una de las minas de Britomartis.

Tumbado sobre la mesa reposaba el cuerpo de un grifo. Corrí a su lado sollozando de horror. Heloise tenía el ala izquierda plegada sobre el cuerpo como un sudario. Su cabeza estaba torcida en un ángulo antinatural. En el suelo, a su alrededor, había montones de armas rotas, armaduras abolladas y polvo de monstruo. Había muerto luchando contra un ejército de enemigos... pero había muerto.

Me escocían los ojos. Sostuve su cabeza contra mi pecho, aspirando el olor puro a heno y plumas de muda.

—Oh, Heloise. Tú me salvaste. ¿Por qué no he podido salvarte yo a ti?

¿Dónde se encontraba su pareja, Abelard? ¿Estaba a salvo su huevo? No sabía qué idea era más terrible: que la familia de grifos entera hubiera muerto o que el padre y el pollito de grifo se vieran obligados a vivir con la devastadora pérdida de Heloise.

Le besé el pico. El duelo tendría que esperar. Otros amigos podían necesitar ayuda.

Ascendí por una escalera con renovadas energías subiendo los escalones de dos en dos.

Crucé una serie de puertas como un vendaval y entré en el salón principal.

En el lugar se respiraba una inquietante serenidad. Por el agujero del techo salían

nubes de humo procedentes del desván, donde se hallaba, inexplicablemente, el chasis quemado de una excavadora alojado con el morro hacia abajo. El nido de Heloise y Abelard parecía intacto, pero no había rastro del grifo macho ni del huevo. Tirados en el suelo en el taller de Josephine, se encontraban la cabeza y el cuello cortados de Festo, con sus ojos de rubíes apagados y sin vida. El resto de su cuerpo no se veía por ninguna parte.

Los sofás estaban destrozados y volcados. Los utensilios de cocina habían sido acribillados a balazos. El alcance de los daños era desolador.

Pero el problema más grave era el enfrentamiento que estaba teniendo lugar alrededor de la mesa de comer.

En el lado más próximo a mí se hallaban Josephine, Calipso, Litienses y Thalia Grace. Thalia tenía el arco en ristre. Lit blandía su espada. Calipso levantaba las manos desnudas, como una experta en artes marciales, y Josephine sostenía su metralleta, la Pequeña Bertha.

En el otro lado de la mesa se encontraba el mismísimo Cómodo, que lucía una sonrisa radiante a pesar del corte en diagonal que le sangraba en la cara. Una armadura de oro imperial brillaba sobre su túnica morada. Sujetaba su arma, una *spatha* de oro, de forma despreocupada a un lado.

A cada lado del emperador había un guardaespaldas germanus. El bárbaro de su derecha inmovilizaba con un brazo el cuello de Emmie y con la otra mano presionaba una pistola ballesta contra su cabeza. Georgina estaba con su madre, y Emmie abrazaba fuerte a la niña contra su pecho. Por desgracia, parecía que la niña se había recuperado del todo solo para enfrentarse a un nuevo horror.

A la izquierda de Cómodo, un segundo germanus tenía a Leo Valdez como rehén en una postura parecida.

Apreté los puños.

—¡Qué infamia! ¡Suéltalos, Cómodo!

—¡Hola, Lester! —Cómodo sonrió—. ¡Llegas justo a tiempo para la diversión!

Durante el enfrentamiento
no hagan fotografías con flash, por favor.
Uy. Culpa mía. Ja, ja

Thalia tensaba la cuerda de su arco con los dedos. Una gota de sudor, plateada como agua de luna, le corrió por un lado de la oreja.

—Di la palabra —me dijo— y le haré un agujero entre los ojos a este tarado.

Una oferta tentadora, pero sabía que era una fanfarronada. A Thalia le aterraba tanto como a mí perder a Leo y a Emmie... y sobre todo a la pobre Georgie, que tanto había sufrido. Dudaba que alguna de nuestras armas pudiera matar a un inmortal como Cómodo, y mucho menos a él y dos guardias. Por muy rápido que atacáramos, no podríamos salvar a nuestros amigos.

Josephine cambió la posición de sus manos en la metralleta. Tenía el mono salpicado de porquería, polvo y sangre. Su cabello canoso corto brillaba del sudor.

—Todo saldrá bien, cariño —murmuró—. Tranquila. —No estaba seguro de si se dirigía a Emmie o a Georgie o a sí misma.

A su lado, Calipso mantenía las manos quietas en el aire como si se hallara delante de su telar, pensando qué tejer. Tenía los ojos clavados en Leo. Movía la cabeza ligerísimamente; tal vez le estaba diciendo: «No seas idiota». (Se lo decía mucho).

Litierses se encontraba a mi lado. La herida de su pierna había empezado a sangrar otra vez y estaba empapando las vendas. Tenía el pelo y la ropa chamuscados como si hubiera corrido entre dos filas de lanzallamas, y su camiseta de los Cornhuskers parecía la superficie de un malvavisco quemado. Ya solo se veía la palabra CORN, «maíz».

A juzgar por el filo manchado de sangre de su espada, deduje que era el responsable del espantoso nuevo corte que Cómodo lucía en la cara.

—No hay una manera fácil de hacerlo —me murmuró Lit—. Alguien va a morir.

—No —repuse—. Thalia, baja el arco.

—¿Perdón?

—Josephine, la metralleta también. Por favor.

Cómodo rio tontamente.

—¡Sí, todos deberíais hacer caso a Lester! Y, Calipso, querida, como vuelvas a intentar invocar uno de esos espíritus del viento, mataré a tu amiguito.

Miré a la hechicera.

—¿Has invocado un espíritu?

Ella asintió con la cabeza, distraída y alterada.

—Uno pequeño.

—De todas formas, lo más importante —gritó Leo— es que yo soy su amigo, no su «amiguito». Tampoco vamos a hacer un drama por la frase «Saluda a mi amiguito». —Levantó las palmas de las manos, a pesar de que su captor apretó el cuello del semidiós—. Además, chicos, no pasa nada. Lo tengo todo controlado.

—Leo —dije sin alterarme—, un bárbaro de dos metros quince te está apuntando a la cabeza con una ballesta.

—Ya lo sé —dijo—. ¡Todo es parte del plan!

Al decir la palabra «plan», me guiñó el ojo de forma exagerada. O Leo tenía realmente un plan (cosa improbable, ya que durante las semanas que había viajado con él casi siempre había recurrido a fanfarronadas, chistes e improvisación) o esperaba que yo tuviera un plan. Eso era tan poco probable que resultaba deprimente. Como puede que ya haya comentado, la gente solía cometer ese error. ¡Que sea un dios no quiere decir que haya que acudir a mí en busca de respuestas!

Cómodo levantó dos dedos.

—Albatrix, si el semidiós vuelve a hablar, tienes permiso para dispararle.

El bárbaro asintió gruñendo. Leo cerró la boca. Advertí en sus ojos que incluso bajo amenaza de muerte le costaba callarse una réplica ingeniosa.

—¡Bueno! —dijo Cómodo—. Como íbamos diciendo antes de que llegara Lester, necesito el Trono de Mnemósine. ¿Dónde está?

Gracias a los dioses... El trono seguía escondido, y eso significaba que Meg todavía podía utilizarlo para curar su mente. Saberlo afianzó mi determinación.

—¿Me estás diciendo —pregunté— que tu gran ejército ha rodeado este sitio, lo ha invadido y ni siquiera ha podido encontrar una silla? ¿Esto es todo lo que te queda: un par de germani tontos y unos rehenes? ¿Qué clase de emperador eres? Tu padre, Marco Aurelio, sí que era un emperador.

Su expresión se amargó. Sus ojos se ensombrecieron. Me acordé de una ocasión en la tienda de campaña de Cómodo en que un criado derramó descuidadamente vino en la túnica de mi amigo. Cómodo tenía esa misma mirada en los ojos cuando estuvo a punto de matar a palos al muchacho con una copa de plomo. En aquel entonces, siendo un dios, el incidente solo me pareció un poco desagradable. Ahora sabía lo que era padecer la crueldad de Cómodo.

—Todavía no he terminado, Lester —gruñó—. Reconozco que este maldito edificio me ha dado más problemas de los que esperaba. La culpa la tiene mi exprefecto Alarico. Estaba sumamente mal preparado. Tuve que matarlo.

—Qué escándalo —murmuró Litienses.

—Pero la mayoría de mis fuerzas se han perdido —dijo Cómodo—. Volverán.

—¿Perdido? —Miré a Josephine—. ¿Adónde han ido?

Los ojos de ella siguieron clavados en Emmie y Georgie, pero pareció

enorgullecerse de su respuesta.

—Por lo que la Estación de Paso me dice —anunció—, aproximadamente la mitad de sus tropas han caído por una rampa gigante con el letrero LAVANDERÍA. El resto han acabado en el cuarto de la caldera. Y nadie vuelve del cuarto de la caldera.

—¡Da igual! —le espetó Cómodo.

—Y sus mercenarios —continuó Josephine— han terminado en el Centro de Convenciones de Indiana. Ahora mismo intentan abrirse camino en la planta de la exposición de hogar y jardín.

—¡Los soldados son prescindibles! —chilló Cómodo. Le caían gotas de sangre de la nueva herida facial que salpicaban su armadura y su túnica—. Vuestros amigos no se pueden sustituir tan fácilmente. Ni el Trono de la Memoria tampoco. ¡Hagamos un trato! Me quedaré el trono. Mataré a la niña y a Lester, y arrasaré este edificio. ¡Es lo que la profecía me dijo que hiciera, y yo nunca discuto con los oráculos! A cambio, el resto de vosotros podréis iros libremente. No os necesito.

—Jo. —Emmie pronunció su nombre como una orden.

Tal vez quería decir: «No puedes dejar que él gane». O «No puedes dejar que Georgina muera». Fuera lo que fuese, en el rostro de Emmie vi la misma indiferencia ante su propia vida mortal que la que había mostrado de joven al despeñarse por un acantilado. No le importaba morir, siempre que ella pusiera las condiciones. La resuelta luz que brillaba en sus ojos no se había atenuado en tres mil años.

Luz...

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me acordé de algo que Marco Aurelio solía decirle a su hijo, una cita que más tarde se hizo famosa en su libro *Meditaciones*: «Piensa en ti como muerto. Has vivido la vida. Ahora toma lo que te queda y vívelo conforme a la naturaleza. Lo que no emite luz crea sus propias tinieblas».

Cómodo odiaba ese consejo. Lo consideraba agobiante, mojigato, imposible. ¿Qué era «conforme a la naturaleza»? Cómodo pretendía vivir eternamente. Él ahuyentaría las tinieblas con el rugido de las multitudes y el brillo del espectáculo.

Pero no generaba luz.

No como la Estación de Paso. A Marco Aurelio le habría gustado ese sitio. Emmie y Josephine vivían conforme a la naturaleza el tiempo que les quedaba, ofreciendo luz a todo el que acudía allí. No me extrañaba que Cómodo las odiara. No me extrañaba que estuviera tan empeñado en acabar con la amenaza que suponían para su poder.

Y Apolo, por encima de todo, era el dios de la luz.

—Cómodo. —Me erguí cuán alto era, aunque no era nada del otro mundo—. Este es el único trato posible. Soltarás a tus rehenes, te irás con las manos vacías y no volverás nunca.

El emperador rio.

—Eso sonaría más intimidante viniendo de un dios, no de un adolescente con granos.

Sus germani estaban bien adiestrados para permanecer impasibles, pero se les escaparon unas sonrisas despectivas. No me temían. Ahora mismo me venía bien.

—Todavía soy Apolo. —Extendí los brazos—. Es tu última oportunidad de irte por tu propia voluntad.

Detecté un atisbo de duda en los ojos del emperador.

—¿Qué harás, matarme? A diferencia de ti, Lester, yo soy inmortal. No puedo morirme.

—No necesito matarte. —Avancé hacia el borde de la mesa—. Mírame atentamente. ¿No reconoces mi carácter divino, viejo amigo?

Cómodo silbó.

—Reconozco al traidor que me estranguló en el baño. ¡Reconozco al dios que me prometió sus bendiciones y luego me abandonó! —Su voz tenía un dejo de dolor que trataba de ocultar tras un rictus arrogante—. Lo único que veo es a un adolescente fofo con el cutis asqueroso. Y tampoco te vendría mal cortarte el pelo.

—Amigos míos —les dije a los demás—, quiero que apartéis la vista. Voy a revelar mi auténtica forma divina.

Leo y Emmie, que no eran tontos, cerraron los ojos apretándolos. Emmie tapó la cara de Georgina con la mano. Esperaba que mis amigos situados en mi lado de la mesa también me hicieran caso. Tenía que creer que confiarían en mí, a pesar de mis fracasos, a pesar de mi aspecto.

Cómodo se burló.

—Estás mojado y manchado de caca de murciélago, Lester. Eres un niño patético al que han arrastrado por la oscuridad. Y esa oscuridad sigue en tu mente. Veo el miedo en tus ojos. ¡Esta es tu auténtica forma, Apolo! ¡Eres un farsante!

Apolo. Me había llamado por mi nombre.

Vi el terror que él trataba de ocultar, y también su asombro. Me acordé de lo que Trofonio me había contado: que Cómodo enviaba a sus sirvientes a las cavernas en busca de respuestas, pero nunca iba él en persona. Pese a lo mucho que necesitaba el Oráculo Oscuro, temía lo que pudiera mostrarle, cuál de sus miedos más profundos pudiera servir de alimento al enjambre de abejas.

Yo había sobrevivido a un viaje que él no se habría atrevido a emprender.

—Observa —dije.

Cómodo y sus hombres podrían haber apartado la vista. No lo hicieron. Orgullosos y despectivos, aceptaron mi desafío.

Cada partícula de mi ser se encendió en una reacción en cadena, y mi cuerpo se sobrecalentó. Inundé la sala de resplandor como la bombilla más potente del mundo. Me convertí en pura luz.

Solo duró un microsegundo. Acto seguido empezaron los gritos. Los germani retrocedieron tambaleándose, disparando como locos con sus ballestas. Una flecha pasó silbando junto a la cabeza de Leo y se clavó en un sofá. La otra se hizo pedazos contra el suelo, y las astillas se esparcieron sobre los azulejos.

Melodramático hasta el final, Cómodo apretó sus cuencas oculares con las palmas de las manos y gritó:

—¡MIS OJOS!

Mis fuerzas se debilitaron. Me agarré a la mesa para no caerme.

—Ya no hay peligro —les dije a mis amigos.

Leo se liberó de su captor. Se lanzó hacia Emmie y Georgina, y los tres escaparon mientras Cómodo y sus hombres, ahora totalmente ciegos, daban traspiés y gritaban, echando humo por las órbitas de los ojos.

Donde antes habían estado los secuestradores y los rehenes, ardían unas siluetas en el suelo de baldosas. Los detalles de las paredes de ladrillo parecían estar ahora en superalta definición. Las fundas del sofá más próximo, antes rojo oscuro, eran ahora rosa. La túnica morada de Cómodo había adquirido un débil tono malva.

Me volví hacia mis amigos. Su ropa también se había aclarado varios tonos. La parte delantera del pelo se les había cubierto de reflejos, pero todos habían tenido la prudencia de mantener los ojos cerrados.

Thalia me observaba asombrada.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás chamuscado?

Me miré. Efectivamente, mi piel era ahora del color de la corteza de arce. Mi escayola de hojas y savia se había quemado y me había curado totalmente el brazo. Me veía bastante bien así, pero esperaba poder volver a transformarme en dios antes de descubrir los horribles cánceres de piel que me había provocado. Me di cuenta a toro pasado del peligro que había corrido. Había logrado revelar mi auténtica forma divina. Me había convertido en luz pura. ¡Estúpido Apolo! ¡Increíble, maravilloso y estúpido Apolo! Ese cuerpo mortal no estaba concebido para canalizar tanto poder. Tenía suerte de no haberme desintegrado como una bombilla antigua.

Cómodo gemía. Agarró el objeto más cercano que encontró, que resultó ser uno de sus germani, y levantó al bárbaro cegado por encima de su cabeza.

—¡Acabaré con todos vosotros!

Lanzó al bárbaro al lugar del que provenía el sonido de la voz de Thalia. Como todos nosotros podíamos ver, nos dispersamos fácilmente y evitamos convertirnos en bolos. El germanus se estampó contra la pared de enfrente con tal fuerza que estalló en polvo amarillo y dejó una preciosa obra abstracta en los ladrillos.

—¡No necesito ojos para mataros! —Cómodo lanzó un tajo hacia arriba con la espada y cortó un pedazo de la mesa.

—Cómodo —le avisé—, te irás de esta ciudad y no volverás, o te quitaré algo más que la vista.

Él arremetió contra mí. Me hice a un lado. Thalia disparó una flecha, pero Cómodo se movía demasiado rápido. El proyectil alcanzó al segundo germanus, que gruñó sorprendido, cayó de rodillas y se deshizo en polvo.

Cómodo tropezó con una silla. Se dio de bruces contra la alfombra de la sala de estar. Que quede claro: nunca está bien regodearse de las dificultades de alguien que

no puede ver, pero en ese caso aislado, no pude evitarlo. Si alguien merecía caerse de morros era el emperador Cómodo.

—Te irás —le repetí—. No volverás. Tu reino en Indianápolis ha terminado.

—¡Se llama Comodianápolis! —Se levantó con dificultad. Su armadura lucía nuevos arañazos. El corte de su cara no tenía mejor aspecto. Una figurita hecha de escobillas (tal vez algo que Georgina había hecho) se aferraba a la barba greñuda del emperador como un escalador.

—No has conseguido nada, Apolo —gruñó—. ¡No tienes ni idea de lo que les espera a tus amigos del este y el oeste! Morirán. ¡Todos!

Leo Valdez suspiró.

—Está bien, chicos. Ha sido muy divertido, pero voy a derretirle la cara a este tío, ¿vale?

—Espera —mandó Litienses.

El espadachín avanzó hacia su antiguo amo.

—Váyase mientras puede, Cómodo.

—Yo te creé, muchacho —dijo el emperador—. Te salvé de la oscuridad. Fui un segundo padre para ti. ¡Te di una meta en la vida!

—Un segundo padre peor aún que el primero —replicó Lit—. Y he encontrado una nueva meta.

Cómodo atacó blandiendo su espada como un loco.

Lit paró el golpe. Se dirigió al taller de Josephine.

—Aquí, Nuevo Hércules.

Cómodo mordió el anzuelo y corrió hacia la voz de Lit.

Lit lo esquivó. Golpeó con la hoja al emperador en el trasero.

—Se equivoca de camino, señor.

El emperador tropezó contra la mesa de soldadura de Josephine, retrocedió y se dio con una sierra circular, que, por suerte para él, no estaba en marcha en ese momento.

Litienses se situó al pie del gigantesco rosetón. Comprendí su plan cuando gritó:

—¡Aquí, Cómodo!

El emperador gritó y atacó. Lit se apartó. Cómodo corrió directo a la ventana. Podría haberse detenido, pero en el último segundo, Calipso movió rápidamente las manos. Una ráfaga de viento empujó a Cómodo hacia delante. El Nuevo Hércules, el dios emperador de Roma, hizo añicos el cristal en la marca de las seis en punto y cayó al vacío.

Shakespeare, no me sueltas
ese pentámetro yámbico
a la cara, tío

Nos apiñamos ante la ventana y miramos abajo. No se veía al emperador por ninguna parte. Algunos de nuestros amigos estaban en la rotonda, mirándonos con expresiones de confusión.

—¿Qué tal si avisáis un poco? —gritó Jamie.

Se había quedado sin enemigos que electrocutar. Él y Cazadora Kowalski se hallaban ilesos en medio de un mosaico de pedazos de cristal caídos.

—¿Dónde está Cómodo? —pregunté.

Cazadora se encogió de hombros.

—No lo hemos visto.

—¿Qué quieres decir? —inquirí—. Acaba de salir volando literalmente por esa ventana.

—No —me corrigió Leo—. Litiertes lo ha mandado volando por la ventana. ¿Verdad que sí? Me mola tu estilo, tío.

Lit asintió con la cabeza.

—Gracias.

Los dos entrechocaron sus puños como si no hubieran pasado los últimos días hablando de las ganas que tenían de matarse el uno al otro. Habrían sido unos estupendos dioses del Olimpo.

—Bueno —dijo Thalia. Los nuevos reflejos grises de mi explosión solar le quedaban bastante bien—. Supongo que deberíamos peinar el barrio. Si Cómodo sigue ahí fuera... —Miró al fondo de South Illinois Street—. Un momento, ¿es esa Meg?

Tres karpoi doblaban la esquina sujetando a Meg McCaffrey en alto como si hiciera surf con el cuerpo (o con melocotones). Estuve a punto de saltar por la ventana para reunirme con ella. Entonces me acordé de que no podía volar.

—El Trono de la Memoria —le dije a Emmie—. ¡Lo necesitamos ya!

Nos juntamos con los karpoi en el vestíbulo del edificio. Uno de los Melocotones había rescatado la Flecha de Dodona de debajo del asiento del conductor del Mercedes y la llevaba entre los dientes como un complemento de pirata. Me la ofreció. Yo no sabía si darle las gracias o insultarlo, pero volví a guardar la flecha en el carcaj.

Josephine y Leo entraron corriendo de una estancia lateral, cargando entre los dos con mi vieja mochila: el Trono de la Memoria. Lo colocaron en el centro de una alfombra persa que seguía ardiendo.

Los bebés de melocotones depositaron con cuidado a Meg en el asiento.

—Calipso —dije—. ¿El cuaderno?

—¡Lo tengo! —Ella esgrimió su pequeña libreta y su lápiz. Pensé que sería una magnífica estudiante de secundaria. ¡Iba a clase preparada!

Me arrodillé junto a Meg. Tenía la piel demasiado amoratada y respiraba de forma demasiado entrecortada. Le puse las manos a los lados de la cara y examiné sus ojos. Sus pupilas eran dos puntitos. Parecía que su conciencia se alejase y se volviese más y más pequeña.

—Sigue conmigo, Meg —le rogué—. Estás entre amigos. Estás en el Trono de Mnemósine. ¡Recita tu profecía!

Meg se levantó tambaleándose. Agarró con las manos los brazos de la silla como si una potente corriente eléctrica se hubiera apoderado de ella.

Todos retrocedimos y formamos un círculo a su alrededor mientras le salía humo oscuro de la boca y le envolvía las piernas.

Cuando habló, afortunadamente no lo hizo con la voz de Trofonio, sino en un profundo tono monótono digno del propio Delfos:

*Las palabras rescatadas por la memoria se incendiarán,
antes de que la luna nueva asome por la Montaña del Demonio.
El señor mudable a un gran reto se enfrentará,
hasta que el Tíber se llene de cuerpos sin término.*

—Oh, no —murmuré—. No, no, no.

—¿Qué? —preguntó Leo.

Miré a Calipso, que garabateaba furiosamente.

—Vamos a necesitar una libreta más grande.

—¿A qué te refieres? —preguntó Josephine—. Seguro que la profecía ya ha terminado...

Meg dejó escapar un grito ahogado y continuó:

*Pero hacia el sur debe seguir su curso el sol
por laberintos oscuros hasta tierras de muerte que abrasa
para dar con el amo del caballo blanco y veloz
y arrancarle el aliento de la recitadora del crucigrama.*

Hacía siglos que no oía una profecía formulada de esa forma, aunque la conocía bien. Ojalá hubiera podido interrumpir el recitado y haber evitado el sufrimiento a

Meg, pero no podía hacer nada.

Ella tembló y expulsó la tercera estrofa.

*Al palacio del oeste debe ir Lester;
la hija de Deméter encontrará sus raíces de antaño.
Solo el guía unguado sabe cómo no perderse
para recorrer el camino con las botas de tu adversario.*

A continuación, como culminación de aquel horror, soltó un pareado:

*Cuando se conozcan los tres y al Tíber lleguen con vida,
Apolo empezará entonces su coreografía.*

El humo oscuro se disipó. Me adelanté corriendo, y Meg se desplomó en mis brazos. Respiraba de forma más regular y tenía la piel más caliente. Gracias a las Moiras. La profecía había sido invocada.

Leo fue el primero en hablar.

—¿Qué ha sido eso? ¿Cuatro profecías al precio de una? Qué montón de versos.

—Era un soneto —dije, sin salir de mi asombro—. Que los dioses nos ayuden; era un soneto shakespeareano.

La quintilla de Dodona me había parecido mala, pero ¿un soneto shakespeareano entero, con su rima ABAB, su pareado final y su pentámetro yámbico? Un horror semejante solo podía salir de la cueva de Trofonio.

Recordé mis numerosas discusiones con William Shakespeare.

«Bill», le decía. «¡Nadie aceptará tu poesía! La-LA, la-LA, la-LA, la-LA, la-LA. ¿Qué ritmo es ese?».

¡En la vida real nadie habla así!

Hum... en realidad, la frase que acabo de escribir es un verso pentámetro. Esa estructura es contagiosa. ¡Grrr!

Thalia se echó el arco al hombro.

—¿Todo eso era un poema? Pero tenía cuatro partes distintas.

—Sí —asentí—. Los sonetos solo se utilizan para las profecías más complejas, con múltiples partes móviles. Ninguna buena, me temo.

Meg empezó a roncar.

—Analizaremos nuestro sino más tarde —dije—. Dejemos que Meg descanse...

Mi cuerpo eligió ese momento para agotarse. Le había exigido demasiado. Y ahora se rebeló. Me desplomé de lado, y Meg cayó encima de mí. Nuestros amigos se acercaron corriendo. Noté que me levantaban con cuidado y me pregunté vagamente si estaba haciendo surf con melocotones o si Zeus me había llamado al cielo.

Entonces vi la cara de Josephine alzándose sobre mí como un presidente del

Monte Rushmore mientras me llevaba por el pasillo.

—A la enfermería con este —le dijo a alguien que estaba a su lado—. Y luego... Puaj. Está claro que necesita un baño.

Unas horas de sueño tranquilo, seguidas de un baño de burbujas.

No era el monte Olimpo, amigos míos, pero casi.

A media tarde, estaba vestido con ropa limpia que no estaba congelada ni olía a excremento de cueva. Tenía la barriga llena de miel y pan recién hecho. Vagaba por la Estación de Paso, echando una mano en lo que podía. Me alegraba de estar ocupado. Así evitaba dar vueltas a los versos de la Profecía Oscura.

Meg descansaba cómodamente en un cuarto de huéspedes, vigilada atentamente por Melocotones, Melocotones y el Otro Melocotones.

Las cazadoras de Artemisa atendían a los heridos, que eran tan numerosos que la Estación de Paso tuvo que doblar el tamaño de su enfermería. Afuera, Livia, la elefanta, ayudaba a limpiar moviendo vehículos averiados y restos de la rotonda. Leo y Josie pasaron la tarde recogiendo partes de Festo, el dragón, a quien el mismísimo Cómodo había despedazado solo con las manos. Afortunadamente, a Leo le parecía más un engorro que una tragedia.

—Tranqui, tío —dijo cuando le di el pésame—. Puedo recomponerlo fácilmente. Lo rediseñé para que sea como un juego de Lego; está hecho para poder montarse rápido.

Siguió ayudando a Josephine, que utilizaba una grúa para extraer la pata izquierda trasera de Festo del campanario de Union Station.

En un arranque de magia aérea, Calipso invocó suficientes espíritus del viento para volver a montar los trozos de cristal del rosetón y enseguida se desplomó del esfuerzo.

Sssssarah, Jamie y Thalia Grace peinaron las calles de las inmediaciones, buscando algún rastro de Cómodo, pero el emperador había desaparecido. Pensé en cómo yo había salvado a Hemítea y Partenos cuando habían saltado por el acantilado y las había disuelto en luz. ¿Podía una cuasideidad como Cómodo hacer algo parecido? En cualquier caso, sospechaba que volveríamos a ver al Nuevo Hércules.

Al atardecer me pidieron que asistiera al pequeño funeral familiar de Heloise, el grifo hembra. Todos los habitantes de la Estación de Paso habrían acudido para rendir homenaje a su sacrificio, pero Emmie me explicó que la presencia de una gran multitud disgustaría más aún a Abelard. Mientras Cazadora Kowalski vigilaba el huevo en el gallinero (donde había sido trasladado para que estuviera a buen recaudo antes de la batalla), me reuní con Emmie, Josephine, Georgie y Calipso en la azotea. Abelard, el viudo de luto, observó en silencio cómo Calipso y yo —parientes honorarios desde la misión de rescate en el zoo— colocábamos con delicadeza el cuerpo de Heloise sobre un lecho de tierra en barbecho del jardín.

Después de morir, los grifos se volvían sorprendentemente ligeros. Sus cuerpos se secaban cuando sus espíritus perecían y dejaban solo pelo, plumas y huesos huecos. Retrocedimos cuando Abelard se acercó al cuerpo de su compañera. Erizó sus plumas y hundió con cuidado el pico en el plumaje del pescuezo de Heloise por última vez. Echó atrás la cabeza y profirió un chillido desgarrador; un grito que decía: «Estoy aquí. ¿Dónde estás tú?».

A continuación se lanzó al cielo y desapareció entre los nubarrones bajos. El cuerpo de Heloise se deshizo en polvo.

—Plantaremos hierba gatera en este terreno. —Emmie se secó una lágrima de la mejilla—. A Heloise le encantaba la hierba gatera.

Calipso se enjugó los ojos con la manga.

—Me parece estupendo. ¿Adónde ha ido Abelard?

Josephine escudriñó las nubes.

—Volverá. Necesita tiempo. El polluelo tardará varias semanas más en salir del cascarón. Nosotras se lo vigilarémos.

La idea de que el padre y el huevo estuvieran solos en el mundo me puso tremendamente triste, aunque sabía que en la Estación de Paso tenían la familia más cariñosa que podían desear.

Durante la breve ceremonia, Georgina había estado mirándome con recelo, toqueteando algo con las manos. ¿Una muñeca? La verdad era que no me había fijado. Josephine estaba dando ahora palmaditas en la espalda a su hija.

—Tranquila, cariño —le dijo Josephine en tono tranquilizador—. Adelante.

Georgina se encaminó hacia mí arrastrando los pies. Llevaba un mono limpio que le quedaba mucho mejor que a Leo. Recién lavado, su cabello castaño estaba más suave y sedoso, y su cara más rosada.

—Mis mamás me han dicho que podrías ser mi papá —murmuró, sin mirarme a los ojos.

Tragué saliva. A lo largo de los siglos, me había visto en situaciones como esa en incontables ocasiones, pero en la piel de Lester Papadopoulos, me sentía todavía más violento de lo habitual.

—Yo... yo podría serlo, Georgina. No lo sé.

—Vale. —Ella levantó el objeto que sostenía, una figura hecha con escobillas, y me lo metió en las manos—. He hecho esto para ti. Puedes llevártelo cuando te vayas.

Examiné el muñeco. No era gran cosa, una especie de silueta hecha con alambre y pelusas multicolores que recordaba un pan de jengibre, con unos cuantos pelos de barba en las articulaciones... Un momento. Oh, dioses. Era el mismo muñequito que se había estampado contra la cara de Cómodo. Supuse que debía de haberse caído cuando él arremetió contra la ventana.

—Gracias —dije—. Georgina, si alguna vez me necesitas, si alguna vez quieres hablar...

—Estoy bien. —Se volvió y regresó corriendo a los brazos de Josephine.

Josephine le besó la cabeza.

—Lo has hecho muy bien, cariño.

Se volvieron y se dirigieron a la escalera. Calipso me sonrió burlonamente y a continuación las siguió y me dejó a solas con Emmie.

Por unos instantes, permanecimos uno al lado del otro en silencio ante el parterre del jardín.

Emmie se cubrió con su viejo abrigo plateado de cazadora.

—Heloise y Abelard fueron nuestros primeros amigos, cuando nos hicimos cargo de la Estación de Paso.

—Lo siento mucho.

Su cabello canoso brillaba como acero al atardecer. Sus arrugas parecían más profundas y su cara más consumida y cansada. ¿Cuánto tiempo más viviría como mortal? ¿Otros veinte años? Un instante para un inmortal. Y sin embargo ya no podía seguir enfadado con ella por renunciar al don de la divinidad que le había concedido. Evidentemente, Artemisa había entendido su decisión. Artemisa, que evitaba toda clase de amor romántico, comprendió que Emmie y Josephine merecían envejecer juntas. Yo también tenía que aceptarlo.

—Has creado algo bueno aquí, Hemítea —dije—. Cómodo no podía destruirlo. Recuperarás lo que has perdido. Te envidio.

Ella logró esbozar una débil sonrisa.

—Nunca pensé que oiría esas palabras de su boca, lord Apolo.

«Lord Apolo». El título no me pegaba. Parecía un gorro que hubiera llevado hacía siglos... algo grande, incómodo e inestable como los sombreros isabelinos que Bill Shakespeare utilizaba para ocultar su calva.

—¿Qué hay de la Profecía Oscura? —preguntó Emmie—. ¿Sabes lo que significa?

Observé cómo una fina pluma de grifo caía en la tierra.

—En parte. No toda. Puede que lo suficiente para idear un plan.

Emmie asintió con la cabeza.

—Entonces será mejor que reunamos a nuestros amigos. Podemos hablar en la cena. Además —me dio un puñetazo suave en el brazo—, las zanahorias no van a pelarse solas.

Las profecías no se mezclan
con el tofupavo y los bollos.
Solo quiero postre

Que las Moiras manden todos los tubérculos a las profundidades del Tártaro.

Es todo lo que tengo que decir sobre el asunto.

Para la hora de cenar, el salón principal había sido recompuesto casi en su totalidad.

Incluso Festo, por increíble que parezca, había sido reconstruido más o menos. Estaba aparcado en la azotea, disfrutando de un generoso baño de aceite de motor y salsa de tabasco. Leo parecía satisfecho de sus esfuerzos, aunque seguía buscando unas cuantas partes que faltaban. Se había pasado la tarde andando por la Estación de Paso gritando: «¡Si alguien ve un bazo de bronce así de grande, que me avise, porfi!».

Las cazadoras estaban sentadas en grupos por el salón, como tenían por costumbre, pero habían incorporado a los recién llegados que habíamos liberado de las celdas de Cómodo. Luchando codo con codo, habían forjado lazos de amistad.

Emmie presidía la cabecera de la mesa. Georgina estaba dormida en su regazo, con un montón de libros para colorear y rotuladores delante de ella. Thalia Grace se hallaba sentada al otro lado, haciendo girar su daga por la punta como si fuera una peonza. Josephine y Calipso estaban una al lado de la otra, estudiando las notas de Calipso y discutiendo distintas interpretaciones de los versos proféticos.

Yo estaba sentado al lado de Meg. Menuda novedad. La niña parecía totalmente recuperada, gracias a la curación de Emmie. (A petición mía, Emmie había sacado su cercado con serpientes curativas de la enfermería mientras atendía a Meg. Temía que si McCaffrey se despertaba y veía serpientes, le entrase pánico y las convirtiera en mascotas de chía). Sus tres espíritus de los melocotones se habían marchado, de momento, al plano extradimensional de la fruta.

El apetito de mi joven amiga era aún más voraz de lo normal. Engullía tofupavo y aliño con movimientos tan furtivos que parecía que hubiera vuelto a ser una niña medio salvaje de la calle. Yo mantenía las manos lejos de ella.

Finalmente, Josephine y Calipso levantaron la vista de la libreta amarilla.

—Bueno. —Calipso dejó escapar un profundo suspiro—. Hemos interpretado algunos versos, pero necesitamos tu ayuda, Apolo. Por ejemplo, podrías empezar contándonos qué pasó en la Cueva de Trofonio.

Miré a Meg. Temía que si relataba nuestras horribles aventuras, ella se metiera

debajo de la mesa con su plato y nos gruñera si intentábamos sacarla.

Pero se limitó a eructar.

—Yo no recuerdo gran cosa. Adelante.

Les expliqué que había derrumbado la Cueva del Oráculo a petición de Trofonio. A Josephine y Emmie no pareció hacerles gracia, pero tampoco gritaron ni chillaron. La metralleta de Josephine siguió bien guardada en el armario de la cocina. Esperaba que mi padre, Zeus, reaccionara con la misma serenidad cuando se enterara de que había destruido el Oráculo.

Emmie echó un vistazo al salón principal.

—Ahora que lo pienso, no he visto a Agamedes desde antes de la batalla. ¿Alguien lo ha visto?

Nadie dijo haber visto un fantasma naranja sin cabeza.

Emmie acarició el pelo de su hija.

—Me da igual que destruyeras el Oráculo, pero me preocupa Georgie. Siempre ha estado conectada a ese sitio. Y Agamedes... a ella le gusta mucho.

Miré a la niña dormida. Por millonésima vez, traté de ver algún parecido con mi yo divino, pero me habría costado menos creer que estaba emparentada con Lester Papadopoulos.

—Lo último que deseo —dije— es causar más dolor a Georgina, pero creo que la destrucción de la cueva era necesaria. No solo por nosotros, sino también por ella. Es posible que la libere y le permita progresar.

Me acordé de los siniestros dibujos pintados con lápices de colores que había visto en la pared de la niña, dibujados en medio de su locura profética. Esperaba que mandándome lejos con aquel feo muñeco, Georgie intentase también mandar lejos toda la experiencia. Con unos cuantos botes de pintura color pastel, Josephine y Emmie podrían ofrecerle ahora un nuevo lienzo en las paredes de su cuarto.

Emmie y Josephine se cruzaron una mirada. Pareció que llegasen a un acuerdo silencioso.

—Está bien —dijo Josephine—. En cuanto a la profecía...

Calipso leyó el soneto en voz alta. No sonaba más alegre que antes.

Thalia dio vueltas a su cuchillo.

—En la primera estrofa aparece la luna nueva.

—La fecha límite —aventuró Leo—. Siempre hay una puñetera fecha límite.

—Pero la siguiente luna nueva es solo dentro de cinco noches —dijo Thalia.

Fíate de una cazadora de Artemisa para seguir las fases de la luna.

Nadie se puso a dar saltos de alegría. Nadie gritó: «¡Viva! ¡Otra catástrofe que impedir en solo cinco días!».

—«Hasta que el Tíber se llene de cuerpos sin término». —Emmie estrechó a su hija—. Supongo que el Tíber hace referencia al Pequeño Tíber, la barrera del Campamento Júpiter en California.

Leo frunció el entrecejo.

—Sí. El señor mudable... tiene que ser mi colega Frank Zhang. Y la Montaña del Demonio es el Monte Diablo, muy cerca del campamento. Odio el Monte Diablo. Una vez luché allí contra Enchilada.

Parecía que Josephine quisiera preguntarle a qué se refería, pero decidió abstenerse sabiamente.

—De modo que los semidioses de la Nueva Roma están a punto de sufrir un ataque.

Me estremecí, en parte por las palabras de la profecía y en parte por la salsa de tofupavo que le goteaba a Meg por la barbilla.

—Creo que la primera estrofa forma un todo. Se mencionan «las palabras rescatadas por la memoria». Ella, la arpía, está en el Campamento Júpiter, donde emplea su memoria fotográfica para reconstruir los libros perdidos de la sibila de Cumas.

Meg se limpió la barbilla.

—¿Eh?

—Ahora mismo los detalles no importan. —Le indiqué con la mano que siguiera comiendo—. Creo que el triunvirato quiere eliminar el peligro prendiendo fuego al campamento. «Las palabras rescatadas por la memoria se incendiarán».

Calipso frunció el ceño.

—Cinco días. ¿Cómo les avisamos a tiempo? Todos los medios de comunicación están cortados.

Eso me resultaba irritante en extremo. Cuando era un dios, podría haber chasqueado los dedos y haber enviado al instante un mensaje a la otra punta del mundo utilizando los vientos, o los sueños, o una manifestación de mi glorioso yo. En cambio, ahora estábamos paralizados. Los únicos dioses que me habían mostrado algún tipo de apoyo habían sido Artemisa y Britomartis, pero no podía esperar más de ellas sin que sufriesen un castigo tan grave como el que Zeus me había impuesto a mí. No le desearía eso ni a Britomartis.

Por lo que respectaba a la tecnología de los mortales, no nos servía de nada. En nuestras manos, los teléfonos funcionaban mal y explotaban (todavía más que a los mortales). Los ordenadores se derretían. Había considerado dirigirme a un mortal cualquiera en la calle y decirle: «Oye, ¿puedes hacerme una llamada?». Pero ¿a quién llamaría? ¿A otra persona cualquiera de California? ¿Cómo llegaría el mensaje al Campamento Júpiter cuando la mayoría de los mortales no podían encontrar el Campamento Júpiter? Además, solo con intentarlo ya expondría a mortales inocentes a ser atacados por monstruos, morir alcanzados por rayos y tener que pagar tarifas exorbitantes por consumir más datos de los contratados.

Miré a Thalia.

—¿Pueden recorrer esa distancia las cazadoras?

—¿En cinco días? —Frunció el entrecejo—. Si nos saltamos todos los límites de velocidad, a lo mejor. Si no sufriéramos ataques por el camino...

—Cosa que nunca pasa —dijo Emmie.

Thalia dejó su daga en la mesa.

—El mayor problema es que las cazadoras deben seguir con su propia misión. Tenemos que encontrar a la zorra teumesia.

La miré fijamente. Estuve tentado de pedirle a Meg que me ordenase que me diese un guantazo, solo para asegurarme de que no estaba atrapado en una pesadilla.

—¿La zorra teumesia? ¿Es el monstruo que habéis estado buscando?

—Eso me temo.

—¡Pero eso es imposible! ¡Además de horrible!

—Los zorros son graciosos —observó Meg—. ¿Qué problema hay?

Me dieron ganas de explicarle cuántas ciudades había arrasado la zorra teumesia en la antigüedad, cómo tragaba la sangre de sus víctimas y hacía pedazos a ejércitos de guerreros griegos, pero no quería estropearle a nadie la cena.

—El caso —dije— es que Thalia tiene razón. No podemos pedirles a las cazadoras que nos ayuden más de lo que ya nos han ayudado. Tienen que resolver su propio problema.

—Estupendo —convino Leo—. Ya habéis hecho suficiente por nosotros, T.

Thalia inclinó la cabeza.

—Son gajes del oficio, Valdez. Pero me debes un frasco de la salsa picante de Texas que decías.

—Eso se puede arreglar —prometió Leo.

Josephine se cruzó de brazos.

—Todo eso está muy bien, pero seguimos con el dilema de antes. ¿Cómo transmitimos un mensaje a California en cinco días?

—Yo —propuso Leo.

Todos lo miramos.

—Leo —dijo Calipso—. Tardamos seis semanas en llegar aquí desde Nueva York.

—Sí, pero con tres pasajeros —señaló él—. Y... sin ánimo de ofender, uno era un antiguo dios que no paraba de llamar negativamente la atención.

Eso era indiscutible. La mayoría de los enemigos que nos habían atacado en el viaje se habían presentado gritando: «¡Ahí está Apolo! ¡Matadlo!».

—Yo viajo rápido y ligero —dijo Leo—. Ya he recorrido esa distancia. Puedo hacerlo.

No parecía que a Calipso le hiciera ninguna gracia. Su piel adquirió un tono más claro que el amarillo de la libreta.

—Oye, mamita, volveré —prometió él—. ¡Solo me matricularé tarde para el semestre de primavera! Puedes ayudarme a ponerme al día con los deberes.

—Te odio —masculló ella.

Leo le apretó la mano.

—Además, será un gustazo volver a ver a Hazel y Frank. Y también a Reyna,

aunque esa chica me sigue dando miedo.

Supuse que a Calipso no le disgustaba demasiado el plan, ya que ningún espíritu del viento levantó a Leo y lo lanzó a través del rosetón.

Thalia Grace señaló el cuaderno.

—Bueno, ya tenemos una estrofa descifrada. Yupi. ¿Y el resto?

—Me temo —dije— que el resto trata de Meg y de mí.

—Sí —convino Meg—. ¿Me pasas los bollos?

Josephine le dio la cesta y observó asombrada cómo Meg se llenaba la boca de un bollo esponjoso tras otro.

—A ver, el verso que dice que el sol va hacia el sur —observó Josephine—. Eres tú, Apolo.

—Es evidente —coincidí—. El tercer emperador debe de estar en algún lugar del sudoeste de Estados Unidos, en una «tierra de muerte que abrasa». Llegaremos por laberintos...

—El Laberinto —dijo Meg.

Me estremecí. Todavía tenía fresca en la memoria nuestra excursión por el Laberinto: terminamos en las cuevas de Delfos, escuchando a mi viejo enemigo Pitón reptar y sisear por encima de nuestras cabezas. Esperaba que por lo menos esta vez Meg y yo no tuviéramos que participar en una carrera de tres piernas atados el uno al otro.

—En algún lugar del sudoeste —continué—, debemos encontrar a la recitadora del crucigrama. Creo que se refiere a la sibila eritrea, otro Oráculo antiguo. No... no recuerdo mucho de ella...

—Qué sorpresa —farfulló Meg.

—Pero era famosa por emitir las profecías en acrósticos: juegos de palabras.

Thalia hizo una mueca.

—No pinta bien. Annabeth me contó que coincidió con la Esfinge en el Laberinto. Adivinanzas, laberintos, crucigramas... No, gracias. Dame algo a lo que pueda disparar.

Georgina gimoteó en sueños.

Emmie besó a la niña en la frente.

—¿Y el tercer emperador? —preguntó—. ¿Sabes quién es?

Reflexioné sobre algunas frases de la profecía: «amo del caballo blanco y veloz». Eso no permitía reducir la lista. A la mayoría de los emperadores romanos les gustaba retratarse como generales victoriosos que cabalgaban en sus corceles por Roma. Había algo en la tercera estrofa que me inquietaba: «al palacio del oeste, con las botas de tu adversario». No encontraba la respuesta.

—Meg —dije—, ¿y el verso «la hija de Deméter encontrará sus raíces de antaño»? ¿Tienes familia en el sudoeste? ¿Recuerdas haber ido allí?

Ella me lanzó una mirada cautelosa.

—No.

Acto seguido se metió otro bollo en la boca como un acto de rebeldía: «Hazme hablar ahora, pringado».

—Eh. —Leo chasqueó los dedos—. El verso siguiente: «Solo el guía unguido sabe cómo no perderse». ¿Eso significa que vas con un sátiro? Son guías, ¿no? Como el entrenador Hedge. Es lo suyo.

—Cierto —dijo Josephine—. Pero no hemos visto ningún sátiro por estos pagos desde hace...

—Décadas —concluyó Emmie.

Meg se tragó su bola de carbohidratos.

—Yo nos buscaré uno.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Buscándolo.

Meg McCaffrey, una niña de pocas palabras y muchos eructos.

Calipso pasó a la siguiente página de su libreta.

—Y llegamos al pareado final: «Cuando se conozcan los tres y al Tíber lleguen con vida, Apolo empezará entonces su coreografía».

Leo chasqueó los dedos y empezó a bailar en su asiento.

—Ya era hora, tío. Lester necesita más marcha.

—Hum. —No me apetecía tocar ese tema. Todavía estaba resentido porque Earth, Wind & Fire habían rechazado mi prueba en 1973 porque bailaba mal—. Creo que esos versos significan que dentro de poco sabremos la identidad de los tres emperadores. Cuando nuestra siguiente misión termine en el sudoeste, Meg y yo podremos viajar al Campamento Júpiter y llegar al Tíber vivos. Entonces espero poder encontrar el camino para recuperar mi antigua gloria.

—Lo encontrarás... moviendo el cucu —dijo Leo.

—Cállate —gruñí.

Nadie ofreció más interpretaciones del soneto. Nadie se ofreció a aceptar la peligrosa misión por mí.

—¡Bueno! —Josephine dio una palmadita en la mesa—. ¿Quién quiere tarta de zanahoria con merengue caramelizado con soplete de postre?

Las cazadoras de Artemisa se fueron esa noche cuando salió la luna.

Pese a lo cansado que estaba, sentí la necesidad de verlas partir. Encontré a Thalia Grace en la rotonda, supervisando a sus cazadoras mientras ensillaban un rebaño de avestruces de combate liberados.

—¿Te fías de ellos para montarlos? —Creía que solo Meg McCaffrey estaba tan loca.

Thalia arqueó las cejas.

—Ellos no tienen la culpa de que los adiestraran para el combate. Los

montaremos un tiempo, los reacondicionaremos y luego buscaremos un lugar seguro para soltarlos donde puedan vivir en paz. Estamos acostumbradas a lidiar con animales salvajes.

Las cazadoras ya habían quitado los cascos y el alambre de espino a los avestruces. Los implantes con colmillos de acero habían sido extraídos de sus picos, y las aves parecían mucho más a gusto y (ligeramente) menos mortíferas.

Jamie avanzaba entre el rebaño acariciando sus pescuezos y hablando con ellos en tono tranquilizador. Estaba impecable con su traje marrón, sin un solo rasguño de la batalla de la mañana. Su extraña arma como un palo de *hockey* no estaba a la vista. De modo que el misterioso Olujime era un luchador, un contable, un guerrero mágico y un susurrador de avestruces. No sabía por qué, pero no me sorprendió.

—¿Se va con vosotras? —pregunté.

Thalia rio.

—No. Solo nos está ayudando a prepararnos. Parece buen tío, pero no creo que tenga madera de cazador. Ni siquiera es... grecorromano, ¿no? O sea, no desciende de vosotros, los dioses del Olimpo.

—No —convine—. Es de una tradición y un origen totalmente distintos.

El pelo corto de punta de Thalia ondeó al viento, como si reaccionase a su incomodidad.

—Quieres decir que es hijo de otros dioses.

—Claro. Mencionó a los yoruba, aunque reconozco que sé muy poco de sus costumbres.

—¿Cómo es posible? ¿Otros panteones de dioses, conviviendo unos al lado de otros?

Me encogí de hombros. A menudo me sorprendía la limitada imaginación de los mortales, como si en el mundo las cosas solo pudieran ser de una manera o de otra. A veces los humanos parecían tan prisioneros de su pensamiento como de los sacos de carne que tenían por cuerpos. Claro que los dioses tampoco éramos mucho mejores.

—¿Por qué no puede ser posible? —repliqué—. En la antigüedad era de sentido común. Cada país, a veces cada ciudad, tenía su propio panteón de dioses. Los olímpicos siempre hemos vivido cerca de... la competencia.

—Así que tú eres el dios del sol —dijo Thalia—. Pero ¿otra deidad de otra cultura también es el dios del sol?

—Exacto. Diferentes manifestaciones de la misma realidad.

—No lo entiendo.

Extendí las manos.

—Sinceramente, Thalia Grace, no sé cómo explicártelo mejor, pero hace bastante tiempo que eres semidiosa para saber que cuanto más vives, más se enrarece el mundo.

Thalia asintió con la cabeza. Ningún semidiós podía cuestionar esa afirmación.

—Bueno, escucha —dijo—. Cuando estéis en el oeste, si llegáis a Los Ángeles,

recordad que mi hermano Jason vive allí. Está estudiando con su novia, Piper McLean.

—Iré a verlos —prometí—. Y le daré recuerdos de tu parte.

Los músculos de los hombros de ella se relajaron.

—Gracias. Si hablo con *lady* Artemisa...

—Sí. —Intenté tragarme el sollozo que me subía por la garganta. Oh, cómo echaba de menos a mi hermana—. Salúdala de mi parte.

Me tendió la mano.

—Buena suerte, Apolo.

—Lo mismo digo. Feliz caza de la zorra.

Thalia rio amargamente.

—Dudo que sea feliz, pero gracias.

La última vez que vi a las cazadoras de Artemisa trotaban por South Illinois Street a lomos de un rebaño de avestruces en dirección al sur como si persiguieran la luna creciente.

Tortitas para el camino.
¿Necesitas un guía para el viaje?
Consulta los tomates

A la mañana siguiente Meg me despertó de una patada.

—Hora de salir.

Abrí los ojos parpadeando. Me incorporé gimiendo. Cuando eres el dios del sol, poder dormir hasta tarde es un lujo. Y allí estaba ahora, convertido en un simple mortal, y la gente seguía despertándose al romper el alba. Me había pasado milenios siendo quien rompía el alba. Estaba hartó.

Meg estaba a la cabecera de mi cama con su pijama y sus zapatillas rojas (santos dioses, ¿dormía con ellas puestas?), la nariz moqueando como siempre y una manzana verde a medio comer en la mano.

—Supongo que no me habrás traído el desayuno —dije.

—Puedo pasarte esta manzana.

—Da igual. Ya me levanto.

Meg fue a ducharse. Sí, a veces lo hacía. Me vestí y recogí mis cosas lo mejor que pude, y me dirigí a la cocina.

Mientras yo comía tortitas (ñam, ñam), Emmie tarareaba y se movía por la cocina haciendo ruido. Georgina estaba sentada enfrente de mí coloreando dibujos y dando patadas a las patas de la silla con los talones. Josephine se encontraba en su taller de soldadura, fundiendo alegremente planchas de metal. Calipso y Leo —que se negaban a despedirse de mí dando por sentado que todos volveríamos a vernos pronto — estaban ante la encimera de la cocina, discutiendo sobre lo que Leo debía llevar en su viaje al Campamento Júpiter y lanzándose trozos de beicon. Se respiraba un ambiente tan acogedor y hogareño que me dieron ganas de ofrecerme a fregar los platos para poder quedarme un día más.

Litierses estaba sentado a mi lado con una taza grande de café. Sus heridas de guerra se habían curado casi del todo, aunque su cara seguía pareciendo las pistas de aterrizaje del aeropuerto de Heathrow.

—Yo cuidaré de ellas. —Señaló a Georgina y sus madres.

Dudaba que Josephine o Emmie quisieran que «cuidasen de ellas», pero no se lo dije a Litierses. Él tendría que aprender por sí mismo a adaptarse en ese ambiente. Incluso yo, el glorioso Apolo, a veces tenía que descubrir cosas nuevas.

—Estoy seguro de que te irá bien aquí —dije—. Confío en ti.

Él rio amargamente.

—No sé por qué.

—Tenemos cosas en común: los dos somos hijos de padres dominantes, y nuestras malas decisiones nos han llevado a error y han sido una carga para nosotros, pero hemos demostrado nuestro talento en los caminos que hemos elegido.

—¿Aparte de ser guapos? —Me dedicó una sonrisa torcida.

—Naturalmente. Sí.

Ahucó las manos en torno a su café.

—Gracias. Por la segunda oportunidad.

—Creo en las segundas oportunidades. Y en las terceras y las cuartas. Pero solo perdono a cada persona una vez por milenio, así que no metas la pata en los próximos mil años.

—Lo tendré presente.

Detrás de él, en el pasillo más próximo, vi un parpadeo de una luz naranja espectral. Me excusé y fui a enfrentarme a otra difícil despedida.

Agamedes flotaba delante de una ventana con vistas a la rotonda. Su túnica brillante ondeaba movida por un viento etéreo. Pegó una mano al alféizar de la ventana como si se estuviera sujetando. En la otra mano sostenía la bola 8 mágica.

—Me alegro de que sigas aquí —dije.

Él no tenía rostro que interpretar, pero su postura parecía triste y resignada.

—Ya sabrás lo que pasó en la Cueva de Trofonio —supuse—. Sabrás que él se ha ido.

Agamedes asintió inclinándose.

—Tu hermano me pidió que te dijera que te quiere —dije—. Lamenta tu destino.

»Yo también quiero disculparme. Cuando te moriste, no escuché la súplica de Trofonio para que te salvase. Creí que los dos merecáis hacer frente a las consecuencias del robo. Pero ha... ha sido un castigo muy largo. Tal vez demasiado.

El fantasma no respondió. Su figura parpadeó como si el viento etéreo se hiciese más fuerte y tirase de él.

—Si lo deseas —dije—, cuando recobre la divinidad, visitaré personalmente el inframundo. Solicitaré a Hades que deje pasar tu alma a los Campos Elíseos.

Agamedes me ofreció su bola 8.

—Ah. —Tomé la esfera y la agité por última vez—. ¿Qué deseas, Agamedes?

La respuesta subió flotando a través del agua, un apretado bloque de texto en la pequeña cara del dado: IRÉ ADONDE DEBO IR. ENCONTRARÉ A TROFONIO. CUIDAD EL UNO DEL OTRO, COMO MI HERMANO Y YO NO PUDIMOS HACER.

Soltó el alféizar de la ventana. El viento se lo llevó, y Agamedes se deshizo en motas de luz del sol.

El sol había salido cuando me reuní con Meg McCaffrey en la azotea de la Estación

de Paso.

Ella llevaba el vestido verde que Sally Jackson le había dado, además de sus mallas amarillas, debidamente remendadas y lavadas. Todo el barro y el guano habían desaparecido de sus zapatillas. A cada lado de la cara, tenía escobillas enroscadas en el pelo; sin duda, un regalo de despedida de Georgina.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

Meg se cruzó de brazos y se quedó mirando el huerto de tomates de Hemítea.

—Sí. Vale.

Con eso creo que quería decir: «Hace poco me he vuelto loca, he lanzado profecías y he estado a punto de palmarla. ¿Cómo tienes el valor de hacerme esa pregunta y esperar que no te dé un puñetazo?».

—Bueno... ¿cuál es el plan? —quise saber—. ¿Por qué estamos en la azotea? Si buscamos el Laberinto, ¿no deberíamos estar en la planta baja?

—Necesitamos un sátiro.

—Sí, pero... —Miré a mi alrededor. No vi que en ninguno de los arriates de Emmie crecieran hombres cabra—. ¿Cómo piensas...?

—Chis.

Ella se agachó junto a las tomateras y pegó la mano a la tierra. El suelo retumbó y empezó a elevarse. Por un momento, temí que saliera un nuevo karpos con brillantes ojos rojos y un vocabulario compuesto exclusivamente por la palabra «¡Tomates!».

En cambio, las plantas se separaron. La tierra se apartó y reveló la figura de un joven que dormía de lado. Aparentaba unos diecisiete años, puede que menos. Vestía una cazadora sin cuello encima de una camiseta verde y unos vaqueros demasiado anchos para sus piernas. Sobre su pelo rizado llevaba un gorro de lana rojo. Una perilla descuidada cubría su barbilla. En la parte superior de sus zapatillas de deporte, tenía los tobillos llenos de tupido pelo castaño. O al chico le gustaban los calcetines de alfombra de pelo o era un sátiro que se hacía pasar por humano.

Me resultaba vagamente familiar. Entonces me fijé en lo que sujetaba entre los brazos: una bolsa de papel blanco de Enchiladas del Rey. Ah, sí. El sátiro al que le gustaban las enchiladas. Habían pasado unos cuantos años, pero me acordaba de él.

Me volví hacia Meg asombrado.

—Este es uno de los sátiros más importantes, un Señor de la Naturaleza, de hecho. ¿Cómo lo has encontrado?

Ella se encogió de hombros.

—He buscado al sátiro adecuado. Supongo que es él.

El sátiro se despertó sobresaltado.

—¡Yo no me las he comido! —gritó—. Solo estaba... —Parpadeó y se incorporó, con un reguero de abono para macetas cayéndole del gorro—. Un momento... esto no es Palm Springs. ¿Dónde estoy?

Sonreí.

—Hola, Grover Underwood. Soy Apolo. Esta es Meg. Y tú, mi afortunado amigo,

has sido invocado para guiarnos por el Laberinto.

Guía de lenguaje apolíneo

AGAMEDES: hijo del rey Ergino; hermanastro de Trofonio, quien lo decapitó para evitar que lo descubrieran después de asaltar el tesoro del rey Hirieo.

AMAZONA: miembro de una tribu de guerreras.

ANFITEATRO: espacio ovalado y circular al aire libre empleado para actuaciones y acontecimientos deportivos, con asientos para los espectadores distribuidos en un semicírculo alrededor del escenario.

ÁNFORA: vasija de cerámica utilizada para guardar vino.

ARBOLEDA DE DODONA: emplazamiento del Oráculo griego más antiguo aparte de Delfos; el susurro de los árboles del bosquecillo ofrecía respuestas a los sacerdotes y sacerdotisas que viajaban al lugar.

ARES: dios griego de la guerra; hijo de Zeus y Hera, y hermanastro de Atenea.

ARPÍA: criatura alada que roba objetos.

ARTEMISA: diosa griega de la caza y la luna; hija de Zeus y Leto, y hermana melliza de Apolo.

ASCLEPIO: dios de la medicina; hijo de Apolo; su templo era el centro curativo de la antigua Grecia.

ATENEA: diosa griega de la sabiduría.

ATENIENSE: natural de la ciudad de Atenas, en Grecia.

ATLAS: titán; padre de Calipso y Zoë Belladonna; fue condenado a sostener eternamente el cielo después de la guerra entre los titanes y los dioses del Olimpo; trató de engañar a Hércules sin éxito para que lo sustituyera, pero Hércules lo engañó a su vez.

BIZANCIO: antigua colonia griega que más tarde se convirtió en Constantinopla (actual Estambul).

BLEMIAS: tribu de personas sin cabeza con la cara en el pecho.

BRITOMARTIS: diosa griega de las redes de caza y pesca; su animal sagrado es el grifo.

BRUTIA CRISPINA: emperatriz romana de 178 a 191 d. C.; se casó con el futuro emperador romano Cómodo cuando tenía dieciséis años; después de diez años de matrimonio, fue desterrada a Capri por adulterio y más tarde ejecutada.

CADUCEO: símbolo tradicional de Hermes, compuesto por dos serpientes enroscadas

alrededor de un bastón generalmente con alas.

CALÍOPE: musa de la poesía; madre de varios hijos, incluido Orfeo.

CALIPSO: diosa ninfa de la isla mítica de Ogigia; hija del titán Atlas; retuvo al héroe Odiseo durante muchos años.

CAMPAMENTO JÚPITER: campo de entrenamiento de semidioses romanos situado entre las colinas de Oakland y las colinas de Berkeley, en California.

CAMPAMENTO MESTIZO: campo de entrenamiento de semidioses griegos situado en Long Island, en Nueva York.

CAMPOS DE CASTIGO: sección del inframundo a la que son enviadas las personas que fueron malas en vida para recibir el castigo eterno por sus crímenes después de la muerte.

CAMPOS ELÍSEOS: paraíso al que los héroes griegos eran enviados cuando los dioses les concedían la inmortalidad.

CAOS PRIMORDIAL: lo primero que existió; miasma a partir del cual las Moiras tejen el futuro; vacío del que salieron los primeros dioses.

CARMANOR: dios griego menor de las cosechas; deidad local de Creta que se casó con Deméter; tuvieron un hijo, Eubuleo, que se convirtió en el dios de los porqueros.

CAZADORAS DE ARTEMISA: grupo de doncellas leales a Artemisa y dotadas de aptitudes para la caza, cuya juventud es eterna siempre que rechacen a los hombres de por vida.

CENTAURO: raza de criaturas mitad humanas, mitad equinas.

CENTÍCORA (*véase también yale*): criatura feroz semejante al antílope con grandes cuernos que pueden girar en cualquier dirección.

CÍCLOPE: miembro de una raza primigenia de gigantes que tenían un ojo en el centro de la frente.

CLOACINA: diosa del sistema de alcantarillado romano.

COLISEO: anfiteatro elíptico situado en el centro de Roma con un aforo de cincuenta mil espectadores; se usaba para torneos de gladiadores y espectáculos públicos; llamado también Anfiteatro Flaviano.

COLOSSUS NERONIS (Coloso de Nerón): estatua de bronce gigantesca del emperador Nerón; posteriormente se transformó en el dios del sol con la incorporación de una corona de rayos de sol.

CÓMODO: Lucio Aurelio Cómodo fue hijo del emperador romano Marco Aurelio; se convirtió en coemperador a los dieciséis años y en emperador a los dieciocho, cuando su padre falleció; gobernó de 177 a 192 d. C. y fue megalómano y corrupto; se consideraba el Nuevo Hércules y disfrutaba matando animales y luchando contra gladiadores en el Coliseo.

CRETENSE: natural de la isla de Creta.

CRONOS: el más pequeño de los doce titanes; hijo de Urano y Gaia; padre de Zeus; mató a su padre obedeciendo las órdenes de su madre; señor del destino, las cosechas, la justicia y el tiempo.

CUEVA DE TROFONIO: sima profunda, sede del Oráculo de Trofonio.

DAFNE: hermosa náyade que llamó la atención de Apolo. Se transformó en un laurel para escapar del dios.

DAIMON: «demonio», en griego; espíritu intermedio entre los mortales y los dioses.

DAMBE: forma de boxeo centenaria relacionada con el pueblo hausa de África Occidental.

DANUBIANO: lindante con el río Danubio.

DÉDALO: diestro artesano que creó el Laberinto de Creta en el que estaba encerrado el Minotauro (mitad hombre, mitad toro).

DELOS: isla griega del mar Egeo situada cerca de Miconos; lugar de nacimiento de Apolo.

DEMÉTER: diosa griega de la agricultura; hija de los titanes Rea y Cronos.

DEMOFONTE: hijo menor del rey Céleo, a quien Deméter crio e intentó convertir en inmortal como acto de bondad; hermano de Triptólemo.

DIONISO: dios griego del vino y las fiestas; hijo de Zeus.

ÉGIDA: escudo utilizado por Thalia Grace que en la parte delantera posee una imagen de Medusa capaz de infundir terror; se transforma en una pulsera de plata cuando no lo usa.

E.LO.MÍIRÀN: «otros», en yoruba.

ERITRAS: isla donde vivía la sibila de Cumas, objeto amoroso de Apolo, antes de que él la convenciera de que se fuera prometiéndole una larga vida.

ESPARTA: ciudad-Estado de la antigua Grecia con hegemonía militar.

ESTÁFILO: rey de Naxos, en Grecia; semidiós hijo de Dioniso; padre de Hemítea y Partenos.

ESTIGIA: poderosa ninfa del agua; hija mayor del titán del mar Océano; diosa del río más importante del inframundo; diosa del odio; la laguna Estigia recibe su nombre de ella.

EUBULEO: hijo de Deméter y Carmanor; dios griego de los porqueros.

FIESTA DE DIONISO: celebración que tenía lugar en Atenas para honrar al dios Dioniso, cuyos principales acontecimientos eran las actuaciones teatrales.

FLAVIANO: miembro de la dinastía Flavia que gobernó el Imperio Romano entre 69 y 96 d. C.

FUEGO GRIEGO: arma incendiaria usada en batallas navales debido a su capacidad de seguir ardiendo en el agua.

GAIA: diosa griega de la tierra; esposa de Urano; madre de titanes, gigantes, cíclopes y otros monstruos.

GANIMEDES: héroe divino de Troya al que Zeus secuestró para que le sirviera como copero en el Olimpo.

GERMANI (*germanus*, sing.): pueblo tribal que se instaló al oeste del río Rin.

GIDIGBO: forma de lucha en la que se emplean cabezazos, originaria de los yoruba de Nigeria, en África.

GLOUTOS: «trasero», en griego.

GORGONAS: tres hermanas monstruosas (Esteno, Euríale y Medusa) cuyo cabello está formado por serpientes venenosas vivas; los ojos de Medusa pueden convertir en piedra a quien los mira.

GRIFO: criatura alada con cabeza de águila y cuerpo de león; animal sagrado de Britomartis.

GUERRA DE LOS TITANES: épica batalla entre los titanes y los dioses del Olimpo que duró diez años y terminó con la subida al trono de los Olímpicos.

GUERRA DE TROYA: según el mito, los aqueos (griegos) hicieron la guerra a la ciudad de Troya después de que Paris de Troya arrebatara a Menelao, rey de Esparta, a su esposa Helena.

HADES: dios griego de la muerte y las riquezas; señor del inframundo.

HAUSA: idioma hablado en el norte de Nigeria y Níger; también es el nombre de un pueblo.

HÉCATE: diosa de la magia y las encrucijadas.

HEFESTO: dios griego del fuego, los artesanos y los herreros; hijo de Zeus y Hera,

casado con Afrodita.

HEMÍTEA: hija adolescente del rey Estáfilo de Naxos; hermana de Partenos; Apolo les concedió la divinidad a ella y a su hermana para salvarlas cuando saltaron por un acantilado para escapar de la ira de su padre.

HERA: diosa griega del matrimonio; esposa y hermana de Zeus; madrastra de Apolo.

HERACLES: equivalente griego de Hércules; hijo de Zeus y Alcmena; el más fuerte de todos los mortales.

HÉRCULES: equivalente romano de Heracles; hijo de Júpiter y Alcmena que nació con una gran fuerza.

HERMES: dios griego de los viajeros; guía de los espíritus de los muertos; dios de la comunicación.

HIPOCAMPO: criatura mitad equina, mitad pez.

ICOR: líquido dorado que constituye la sangre de dioses e inmortales.

ÌGBOYÀ: «seguridad», «audacia» y «valentía», en yoruba.

INFRAMUNDO: reino de los muertos al que iban las almas por toda la eternidad, gobernado por Hades.

IRIS: diosa griega del arco iris y mensajera de los dioses.

JACINTO: héroe griego y amante de Apolo que murió cuando intentaba impresionar al dios con su destreza con el disco.

JULIO CÉSAR: político y general romano que se convirtió en dictador de Roma y transformó la república en el Imperio Romano.

KARPOI (*karpos*, sing.): espíritus de los cereales.

LABERINTO: caótica creación subterránea construida originalmente en la isla de Creta por el artesano Dédalo para encerrar al Minotauro.

LAGUNA ESTIGIA: río que marca el límite entre la tierra y el inframundo.

LEÓN DE NEMEA: león grande y cruel que asoló Nemea, en Grecia; su piel era inmune a todas las armas humanas; Hércules lo estranguló con sus propias manos.

LETE: «olvido», en griego; nombre de un río del inframundo cuyas aguas provocaban el olvido; nombre de un espíritu griego del olvido.

LETO: madre de Artemisa y Apolo con Zeus; diosa de la maternidad.

LIBROS SIBILINOS: colección de profecías en verso escritas en griego.

LITIERSES: hijo del rey Midas; retaba a la gente a participar en competiciones de siega y decapitaba a los que vencía, lo que le valió el apodo de «Segador de Hombres».

MARCO AURELIO: emperador romano de 161 a 180 d. C.; padre de Cómodo; considerado el último de los «cinco emperadores buenos».

MARSIAS: sátiro que perdió contra Apolo después de desafiarlo a una competición musical y que por ello fue desollado vivo.

MELOMAKARONA: pastas griegas de miel típicas de Navidad.

MERCENARIOS HESSIANOS: aproximadamente treinta mil soldados alemanes contratados por los británicos para que les ayudaran a luchar durante la guerra de la Independencia de Estados Unidos ante la dificultad para reclutar a sus propios soldados.

MIDAS: rey con el poder de transformar cualquier cosa que tocaba en oro; padre de Litienses; eligió a Marsias como vencedor de la competición musical entre Apolo y Marsias, decisión que llevó a Apolo a darle a Midas unas orejas de burro.

MINOTAURO: hijo del rey Minos de Creta, mitad hombre, mitad toro; el Minotauro estaba encerrado en el Laberinto, donde mataba a la gente que era enviada allí; fue vencido finalmente por Teseo.

MIRMEKE: enorme criatura similar a una hormiga que envenena y paraliza a su víctima antes de comérsela; famosa por proteger varios metales, sobre todo el oro.

MNEMÓSINE: diosa titana de la memoria; hija de Urano y Gaia.

MONTE OLIMPO: hogar de los doce dioses del Olimpo.

MONTE OTRIS: montaña situada en el centro de Grecia; base de los titanes durante la guerra entre los titanes y los dioses del Olimpo que duró diez años.

NARCISO: cazador griego famoso por su belleza; hijo del dios del río Cefiso y de la ninfa Liríope. Era vanidoso, arrogante y despreciaba a sus admiradores, y se enamoró de su propio reflejo. Narciso era también el nombre del entrenador personal de Cómodo y su pareja de lucha, que ahogó al emperador en su bañera. Se trata de dos Narcisos distintos.

NERÓN: emperador romano de 54 a 58 d. C.; hizo ejecutar a su madre y su primera esposa; muchos creen que fue quien provocó el incendio que destruyó Roma, pero él culpó a los cristianos, a los que quemaba en cruces; se hizo construir un extravagante palacio nuevo en el terreno desbrozado y perdió apoyo

cuando los gastos de la construcción le obligaron a subir los impuestos; se suicidó.

NINFA: deidad femenina de la naturaleza que vivifica el medio natural.

NUEVE MUSAS: diosas griegas de la literatura, la ciencia y las artes que han inspirado a artistas y escritores durante siglos.

OCÉANO: hijo mayor de Urano y Gaia; dios titán del mar.

OGIGIA: isla que constituye el hogar —y la cárcel— de la ninfa Calipso.

ORÁCULO DE DELFOS: portavoz de las profecías de Apolo.

ORÁCULO DE TROFONIO: griego que fue convertido en Oráculo después de su muerte; situado en la Cueva de Trofonio; famoso por aterrorizar a los que lo buscan.

ORO IMPERIAL: metal poco común que resulta letal para los monstruos, consagrado en el Panteón; su existencia era un secreto celosamente guardado por los emperadores.

PAN: dios griego de la naturaleza salvaje; hijo de Hermes.

PARTENOS: hija adolescente del rey Estáfilo de Naxos; hermana de Hemíteia; Apolo les concedió la divinidad a ella y a su hermana para salvarlas cuando saltaron por un acantilado para escapar de la ira de su padre.

PELOPONESO: península grande y región geográfica situada en el sur de Grecia, separada de la parte septentrional del país por el golfo de Corinto.

PEQUEÑO TÍBER: barrera del Campamento Júpiter.

PERSÉFONE: reina griega del inframundo; esposa de Hades; hija de Zeus y Deméter.

PITÓN: serpiente monstruosa que Gaia nombró para custodiar el Oráculo de Delfos.

PODEX: «ano», en latín.

POSEIDÓN: dios griego del mar; hijo de los titanes Cronos y Rea, y hermano de Zeus y Hades.

PRETOR: magistrado romano electo y comandante del ejército.

PRINCEPS: príncipe de Roma; los primeros emperadores se concedían este título.

PUERTAS DE LA MUERTE: entrada de la Casa de Hades, situada en el Tártaro; las puertas tienen dos lados: uno en el mundo de los mortales y otro en el inframundo.

QUIRÓN: centauro; director de actividades del Campamento Mestizo.

QUITÓN: prenda de ropa griega; trozo de lino o lana sin mangas ceñido en los hombros con broches y en la cintura con un cinturón.

RÍO TÍBER: tercer río más largo de Italia; Roma fue fundada en sus orillas; en la antigua Roma, los criminales ejecutados eran lanzados al río.

SÁTIRO: dios griego del bosque, mitad cabra, mitad hombre.

SERPIENTE CARTAGINESA: culebra de casi cuarenta metros de largo que salió del río Bagrada, en África del Norte, para enfrentarse al general romano Marco Atilio Régulo y sus tropas durante la quinta guerra púnica.

SIBILA: profetisa.

SPATHA: espada larga utilizada por unidades de caballería romanas.

SUBURRA: barrio de la ciudad de Roma que estaba superpoblado por las clases menos favorecidas.

TÁNTALO: rey que dio de comer a los dioses un guiso preparado con sus propios hijos; fue enviado al inframundo, donde se le condenó a permanecer en un lago bajo un árbol frutal sin poder beber ni comer jamás.

TÁRTARO: esposo de Gaia; espíritu del abismo; padre de los gigantes; región más baja del inframundo.

THREE MILE ISLAND: central nuclear situada cerca de Harrisburg, en Pennsylvania, donde el 28 de marzo de 1979 se produjo la fusión parcial del reactor número 2, incidente que despertó el interés público.

TITANES: raza de poderosas deidades griegas, descendientes de Gaia y de Urano, que gobernaron durante la Edad de Oro y fueron derrocadas por una raza de dioses más jóvenes, los dioses del Olimpo.

TORO ETÍOPE: toro africano gigantesco y agresivo cuya piel roja es inmune a todas las armas metálicas.

TRES MOIRAS: antes incluso de que existieran los dioses, existían las Moiras: Cloto, que teje el hilo de la vida; Láquesis, la medidora, que determina la duración de la vida; y Átropos, que corta el hilo de la vida con sus tijeras.

TRIPTÓLEMO: hijo del rey Céleo y hermano de Demofonte; favorito de Deméter; se convirtió en el inventor del arado y la agricultura.

TRIRREME: buque de guerra griego con tres gradas de remos a cada lado.

TRIUNVIRATO: alianza política formada por tres partes.

TROFONIO: semidiós hijo de Apolo, arquitecto del templo de Apolo en Delfos y

espíritu del Oráculo Oscuro; decapitó a su hermanastro Agamedes para evitar que lo descubrieran después de asaltar el tesoro del rey Hirieo.

TRONO DE LA MEMORIA: Mnemósine talló esta silla en la que el petionario se sentaba después de visitar la Cueva de Trofonio y recibía fragmentos de versos del Oráculo; una vez sentado en la silla, el petionario recitaba los versos, los sacerdotes los anotaban, y se convertían en una profecía.

TROYA: ciudad romana situada en la actual Turquía; sitio donde tuvo lugar la guerra de Troya.

URANO: personificación griega del cielo; padre de los titanes.

VÍA APIA: una de las primeras y más importantes calzadas de la antigua república romana; después de que el ejército romano sofocara la revuelta encabezada por Espartaco en 73 a. C., crucificaron a más de seis mil esclavos y bordearon la calzada con sus cuerpos a lo largo de doscientos kilómetros.

YALE (*véase también centícora*): criatura feroz semejante al antílope con grandes cuernos que pueden girar en cualquier dirección.

YORUBA: uno de los tres mayores grupos étnicos de Nigeria, en África; también es un idioma y una religión del pueblo yoruba.

ZEUS: dios griego del cielo y rey de los dioses.

ZOË BELLADONA: hija de Atlas que fue desterrada y más tarde se unió a las cazadoras de Artemisa, de la cual se convirtió en leal teniente.

ZORRA TEUMESIA: zorra gigante enviada por los dioses para arrasar la ciudad de Tebas en castigo por un crimen; la bestia estaba destinada a no ser cazada jamás.



RICHARD RUSSELL RIORDAN nació el 5 de junio de 1964 en San Antonio, Texas (Estados Unidos). Estudió inglés e historia en la Universidad de Texas. Ejerció la docencia antes de alcanzar el éxito literario con la serie de novelas de fantasía protagonizadas por *Percy Jackson*, un adolescente que descubre que es hijo del dios mitológico *Poseidón*.

Rick Riordan es un autor de fantasía, misterio y literatura juvenil, conocido principalmente por su serie de libros acerca de *Percy Jackson y los dioses del Olimpo*. Ha recibido diversos galardones para sus relatos de misterio, como un Premio Edgar, y ha publicado en revistas como *Ellery Queen*.

También escribió la serie de misterio dedicado para el público adulto *Tres Navarres*, y ayudó en la edición de *Demigods and Monsters*, una colección de ensayos sobre el tema de su serie *Percy Jackson*. La mayoría de sus libros están basados sobre las mitologías griega, romana y egipcia, y la trama ambientada sobre la época actual.